IGNORANCIA

UNA HISTORIA GLOBAL

Alianza editorial

PETER BURKE

Table of Contents

Prefacio y agradecimientos
Parte I. La ignorancia en la sociedad
1. ¿Qué es la ignorancia?
2. Lo que dicen los filósofos sobre la ignorancia
3. Ignorancia colectiva
4. El estudio de la ignorancia
5. Historias de la ignorancia
6. La ignorancia de la religión
7. La ignorancia de la ciencia
8. La ignorancia de la geografía
Parte II. Consecuencias de la ignorancia
9. La ignorancia en la guerra
10. La ignorancia en los negocios
11. La ignorancia en la política
12. Sorpresas y catástrofes
13. Secretos y mentiras
14. Futuros inciertos
15. La ignorancia del pasado
Conclusión. El nuevo conocimiento y la nueva ignorancia
Lecturas adicionales
Glosario
Créditos

Peter Burke

IGNORANCIA

UNA HISTORIA GLOBAL

Traducción del inglés por Cristina Macía Orio

Alianza editorial

Para los maestros del mundo entero, los héroes
de la lucha cotidiana por remediar la ignorancia.

La educación no es cara. Lo que es caro es la ignorancia.

LEONEL BRIZOLA

¿Qué campo más amplio puede haber
que un tratado sobre la ignorancia?

PETRARCA

ÍNDICE

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

PARTE I. LA IGNORANCIA EN LA SOCIEDAD
1. ¿Qué es la ignorancia?
2. Lo que dicen los filósofos sobre la ignorancia
3. Ignorancia colectiva
4. El estudio de la ignorancia
5. Historias de la ignorancia
6. La ignorancia de la religión
7. La ignorancia de la ciencia
8. La ignorancia de la geografía

PARTE II. CONSECUENCIAS DE LA IGNORANCIA
9. La ignorancia en la guerra
10. La ignorancia en los negocios
11. La ignorancia en la política
12. Sorpresas y catástrofes
13. Secretos y mentiras
14. Futuros inciertos
15. La ignorancia del pasado

CONCLUSIÓN. EL NUEVO CONOCIMIENTO Y LA NUEVA IGNORANCIA

LECTURAS ADICIONALES

GLOSARIO

CRÉDITOS

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

La ignorancia, entendida como ausencia de conocimiento, no parece en principio un tema de discusión; como dijo una persona que conozco, un libro acerca de la ignorancia tendría las páginas en blanco. Pero está despertando un interés creciente, estimulado por las espectaculares exhibiciones de ignorancia por parte de Trump y Bolsonaro, por no mencionar otros gobiernos[1].

De hecho, el proyecto multidisciplinar que conocemos como «estudios de la ignorancia» ha ido cobrando impulso desde hace treinta años, tal como veremos en el capítulo 4, aunque los historiadores rara vez han tomado parte hasta hace relativamente poco. Parece que ha llegado la hora de examinar el papel de la ignorancia, incluida la ignorancia activa, en el pasado. En mi opinión, este papel se ha subestimado, lo que ha llevado a confusiones, errores de apreciación y otras equivocaciones, a menudo con consecuencias desastrosas. Esto ha quedado más claro que nunca en el momento actual, cuando la respuesta de los gobiernos al cambio climático es escasa y tardía, pero, como espero demostrar más adelante, los tipos de ignorancia y los desastres que provocan son muchos y diversos.

He escrito este libro para dos tipos de personas. Primero, para los lectores en general. Cada individuo es una combinación única de conocimientos e ignorancia, o, como prefiero decirlo yo, *conocimientos e ignorancias,* así que el tema es sin duda de interés general. Segundo, para otros estudiosos, no necesariamente de mi propio campo, sino de todas las disciplinas en las que se trabaja ahora con la ignorancia. Espero y deseo que este intento de mostrar una «imagen general» de lo que se ha hecho y lo que se puede hacer anime a los estudiosos más jóvenes a adentrarse en lo que no es todavía un «campo» y, por supuesto, a criticar, matizar y refinar mis conclusiones provisionales.

Una futura historia de la ignorancia se podrá organizar a la manera tradicional, siglo tras siglo. Esta narrativa dependerá de la identificación de las tendencias generales comunes a los diferentes campos. Si este libro fomenta la aparición de estudios en el futuro, me daré por muy satisfecho. Por el momento, dada la actual ignorancia sobre la historia de la ignorancia, es más realista organizar un estudio

general en la forma de una serie de ensayos sobre los diferentes temas.

Al igual que mis anteriores estudios sobre el conocimiento, este libro se centra en Occidente y los quinientos últimos años, aunque también presenta ejemplos tomados de Asia y África. Esta concentración deja lugar a la crítica en dos sentidos diferentes. Por una parte, porque no tiene en cuenta al resto del mundo y los siglos anteriores; por otra, porque va más allá de los límites de mis investigaciones sobre Europa entre el 1500 y el 1800. Espero poder convencer a los lectores de que esta situación, como sucede con otros muchos conflictos, es una cuestión de compromiso. Mis motivos para dedicar tan poco espacio a otras zonas del planeta son muy sencillos: «Ignorancia, señora, pura ignorancia», como dijo en cierta ocasión el doctor Johnson a una dama que le señaló un error en uno de sus libros. Por otra parte, creo firmemente que la comparación y el contraste entre la Europa de principios de la Edad Moderna y la de finales nos ayuda a tener una imagen más clara. El ejemplo de Françoise Waquet, que ha publicado varios libros sobre el conocimiento, todos dedicados a los quinientos últimos años, apoya mi teoría[2].

Esta visión más amplia nos descubre que ciertas prácticas que consideramos recientes, como las filtraciones y la desinformación, datan en realidad de hace siglos. También llama la atención hacia los cambios graduales —casi imperceptibles— en lo que no se sabía, que no respetan la división entre «Alta Edad Moderna» y «Baja Edad Moderna». Por tanto, en cada capítulo de este libro se hablará de ejemplos a ambos lados de esa línea divisoria.

La perspectiva general que se presenta aquí se puede considerar el prólogo a una historia futura, un reconocimiento del terreno, con muchos espacios en blanco. La idea de dibujar un mapa de lo desconocido parece en sí una contradicción. Pero, para mí, igual que para otros muchos colegas dedicados a las ciencias sociales y a la historia, es un proyecto viable. Los críticos pueden argumentar que es «prematuro». Mi respuesta es que una visión general de este tipo resultará útil sobre todo al principio del interés en la historia de la ignorancia. Con vistas al futuro, espero animar y orientar a otros autores de futuros estudios presentándoles hipótesis para que las pongan a prueba, alentándolos a situar sus investigaciones en un marco general más amplio. Las excavaciones en profundidad de los especialistas y la visión amplia del generalista se ayudan y estimulan

mutuamente.

Al igual que sucedió con mis anteriores libros, he contado con la ayuda de amigos y colegas que han reducido mi ignorancia acerca de las ignorancias con sus consejos, sus comentarios sobre los sucesivos borradores, la mención de huecos que había que llenar y referencias que había que investigar. Quiero dar las gracias a Richard Drayton, Tim Harris, Julian Hoppit, Joe McDermott, Alan Macfarlane, Juan Maiguashca, David Maxwell, Anne Ploin, James Raven, David Reynolds, Jake Soll, Kajsa Weber, Iro Zoumbopoulos y Ghil'ad Zuckermann. También, particularmente, a Geoffrey Lloyd, por compartir conmigo sus vastos conocimientos sobre Grecia y China, y a dos críticos anónimos por sus comentarios constructivos. Un agradecimiento muy especial es para Cao Yijing, por sugerirme que eligiera la ignorancia como tema para las Gombrich Lectures, previstas en principio para 2002, pero que no llegaron a celebrarse; para Lukas Verburgt, compañero de trabajo en el «campo» de la ignorancia, por nuestras conversaciones sobre el tema y por leer todo el borrador; y, una vez más, a Maria Lúcia, por su trabajo con las referencias y sus perspicaces comentarios sobre el borrador.

1 Mientras escribo, *The Guardian* informa que David Puttnam ha dimitido en la Cámara de los Lores acusando a los parlamentarios de «ignorancia supina» *(pig-ignorance)* en los problemas relativos a la frontera con Irlanda durante las negociaciones del Brexit. Consultado el 16 de octubre de 2021 en https://www.theguardian.com/politics/2021/oct/16/david-puttnam-hits-out-government-quits-house-of-lords.

2 Françoise Waquet, *Parler comme un livre: L'oralité et le savoir (xvi*e*-xx*e *siècle)* (París, 2003) [ed. cast. *Hablar como un libro: la oralidad y el saber entre los siglos xvi y xx.* Traducido por Horacio Pons. Madrid: Ampersand, 2021]; *Les enfants de Socrate: Filiation intellectuelle et transmission du savoir, xvii*e*-xxi*e *siècle* (París, 2008); *L'ordre materiel du savoir: Comment les savants travaillent, xvi*e*-xxi*e *siècle* (París, 2015); *Une histoire émotionelle du savoir, xvii*e*-xxi*e *siècle* (París, 2019).

PARTE I.

LA IGNORANCIA EN LA SOCIEDAD

1
¿QUÉ ES LA IGNORANCIA?

> La ignorancia, al igual que el conocimiento, es una creación de la sociedad.
>
> MICHAEL SMITHSON

El proyecto de escribir una historia de la ignorancia suena casi tan extraño como la idea de Flaubert de escribir un libro sobre nada, *un livre sur rien,* «un libro que no dependa de nada externo [...], un libro que casi no tenga tema, o como mínimo que el tema sea casi invisible». En otras palabras, una búsqueda de la forma pura[3]. Muy consecuente con ello, Flaubert nunca escribió nada acerca de nada. Por el contrario, sobre la ignorancia se ha escrito mucho, casi todo negativo. Hay una larga tradición de denuncia de la ignorancia por diferentes motivos y razones.

Denuncia de la ignorancia

Los arabófonos definen el periodo preislámico como «la era de la ignorancia» *(al-Jahiliyya)*. Durante el Renacimiento, los humanistas fueron los primeros en decir que la Edad Media había sido una etapa de oscuridad. En el siglo XVII, Lord Clarendon, el historiador de la guerra civil de Inglaterra, describió a los padres de la Iglesia como «grandes luces que aparecieron en tiempos muy negros», «tiempos de barbarie e ignorancia»[4]. Durante la Ilustración, la ignorancia se asociaba con el apoyo al «despotismo», el «fanatismo» y la «superstición», todo lo cual tocaría a su fin en una era de razón y conoci- miento. George Washington, por su parte, declaró que «los cimientos de nuestro imperio no se construyeron en la oscura edad de la Ignorancia y la Superstición»[5].

Este tipo de perspectiva siguió vigente mucho tiempo. Por ejemplo, el término *al-Jahiliyya* ha sido utilizado más recientemente por musulmanes radicales como el intelectual egipcio Sayyd Qutb, dirigido

especialmente contra Estados Unidos[6]. La ignorancia era también uno de los cinco gigantes que prometió matar el político liberal William Beveridge, cuyo informe fue la base del Estado de bienestar británico creado por el gobierno laborista de 1945 (los otros eran la pobreza, la enfermedad, la suciedad y la ociosidad)[7].

Más recientemente, en Estados Unidos, Charles Simic ha escrito que «la expansión de una ignorancia que raya en la estupidez es nuestra nueva meta nacional»; mientras que Robert Proctor, cuya investigación se centra en la historia de la ciencia, ha declarado que nuestros tiempos son «la edad de oro de la ignorancia»[8]. Aunque somos conscientes de que sabemos muchas cosas que no sabían las generaciones anteriores, no somos conscientes de aquello que ellos sabían y nosotros ahora no sabemos. Hay ejemplos de esta pérdida de conocimientos, de la que hablaremos más adelante, que van desde la familiaridad con los clásicos griegos y romanos a la historia natural cotidiana.

En el pasado, una de las principales razones de la ignorancia en los individuos era que circulaba muy poca información en la sociedad. Parte del conocimiento era «precario», como lo define Martin Mulsow: solo se había plasmado en manuscritos y se conservaba escondido porque las autoridades de la Iglesia y el Estado lo rechazaban[9]. Hoy en día, la paradoja es que el problema estriba en la abundancia, en la «sobrecarga de información». Los individuos experimentan un «aluvión» de in- formación, y a menudo son incapaces de elegir lo que quieren o lo que necesitan, una situación también conocida como «fallo del filtrado». Por lo tanto, nuestra autodenominada era de la información «permite la difusión de la ignorancia tanto como la difusión del conocimiento»[10].

Loa a la ignorancia

Frente a la tradición de denuncia de la ignorancia, nos encontramos ahora con una posición opuesta: un número relativamente reducido de pensadores y autores que se atreven a sugerir que el entusiasmo por el conocimiento, la «epistemofilia», tiene sus peligros, mientras que la ignorancia es una bendición, o como mínimo presenta ciertas ventajas. Algunos de estos autores, sobre todo en la Italia del Renacimiento, no lo decían en serio, y ensalzaban la ignorancia igual que la calvicie, los

higos, las moscas, las salchichas y los cardos, todo como muestra de ingenio y exhibición de sus habilidades retóricas, reviviendo la tradición clásica del elogio burlesco.

Pero, desde una actitud más seria, hay una larga tradición que viene desde San Agustín y que critica la «curiosidad vana», dando a entender que ostentar cierto tipo de ignorancia es la opción más inteligente. El clero moderno, tanto el católico como el protestante, solía ser enemigo de la curiosidad y la trataba «como un pecado, generalmente venial, pero a veces mortal»[11]. Se presenta como mortal en la leyenda de Fausto, que ha inspirado obras de teatro, óperas y novelas[12]. Cuando Kant utilizó el «atrévete a saber» *(Sapere Aude)* como lema de la Ilustración, se trató de una reacción contra la recomendación bíblica de «no queráis saber lo que está por encima de vosotros» *(Noli altum sapere sed time)*, que Alexander Pope parafraseó como «no presumas que Dios vigila»[13].

Hay argumentos laicos que complementan los religiosos. Michel de Montaigne sugirió que la ignorancia era más propicia para la felicidad que la curiosidad. Henry Thoreau, el filósofo naturalista, quería fundar la Sociedad para la Divulgación de la Ignorancia Útil, que complementara la otra existente, la Sociedad para la Divulgación del Conocimiento Útil[14]. En sus *Études de la nature* (1784), Bernardin de Saint-Pierre, novelista y botánico, alabó la ignorancia porque a su juicio estimulaba la imaginación[15]. Y Olympe de Gouges, la feminista francesa, nadó contracorriente de todas las historias publicadas durante la Ilustración cuando defendió en *Le Bonheur primitif* (1789) que los «primeros hombres» fueron felices porque eran ignorantes, mientras que, en los tiempos en los que ella vivía, «el hombre ha llevado demasiado lejos su conocimiento»[16].

En el caso de la ley, la justicia se representa a menudo, ya desde el Renacimiento, con una venda en los ojos, para simbolizar la ignorancia en su aspecto de mente abierta y falta de prejuicios[17]. Es por ello que los jurados tienen que estar aislados para protegerlos de toda información que pueda sesgar su veredicto. Otros discursos sobre la «virtud de la ignorancia» son cada vez más frecuentes: el filósofo John Rawls defendió el llamado «velo de la ignorancia», estar ciego a todo lo relativo a la raza, la clase social, la nacionalidad o el género, para así ver a los individuos como seres moralmente iguales[18].

La «virtud de la ignorancia» es un concepto que se ha acuñado para referirse a la renuncia a investigar sobre armas nucleares, por ejemplo,

o, como mínimo, a publicar los resultados. Los antropólogos y los sociólogos han señalado otros rasgos positivos en diferentes tipos de ignorancia, y han escrito sobre sus diversas «funciones sociales» o «regímenes». Por ejemplo, los sacerdotes están obligados a guardar el secreto de confesión, mientras que los médicos hacen juramento de respetar la intimidad de sus pacientes. La democracia se protege mediante el secreto del voto. El anonimato permite a los evaluadores valorar los exámenes sin prejuicios, y a los participantes en una revisión por pares decir lo que opinan realmente sobre el trabajo de sus colegas. Las negociaciones secretas hacen que los gobernantes puedan hacer concesiones que a la luz pública serían imposibles. Lejos de aportar únicamente beneficios, la información también entraña riesgos[19].

A finales del siglo XIX se recomendaba la ignorancia como solución para un problema cada vez más marcado, el «demasiado que saber». Por ejemplo, George Beard, neurólogo estadounidense, aseguró que «la ignorancia es poder, además de placer», como remedio al «nerviosismo»[20]. Muchos autores especializados en el tema de los negocios y la gestión consideran que la ignorancia es un «recurso» o un «factor para el éxito».

Por ejemplo, Anthony Tjan recomienda «aceptar la propia ignorancia», dado que los emprendedores «ignorantes de sus limitaciones y realidades externas» tendrán más probabilidades de «generar ideas libremente». Más adelante matizó que «la clave estriba en identificar los momentos críticos en la trayectoria de una compañía, cuando un enfoque sin conocimientos previos es lo más positivo». La expresión «ignorancia creativa» implica el reconocimiento de que el exceso de conocimiento puede limitar la innovación, tanto en los negocios como en otros campos[21]. Esta expresión, «ignorancia creativa», la acuñó un escritor en el *New Yorker* para referirse a lo que había impedido a Beardsley Ruml, director de una importante fundación para la investigación, ver «los carteles de “prohibido el paso”, “no pisar la hierba”, “Mantengan la distancia” y “callejón sin salida” en el mundo de las ideas», advertencias que obstaculizaban la interdisciplinaridad de la que era partidario. A un nivel más práctico, se dice que Henry Ford afirmó que buscaba «a muchas personas con una capacidad infinita para no saber lo que no se puede hacer»[22].

Si se afirma que la ignorancia tiene cierta utilidad, conviene

hacerse una pregunta obvia: ¿a quién le es útil? Sea como sea, los ejemplos que se mencionan en este libro sugieren que las consecuencias negativas de la ignorancia superan con mucho a sus posibles beneficios; de ahí que este libro se haya dedicado a los maestros que tratan de remediar la ignorancia de sus alumnos. Es muy comprensible el deseo de no saber, o de que otros no sepan, cosas que nos asustan o avergüenzan, ya sea a nivel individual o de organización, pero las consecuencias de este deseo suelen ser negativas, al menos para los demás. La ignorancia o negación de hechos incómodos será un tema recurrente de este libro.

¿Qué es la ignorancia?

En el largo debate a favor o en contra de la ignorancia, las diferentes posiciones dependen, obviamente, de la definición que hacen del término aquellos que las defienden. La definición tradicional es sencilla: ausencia o «privación» de conocimiento[23]. Esta ausencia o privación suele no ser visible para el individuo o grupo ignorante. Se trata de una forma de ceguera que tiene consecuencias importantes, entre ellas los desastres de los que hablaremos en la segunda parte.

La definición tradicional se suele criticar porque es demasiado amplia y requiere matizaciones. Por ejemplo, en inglés «ignorance» (ignorancia) no es exactamente lo mismo que «nescience» (nesciencia), y ninguno de los dos significa estrictamente «no saber». Luego está el término «unknowing» (inconsciencia, no conciencia), que parece de cuño reciente, pero en realidad se remonta a un autor anónimo del siglo XIV, que lo utilizó en un tratado sobre el misticismo[24]. También hay distinciones similares en otros idiomas. Por ejemplo, los alemanes distinguen el «Unwissen» y el «Nich-Wissen», y así el sociólogo alemán George Simmel habló de lo que él denominó «la normalidad cotidiana del no-saber [*Nicht-Wissen*]»[25]. Lo malo es que los diferentes autores utilizan estos términos con significados diferentes[26].

Sí hay acuerdo general en que se debe distinguir entre «lo que sabemos que no sabemos», como la estructura del ADN antes de que se descubriera en 1953, y «lo que no sabemos que no sabemos», como en el caso del descubrimiento de América por parte de Colón cuando iba en busca de «las Indias». Esta distinción ya la hicieron antes diferentes ingenieros y psicólogos, pero se suele atribuir a Donald Rumsfeld, el

exsecretario de Defensa de Estados Unidos. En una rueda de prensa sobre los preparativos para la invasión de Irak en la que se pidió a Rumsfeld que aportara pruebas sobre las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein, respondió lo siguiente:

> Siempre me han interesado los informes que dicen que algo no ha sucedido, porque, como ya sabemos, hay cosas que sabemos que sabemos. También hay cosas que sabemos que no sabemos; es decir, cosas que somos conscientes de que ignoramos. Pero además hay cosas que ignoramos que ignoramos: lo que aún no sabemos que no sabemos. Y si estudiamos la historia de nuestro país, igual que la de otros países libres, la última categoría suele ser la más difícil[27].

Dejando a un lado el hecho de que Rumsfeld la utilizó para esquivar una pregunta incómoda, la distinción entre lo que sabemos que sabemos, lo que sabemos que no sabemos y lo que no sabemos que no sabemos sigue siendo muy útil.

La psicología de la ignorancia

¿Y qué pasa con lo que no sabemos que sabemos? Esta frase, que parece ideal para discutir sobre lo que se suele denominar «conocimiento tácito», la utilizó en un sentido muy diferente el filósofo Slavoj Žižek, que señaló que «a Rumsfeld se le olvidó la cuarta categoría, “lo que no sabemos que sabemos”, el inconsciente freudiano, “el conocimiento que no se conoce a sí mismo”, en palabras de Lacan», y que incluye el conocimiento del propio Rumsfeld sobre las torturas en Abu Ghraib[28].

A Freud le interesaban otros tipos de ignorancia inconsciente. En su famosa discusión sobre la interpretación de los sueños, se preguntó si los que soñaban comprendían o no el significado de sus sueños, para llegar a la conclusión de que «es muy posible, se podría decir que incluso probable, que el soñador sepa lo que significa su sueño, pero no sepa que lo sabe»[29]. En términos generales, a Freud le interesaba lo que sus pacientes no querían saber sobre ellos mismos. El no querer saber será un tema recurrente en este libro.

Jacques Lacan, un freudiano nada ortodoxo, también se mostró muy interesado en el tema de la ignorancia. Según él, los psicoanalistas eran personas que no sabían lo que era el psicoanálisis (y sabían que no lo sabían), todo lo contrario de las personas que creían saberlo, pero no lo sabían. Lacan consideraba que la ignorancia

era una pasión, como el amor y el odio, y sugirió que algunos pacientes pasaban de resistirse a conocerse a ellos mismos a buscar ese conocimiento de manera apasionada[30].

La sociología de la ignorancia

«Si existe una sociología del conocimiento —dice Charles Mills— también tendría que existir una sociología de la ignorancia»[31]. Esta sociología bien podría arrancar con la pregunta: ¿quién no sabe qué? Vale la pena recordar que, como señaló Mark Twain en uno de sus numerosos epigramas sobre este tema, «todos somos ignorantes, solo que respecto a cosas diferentes». Por ejemplo, en el mundo actual se hablan más de seis mil idiomas, así que hasta los políglotas ignoran el 99,9 por ciento de ellos. La propagación del coronavirus la predijeron los epidemiólogos que habían descubierto el peligro de transferencia de diferentes animales salvajes a los seres humanos, pero los gobiernos no conocían esta predicción, o no la quisieron conocer, así que la pandemia los pilló desprevenidos.

Muchos desastres, incluidos algunos de los que hablaremos en próximos capítulos, han tenido lugar porque los que sabían no podían hacer nada, mientras que los que podían hacer algo no sabían. La destrucción del World Trade Center en 2001 es un ejemplo brutal de fallo en las comunicaciones. Había agentes de los servicios de seguridad que sospechaban que ciertos individuos estaban planeando un ataque terrorista, pero sus advertencias se perdieron entre los muchos mensajes enviados a los niveles superiores de Washington en un caso clásico de «sobredosis de información». Como reconoció más tarde Condoleezza Rice, en aquel momento consejera de Seguridad Nacional, «el sistema estaba sobrecargado de palabrería»[32].

Variedades de ignorancia

Cualquier discusión sobre la ignorancia tiene que distinguir entre sus muchas variantes: las *ignorancias,* en plural, igual que hablamos de *conocimientos*[33]. Hay una distinción famosa que contrasta saber cómo hacer algo con saber algo: «saber cómo» *(know-how)* y «saber qué» *(know-what)*[34]. En este libro veremos con frecuencia las consecuencias de la falta de conocimientos prácticos concretos. Otra distinción

resulta muy clara en francés, alemán y otros idiomas: la contraposición entre *savoir* y *connaître, wissen* y *kennen,* en la que *connaître* y *kennen* se refieren al conocimiento que se consigue con una relación personal; por ejemplo, conocer Londres, en contraposición con saber que existe una ciudad llamada Londres. Cada forma de conocimiento tiene como opuesto complementario una forma de ignorancia.

Linsey McGoey, una socióloga británica especializada en la ignorancia, se ha quejado de que cuando empezó a investigar sobre el tema a principios de este siglo se encontró con que el lenguaje para describir lo desconocido era muy pobre[35]. Ya no es así. En todo caso, el problema hoy sería la superabundancia. Se han catalogado muchas variantes nuevas y se ha elaborado una taxonomía en la que abundan los adjetivos, desde «activa» a «voluntaria». Al final de este libro hay una lista que contiene dos variedades más de las cincuenta y siete de las que presume Heinz, y no es en absoluto exhaustiva. Y sí, hay muchos más adjetivos que variedades, en una especie de reinvención de la rueda, resultado de la especialización académica: los individuos de una disciplina ignoran a menudo los descubrimientos que se han realizado en otra.

Hay distinciones muy útiles que vamos a utilizar. Un ejemplo evidente contrasta la ignorancia sobre la existencia de algo con la ignorancia de su explicación. Las epidemias y los terremotos se conocen desde hace mucho, pero hasta hace relativamente poco nadie sabía qué los provocaba. La ignorancia «sancionada», término acuñado por la crítica y filósofa Gayatri Chakravorty Spivak, hace referencia a una situación en la que un grupo, como los intelectuales occidentales, siente que tiene derecho a permanecer en la ignorancia en lo relativo a otras culturas y al mismo tiempo esperar que los individuos de otras culturas conozcan la suya[36].

La ignorancia, como el conocimiento, se puede fingir en ocasiones, tema que veremos más a fondo en el capítulo 8. Los gobiernos pueden negar la existencia de un genocidio al tiempo que son conscientes de las masacres que han ordenado o permitido. Durante mucho tiempo, los sicilianos de a pie fingieron no saber nada de la mafia. En la Inglaterra victoriana, las damas demostraban su nivel de modestia asegurando que desconocían las prácticas sexuales, igual que los caballeros fingían no saber nada del mundo del comercio. La modestia femenina también exigía mentir sobre otros conocimientos, como el

latín, la política o las ciencias naturales (a excepción de la botánica). De ahí que en *La abadía de Northanger,* la novela de Jane Austen, el narrador diga que una mujer, «si tiene la desgracia de saber algo, hará bien en ocultarlo lo mejor que pueda»[37].

Otra distinción muy útil es aquella entre la ignorancia consciente y la inconsciente, donde el uso de la palabra «incons- ciente» se hace en el sentido de no saber, no en el freudiano del que hemos hablado antes. Y se denomina ignorancia «pro- funda» a la falta de conocimiento de la existencia de ciertos temas, incluyendo la carencia de conceptos necesarios para plantear estas preguntas[38]. Lucien Febvre, el historiador francés, dijo algo muy parecido ochenta años antes al señalar ciertas «palabras que faltaban» en el francés del siglo XVI. Según Febvre, esta carencia de términos limitó el desarrollo de la filosofía en ese tiempo, e hizo imposible que alguien se convirtiera en ateo[39].

Otro ejemplo de ignorancia profunda es la ignorancia de modos de pensar diferentes al nuestro; un punto en el que nos enfrentamos a un círculo vicioso. Un modo de pensar determinado persiste porque se da por hecho, por natural, ya sea al nivel básico de lo que Thomas Kuhn denominó «paradigma» científico o al nivel global de los sistemas de creencias. Cuando tratamos de criticar nuestras propias normas, los límites de la autocrítica se hacen evidentes[40].

En el pasado, los historiadores han calificado de «crédulos» a ciertos individuos y grupos a quienes consideraban incapaces de criticar sus propias creencias. Pero esos mismos historiadores estaban ignorando la falta de acceso de los individuos y grupos a otros sistemas de creencias. Es difícil tener la mente abierta en un sistema cerrado[41]. Es difícil, por no decir imposible, poner en duda los sistemas si no existe aunque sea una cierta conciencia de las alternativas, conciencia que suele adquirirse gracias al encuentro con individuos de otras culturas. Estos encuentros expanden el horizonte de expectativas para ambas partes[42].

El avestruz con la cabeza metida en el suelo es un conocido símbolo del no querer saber, o del querer no saber, lo que denominamos ignorancia voluntaria o decidida[43]. El concepto se puede extender para incluir las omisiones o silencios deliberados. Por ejemplo, Michel-Rolph Trouillot, un historiador haitiano, definió cuatro momentos en la generación de conocimiento del pasado en los que los individuos eligen entre comunicar unos datos concretos y

guardar silencio sobre ellos. Los cuatro momentos son la producción de documentos, la conservación en archivos, la recuperación de la información y la utilización de esta en la historia escrita[44].

En la teología católica encontramos un ejemplo de la característica opuesta: la ignorancia involuntaria. Algunos teólogos medievales, entre ellos Tomás de Aquino, utilizaron la expresión «ignorancia invencible» para referirse a los paganos como Aristóteles que no conocían el cristianismo y, por tanto, no fueron responsables de no aceptarlo. Si lo hubieran conocido, se habría tratado de «ignorancia culpable».

La ignorancia culpable puede ser individual o colectiva. A los historiadores sociales les preocupa sobre todo la segunda, como por ejemplo la «ignorancia blanca», expresión acuñada por Charles W. Mills, un filósofo jamaicano, para referirse a los prejuicios sobre los que se asienta el racismo. La ignorancia colectiva sustenta el dominio de un grupo sobre otro porque apunta a que es la situación natural. La ignorancia del dominante le impide interrogarse sobre sus privilegios, mientras que la ignorancia del dominado suele impedir que se rebele. De ahí el esfuerzo de los que tienen el poder por «mantener al pueblo en un estado de ignorancia y estupidez», como dijo Diderot[45].

Lo que ahora conocemos como ignorancia «selectiva» ya lo apuntó hace un siglo el biógrafo Lytton Strachey, con su habitual tono humorístico, al decir que «la ignorancia es el primer requisito del historiador; una ignorancia que simplifica y clarifica, que elige y omite»[46]. La selección puede ser inconsciente, una manera de desinterés, como demuestra un experimento informal: si vemos una película sin el sonido, nos fijamos en gestos y expresiones de los actores que en circunstancias normales nos pasarían desapercibidos.

De manera similar, los diferentes tipos de viajeros se fijan en diferentes aspectos del mismo lugar porque no tienen la misma «mirada», que varía según el género o la profesión a la que se dediquen. La fiabilidad de las observaciones de los viajeros, su conocimiento o ignorancia de los lugares que visitaron, es un problema ya viejo, pero en los últimos tiempos se ha considerado desde la perspectiva de género y se ha sugerido que las viajeras ven cosas diferentes a las que perciben los hombres[47]. La importancia de los entornos domésticos en los cuadernos de viaje escritos por mujeres se ha considerado una manera diferente de «creación de conocimiento»[48].

Lo que han visto las mujeres, lo que han elegido destacar, nos muestra lo que los hombres han elegido ignorar o, sencillamente, no han sido capaces de ver. Un ejemplo famoso del siglo XVIII es la descripción de unos baños públicos para mujeres en Edirne (Adrianópolis) que hizo Lady Mary Wortley Montagu, una viajera inglesa, puesto que, como ella misma señaló, «al hombre que se encontrara en uno de estos lugares solo le espera la muerte»[49]. La variedad de miradas (imperial, etnográfica, médica, mercantil, misionera, etcétera) sugiere que no solo enseñamos al ojo a ver, sino que también hacemos lo contrario: enseñamos al ojo a no ver. La visión y la ceguera están ambas muy arraigadas en los hábitos de las diferentes profesiones.

En la investigación, la búsqueda de una cosa hace que otras pasen desapercibidas. Hay un ejemplo muy reciente: los médicos que se concentraban en detectar el COVID y pasaron por alto otras enfermedades graves[50]. La ignorancia selectiva incluye también lo que Robert K. Merton, un sociólogo estadounidense, denominó ignorancia «específica», es decir, alejarse de manera consciente del conocimiento en un tema para concentrarse en otro: elegir plantearse ciertas preguntas, adoptar ciertos métodos u operar dentro de ciertos paradigmas[51]. En el caso de los historiadores del siglo XX, por ejemplo, el cambio de foco de la historia política a la historia económica, social y cultural conllevó tantas exclusiones como inclusiones, puesto que las diferentes generaciones tenían diferentes áreas de conocimiento y de ignorancia.

La ignorancia también se puede dividir entre activa y pasiva. La ignorancia pasiva se refiere a la ausencia de conocimiento, que incluye la decisión de no ejercerlo. La expresión «ignorancia activa», en el sentido de resistencia a cualquier idea o conocimiento nuevo, lo acuñó el filósofo austríaco Karl Popper, que lo utilizó para describir la oposición de ciertos físicos a las inquietantes aportaciones de Albert Einstein[52]. Se podría ampliar para incluir la costumbre de ignorar lo que no queremos saber, a menudo con consecuencias graves.

Tenemos, por ejemplo, la historia de los colonos británicos en Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, que trataron de ignorar la existencia de los pueblos que habitaban en esas zonas, o como mínimo sus derechos sobre el territorio. Los colonos trataron las tierras como si estuvieran desiertas y no fueran de nadie (ver capítulo 8). De la misma manera, la Declaración Balfour de 1917, que convertía

Palestina en el «hogar nacional» del pueblo judío, ignoraba a los árabes que se encontraban allí, creando de esta manera un problema que a día de hoy, más de un siglo después, aún no se ha resuelto. La pregunta de Lord Curzon, «¿Y qué será de los pueblos de esas tierras?», sigue sin respuesta[53].

La expresión «ignorancia activa» también puede hacer referencia a lo que creemos saber. Como decía Will Rogers, un humorista estadounidense en la tradición de Mark Twain, «la ignorancia no consiste en las cosas que no sabes, sino en las cosas que sabes y no son ciertas». La frase se suele atribuir al propio Twain[54].

Aquí vienen especialmente a cuento expresiones como la «producción» o la «fabricación» de ignorancia, junto con el adjetivo de ignorancia «estratégica». He de reconocer que no me satisfacen del todo las referencias a la «producción» de ignorancia en los casos en que no había conocimiento alguno que la precediera. Prefiero el término antiguo, «ofuscación», o hablar de la producción de «confusión» o «duda», o de mantener la ignorancia, o de poner obstáculos al conocimiento (equivalentes a los obstáculos físicos de los que hablaremos en el capítulo 5). Esto obliga a sacrificar expresiones muy llamativas, pero permite más claridad y un lenguaje más parecido al coloquial siempre que es posible, describiendo como simples mentiras los intentos de engañar al público por motivos políticos o económicos. Pero estoy completamente de acuerdo en que ocultar cosas que el público debe saber es una práctica demasiado común. También se puede calificar de «desinformación» o, de manera más eufemística, de «medidas activas», mientras que el estudio de estas medidas recibe el nombre de agnotología[55].

La ignorancia de los otros es fuente de poder para «los que saben» en campos como la política, los negocios y el crimen. Un estudio sobre Marsella durante la Revolución francesa ha concluido que «el control de la definición de ignorancia» por parte de las élites tuvo implicaciones políticas importantes, lo que el autor denominó «el poder para calificar a otros de ignorantes y, por tanto, descalificar sus opiniones sobre lo relativo a la ciudad»[56]. En el siguiente capítulo analizaremos la afirmación de que los hombres mantienen a las mujeres en la ignorancia para controlarlas.

La ignorancia y sus vecinos

Hasta ahora, nos hemos centrado en tres temas principales: no saber algo, no querer saber algo y no querer que los demás sepan algo. Pero no es posible escribir una historia de estos temas sin introducir conceptos relacionados con ellos. El error, por ejemplo, es fruto de la ignorancia, pero también tiene consecuencias propias y en ocasiones trágicas, como veremos en los capítulos dedicados a la guerra y a los negocios.

Algunos pintores recurren a la ceguera o a la locura para representar la ignorancia en el arte. Por ejemplo, Andrea Mantegna la pintó como una mujer desnuda sin ojos, ya en el siglo XV. Cesare Ripa sugirió representar la ignorancia y sus peligros como una mujer con los ojos vendados caminando por un campo lleno de espinos, o como un niño, también con los ojos vendados, montado en un asno. En el siglo XVIII, Sebastiano Ricci, un artista veneciano, la plasmó como un hombre con orejas de asno, con lo que ilustraba de nuevo la identificación entre ignorancia y estupidez[57].

Hoy en día, la idea de la ignorancia se suele utilizar como paraguas intelectual que cubre conceptos próximos, como la incertidumbre, la negación y hasta la confusión. El tema ya es de por sí suficientemente amplio, así que yo he optado por una definición relativamente limitada de la ignorancia como ausencia. Pero esta elección no implica que me niegue a mirar más allá de la definición. Al igual que los historiadores alemanes que estudian lo que denominan «historia conceptual» *(Begriffsgeschichte),* voy a tratar de reconstruir todo un entramado de ideas relacionadas, centrándome en la ignorancia e incluyendo obstáculos, olvidos, secretos, negación, incertidumbre, prejuicio, malentendido y credulidad[58]. De hecho, uno de los objetivos principales de este estudio es mostrar las conexiones entre este abanico de conceptos y los fenómenos a los que se refieren.

Los obstáculos al conocimiento pueden ser físicos, como la inaccesibilidad del objeto del conocimiento (tema del que se habla en el capítulo 5 al tratar el caso de los europeos en África). También pueden ser mentales, en el sentido de que las ideas tradicionales no se cuestionan e impiden aceptar las nuevas. Los casos de la resistencia a las ideas de Galileo o Darwin, entre otros, se tratarán en el capítulo 4. Los modelos intelectuales o paradigmas proyectan luz, pero a la vez simplifican, así que también tienen un lado oscuro y son un problema para todo lo que no encaje en el modelo[59]. Los obstáculos pueden ser sociales, como en la exclusión de las mujeres y la clase trabajadora de

la educación superior, o políticos, como en el caso de lo que ocultan los gobiernos.

El concepto del olvido, la vuelta atrás del conocimiento a la ignorancia, incluye también el sentido metafórico. La «amnesia» social, estructural o institucional se refiere a la readaptación del pasado, ya sea consciente o inconsciente, a la imagen del presente, así como a la pérdida de información dentro de una organización[60]. Los académicos también tienen que ser conscientes de lo que Robert Merton llamó «amnesia de cita», el olvido de referenciar a los predecesores en su campo específico[61]. Con cierto cinismo, a veces he pensado que hasta los académicos más atentos, los que no tienen problema en reconocer las deudas menos importantes, olvidan a veces citar al predecesor al que más deben.

El secretismo también es relevante cuando se trata el tema de la ignorancia, por supuesto: cualquier secreto no afecta solo al grupo reducido que lo conoce, sino a otro mucho más grande, al que se le oculta. Las actividades clandestinas, como el contrabando, el tráfico de drogas o el lavado de dinero se discutirán en el capítulo 10. La negación es uno de los muchos métodos que se utilizan para mantener al gran público en la ignorancia de hechos o acontecimientos humillantes. Su historia, sobre todo la más reciente, la conocemos demasiado bien: la negación del Holocausto y otros intentos de genocidio, la negación de la relación entre fumar y el cáncer del pulmón, o la negación del cambio climático[62].

Al igual que sucede con otras formas de propaganda, la negación es efectiva gracias a la credulidad, que se puede definir como ignorancia de la importancia y las técnicas de la crítica, sobre todo la crítica de los bulos, las *fake news* que se transmiten a través de diferentes medios: rumores, periódicos, televisión y, en los últimos tiempos, Facebook y Twitter. La credulidad medra en situaciones de incertidumbre. La incertidumbre es el destino de todos los que toman decisiones, ya que nadie conoce el futuro. Pero podemos tomar medidas para prepararnos para él, apoyándonos en el análisis de riesgos y otras formas de predicción de las que nos ocuparemos en el capítulo 14. En cuanto al prejuicio, se podría definir como una valoración hecha desde la ignorancia, en un caso clásico de no saber qué desconocemos. Veremos muchos ejemplos a lo largo de este libro.

La ignorancia es imprescindible para que haya malentendidos, y estos también han desempeñado un papel muy importante y poco

reconocido en la historia de la humanidad[63]. Los malentendidos se vuelven más evidentes cuando los miembros de una cultura chocan por primera vez con miembros de otra. Un ejemplo muy conocido es el encuentro de los hawaianos con el capitán Cook y su tripulación en 1779, que fue analizado por Marshall Sahlins, un importante antropólogo estadounidense. Los hawaianos nunca habían visto a un europeo, y viceversa. Sahlins sugiere que, dado que Cook había llegado durante el festival del dios Lono, los hawaianos lo consideraron una encarnación del mismo. Cuando los británicos socavaron esta interpretación al realizar un regreso inesperado a la isla tras la primera visita, Cook fue asesinado[64].

Como se ha apuntado en este capítulo, la ignorancia es un concepto más complicado de lo que podría parecer a simple vista. No es de extrañar que los filósofos de diferentes partes del mundo le hayan dedicado su atención. En el siguiente capítulo hablaremos de cómo lo han tratado.

3 Gustave Flaubert a Louise Colet, 16 de enero de 1852, en su *Correspondance,* ed. Bernard Masson (París, 1975), 156.

4 Lord Clarendon, *A Compleat Collection of Tracts* (Londres, 1747), 237.

5 George Washington, *Circular to the States*, junio de 1783. Sobre la historia de la frase, ver Lucie Varga, *Das Schlagwort der «Finsteren Mittelalter»* (Baden, 1932); Theodore Mommsen, «Petrarch's conception of the "Dark Ages"», *Speculum* 17 (1942), 226-42.

6 William E. Shepard, «The Age of Ignorance», en *Encyclopaedia of the Qur'an*, 1 (Leiden, 2001), 37-40.

7 William Beveridge, *Social Insurance and Allied Services* (Londres, 1942) [ed. cast. *Seguro social y servicios afines*. Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 1989].

8 Charles Simic, «Age of Ignorance», *New York Review of Books*, 20 de marzo de 2012; «Robert Proctor», en Janet Kourany y Martin Carrier (eds.), *Science and the Production of Ignorance* (Cambridge, 2020), 53.

9 Martin Mulsow, *Prekäres Wissen: Eine andere Ideengeschichte der Frühen Neuzeit* (Berlín, 2012). Cf. Renate Dürr (ed.), *Threatened Knowledge: Practices of Knowing and Ignoring from the Middle Ages to the Twentieth Century* (Londres, 2021).

10 Rhodri Marsden, «Filter Failure: Too Much Information?», *The Independent*, 31 de mayo de 2011. La expresión «fallo del filtro» la acuñó Clay Shirky, profesor de estudios sobre los medios de comunicación en la Universidad de Nueva York. Cf. Shaheed Nick Mohammed, *The (Dis)Information Age: The Persistence of Ignorance* (Nueva York, 2012), 2.

11 Hans Blumenberg, «Curiosity is Enrolled in the Catalogue of Vices», en *The Legitimacy of the Modern Age* (1966: traducción al inglés, Cambridge, 1983), 309-23 [ed. cast. *La*

legitimación de la Edad Moderna. Traducido por Pedro Madrigal. Valencia: Editorial Pre-textos, 2008]; Neil Kenny, *The Uses of Curiosity in Early Modern France and Germany* (Oxford, 2004), 99, y, para una crítica a Blumenberg, 165-7.

12 Eliza Butler, *The Fortunes of Faust* (Cambridge, 1952).

13 Franco Venturi, «Was ist Aufklärung? Sapere Aude!», *Rivista storica italiana* 71 (1959), 119-28.

14 Henry Thoreau, *Walking* (1851) [ed. cast. *Caminar*. Traducido por Edgardo Scott. Buenos Aires: Interzona, 2018].

15 Alain Corbin, *Terra Incognita: A History of Ignorance in the Eighteenth and Nineteenth Centuries* (Cambridge, 2021), 4.

16 Citado en Sandrine Bergès, «Olympe de Gouges versus Rousseau», *Journal of the American Philosophical Association* 4 (2018), 433-51, en 444.

17 José González García, *The Eyes of Justice: Blindness and Farsightedness, Vision and Blindness in the Aesthetics of the Law* (Frankfurt, 2016).

18 John Rawls, *A Theory of Justice* (Cambridge MA, 1971) [ed. cast. *Teoría de la justicia*. Traducido por M. Dolores González. Madrid: FCE, 1979].

19 Wilbert Moore y Melvin Tumin, «Some Social Functions of Ignorance», *American Sociological Review* 14 (1949), 787-96; Heinrich Popitz, *Über die Präventivwirkung des Nichtwissens* (Tübingen, 1968); Roy Dilley, «Reflections on Knowledge Practices and the Problem of Ignorance», *Journal of the Royal Anthropological Institute* 16 (2010), 176-92; Peter Wehling (ed.), *Vom Nutzen des Nichtwissens* (Bielefeld, 2011); Nick Bostrom, «Information Hazards: A Typology of Potential Harms from Knowledge», *Review of Contemporary Philosophy* 10 (2011), 44-79.

20 Susan Matt y Luke Fernandez, «Ignorance is Power, as well as Joy», en Dürr (ed.), *Threatened Knowledge*, (Londres, 2021), 212-31, en 212.

21 Anthony Tjan, «The Power of Ignorance», *Harvard Business Review,* 9 de agosto de 2010 (disponible en hbr.org/2010/08/the-power-of-ignorance.html). Cf. Ursula Schneider, *Das Management der Ignoranz: Nichtwissen als Erfolgsfaktor (*Wiesbaden, 2006), y Piero Formica, *The Role of Creative Ignorance* (Nueva York, 2014).

22 *The New Yorker*, 10 de febrero de 1945. Ford citado en Formica, *Creative Ignorance*, 10, 21. James Ferrier, *Institutes of Metaphysic* (Edimburgo, 1854), 405.

23 Ferrier, *Institutes of Metaphysic*, 405.

24 Halcyon Backhouse (ed.), *The Cloud of Unknowing* (Londres, 2009).

25 Matthias Gross, «"Objective Culture" and the Development of Nonknowledge: Georg Simmel and the Reverse Side of Knowing», *Cultural Sociology* 6 (2012), 422-37, en 433.

26 Michael J. Smithson, «Social Theories of Ignorance», en Robert N. Proctor y Londa Schiebinger (eds.), *Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance* (Stanford CA, 2008),

209-29, en 209-12 [ed. cast. *Agnotología: la producción de la ignorancia.* Traducido por Oroel Marcuello Gil y Chaime Marcuello Gil. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022].

27 Conferencia de prensa, Departamento de Defensa de Estados Unidos, 12 de febrero de 2002, en respuesta a una pregunta sobre la falta de pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, disponible en https://en.wikipedia.org/wiki/There_are_known_knowns.

28 Slavoj Žižek, «What Rumsfeld Doesn't Know That He Knows About Abu Ghraib», *In These Times*, 21 de mayo de 2004. Gracias a Lukas Verburgt por esta referencia.

29 Sigmund Freud, *Introductory Lectures on Psychoanalysis* (1916-17: traducción al inglés, Londres, 1922), 100 [ed. cast. *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Madrid: Amorrortu, 2017].

30 Jacques Lacan, *My Teaching* (Londres, 2008) [ed. cast. *Mi enseñanza.* Barcelona: Paidós, 2012].

31 Charles Mills, «White Ignorance», en Shannon Sullivan y Nancy Tuana (eds.), *Race and Epistemologies of Ignorance* (Albany NY, 2007), 13-28, en 33.

32 «Traces of Terrorism», *The New York Times,* 17 de mayo de 2002.

33 Andrew Abbott, «Varieties of Ignorance», *American Sociologist* 41 (2010), 174-89; Nikolaj Nottelmann, «The Varieties of Ignorance», en Rik Peels y Martijn Blaauw (eds.), *The Epistemic Dimensions of Ignorance* (Cambridge, 2016), 33-56.

34 Gilbert Ryle, «Knowing How and Knowing That», *Proceedings of the Aristotelian Society* 46 (1945-1946), 1-16.

35 Linsey McGoey, *The Unknowers: How Strategic Ignorance Rules the World* (Londres, 2019), 326.

36 Gayatri Chakravorty Spivak, *Critique of Postcolonial Reason* (Cambridge MA, 1999) [ed. cast. *Crítica de la razón poscolonial.* Traducido por Marta Malo de Molina. Barcelona: Akal, 2010].

37 Jane Austen, *Northanger Abbey* (Londres, 1817), cap. 2 [ed. cast. *La abadía de Northanger*. Traducido por Miguel Ángel Pérez Pérez. Madrid: Alianza Editorial, 2019].

38 Paul Hoyningen-Huene, «Strong Incommensurability and Deeply Opaque Ignorance», en Kourany y Carrier (eds.), *Science*, 219-41, en 222.

39 Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au xvi*e *siècle* (París, 1942), 385-8 [ed. cast. *El problema de la incredulidad en el siglo xvi.* Traducido por Isabel Balsinde. Barcelona: Akal, 1993].

40 Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago IL, 1962) [ed. cast. *La estructura de las revoluciones científicas*. Traducido por Carlos Solís Santos. Madrid: Fondo de Cultura, 2017]; Menachem Fisch y Yitzhak Benbaji, *The View from Within: Normativity and the Limits of Self-Criticism* (Indiana, 2011).

41 La discusión clásica sobre este tema se puede ver en Robin Horton, «African Traditional Thought and Western Science», *Africa* 37 (1967), 50-71.

42 Peter Burke, «Alternative Modes of Thought», *Common Knowledge* 28 (2022), 41-60.

43 William Beer, «Resolute Ignorance: Social Science and Affirmative Action», *Society* 24 (1987), 63-9.

44 Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History* (Boston, 1995) [ed. cast. *Silenciando el pasado: el poder y la producción de la historia*. Traducido por Miguel Ángel del Arco Blanco. Granada: Comares, 2017].

45 Carta a Étienne Falconet en 1768, citada por Peter Gay, *The Enlightenment: An Interpretation*, 2, *The Science of Freedom* (Nueva York, 1969), 520.

46 Lytton Strachey, *Eminent Victorians* (Londres, 1918), prefacio [ed. cast. *Victorianos eminentes.* Traducido por Dámaso López García. Barcelona: Penguin Random House, 1998].

47 Roxanne L. Euben, *Journeys to the Other Shore* (Princeton NJ, 2006), 136.

48 Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (Londres, 1992), 159-60; Indira Ghose, *Women Travellers in Colonial India: The Power of the Female Gaze* (Delhi, 1998).

49 Robert Halsband (ed.), *The Complete Letters of Lady Mary Wortley Montagu,* 3 volúmenes (Oxford, 1965-7), vol. 1, 315.

50 Grace Browne, «Doctors Were Sure They Had Covid 19. The Reality Was Worse», *Wired*, 23 de abril de 2021.

51 Robert K. Merton, «Three Fragments from a Sociologist's Notebooks: Establishing the Phenomenon, Specified Ignorance, and Strategic Research Materials», *Annual Review of Sociology* 13 (1987), 1-28. Cf. Peter Burke, «Paradigms Lost: from Göttingen to Berlin», *Common Knowledge* 14 (2008), 244-57.

52 Karl Popper, *Logik der Forschung* (1934: traducción al inglés, *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, 1959) [ed. cast. *La lógica de la investigación científica*. Traducido por Víctor Sánchez de Zavala. Madrid: Tecnos, 2008].

53 David Gilmour, *Curzon* (Londres, 1994), 481.

54 Matt Seybold, «The Apocryphal Twain», https://marktwainstudies.com/category/the-apocryphal-twain, consultado el 12 de mayo de 2022.

55 Robert N. Proctor y Londa Schiebinger, *Agnotology* [ed. cast. *Agnotología: la producción de la ignorancia***.** Traducido por Oroel Marcuello Gil y Chaime Marcuello Gil. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022].

56 William Scott, «Ignorance and Revolution», en Joan H. Pittock y Andrew Wear (eds.), *Interpretation and Cultural History* (Londres, 1991), 235-68, en 241.

57 Sobre la estupidez, ver Carlo Cipolla, *The Laws of Stupidity* (1976: traducción al inglés,

Londres, 2019) [ed. cast. *Las leyes fundamentales de la estupidez humana*. Traducido por María Pons Irazazábal. Barcelona: Crítica, 2013]; Barbara Tuchman, *The March of Folly: From Troy to Vietnam* (Londres, 1984) [ed. cast. *La marcha de la locura: de Troya a Vietnam*. Traducido por Marta Pino Moreno. Barcelona: RBA, 2013].

58 Sobre la historia conceptual, ver Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts* (Oxford, 1995), 27-51.

59 Gaston Bachelard, *The Formation of the Scientific Mind: A Contribution to a Psychoanalysis of Objective Knowledge* (1938: traducción al inglés, Manchester 2002) [ed. cast. *La formación del espíritu científico*. Traducido por José Babini. Barcelona: Planeta DeAgostini, 1985]. Cf. Burke, «Paradigms Lost».

60 John Barnes, «Structural Amnesia» (1947: reimpresión en *Models and Interpretations*, Cambridge, 1990, 226-8); Jack Goody e Ian Watt, «The Consequences of Literacy» [1963: reimpresión en Goody (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, 1968], 27-68 en 32-3; David W. DeLong, *Lost Knowledge: Confronting the Threat of an Aging Workforce* (Oxford, 2004).

61 Robert Merton, *The Sociology of Science* (Chicago IL, 1973), 402-3, citado por Malhar Kumar, «A Review of the Types of Scientific Misconduct in Biomedical Research», *Journal of Academic Ethics* 6 (2008), 211-28, en 214.

62 Stanley Cohen, *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering* (Cambridge, 2001).

63 Entre las excepciones a esta omisión se cuentan Erik Zürcher, *Dialoog der misverstanden* (Leiden, 1962); Wenchao Li, *Die christliche China-Mission im 17. Jht: Verständnis, Unverständnis, Misverständnis* (Stuttgart, 2000); Martin Espenhorst (ed.), *Unwissen und Misverständnisse im vormodernen Friedensprozess* (Göttingen, 2013).

64 Marshall Sahlins, *Islands of History* (Chicago IL, 1985) [ed. cast. 1987. *Islas de historia: La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Traducido por Beatriz López. Barcelona: Gedisa, 1987]. Otro antropólogo, Gananath Obeyesekere, manifestó su desacuerdo con esta interpretación en *The Apotheosis of Captain Cook* (Princeton NJ, 1992).

2
LO QUE DICEN LOS FILÓSOFOS SOBRE LA IGNORANCIA

Que sais-je?

MONTAIGNE

Los filósofos fueron los primeros en tratar el tema de la ignorancia, comenzando hace ya más de 2.500 años. En la antigua China, la colección de dichos atribuidos a Kung Fu Tse, conocido en Occidente como Confucio, incluyen el siguiente párrafo: «Te diré qué es el conocimiento. El conocimiento es saber qué sabemos y también saber qué no sabemos»[65]. De manera semejante, en el texto clásico del taoísmo filosófico, el *Libro del camino (Tao Te Ching)*, atribuido al «Viejo Maestro», Lao Tse, se afirma que «la mejor parte es saber qué no es conocimiento». Esto se ha interpretado en ocasiones como que cualquier cosa que se diga será necesariamente inexacta. Dado que el «Camino» es misterioso, los intentos de describirlo no son más que «palabras huecas»[66].

Por este motivo, otro famoso texto del taoísmo, atribuido a Chuang Tse, estudió el Camino de manera indirecta, a través de una serie de anécdotas como la siguiente: «Nieh Ch'üeh preguntó a Wang Ni: "¿Sabes lo que es cierto según todos?"; "¿Cómo voy a saberlo?", respondió Wang Ni. "¿Sabes que no lo sabes?"; "¿Cómo voy a saberlo?"»[67].

En la antigua Grecia, Sócrates apuntó en la misma dirección. Según su discípulo Platón, Sócrates afirmaba ser más sabio que el hombre que «cree que sabe algo, y no lo sabe», ya que él no creía saber lo que no sabía. En los diálogos de Platón, Sócrates disfruta haciendo que otros, como Menón, sean cada vez más conscientes de que en realidad saben menos de lo que pensaban[68]. Según una fuente posterior, Sócrates afirmó de manera más definitiva que no estaba seguro de nada excepto del hecho de su ignorancia, el famoso «solo sé que no sé nada». Pero, ¿de verdad lo pensaba o es un recurso retórico? Los estudiosos no se ponen de acuerdo[69].

Con Sócrates empieza lo que se ha descrito como el «giro epistemológico» en la filosofía griega. La epistemología es la rama de la filosofía que se ocupa de cómo adquirimos el conocimiento y cómo sabemos que es fiable. En contraposición, la epistemología de la ignorancia se centra en cómo y por qué nos mantenemos en la ignorancia. Estos problemas los discutieron los filósofos griegos, sobre todo la escuela de los escépticos, en la que destaca Pirrón de Elis. Al igual que en el caso de Sócrates, las opiniones de Pirrón solo se conocen gracias a una fuente posterior, *Esbozos pirrónicos,* de Sexto Empírico (*ca.* 160-*ca.* 210)[70].

Los escépticos iban más lejos que Sócrates y cuestionaban la fiabilidad de los diferentes tipos de conocimiento, y elaboraron un método basado en desconfiar de las apariencias. Según ellos, los mismos objetos no producen las mismas impresiones en diferentes personas, como le sucede a un individuo con ictericia, que lo ve todo amarillo. También señalaron que el mismo objeto parece diferente si varían las circunstancias. Por ejemplo, un remo que parece torcido en el agua está recto cuando lo sacamos[71].

Los escépticos creían en la «investigación», el significado original del término *skepsis;* en otras palabras: examinar los argumentos a favor y en contra de una creencia determinada, sin emitir juicio hasta obtener los conocimientos necesarios[72]. Para ser precisos, hay dos tipos de escépticos: los escépticos «dogmáticos», que están seguros de que no se puede saber nada, y los escépticos «reflexivos», que no están seguros ni siquiera de eso.

Existen unos cuantos textos medievales que «complican, hacen problemático o rechazan el conocimiento», pero la tradición griega del escepticismo se perdió durante la Edad Media[73]. El escepticismo clásico resurgió en el Renacimiento europeo, cuando reapareció el texto de *Esbozos pirrónicos*. Este resurgimiento llegó en el momento perfecto, aquel que el filósofo historiador Richard Popkin denomina «la crisis intelectual de la Reforma», señalando que tanto católicos como protestantes tenían mejores argumentos negativos que positivos. Los protestantes socavaron la autoridad de la traducción, mientras que los católicos socavaron la autoridad de la Biblia[74]. Por tanto, ¿qué quedaba?

El escéptico más famoso del Renacimiento, la figura más importante en la recuperación del antiguo escepticismo que se dio en el siglo XVI, fue Michel de Montaigne, que vivió en persona las guerras

entre católicos y protestantes cuando era alcalde de Burdeos. Montaigne convirtió en su lema personal la pregunta *Que sais-je?* (¿Qué sé yo?). Y no estaba solo. Su seguidor, Pierre Charron, adoptó el lema «No lo sé», mientras que Francisco Sánchez, profesor de filosofía en la Universidad de Toulouse, publicó un libro en el que defendía «Que nada se sabe» *(Quod Nihil Scitur)*. Charron y Sánchez parecen escépticos dogmáticos, de los que están seguros de que no se puede saber nada. En contraste, el lema de Montaigne sugiere que era un escéptico reflexivo, que extendía el escepticismo al propio escepticismo[75].

En su *Discurso del método* (1637), Descartes respondió a Montaigne sin nombrarlo, en un ejercicio de «ignorancia metodológica» para pasar de la duda a la certeza[76]. Pese a todo, la tradición de la duda continuó gracias a buen número de escépticos franceses, entre ellos François La Mothe Le Vayer, quien «heredó el manto de Montaigne», y Pierre Bayle, el «superescéptico». El famoso artículo sobre Pirrón en el *Historical and Critical Dictionary* (1697) de Bayle presentaba argumentos a favor y en contra del escepticismo, con lo que dejaba en suspense las dudas y a los lectores[77].

El escepticismo del siglo XVII se puede considerar una expresión filosófica de una conciencia más general de la brecha entre la realidad y las apariencias, conciencia que tuvo una importancia vital en la visión del mundo del Barroco[78]. La famosa obra *La vida es sueño* (1636), de Pedro Calderón de la Barca, ilustra de manera espectacular el famoso argumento escéptico sobre la dificultad de distinguir entre el sueño y la vigilia.

Dos de los filósofos más importantes del siglo XVIII, George Berkeley y David Hume, compartieron la preocupación del siglo XVII por el problema del conocimiento. En contraste, los filósofos del siglo XIX ignoraron la ignorancia, con la importante excepción de un escocés, James Ferrier, autor de *Institutes of Metaphysic* (1854). Ferrier acuñó el término «agnología» *(agnoiology)* para referirse a la teoría de la ignorancia. También introdujo en inglés el término *epistemology* (epistemología) para referirse a la teoría del conocimiento[79].

En tiempos de Ferrier ya se estaba desarrollando el interés por la ignorancia. Por ejemplo, Thomas Carlyle la describió como «la verdadera privación de los pobres» y subrayaba el «amplio universo de la nesciencia», comparado con la «miserable fracción de ciencia» de la humanidad[80]. Karl Marx habló de los obstáculos sociales que se

oponen al conocimiento, entre ellos el interés de la clase burguesa y la «falsa conciencia» de quienes pertenecen a la clase obrera. Una generación más tarde, Freud se ocupó de un obstáculo psicológico, el rechazo inconsciente del conocimiento, que incluye la tendencia a olvidar los hechos que nos avergüenzan[81]. La «amnesia de cita» de la que hemos hablado antes es un buen ejemplo de lo que se podría denominar «psicopatología de la vida académica».

Epistemología social

En los años ochenta del siglo pasado, algunos filósofos dieron un giro social y empezaron a estudiar el conocimiento y la ignorancia de manera diferente. La epistemología tradicional se había centrado en la adquisición de conocimiento por parte de los individuos. En cambio, la epistemología social se centra en las comunidades «cognitivas», como pueden ser los colegios, universidades, empresas, iglesias o departamentos gubernamentales[82].

En cuanto a la epistemología de la ignorancia, el programa consiste en «identificar diferentes formas de ignorancia, examinar cómo se generan y cómo se sostienen, y qué papel desempeñan en las prácticas del conocimiento»[83]. En la práctica, el programa se ha centrado en la ignorancia atribuida al género, la raza y la clase social. Este enfoque tiene un motivo evidente: la entrada generalizada en el mundo académico de las mujeres, las personas negras y miembros de la clase trabajadora, primero como estudiantes y luego como profesores y académicos, que puso de relieve las ignorancias y sesgos de los varones blancos de clase media que habían monopolizado los puestos dominantes. Ha llegado la hora de estudiar con más atención las formas colectivas de ignorancia.

65 *The Sayings of Confucius* (traducción al inglés por James R. Ware, Nueva York, 1955), libro 2, capítulo 17. A día de hoy, los estudiosos creen que esta colección de dichos es una producción colectiva, no individual, que se ha ido incrementando a lo largo de los siglos: Michael Nylan, *The Five «Confucian» Classics* (New Haven CT, 2001).

66 Laozi, *Daodejing*, traducido al inglés por Ernest R. Hughes, capítulo 71 [ed. cast. Lao Tse, *Tao Te Ching.* Traducido por Gabriel García-Noblejas. Madrid: Alianza Editorial, 2017]. Mi gratitud para Cao Yiqiang por aclararme este párrafo. Sobre las «palabras vacías», Geoffrey Lloyd y Nathan Sivin, *The Way and the Word: Science and Medicine in Early China and Greece* (New Haven CT, 2002), 204, 209. Ver también la entrada de Alan Chan, «Laozi», *Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Stanford CA, 2018), https://plato.stanford.edu/archives/win2018/entries/laozi.

67 Chuang Tzu, *Basic Writings* (traducción al inglés por Burton Watson, Nueva York, 1964), 40.

68 Sócrates citado por Platón, *Apology*, 21d, 23a [ed. cast. *Apología de Sócrates*. Traducido por Óscar Martínez García. Madrid: Alianza Editorial, 2014].

69 Diogenes Laertius, *Lives of Eminent Philosophers* (traducción al inglés, 2 volúmenes, Cambridge MA, 1925), vol. 1, 163 [ed. cast. Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos ilustres*. Traducido por Carlos García Gual. Madrid: Alianza Editorial, 2010]. Cf. W. K. C. Guthrie, «The Ignorance of Socrates», *History of Greek Philosophy* (Cambridge, 1969), 3, 442-9 [ed. cast. *Historia de la filosofía griega.* Traducido por Alberto Medina González. Barcelona: RBA, 2006]; Gregory Vlastos, «Socrates' Disavowal of Knowledge», *Philosophical Quarterly* 35 (1985), 1-31; Gareth Matthews, *Socratic Perplexity and the Nature of Philosophy* (Oxford, 1999); Hugh Benson, *Socratic Wisdom* (Nueva York, 2000).

70 Jacques Brunschwig, «Pyrrhon» y «Scepticisme», en Brunschwig y Geoffrey Lloyd (eds.), *Le savoir grec* (París, 1996), 801-6, 1001-20; Brunschwig, «The Beginnings of Hellenistic Epistemology», en Keimpe Algra *et al.* (eds.), *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy* (Cambridge, 1999), 229-59, en 229, 241, 246; Luca Castagnoli, «Early Pyrrhonism», en James Warren y Frisbee Sheffield (eds.), *The Routledge Companion to Ancient Philosophy* (Londres, 2014), 496-510.

71 Sextus Empiricus, *Outlines of Pyrrhonism* (traducción al inglés, Nueva York, 1933), 27-9 [ed. cast. *Esbozos Pirrónicos.* Traducido por Antonio Gallego Cao y Teresa Muñoz Diego. Barcelona: RBA, 2009].

72 Michael Frede, «The Skeptic's Beliefs» (1979), reimpreso en *Essays in Ancient Philosophy* (Oxford, 1987), 179-200, en 186; Katja Vogt, «Ancient Skepticism», en Edward N. Zalta (ed.), *Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Stanford CA, 2018), plato.stanford.edu/entries/skepticism-ancient.

73 Nicolette Zeeman, Kantik Ghosh y Dallas Denery II, «The Varieties of Uncertainty», en Denery, Ghosh y Zeeman (eds.), *Uncertain Knowledge: Scepticism, Relativism and Doubt in the Middle Ages* (Turnhout, 2014), 1-12, en 9.

74 Richard Popkin, *The History of Scepticism: From Savonarola to Bayle* (1964: 3.ª ed., Nueva York, 2003), 1-16, 50. Sobre el contraste entre el escepticismo antiguo y el moderno, Myles Burnyeat en Richard Popkin y Charles Schmitt (eds.), *Skepticism from the Renaissance to the Enlightenment* (Wiesbaden, 1987), 13-14.

75 Popkin, *History of Scepticism*, 44-57 (Montaigne) y 57-61 (Charron).

76 Michael Moriarty, «Montaigne and Descartes», en Philippe Desan (ed.), *The Oxford Handbook of Montaigne* (Oxford, 2016). La expresión «ignorancia metodológica» se la debo a Lukas Verburgt.

77 Elisabeth Labrousse, *Pierre Bayle*, 2 (La Haya, 1963-4).

78 Peter Burke, «The Age of the Baroque» (1998: original inglés en Burke, *Identity, Culture and Communications in the Early Modern World,* Brighton, 2018, 119-48, en 120.

79 Ferrier, *Institutes of Metaphysic*; Jenny Keefe, «James Ferrier and the Theory of Ignorance», *The Monist* 90 (2007), 297-309.

80 Thomas Carlyle, *Sartor Resartus* (1831) [ed. cast. *Sartor Resartus*. Traducción por Miguel Temprano García. Barcelona: Alba Editorial, 2012]. Cf. Ruth apRoberts, «Carlyle and the History of Ignorance», *Carlyle Studies Annual* 18 (1998), 73-81.

81 Sobre Marx y Freud, ver Sandra Harding, «Two Influential Theories of Ignorance and Philosophy's Interests in Ignoring Them», *Hypatia* 21 (2006), 20-36.

82 Steve Fuller, *Social Epistemology* (Bloomington IN, 1988, 2.ª ed. 2002), xxix. Cf. Miranda Fricker y Jennifer Hornsby (eds.), *The Routledge Handbook of Social Epistemology* (Londres, 2000).

83 Shannon Sullivan y Nancy Tuana, «Introduction», en Sullivan y Tuana (eds.), *Race and Epistemologies of Ignorance*, 1.

3
IGNORANCIA COLECTIVA

> En algún momento tendremos que profundizar en el concepto de la ignorancia masculina.
>
> MICHÈLE LA DŒUFF

En los capítulos anteriores se ha puesto el énfasis sobre las ignorancias de los individuos. En este, voy a centrarme en las ignorancias compartidas de ciertas comunidades cognitivas, grandes y pequeñas: organizaciones, clases sociales, razas y géneros.

Ignorancia organizativa

La expresión «ignorancia organizativa» se acuñó para denominar la falta de intercambio de conocimiento dentro de una organización[84]. Esta carencia puede ser en ocasiones una ventaja, al menos en el caso de las organizaciones clandestinas como Al Qaeda, dividida en células que ignoran la composición y actividades de las otras, de manera que la información que pueda proporcionar un individuo sometido a interrogatorio sea muy limitada.

Pero lo más habitual es que la ignorancia organizativa sea un lastre. Por ejemplo, los gerentes o directivos pueden no saber lo que es bien sabido en la tienda. Los empleados que han trabajado mucho tiempo en el mismo lugar adquieren un conocimiento implícito que se perderá cuando se jubilen o cuando cambien de puesto, porque no se propicia que lo compartan. La pérdida de conocimientos por falta de comunicación dentro de una organización se ha denominado «amnesia corporativa»[85].

En su análisis clásico de las organizaciones, el sociólogo francés Michel Crozier llegó a la conclusión de que «una organización burocrática […] está compuesta por una serie de estratos superpuestos que no mantienen una buena comunicación entre ellos». En la agencia administrativa objeto de su estudio, una oficinista dijo al investigador

que los supervisores «están demasiado por encima del flujo real de trabajo como para entender lo que sucede». Así, la centralización de poder en la organización genera un «punto ciego». «Los que tienen la información necesaria no tienen el poder de decisión, y los que tienen el poder de decisión carecen de la información necesaria»[86].

El fallo en la transmisión de información a nivel horizontal también genera problemas. La falta de comunicación entre los diferentes departamentos de gobierno es un ejemplo muy claro. En los primeros tiempos de la Europa moderna, las financias gubernamentales estaban compartimentadas. Supongamos, por ejemplo, que el rey te concede una pensión. Ese gasto se asociará a una fuente de ingresos reales específica. Pero, si en un año concreto esa fuente no genera ingresos, nadie te pagará la pensión, incluso aunque el rey tenga superávit; puesto que nadie tiene la información sobre si ha habido superávit o no, nadie puede ver la imagen completa.

Un ejemplo especialmente memorable de desastre provocado por la ignorancia organizativa fue la explosión de Chernóbil en 1986. Los ingenieros y el gerente de la planta eran muy conscientes de lo peligroso de la situación, pero siguieron las órdenes de los dirigentes del partido comunista, que les impusieron fechas y cuotas que no podían cumplir sin correr riesgos adicionales. El partido quería ciertos resultados, pero no sabía o no quería saber nada de los riesgos que había que correr para conseguirlos[87].

El desastre fue un ejemplo de lo que se ha dado en denominar «Síndrome Ch-Ch», comparando Chernóbil con otra catástrofe de 1986, cuando el *Challenger,* un transbordador estadounidense, estalló en llamas un momento después de despegar. Las dos catástrofes fueron «resultado de fallos en el control de calidad, presión política, incompetencia y encubrimientos»[88]. Chernóbil es también un ejemplo extremo de las consecuencias de la falta de conocimiento local, de lo que el antropólogo James C. Scott ha definido como ver «con ojos de Estado»[89].

Esta «ignorancia local», como se podría denominar, se encuentra en muchos campos: en los negocios, en la política, en la guerra… Las personas que trabajan «sobre el terreno» comprenden las condiciones locales, mientras que el cuartel general, más alto en la jerarquía de mando, da órdenes desde su ignorancia de estas condiciones, pero son órdenes que no se pueden cuestionar. Desde la cima es más fácil tener una imagen general de cualquier situación, pero al precio de perder de

vista buena parte de lo que sucede abajo. Veremos muchos ejemplos en capítulos posteriores.

Clase

Los miembros de las clases superiores, en muchos lugares y épocas, han ignorado por completo cómo vivían las personas normales. Un desconocimiento que se suele simbolizar con la famosa frase (apócrifa) de María Antonieta: si los pobres no tienen pan, «que coman pasteles» *(qu'ils mangent de la brioche)*. Las clases superiores han tenido a menudo una imagen distorsionada de las inferiores, a cuyos miembros veían como seres grotescos, más animales que humanos.

Por ejemplo, en el Japón del siglo X, una noble, Lady Sei Shōnagon, dijo que la «gente corriente» que tomaba parte en una peregrinación «era un enjambre de orugas» y describió el «extraño» comportamiento de los carpinteros que almorzaban a toda prisa. En Inglaterra, durante la época de la revolución campesina de 1381, el poeta John Gower escribió acerca de la «malévola disposición» de la «gente corriente» y los comparó con bueyes que se negaran a que los uncieran al arado. En Francia, en un fragmento ahora famoso de sus *Caractères* (1688), Jean de La Bruyère escribió sobre los campesinos franceses de su tiempo y dijo que eran como «ciertos animales salvajes» quemados por el sol que, cuando se ponían en pie, «mostraban un rostro humano», una manera de utilizar la técnica de distanciación para conmocionar a los lectores y obligarlos a reconocer su humanidad compartida[90].

También se ha dicho mucho —sobre todo los marxistas— acerca de la manera en que las clases dominantes han mantenido en la ignorancia o desinformación al «vulgo» para tenerlo controlado. En este contexto nace la famosa frase de Marx: «La religión es el opio del pueblo» *(Die Religion ist das Opium des Volkes)*; que les ofrece la «felicidad ilusoria», de manera que los pobres se conformen con su suerte[91].

La versión más compleja del marxismo llega de la mano de Antonio Gramsci, el filósofo italiano, con su idea de «hegemonía intelectual, moral y política». Según Gramsci, la clase dominante no domina solo por la fuerza, sino gracias a una combinación de fuerza y persuasión, coerción y consentimiento. El elemento de persuasión es indirecto, al menos en parte: las clases subordinadas o «subalternas» *(classi*

subalterni) aprenden a ver la sociedad a través de los ojos de sus gobernantes[92]. Más adelante, Michel Foucault describiría sus conocimientos como «sometidos» *(savoirs assujettis)*[93]. Las afirmaciones, a veces crípticas, en los cuadernos de prisión de Gramsci se complementan con un análisis de Edwin y Shirley Ardener, dos antropólogos británicos, sobre los que ellos denominaron «los grupos enmudecidos». Al carecer de un modelo propio, estos grupos «ven necesario estructurar su mundo a través del modelo o modelos de grupo dominante»[94].

Raza

La frase «epistemología de la ignorancia» fue acuñada por Charles W. Mills en el contexto del análisis del racismo, cuando señaló la falta de estudios filosóficos sobre el tema, en comparación con la abundancia de estudios sobre el género, y empezó a llenar ese vacío. Mills dijo que «los blancos han acordado no reconocer a los negros como personas iguales a ellos», o incluso como personas *tout court.* Consideró que esta manera de ignorar a las personas negras era un tipo de etnocentrismo, una asunción de la superioridad blanca. Más tarde, pasó a denominar a este consenso implícito «ignorancia blanca», un concepto que los estudios de la educación han aceptado[95]. El mismo concepto se puede utilizar para hacer referencia a otros problemas. Uno de ellos, un problema al que se está empezando a poner remedio, es la ignorancia de la importancia de la esclavitud africana en el desarrollo del capitalismo del siglo XIX. Otro es la permanente falta de reconocimiento de los logros de los escritores, artistas y filósofos negros por parte de los blancos, un desconocimiento que revela una mezcla de simple ignorancia con ignorancia deliberada o, al menos, parcialmente deliberada.

Un claro ejemplo de esta ignorancia, en el sentido de no percibir algo importante, lo encontramos en un conocido fragmento de *Intruso en el polvo* (1948), la novela de William Faulkner, en el que hace referencia a lo que Freud denominó «compulsión de repetición», en este caso la necesidad de los derrotados en un conflicto de revivir mentalmente el pasado una y otra vez. El ejemplo de Faulkner es el letal ataque del general Pickett y sus hombres en la batalla de Gettysburg, que llevó a la derrota del bando sureño en la guerra civil:

«En cada muchacho sureño de catorce años, no una vez sino siempre que lo desee, existe ese instante en que aún no son las dos de aquella tarde de julio de 1863», de modo que el fatal ataque aún no ha tenido lugar. Sin duda, Faulkner estaba pensando en «cada muchacho sureño blanco». Su omisión del adjetivo es un desliz freudiano que saca a la luz su identidad y sus valores.

Ignorancia femenina

Un importante estímulo para el giro social de la epistemología llegó gracias a un hecho ajeno a la filosofía: el auge del feminismo. Los hombres han ignorado o devaluado durante mucho tiempo los conocimientos y la credibilidad de las mujeres, basándose en el principio de que «lo que yo no sé no es conocimiento»[96]. Hay una expresión común para denominar el conocimiento no fiable que se utilizó ya en la antigua Roma y ha llegado hasta la Europa moderna: *fabulae aniles*, o los «cuentos de viejas». La partería, el oficio de las comadronas, un arte practicado desde siempre por las mujeres, fue usurpado por los médicos y cirujanos varones en el siglo XVIII, sobre todo, pero no exclusivamente, en Inglaterra. Los invasores, armados con un instrumento nuevo —los fórceps—, consideraban ignorantes a sus competidoras femeninas. «Las matronas se vieron atrapadas en una trampa doble: lo ignoraban todo sobre los nuevos métodos porque no podían ir a la universidad, pero no podían ir a la universidad porque eran mujeres»[97].

La ignorancia femenina se alentó en muchas esferas en los primeros tiempos de la Europa moderna. Podemos ver una formulación clásica de la sabiduría masculina convencional en el tratado del siglo XVII para la educación de las niñas (sobre todo las niñas de buena familia) escrito por el arzobispo François Fénelon; este libro tuvo un éxito considerable, no solo en Francia, sino también en las traducciones y adaptaciones inglesas del siglo XVIII.

Fénelon recomendaba que las niñas recibieran instrucción religiosa y que se les enseñara a llevar una casa, a leer y a escribir. También recomendaba la aritmética para las cuentas del hogar. Por otra parte, el arzobispo no veía la necesidad de que las niñas aprendieran idiomas extranjeros, como el italiano o el español. Las mujeres no iban a gobernar un Estado, ni a practicar la abogacía o el sacerdocio, ni

tampoco se alistarían en el ejército, así que no les hacía ninguna falta estudiar política, jurisprudencia, teología o el arte de la guerra. Y, además, debían evitar lo que Fénelon denominó «una curiosidad indiscreta e insaciable» *(une curiosité indiscrète et insatiable)*[98].

En la Inglaterra del siglo XIX, el tema de la ignorancia femenina aparece en novelas famosas (y es irónico que sea en novelas escritas por mujeres). En *La abadía de Northanger* (1817), de Jane Austen, el narrador dice de la heroína Catherine Morland: «su conversación amena, su porte distinguido [...] compensaba la falta de los conocimientos que, al fin y al cabo, tampoco poseen otros cerebros femeninos a la edad de diecisiete años»; Henry Tilney, amigo de Catherine, se burla de ella por esto mismo. En *Middlemarch* (1870-71), de George Eliot, en la última página hay (o había, antes de que la borrara) una referencia a los «sistemas de educación que hacen que el conocimiento de la mujer sea un nombre alternativo de la ignorancia más variopinta»[99]. De manera semejante, Virginia Woolf, que nació en 1882, temía que las lagunas en su educación la hicieran «miembro no de la *intelligentsia*, sino de la *ignorantsia*»)[100].

En el lenguaje de los Ardener, las mujeres de la Edad Moderna se podrían describir como «grupo enmudecido». Pero algunas de las primeras —feministas antes del feminismo—, junto con algún que otro hombre, encontraron las palabras para protestar contra la acusación de ignorancia que se lanzaba contra las mujeres y contra el restringido currículum del régimen tradicional de la educación femenina.

En la Francia del siglo XV, Christine de Pizán ya afirmó que las artes inventadas o descubiertas por las mujeres eran más útiles para la humanidad que las inventadas o descubiertas por los hombres. En su libro sobre la «Ciudad de las damas», la narradora, «Cristina», pregunta a la dama Razón «si conocéis algunas [mujeres] que por intuición, saber, inteligencia o ingenio hayan inventado algunas nuevas técnicas o ciencias necesarias y provechosas que se desconocían hasta entonces». Dama Razón le responde con una lista de mujeres semejantes, entre ellas Minerva, inventora de la armadura; Ceres, inventora de la agricultura; Aracne, inventora de los tapices, y Pánfila, que descubrió cómo hacer seda»[101].

En la República Holandesa del siglo XVII, Anna Maria van Schurman, una polímata, escribió en latín un tratado en el que se pedía un currículum educativo más amplio para las niñas. Defendió que el estudio de todas las artes liberales era «perfectamente adecuado

para las mujeres cristianas», y que las mujeres no debían quedar al margen del conocimiento teórico de las leyes, la guerra y la política[102].

Más avanzado ese mismo siglo, el filósofo François de la Barre argumentó que las mujeres no habían tomado parte en los diferentes campos del aprendizaje no por falta de capacidad, sino porque se las había «excluido del aprendizaje» *(exclues des sciences)*. En resumen, «la mente no tiene sexo» *(l'esprit n'a point de sexe)*[103].

Más o menos por esa época, las filósofas Gabrielle Suchon en Francia y Margaret Cavendish y Mary Astell en Inglaterra estaban defendiendo también una educación más amplia para las mujeres. Suchon investigó «la fuente, orígenes y causas» de la ignorancia femenina, y culpó de ella a «aquellos que quieren que las mujeres permanezcan en la oscuridad, privadas de la luz del conocimiento». Afirmó que los hombres excluyen a las mujeres de los medios para adquirir conocimientos para dominar a «aquellas a quienes quieren mantener en estado de dependencia»[104]. Cavendish, mujer noble que tenía acceso a libros en abundancia, se quejó de que las mujeres «no eran instruidas en escuelas y universidades».

En cuanto a Astell, hija de un comerciante, escribió que «la ignorancia es la causa de la mayoría de los vicios femeninos». Esta ignorancia no era culpa de ellas, ya que se les negaba el acceso al conocimiento: «Las mujeres están desde la infancia privadas de las ventajas cuya carencia luego se les reprocha». A los chicos se los anima a estudiar, mientras que las chicas están «restringidas», apartadas del «Árbol del Conocimiento». «Si no es posible mantenerlas tan ignorantes como sus amos las quieren, son vistas como monstruos». Para remediar esta ignorancia, propuso fundar una universidad para damas[105].

En el siglo XVIII, la ignorancia femenina fue el tema de dos textos ingleses: *Woman Not Inferior to Man* (1739), publicado bajo el pseudónimo de «Sophia», y *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), de Mary Wollstonecraft. Ambos textos fueron traducidos a otros idiomas a principios del siglo XIX, aunque en las versiones francesa y portuguesa el texto de Sophia se atribuyó a Mary[106].

Sophia culpaba de la ignorancia femenina a los hombres «por no proporcionarles los medios para huir de la superstición». Wollstonecraft aseguraba que «la misma constitución de los gobiernos civiles ha puesto siempre obstáculos insuperables en el camino para impedir el cultivo del entendimiento femenino», y que «en el presente

la ignorancia hace que las mujeres sean consideradas estúpidas o crueles». Se pregunta «por qué se las debería mantener en la ignorancia bajo el nombre engañoso de inocencia»[107]. En resumen: en los primeros tiempos de la Europa moderna, algunas mujeres reconocieron su ignorancia y culparon de ella a los hombres.

A finales del siglo XX, la situación descrita en la sección anterior se invirtió. Las feministas pasaron a negar la ignorancia femenina y acusaron a los hombres de ignorar el conocimiento de las mujeres. Michèle Le Dœuff, la filósofa francesa, llegó a la conclusión de que «en algún momento tendremos que examinar el concepto de la ignorancia masculinista»[108]. Las mujeres eran a menudo conscientes de su ignorancia, mientras que los hombres rara vez veían la suya.

Al comienzo de la era moderna ya hubo unas pocas mujeres que defendían en letra impresa la igualdad (y en ocasiones la superioridad) de las mujeres, y se quejaban de la resistencia de los hombres a la hora de reconocer sus logros. Lucrezia Marinella sugirió que, bajo la crítica masculina a las mujeres, había una necesidad de sentirse superior, mientras que Mary Astell señaló que las historias escritas por hombres se limitaban a glosar sus hazañas, mientras que omitían por envidia los logros de las mujeres[109].

La carrera académica y científica de las mujeres en los siglos XIX y XX hace evidente que los hombres se siguen resistiendo a reconocer sus logros, más aún en casos en que las mujeres han colaborado con ellos[110]. Hay desdichados ejemplos del borrado de las científicas en un caso claro de no querer saber, como los de Mary Anning, Lise Meitner y Rosalind Franklin[111].

Se suele decir que Mary Anning era coleccionista y comerciante de fósiles, descripción que oculta la contribución a la paleobiología que hizo al identificar los restos de dinosaurios en Dorset, en la primera mitad del siglo XIX[112]. La física Lise Meitner tomó parte en el descubrimiento de la fisión nuclear en los años treinta del siglo pasado, pero el premio Nobel por este trabajo fue para su colega varón, Otto Hahn.

James Watson minimizó las investigaciones de la cristalógrafa Rosalind Franklin, la «dama oscura del ADN», antes de recibir el Nobel con Francis Crick y Maurice Wilkins por este descubrimiento. Crick y Watson habían utilizado las fotografías de rayos X de Rosalind Franklin, sin pedir permiso y sin darle crédito, para el artículo que se publicó en *Nature* y que cimentó su reputación. Se ha apuntado que

los tres ganadores del premio fueron parte de una conspiración masculina para excluir a Franklin. Como mínimo, la falta de reconocimiento de su contribución es uno de los ejemplos más flagrantes de «amnesia de cita» en la historia de la ciencia[113].

En el campo de las humanidades, Alice Kober, académica estadounidense, es la Franklin de los estudios clásicos, ya que, al menos durante un tiempo, fue literalmente omitida en la famosa historia del desciframiento del famoso sistema de escritura griego conocido como «lineal B»[114]. En la historia de la filosofía, se ha prestado atención en tiempos recientes a mujeres olvidadas en el pasado[115]. De la misma manera, en el caso del arte, figuras tan importantes como Artemisia Gentileschi, pintora barroca, o Mary Cassatt, impresionista, han pasado a estar incluidas en el canon pictórico gracias a historiadoras del arte como Linda Nochlin y Griselda Pollock[116].

Para reducir estas ignorancias, las feministas fundaron los «Women's Studies», los estudios de las mujeres. En 1969 arrancó en la Universidad de Cornell un programa pionero. Lo siguieron revistas como *Feminist Studies, Signs* e *Hypatia.* La perspectiva multidisciplinar de los Women's Studies, que más tarde se amplió a «Gender Studies» (estudios de género), merece énfasis. El Cambridge Centre for Gender Studies cuenta hoy en día con académicas en más de veinte departamentos de la universidad. Las feministas comenzaron señalando la falta de investigaciones sobre las mujeres, su «invisibilidad» para los académicos (en su mayoría, varones) que las habían ignorado[117]. Para poner remedio a esta situación no bastaba con «añadir mujeres» a lo que se sabía sobre los hombres, de modo que señalaron dos puntos generales sobre los huecos en lo que los varones denominan «conocimiento».

El primero de estos puntos fue una crítica de la objetividad científica, que falla por su sesgo masculino y su falta de comprensión de que todo conocimiento es relativo a una perspectiva o localización social[118]. El segundo punto fue que las mujeres tenían sus maneras propias de conocer, generalmente ignoradas por los hombres. Se defendió que la «emoción», considerada femenina, es «vital para un conocimiento sistemático», y que las disciplinas masculinizadas han institucionalizado «un énfasis en la racionalidad que socava el valor de la intuición»[119]. También se defiende que la epistemología tradicional, masculina, ignora «el conocimiento de la otredad»[120]. En otras

palabras, que los hombres se concentran en *savoir,* y las mujeres en *connaître.* Si es así, al final resulta que la mente sí tiene sexo.

En estas publicaciones y en otras semejantes, el contraste entre la manera de pensar masculina y la femenina, la primera objetiva y la segunda subjetiva, es demasiado drástica. Por ejemplo, las científicas no tienen ningún problema para utilizar la razón, mientras que algunos hombres emplean a menudo la intuición. En un análisis clásico del contraste, Evelyn Fox-Keller, física y feminista, defendió que «la asociación entre lo masculino y la objetividad o, más exactamente, entre lo masculino y lo científico queda eclipsada» por las variantes individuales. En cualquier caso, esta asociación no es genética, sino que parte de un sistema de creencias motivado por las experiencias anteriores de hombres y mujeres[121].

84 Joanne Roberts, «Organizational Ignorance», en Matthias Gross y Linsey McGoey (eds.), *Routledge International Handbook of Ignorance Studies* (Londres, 2015), 361-9; Tore Bakken y Erik-Lawrence Wiik, «Ignorance and Organization Studies», *Organization Studies* 39 (2018), 1109-20. Cf. «Systemic ignorance», en Moore y Tumin, «Social Functions», 789.

85 David DeLong, *Lost Knowledge. Confronting the Threat of an Aging Workforce* (Oxford, 2004).

86 Michel Crozier, *The Bureaucratic Phenomenon* (1963: traducción al inglés, 1964), 190, 42, 51.

87 Serhii Plokhy, *Chernobyl: History of a Tragedy* (Londres, 2018), 20, 34, 43, 54.

88 Silvio Funtowicz y Jerome Ravetz, *Uncertainty and Quality in Science for Policy* (Dordrecht, 1990), 1.

89 James C. Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed* (New Haven CT, 1998). Cf. Roy Dilley y Thomas G. Kirsch (eds.), *Regimes of Ignorance: Anthropological Perspectives on the Production and Reproduction of Non-Knowledge* (Oxford, 2015).

90 Sei Shōnagon, *Pillow Book* (traducción al inglés, Londres, 1960), 66; Ivan Morris, *The World of the Shining Prince: Court Life in Ancient Japan* (Oxford, 1964), 85 [ed. cast. *El mundo del príncipe resplandeciente*. Traducido por Jordi Fibla. Girona: Atalanta, 2014]; Mark Bailey, «The Peasants and the Great Revolt», en Sian Echard y Stephen Rigby (eds.), *Historians on John Gower* (Cambridge, 2019), cap. 4; sobre La Bruyère, Carlo Ginzburg, *Occhiacci di Legno: Nove Riflessioni sulla Distanza* (Milán, 1998), 26.

91 Andrew McKinnon, «Reading "Opium of the People"», *Critical Sociology* 31 (2005), 15-38, en 17. El texto de Marx es *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie* (1844).

92 Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, ed. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith (Londres, 1971), 58 [ed. cast. *Cartas desde la cárcel.* Traducido por Esther Benítez. Madrid: Veintisiete Letras, 2010].

93 Michel Foucault, *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings* (Brighton, 1980), 8.

94 Shirley Ardener, «Introduction», en Ardener (ed.), *Perceiving Women* (Londres, 1975), vii-xxiii, en 12. Cf. Shirley Ardener, «Ardener's Muted Groups: The Genesis of an Idea and its Praxis», *Women and Language* 28 (2005), 50-54; Gayatri Spivak, *Can the Subaltern Speak*? (Basingstoke, 1988) [ed. cast. *¿Pueden hablar los subalternos?* Traducido por Manuel Asensi. Barcelona: MACBA, 2009].

95 Charles W. Mills, *The Racial Contract* (Ithaca NY, 1997), 97; Mills, «White Ignorance», 11-38, en 17; Eric Malewski y Nathalia Jaramillo (eds.), *Epistemologies of Ignorance in Education* (Charlotte NC, 2011).

96 Sobre la credibilidad femenina, ver Lorraine Code, *¿What Can She Know? Feminist Theory and the Construction of Knowledge* (Ithaca NY, 1991), 222-64.

97 Jean Donnison, *Midwives and Medical Men: A History of Inter-Professional Rivalries and Women's Rights* (Londres, 1977), 21-41; Londa Schiebinger, *The Mind Has No Sex? Women in the Origins of Modern Science* (Cambridge, 1989), 108 [ed. cast. *¿Tiene sexo la mente?* Traducido por María Cóndor Orduña. Madrid: Cátedra, 2004]. Cf. Ruth Ginzberg, «Uncovering Gynocentric Science», *Hypatia* 2 (1987), 89-105, en 95, 102.

98 François Fénelon, *L'éducation des filles* (1687: nueva edición, París, 1885), caps. 1-2.

99 Sobre el borrado, Andrew Bennett, *Ignorance: Literature and Agnoiology* (Manchester, 2009), 203, nota 14.

100 Virginia Woolf, *Tres guineas* (1938), citada por William Whyte en «The Intellectual Aristocracy Revisited», *Journal of Victorian Culture* 10 (2005), 15-45, en 20.

101 Christine de Pizan, *The Book of the City of Ladies* (1405: traducción al inglés, Nueva York, 1998), 70-83 [ed. cast. *La ciudad de las damas*. Traducido por Carmen Martín Gaite. Madrid: Siruela, 2022].

102 Anna Maria van Schurman, *De ingenii muliebris ad doctrinam et meliores litteras aptitudine* (1638: traducción al inglés *The Learned Maid*, Londres, 1659).

103 François Poullain de la Barre, *L'égalité des deux sexes* (1671; edición bilingüe, *The Equality of the Two Sexes*, Lampeter, 1989), 6-7, 29-30, 84.

104 Gabrielle Suchon, *Traité de la Morale* (París, 1693), 3, 11-12; selección, edición y traducción de Domna Stanton y Rebecca Wilkins, *A Woman Who Defends All the Persons of Her Sex* (Chicago IL, 2010), 73, 133. Cf. Michèle Le Dœuff, *The Sex of Knowing* (1998: traducción al inglés, Nueva York, 2003), 36, 40.

105 Se cita a Cavendish en Schiebinger, *¿The Mind Has No Sex?*, 48; Mary Astell, *A serious proposal to the ladies* (1694-7: nueva edición, Londres, 1997), 1, 25-6; Astell, *Reflections Upon Marriage* (1700: reproducido en *Political Writings*, ed. Patricia Springborg, Cambridge, 1996), 28.

106 Maria Lúcia Pallares-Burke, «Globalizing the Enlightenment in Brazil», *Cultural History* 9 (2020), 195-216.

107 «Sophia», *Woman Not Inferior to Man* (Londres, 1739), 45; Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman* (Londres, 1792), capítulos 4 y 13, sección 6 [ed. cast. *Vindicación de los derechos de la mujer*. Traducido por Marta Louis González. Barcelona: Penguin, 2020].

108 Le Doeuf, *Sex of Knowing*, 104.

109 Se cita en Joan Kelly, «Early Feminist Theory and the "Querelle des Femmes"», *Signs* 8 (1982), 4-28, en 18, 20, 25.

110 Este problema es el centro de atención de varios estudios recientes, como Jill Tietjen, *Engineering Women: Re-visioning Women's Scientific Achievement and Impact* (Cham, 2017), y otras contribuciones como la serie de Springer «Women in Engineering and Science».

111 Para una perspectiva general, ver Evelyn Fox-Keller, *Reflections on Gender and Science* (New Haven CT, 1985) [ed. cast. *Reflexiones sobre género y ciencia*. Traducido por Ana Sánchez Torres. Valencia: Alfons el Magnànim, 1991]; Schiebinger, *The Mind Has No Sex?* (Cambridge, 1991).

112 Ruth Sime, *Lise Meitner: A Life in Physics* (Berkeley CA, 1996); Hugh Torrens, «Anning, Mary», *Oxford Dictionary of National Biography 2* (Oxford, 2004), 240-41.

113 James Watson, *The Double Helix: A Personal Account of the Discovery of DNA* (1968: 2.ª ed., Londres, 1997) [ed. cast. *La doble hélice: relato personal del descubrimiento de la estructura del ADN*. Traducido por María Luisa Rodríguez Tapia. Madrid: Alianza Editorial, 2011]. Cf. Howard Markel, *The Secret of Life: Rosalind Franklin, James Watson, Francis Crick and the Discovery of DNA's Double Helix* (Nueva York, 2021), 313, 315, 333, 387, y sobre la «conspiración», 200, 335, 360, 385 [ed. cast. *El secreto de la vida: Rosalind Franklin, James Watson, Francis Crick y el descubrimiento de la doble hélice del ADN*. Traducido por José C. Vales. Madrid: La Esfera de los Libros, 2022].

114 Compárese John Chadwick, *The Decipherment of Linear B* (Cambridge, 1958), con Margalit Fox, *The Riddle of the Labyrinth: The Quest to Crack an Ancient Code* (Londres, 2013).

115 Ruth Hagengruber y Sarah Hutton (eds.), *Women Philosophers from the Renaissance to the Enlightenment* (Londres, 2021).

116 Linda Nochlin, «Why Have There Been No Great Women Artists?», *ArtNews*, enero 1971, 22-39, 67-71; Rozsika Parker y Griselda Pollock, *Old Mistresses: Women, Art and Ideology* (Londres, 1981) [ed. cast. *Maestras antiguas: mujeres, arte e ideología.* Traducido por Raquel Vázquez Ramil. Madrid: Ediciones Akal, 2021].

117 Ann Oakley, *The Sociology of Housework* (1974: nueva edición, Bristol, 2018), 1-26; Renate Bridenthal y Claudia Koonz (eds.), *Becoming Visible: Women in European History* (Boston MA, 1977).

118 Donna Haraway, «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism», *Feminist Studies* 14 (1988), 575-99. En los años veinte del siglo pasado, Karl Mannheim había hablado de la relatividad de los puntos de vista sin referencia de género: *Essays on the Sociology of Knowledge* (traducción al inglés, Londres, 1952), 103-4 [ed. cast. *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*. Madrid: FCE, 1997].

119 Alison Jagger, «Love and Knowledge: Emotion in Feminist Epistemology», en Ann Garry y

Marilyn Pearsall (eds.), *Women, Knowledge and Reality* (Nueva York, 1996), 166-90, en 175-7, 185; Mary Belenky *et al., Women's Ways of Knowing* (1986: 2.ª ed., Nueva York, 1997), 11, 95, 6. Hay una crítica en Code, *What Can She Know?,* 251-62.

120 Lorraine Code, «Taking Subjectivity into Account», en Linda Alcoff y Elizabeth Potter (eds.), *Feminist Epistemologies* (Londres, 1993), 15-48, en 32.

121 Evelyn Fox-Keller, «Gender and Science» (1978: reproducido en Fox-Keller, *Reflections on Gender and Science*), 75-94 [ed. cast. *Reflexiones sobre género y ciencia*. Traducido por Ana Sánchez Torres. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 1991] Cf. Alison Wylie, «Feminism in Philosophy of Science», en Miranda Fricker y Jennifer Hornsby (eds.), *The Cambridge Companion to Feminism in Philosophy* (Cambridge, 2000), 166-84.

4
EL ESTUDIO DE LA IGNORANCIA

> A día de hoy sigue sin ser del todo respetable escribir sobre la ignorancia.
>
> MICHAEL SMITHSON

Las disciplinas académicas son una forma específica de organización de la comunidad cognitiva. También en este caso podemos encontrar ignorancia institucional, en el sentido de una falta de interés colectiva con respecto a determinados tipos de conocimiento, así como la decisión de no investigar sobre ellos. Por tanto, puede resultar iluminador examinar los enfoques feministas recientes en disciplinas concretas.

Una generación de mujeres que estudió en la universidad declaró que el currículum académico lo enseñaban solo hombres, y no solo eso, sino que parecía diseñado solo para ellos. Señalaron lo que se había dejado de lado, negado o suprimido en las investigaciones masculinas. Desde los años setenta del siglo pasado, «hemos visto una enorme exposición colectiva de las carencias de conocimiento en muchas disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales y, en menor grado, también en las ciencias naturales»[122].

Las académicas han identificado en todos los campos puntos ciegos, áreas que se han ignorado debido al sesgo masculino. En el caso de las leyes, por ejemplo, defienden que los sistemas legales ignoran la experiencia y perspectiva de las mujeres, algo que se evidencia sobre todo en el caso de las leyes relativas a la violación[123]. En el tema de la política, Carole Pateman asegura que las escritoras feministas han sido excluidas del canon de los teóricos, y que «la teoría política carece casi por completo de toda perspectiva feminista»[124].

Las geógrafas feministas han estudiado los efectos de la localización en la desigualdad entre los sexos, y también piden una participación mayor de las mujeres en la teoría y la investigación geográfica[125]. Esther Boserup, economista danesa, fue pionera de un enfoque feminista en su disciplina, y señaló que, «en la vasta y

siempre creciente literatura sobre el desarrollo económico, escasean las reflexiones sobre los problemas concretos de las mujeres»[126].

Ann Oakley hizo una de las primeras contribuciones a la sociología feminista, para lo que eligió un tema que tanto sociólogos como economistas habían dejado de lado: el trabajo doméstico. Dorothy Smith hizo una crítica más amplia de lo que denominó «sociología patriarcal», señalando que sus métodos, sistemas conceptuales y teorías se habían construido «sobre la base de un universo social masculino» que ignoraba las experiencias de las mujeres. Así, comparó el enfoque masculino sobre las reglas impersonales con un enfoque femenino sobre la vida cotidiana y las experiencias personales[127].

Antropología y arqueología

En el caso de la antropología, no se puede decir que los investigadores varones hayan ignorado a las mujeres, pero sí parecen haber subestimado su importancia en muchas sociedades y, en cualquier caso, a los investigadores varones no siempre se les permitía ver a las mujeres del grupo o hablar con ellas. Pese a ello, algunas mujeres accedieron a esta disciplina relativamente pronto, entre ellas, por orden cronológico, Ruth Benedict, Zora Hurston, Audrey Richards, Margaret Mead y Ruth Landes. El primer impacto de las mujeres antropólogas fue llenar los vacíos en el conocimiento hablando más sobre las experiencias de las mujeres allí donde sus contrapartes varones no lo habían podido hacer. Por ejemplo, en Samoa, Mead pudo hablar de sexo con las niñas. En Bahía, Ruth Landes hizo hincapié en el papel de las sacerdotisas en la religión afrobrasileña[128].

En todos estos temas, las mujeres identificaron puntos ciegos, fruto del dominio masculino en las diferentes disciplinas. En una segunda etapa, las académicas empezaron a plantear preguntas diferentes a las que hacían sus colegas varones. Por ejemplo, se ha dicho que Mary Douglas «trajo a la antropología las preocupaciones femeninas de su entorno de clase media: el hogar, las comidas, el mantenimiento, los rituales domésticos de limpieza, [...] las compras, [...] el cuerpo femenino»[129]. En una tercera etapa, la teoría antropológica se expandió para explorar temas antes negligidos, como el género[130].

Las arqueólogas fueron a la zaga de sus colegas antropólogas en el descubrimiento del sesgo masculino, pero encontraron en aquellas la

inspiración para corregirlo, con lo que pudieron «generizar» la arqueología[131]. Tuvieron que enfrentarse al problema de la falta de evidencias de la división sexual del trabajo en una disciplina que se basa sobre todo en el estudio de objetos materiales. Esta falta de pruebas es una de las razones de que siga siendo tan controvertido el trabajo de la académica lituana Marija Gimbutas, que defendió la existencia de la igualdad de sexos en la Europa del Neolítico y afirmó, como Christine de Pizan en el siglo XV, que «la agricultura fue desarrollada por las mujeres»[132]. Pero las nuevas técnicas en el análisis del ADN están permitiendo que los arqueólogos determinen el sexo de los esqueletos y demuestren que algunos esqueletos encontrados con armas en tumbas vikingas fueron mujeres[133]. En cualquier caso, se puede afirmar sin lugar a dudas que el enfoque feminista ha dejado claro que ciertas presunciones tradicionales, como que las mujeres recolectaban y cocinaban mientras que los hombres cazaban y fabricaban armas y recipientes, eran precisamente eso: presunciones[134].

Escribir sobre la ignorancia

Se ha dicho correctamente que la ignorancia humana es «un tema vasto, ingobernable, en apariencia infinito»[135]. Imputarnos la ignorancia a nosotros mismos, como hicieron Sócrates y Montaigne, es una cosa, pero imputársela a los demás es muy diferente. Los jóvenes acusan de ignorantes a los mayores, y viceversa. Las clases medias acusan de ignorantes a las clases trabajadoras o «masas». Los cristianos y musulmanes acusan de ignorantes a los «paganos», los que se autodefinen como pueblos «civilizados» acusan de ignorantes a los «salvajes» y los que están alfabetizados acusan de lo mismo a cualquiera que no sepa leer y escribir.

Paulo Freire, que se dedicaba a la enseñanza en el noreste de Brasil, en 1963 aconsejó a los maestros para adultos que no dieran por hecho que el analfabetismo era equivalente a la ignorancia, que estuvieran abiertos a aprender de sus alumnos y los trataran como iguales, como personas capaces de tener una visión crítica de su propio mundo. Fue una perspectiva revolucionaria. Freire descubrió que, si se abandonaba lo que él denominó «educación bancaria», la presunción de que «el maestro lo sabe todo y los estudiantes no saben

nada», era posible enseñar a los adultos a leer y escribir en cuarenta horas[136].

Como ya vimos en el primer capítulo, es habitual pensar que las épocas anteriores fueron eras de ignorancia. Pero sería más preciso, y por supuesto más modesto, señalar que toda época es una era de ignorancia por tres motivos fundamentales.

En primer lugar, el espectacular desarrollo del conocimiento colectivo en los dos últimos siglos no tiene reflejo en el conocimiento de la mayoría de los individuos. La humanidad como un todo es más sabia que nunca, pero la mayoría de los individuos saben poco más de lo que sabían sus antepasados.

En segundo lugar, toda era es una era de ignorancia porque la aparición de unos conocimientos suele ir acompañada de la pérdida de otros. La desventaja del auge de idiomas mundiales como el inglés, el español, el árabe o el mandarín está acelerando la velocidad de desaparición de otros. Se cree que entre el 50 y el 90 por ciento de los casi siete mil idiomas que existen en el mundo no sobrevivirán hasta el año 2100[137]. El conocimiento que se conserva únicamente en la cabeza y se transmite de manera oral corre un riesgo muy especial, y es el caso de las tribus de la región amazónica, ya que «cuando mueren los ancianos de una tribu pequeña, buena parte de su sabiduría oral muere con ellos»[138]. A nivel conceptual, cuando un modelo de paradigma ocupa el lugar de otro hay ganancia, sí, pero también está lo que denominamos «pérdida de Kuhn», o, dicho de otra manera, la capacidad de explicar ciertos fenómenos, ya que todo paradigma se concentra en unos rasgos de la realidad y descuida los otros[139].

En tercer lugar, la rápida expansión de la información, sobre todo en las décadas más recientes, no se corresponde con la expansión del conocimiento, en el sentido de que los datos hay que probarlos, asimilarlos y clasificarlos. En cualquier caso, las organizaciones, sobre todo los gobiernos y las grandes empresas, ocultan cada vez más información recopilada. En el año 2001, en Estados Unidos se produjeron «el quíntuple de páginas» de documentos clasificados, en comparación con las páginas de libros nuevos y artículos en las bibliotecas, y esta proporción sigue en ascenso[140].

Por todos estos motivos, el concepto de una «explosión de ignorancia», expresión tomada del título de un libro publicado en 1992 por Julius Lukasiewicz, un ingeniero polaco americano, no es

tan paradójica como podría parecer a simple vista[141]. Se suele decir que vivimos en una «sociedad de la información» o una «sociedad del conocimiento», en la que los «trabajadores del conocimiento» están sustituyendo a los obreros en la industria y a los campesinos en las tierras. También se puede decir que vivimos en una «sociedad de la ignorancia». Cuanto más se acumula la información, más cosas hay que no sabemos.

¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿En qué se diferencia de la situación que existía en siglos anteriores? Es habitual ver la era en que vivimos como si fuera muy diferente del pasado, y los medios de comunicación fomentan esto con titulares que incluyen expresiones como «por primera vez» o «nunca antes». En los movimientos que conocemos como «Renacimiento» e «Ilustración», los autores consideraban su época una liberación de la ignorancia. Ya en torno al 1400, Filippo Villani, cronista de su época, aplaudió el papel de Cimabue en la restauración de la «verosimilitud» pictórica, tras la desviación de este estándar debido a la «ignorancia» *(inscicia)* de pintores anteriores[142].

En tiempos de aceleración cultural y cambio social como los que vivimos, es demasiado fácil exagerar la brecha entre el pasado y el presente. Pero no podemos olvidar las continuidades, y los historiadores tienen la obligación de recordar esto a la gente. A lo largo de este libro veremos de cuando en cuando recordatorios de esto, y espero no exagerar por mi parte.

El poder de la metáfora

Los escritores que hablan de la ignorancia no se pueden sustraer a ciertas metáforas recurrentes. En el siglo XVIII, los participantes del movimiento denominado «Ilustración» se quejaban de la «oscuridad» de la ignorancia, igual que habían hecho sus predecesores del Renacimiento. El periodista Joseph Addison decía haber fundado *The Spectator* con el objetivo de «disipar la ignorancia del público», como si se tratara de una especie de niebla. Trescientos años más tarde, otro periodista volvería a hablar de «la niebla de la ignorancia»[143]. William Robertson, historiador, se refirió a la Alta Edad Media como «un tiempo en que la ignorancia de la época era demasiado poderosa. [...] La oscuridad envolvió Europa, más pesada y densa que nunca»[144].

Hay una variante de la metáfora, las «nubes de la ignorancia». Cuando Mary Astell publicó su «propuesta seria» de una universidad para mujeres, su objetivo era «disipar la nube de la ignorancia» que envolvía a las mujeres[145]. La Universidad de Alabama, fundada en 1819, tenía como objetivo contribuir a «disipar las nubes de la ignorancia y los prejuicios, que tanto tiempo han ensombrecido y oscurecido la faz de nuestra tierra»[146]. Esta metáfora se representó de manera literal en el *Historical Atlas* del abogado británico Edward Quin, subtitulado «Una serie de mapas del mundo tal como se conoció en diferentes periodos», en el que los mapas estaban rodeados de nubes negras que representaban lo desconocido.

Edward Gibbon describió a los bárbaros que invadieron el Imperio romano como «inmersos en la ignorancia», como si esta fuera un río o un océano[147]. David Hume dijo que el siglo XIII inglés estuvo «hundido en el abismo profundo de la ignorancia»[148]. Los defensores de la Ilustración decían que iba a despertar a la humanidad del «sopor» de la ignorancia, o a librar a los intelectuales de sus «ataduras», «cadenas» o «yugo», metáfora que representó de manera muy vívida un artista napolitano, Luca Giordano.

Exploración literaria de la ignorancia

Ir más allá de las metáforas para explorar las causas y consecuencias de la ignorancia es mucho más difícil que atribuir ignorancia a los demás. Como tema de investigación, la propia ignorancia ha sido ignorada hasta hace relativamente poco, aunque la posibilidad de un estudio así ya la señaló el filósofo James Ferrier a mediados del siglo XIX. En este sentido, los autores de ficción han tomado la delantera a los académicos.

La ignorancia es un tema que ya aparece en *El molino de Floss* (1860), de George Eliot, y todavía con más fuerza en *Middlemarch* (1870-71), su obra maestra. Maggie, la protagonista de *El molino,* primero anhela el conocimiento, y luego intenta resignarse a la ignorancia, provocando así el comentario de su amigo Philip, que dice que «el estupor no es resignación, y mantenerse en la ignorancia equivale a vivir en un estado de estupor». La autora describe la época en la que se sitúa su novela, la de su propia juventud, como «un tiempo en el que la ignorancia era mucho más cómoda que en el

presente, porque no se la obligaba a llevar un elaborado disfraz de conocimiento»[149].

En *Daniel Deronda* (1876), Eliot pregunta: «¿Quién ha considerado debidamente o expuesto el poder de la ignorancia?»[150]. Pero en *Middlemarch* es donde Eliot muestra una mayor preocupación por la ignorancia. El final de la novela «muestra la dificultad de conocer a los demás», como se ha sugerido[151]. En este caso, la dificultad es aún más dramática porque dos personajes principales, Dorothea y Will, ignoran los sentimientos que alberga el otro. Pero la ignorancia no se limita a eso en la novela. En inglés, las palabras «ignorancia» o «ignorante» se repiten en cincuenta y nueve ocasiones, si no he contado mal, y no solo se refieren a lo que siente Dorothea sobre su propia ignorancia, sino también a la ignorancia de otros muchos en la ciudad ficticia en la que se desarrolla la historia.

Henry James estaba muy interesado en el tema del conocimiento privado. En *Lo que Maisie sabía* (1897), el tema es en realidad lo que la pequeña Maisie no sabía acerca de sus padres. El ejemplo más llamativo de la ignorancia, un tema muy apropiado para el maestro de la ambigüedad y del juego de la distracción, aparece en *La copa dorada* (1904), novela en la que abundan las alusiones al «conocimiento» y la «ignorancia», mientras que el argumento se centra en las preguntas de lo mucho o poco que saben cada uno de los personajes principales sobre un episodio concreto, incluyendo también si saben o no saben lo mucho o lo poco que los otros saben[152].

Una empresa multidisciplinar

En 1993, el psicólogo Michael Smithson todavía podía empezar un artículo diciendo: «A día de hoy sigue sin ser del todo respetable escribir sobre la ignorancia»[153]. Algo semejante había declarado tres años antes Théodore Ivainer, especialista en filosofía de la ciencia[154]. En la actualidad, la situación ha cambiado mucho.

Los primeros en atacar el tema fueron unos cuantos académicos y científicos. Como hemos visto, Freud ya habló de la ignorancia en *La interpretación de los sueños* (1899). En sociología, entre los pioneros en el estudio de la ignorancia se cuenta Georg Simmel, que habló de la nesciencia *(Nichtwissen)* a principios del siglo XX[155]. En el campo de la economía, Frank Knight y John Maynard Keynes ya hablaron de la

incertidumbre en los años veinte del siglo pasado, mientras que Friedrich von Hayek publicó en 1978 un artículo sobre «cómo enfrentarse a la ignorancia»[156].

Escritores de la importancia de George Eliot y Henry James han mostrado un gran interés por el tema de la ignorancia, así que no es de extrañar que los académicos de la literatura también lo hayan estudiado. Hay un trabajo sobre el conocimiento de la ignorancia «desde el Génesis a Julio Verne», mientras que otro se ocupa del «desconocimiento» como seña de identificación en la ficción modernista. Andrew Bennett se ha preguntado hasta qué punto los autores, tanto novelistas como poetas, son conscientes de lo que van a hacer antes de hacerlo, o tienen presente el significado de lo que escriben[157]. De manera más general, Bennett sugiere que «la ignorancia se puede reconcebir como parte de una narrativa, una fuerza adicional de la literatura, parte de su carácter performativo y, sin duda, un aspecto importante de su enfoque temático»[158].

En filosofía, campo en el que el problema del conocimiento ha ocupado desde hace mucho una posición central, se dio en los años noventa del siglo pasado un giro del interés hacia la ignorancia, cuando, como ya hemos visto, se acuñó la expresión «epistemología de la ignorancia»[159].

En el caso de la medicina, la institucionalización llegó mucho antes de lo esperable. Un antropólogo publicó en 1981 un estudio sobre la ignorancia médica. En 1984 se publicó la *Encyclopaedia of Medical Ignorance*. En un ensayo que sirve de prólogo a un libro de medicina, el polimático doctor Lewis Thomas declaró que «al hablar de la amplitud de nuestra ignorancia, no somos tan francos como deberíamos. [...] Ojalá hubiera una asignatura formal sobre la ignorancia médica en la carrera de Medicina»[160]. Marlys Witte, profesora en la Universidad de Arizona, quien considera a Lewis Thomas su «mentor», puso en práctica su sugerencia, incluyendo «lo que creemos que sabemos, pero no es así», «lo que creíamos que sabíamos, pero no era así» y una discusión sobre lo que se puede aprender de los fracasos, «tanto de los propios como de los ajenos». Pese a que hubo cierta oposición, el «Primero de Ignorancia» de Witte arrancó en 1985 y fue todo un éxito, hasta el punto de que pronto contó además con un curso de verano para profesores y estudiantes de otras universidades[161].

La aparición de enfermedades desconocidas, desde la peste

bubónica hasta el COVID, son un recordatorio brutal de la ignorancia médica (de las epidemias hablaremos más adelante, en el capítulo 12). La historia de la medicina también nos ofrece ejemplos llamativos de amnesia institucional. En los siglos XVII y XVIII, los médicos occidentales descubrieron y en algunos casos utilizaron elementos de la medicina asiática, entre ellos y sobre todo la acupuntura y la moxibustión. En contraste, desde principios del siglo XIX, los médicos occidentales rechazaron estas medicinas alternativas, a las que calificaron de «no científicas», en un momento en el que «un sistema médico único, cada vez más dominante, [...] buscaba el monopolio absoluto de las prácticas y teorías curativas»[162].

Las primeras contribuciones al estudio de la ignorancia que hicieron los médicos, filósofos y psicólogos aparecieron más o menos aisladas entre ellas, como las disciplinas de las que surgieron. Unas pocas se reunieron a principios de los años noventa del siglo pasado gracias a un congreso internacional sobre el tema que tuvo lugar en 1991 y a una sesión de la American Association for the Advancement of Science («asociación estadounidense por el progreso de la ciencia») en 1993. Las conferencias de esta sesión se refirieron a la ignorancia desde el punto de vista de la filosofía, la sociología, el periodismo y la medicina[163].

Desde entonces, los libros y artículos sobre la ignorancia se han multiplicado. Ha habido contribuciones de sociólogos desde Alemania a Brasil[164]. La «agnotología» se ha vuelto multidisciplinar. *The Routledge Handbook of Ignorance Studies* ofrece una visión general del estado de la cuestión con capítulos escritos por cincuenta y un autores que hablan de filosofía, sociología, antropología, economía, política, ciencias, leyes y literatura[165].

¿Por qué ha crecido tanto el interés en el estudio de la ignorancia en las cuatro últimas décadas? Es una pregunta con varias respuestas posibles. Una hace énfasis en el desarrollo interno de la investigación. Al estudiar un problema concreto, a menudo resulta iluminador ponerlo del revés o darle la vuelta y examinar su opuesto. Las investigaciones sobre la memoria, por ejemplo, se han transformado en estudios sobre el olvido, mientras que los especialistas en el lenguaje examinan ahora también el silencio. El éxito ha sido objeto de atención desde hace mucho, pero ahora los académicos quieren saber qué se puede aprender del fracaso. El conocimiento ha captado cada vez más la atención de los académicos, alentados por el debate

sobre «la sociedad del conocimiento», con lo que era casi inevitable que llegaran los estudios sobre la ignorancia.

El estudio de la ignorancia viene marcado sin duda por las preocupaciones más acuciantes de nuestro siglo, sobre todo los desastres del pasado reciente, como el 11-S, la ansiedad que causan los desastres recientes (en 2021, sobre todo el COVID) y el temor a los desastres venideros. El interés académico también se incrementa con las espectaculares demostraciones de ignorancia de jefes de Estado recientes, como Donald Trump y Jaïr Bolsonaro. A nivel popular, la referencia al «poder de la ignorancia» aparece en los títulos de muchos libros de autoayuda (incluso en una parodia del género)[166]. Sería reconfortante, aunque probablemente demasiado optimista, suponer que este creciente interés en la ignorancia demuestra una creciente humildad colectiva.

122 Fox-Keller, *Reflections on Gender and Science* (New Haven, 1996).

123 Nancy Levit y Robert Verchick, *Feminist Legal Theory* (2006: 2.ª ed., Nueva York, 2016); Ann Scales, *Legal Feminism* (Nueva York, 2006).

124 Carole Pateman, *Participation and Democratic Theory* (Cambridge, 1970); *The Disorder of Women* (Cambridge, 1989), 1, 121 y *passim*.

125 Gillian Rose, *Feminism and Geography* (Minneapolis MI, 1993); Joni Seager y Lise Nelson (eds.), *Companion to Feminist Geography* (Oxford, 2004).

126 Esther Boserup, *Woman's Role in Economic Development* (Londres, 1970), 5.

127 Oakley, *Sociology of Housework*; Dorothy Smith, «Women's Perspective as a Radical Critique of Sociology», *Sociological Inquiry* 44 (1974), 7-13.

128 Margaret Mead, *Coming of Age in Samoa: A Psychological Study of Primitive Youth for Western Civilisation* (Nueva York, 1928) [ed. cast. *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa.* Traducido por Elena Durkelsky Yoffe. Barcelona: Paidós, 1990]; Ruth Landes, *City of Women* (Nueva York, 1947). Mead fue muy criticada en Derek Freeman, *Margaret Mead and Samoa: The Making and Unmaking of an Anthropological Myth* (Cambridge MA, 1983). La controversia no ha cesado.

129 Richard Fardon, *Mary Douglas: An Intellectual Biography* (Londres, 1999), 243.

130 Marilyn Strathern, «Culture in a Netbag: The Manufacture of a Subdiscipline in Anthropology», *Man* 16 (1981), 665-88; Henrietta Moore, *Feminism and Anthropology* (Cambridge, 1988) [ed. cast. *Antropología y feminismo*. Traducido por Jerónima García Bonafé. Madrid: Cátedra, 2004].

131 Joan Gero y Margaret Conkey (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory* (Oxford, 1991).

132 Marija Gimbutas, *The Civilization of the Goddess* (San Francisco CA, 1991), 222, 324.

133 Leszek Gardeła, *Women and Weapons in the Viking World: Amazons of the North* (Oxford, 2021).

134 Gero y Conkey (eds.), *Engendering Archaeology*, 163-223.

135 Bennett, *Ignorance*, 2.

136 Paulo Freire, *Pedagogy of the Oppressed* (1968: traducción al inglés, Harmondsworth, 1970), 45-6; José de Souza Martins, «Paulo Freire, Educador», *Eu & Fim de Semana* 22, n.º 1084, 1 de octubre de 2021.

137 Peter K. Austin y Julia Sallabank (eds.), *The Cambridge Handbook of Endangered Languages* (Cambridge, 2011).

138 Mark Plotkin, «How We Know What We Do Not Know», en Kurt Almqvist y Matthias Hessérus (eds.), *Knowledge and Information* (Estocolmo, 2021), 25-31, en 25.

139 Heinz Post, «Correspondence, Invariance and Heuristics», *Studies in History and Philosophy of Science* 2 (1971), 213-55, en 229. La referencia es a Kuhn, *Structure*.

140 Peter Galison, «Removing Knowledge», *Critical Inquiry* 31 (2004), 229-43.

141 Julius Lukasiewicz, *The Ignorance Explosion* (Ottawa, 1994), profundización sobre un artículo del mismo título en *Leonardo* 7 (1974), 159-63.

142 Citado en Erwin Panofsky, «The First Page of Vasari's Libro» (1930: traducción al inglés en *Meaning in the Visual Arts*, Garden City NY, 1955), 169-235 [ed. cast. *El significado en las artes visuales.* Traducido por Nicanor Ancochea Millet. Madrid: Alianza Editorial, 2004].

143 Joseph Addison, *The Spectator*, 1 (Londres, 1711); Ziauddin Sardar, «The Smog of Ignorance», *Futures* 120 (2020), www.sciencedirect.com, consultado el 26 de julio de 2021.

144 Cita en Varga, *Schlagwort*, 125.

145 Astell, «A serious proposal», 21.

146 Informe de los consejeros, citado en G. Ward Hubbs, «"Dissipating the Clouds of Ignorance": The First University of Alabama Library, 1831-1865», *Libraries & Culture* 27 (1992), 20-35, en 24.

147 Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-89) 6, cap. 66 [ed. cast. *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Traducido por José Manuel Sánchez de León. Girona: Atalanta, 2013].

148 Cita en Varga, *Schlagwort*, 119.

149 George Eliot, *The Mill on the Floss* (1860: Harmondsworth, 1979), 427, 185 [ed. cast. *El molino de Floss*. Traducido por Carmen Francí Ventosa. Barcelona: Debolsillo, 2004].

150 George Eliot, *Daniel Deronda* (Londres, 1876), cap. 21 [ed. cast. *Daniel Deronda*.

Traducido por Jacinto Forment Costa. Madrid: Homo Legens, 2010]. Cf. Linda K. Robertson, «Ignorance and Power: George Eliot's Attack on Professional Incompetence», *The George Eliot Review* 16 (1985), https://digitalcommons.unl.edu/ger/24.

151 Bennett, *Ignorance*, 106.

152 Cf. J. Hillis Miller, «Conscious Perjury: Declarations of Ignorance in the *Golden Bowl*», en *Literature as Conduct: Speech Acts in Henry James* (Nueva York, 2005), 28-90.

153 Michael Smithson, «Ignorance and Science», *Knowledge: Creation, Diffusion, Utilization* 15 (1993), 133-56, en 133. Ya había publicado un libro sobre el tema: *Ignorance and Uncertainty: Emerging Paradigms* (Nueva York, 1989).

154 Théodore Ivainer y Roger Lenglet, *Les ignorances des savants* (París, 1996), 6.

155 Gross, «Objective Culture». Cf. Moore and Tumin, «Social Functions», 789-95.

156 Friedrich von Hayek, «Coping with Ignorance», *Imprimis* 7 (1978), https://imprimis.hillsdale.edu/coping-with-ignorance-july-1978.

157 Andrew Martin, *The Knowledge of Ignorance from Genesis to Jules Verne* (Cambridge, 1985); Philip Weinstein, *Unknowing: The Work of Modernist Fiction* (Ithaca NY, 2005); Bennett, *Ignorance*, sobre todo en el capítulo 6 sobre «Joseph Conrad's Blindness».

158 Clive S. Lewis, «New Learning and New Ignorance», *English Literature in the Sixteenth Century, Excluding Drama* (Oxford, 1954), 1-65; Bennett, *Ignorance*, 1; Steven Connor, *The Madness of Knowledge: On Wisdom, Ignorance and Fantasies of Knowing* (Londres, 2019).

159 Ivainer y Lenglet, *Ignorances*, 5; Mills, *Racial Contract*, 97.

160 Murray Last, «The Importance of Knowing About Not-Knowing» (1981: editado por S. Feierman y J. Janzen, *The Social Basis of Health and Healing in Africa.* Berkeley CA, 1992), 393-406; Ronald Duncan y Miranda Weston-Smith, *The Encyclopaedia of Medical Ignorance* (Oxford, 1984); Lewis Thomas, «Medicine as a Very Old Profession», en James B. Wyngaarden y Lloyd H. Smith (eds.), *Cecil Textbook of Medicine* (Filadelfia PA, 1985), 9-11.

161 Marlys Witte, Ann Kerwin *et al.*, «A Curriculum on Medical Ignorance», *Medical Education* 23 (1989), 24-9.

162 Roberta Bivins, *Alternative Medicine? A History* (Oxford, 2007), 52, 56, 75, 78, 135.

163 En un número especial de la publicación *Knowledge*, 15, con contribuciones de Ann Kerwin, Jerome R. Ravetz, Michael J. Smithson y S. Holly Stocking.

164 Matthias Gross, *Ignorance and Surprise: Science, Society and Ecological Design* (Cambridge MA, 2010); Gross, *Experimentelles Nichtwissen: Umweltinnovationen und die Grenzen sozial-ökologischer Resilienz* (Bielfeld, 2014); Ana Regina Rêgo y Marialva Barbosa, *A Construção Intencional da Ignorância: O Mercado das Informações Falsas* (Río, 2020); José de Souza Martins, *Sociologia do desconhecimento: ensaios sobre a incerteza do instante* (São Paulo, 2021).

165 Gross y McGoey, *Routledge Handbook of Ignorance Studies.*

166 «Vaguen», Chris Gibbs y T. J. Dawe, *The Power of Ignorance: 14 Steps to Using Your Ignorance* (Londres, 2006); David H. Swendsen, *The Power of Ignorance: The Ignorance Trap* (autoeditado, 2019); Dave Trott, *The Power of Ignorance: How Creative Solutions Emerge When We Admit What We Don't Know* (Londres, 2021).

5
HISTORIAS DE LA IGNORANCIA

> Aún está por escribir una historia del conocimiento que tenga suficientemente en cuenta la historia de la ignorancia.
>
> ROBERT DEMARIA

Como en el caso de las disciplinas que se han discutido en el capítulo anterior, los historiadores también han recibido críticas por ignorar a las mujeres, lo que ha llevado a diferentes intentos de rellenar esos huecos y ha alentado el interés en la historia de la ignorancia.

La historia de las mujeres

Se ha dicho en ocasiones que las mujeres están «escondidas de la historia», sugiriendo que los historiadores han ignorado el pasado de media humanidad. Lo cierto es que, en el siglo XVIII, aparecieron en francés, alemán e inglés tres ejemplos famosos de historia de las mujeres: *Essai sur le caractère, les moeurs et l'esprit des femmes dans les différens siècles* (1772), de Antoine Thomas; *Geschichte des weiblichen Geschlechts* (1788-1800), de Christoph Meiners; y *The History of Women* (1796), de William Alexander[167]. Los autores y editores se centraron en el interés de las mujeres en la historia, que queda así enfrentado al presupuesto de la ignorancia femenina[168].

Las académicas pudieron llenar los huecos en el conocimiento histórico que habían dejado sus colegas. Mary Ritter Beard defendió que los hombres «no ven la fuerza de las mujeres», ni su contribución a «la construcción de la historia» como sacerdotisas, reinas, santas, herejes, intelectuales y señoras de los hogares[169]. Lucy Salmon, que dio clases en el Vassar College de Estados Unidos, publicó un estudio sobre el servicio doméstico y recomendó un amplio abanico de fuentes para la historia social que antes de ella se habían pasado por alto, como las listas de lavandería y de electrodomésticos[170].

Se dio un giro más general en los años setenta del siglo pasado,

cuando las feministas criticaron a los historiadores varones por haber ignorado a las mujeres en el pasado. Natalie Davis, la decana del tema en Estados Unidos, señaló que «la mayoría de los historiadores modernos de la Reforma [...] casi ni mencionan a las mujeres»[171]. En su obra más conocida, *El regreso de Martin Guerre*, Davis incluye una discusión de Bertrande, la esposa del protagonista, en la conocida historia de los dos hombres, el impostor que aseguraba ser su esposo y el auténtico, que regresó años más tarde. La actitud de Bertrande hacia el hombre que aseguraba ser su esposo era un elemento clave, pero los historiadores anteriores apenas habían tratado ese punto o lo habían dejado fuera por completo[172].

Hoy en día, el número de historiadores profesionales que estudian el trabajo de las mujeres, sus cuerpos, su religiosidad y sus escritos, contrasta de manera muy marcada con la situación que había hace medio siglo[173]. Y la introducción de un elemento nuevo en un sistema lleva a menudo a otros cambios en dicho sistema[174], que se tiene que adaptar. Davis sugirió que el ascenso de las mujeres en la historia «tenía que dar como resultado ciertos cambios en el campo en general»[175]. Uno de ellos es un mayor interés en la vida privada, como en *Historia de la vida privada,* que apareció originalmente en Francia en cinco volúmenes, entre 1985 y 1987. Otro fue la creciente conciencia del poder informal, entre las bambalinas de la corte o el hogar, ejercido tanto por mujeres como por hombres.

Historias de la ignorancia

Entre los cincuenta y un colaboradores de *The Routledge Handbook* antes mencionado, no hubo ni un solo historiador. Los historiadores han llegado tarde a la mesa en el estudio de la ignorancia. Muchos se han referido a ella de pasada, pero pocos se han dedicado a investigarla.

Los historiadores de la ciencia, como Peter Galison y Robert Proctor, que se conocieron cuando estudiaban en Harvard a principios de los años ochenta del siglo pasado, estuvieron entre los primeros de su campo en escribir sobre la ignorancia. A Proctor le sorprendió la falta de interés de sus profesores en la mentalidad de la gente normal, en temas que iban del creacionismo al racismo, mientras que Galison, que tuvo profesores de física que habían trabajado en la bomba

atómica, se interesó sobre todo en los temas de la censura y el secreto. Proctor, junto con Londa Schiebinger, otra historiadora de la ciencia, ha contribuido enormemente a la proyección de lo que denominan «agnotología», el estudio de los modos en los que se produce o se mantiene la ignorancia, en oposición a la «agnoiología», el estudio de la ignorancia en general[176].

Pero los historiadores generalistas no han estado a la altura de sus colegas de la historia de la ciencia[177]. Aunque hace tiempo que el interés en la historia del conocimiento no para de crecer, «aún no se ha escrito una historia del conocimiento que tenga en cuenta de manera relevante la historia de la ignorancia»[178]. Este retraso es llamativo, ya que, en la historia, igual que en la filosofía, el interés por la ignorancia se despertó hace tiempo debido a la necesidad de dar respuesta a los escépticos. En el siglo XVII, algunos escépticos ya estaban socavando la fiabilidad de los datos sobre el pasado, sobre todo en un libro sobre la incertidumbre de la historia escrito por François La Mothe Le Vayer[179].

En los siglos XVIII y XIX, ciertos historiadores organizaron sus libros en torno a la idea del progreso, del paso de la ignorancia al conocimiento. La Alta Edad Media se consideró a menudo una época de ignorancia, la «edad oscura», y los autores de la «edad de la luz», la Ilustración, se definían en contraste con ella. David Hume, filósofo e historiador, describió los siglos XI y XII como «esos tiempos de ignorancia» o «esas épocas ignorantes». También Voltaire describió la Edad Media como «ces siècles d'ignorance»[180].

La ignorancia se asoció con frecuencia con el analfabetismo. En sus consideraciones sobre el origen de las «fábulas» (incluyendo lo que llamamos «mitos»), el intelectual francés Bernard de Fontenelle sugirió que la ignorancia y la barbarie empezaron su declive tras la invención de la escritura[181]. También se hace hincapié en la importancia de la escritura, junto con la imprenta, en la historia más famosa sobre el progreso del conocimiento y el retroceso de la ignorancia: el «esbozo» sobre el progreso del espíritu humano de Nicolas de Condorcet, publicado de manera póstuma después de que el aristócrata muriera durante la Revolución francesa[182].

La tradición de los estudios de la guerra contra la ignorancia continuó hasta bien entrado el siglo XIX y aún más allá. Vemos un ejemplo claro en la Inglaterra victoriana, en la obra de David Nasmith *Makers of Modern Thought* (1892), que llevaba como subtítulo

«Quinientos años de pugna (1200 a 1699) entre la ciencia, la ignorancia y la superstición». Los autores de estos libros escribieron en lo que podríamos definir como un tono triunfalista, seguros de que la guerra estaba casi ganada y de que su época era más ilustrada que las anteriores. En otras palabras: aceptaron la llamada «interpretación *whig*» de la historia como un camino de progreso[183].

Hoy en día, tras un largo intervalo, algunos historiadores están retomando el tema de la ignorancia sin comprometerse con los presupuestos *whig* acerca de su inevitable declive. Cornel Zwierlein y algunos colegas alemanes han estudiado la diplomacia y el imperio desde esta perspectiva, y Zwierlein ha coordinado una recopilación de ensayos sobre el tema. Alain Corbin, el historiador francés conocido desde hace tiempo por lo inusual de los temas en que se centra, desde los olores a las campanas, ha publicado un estudio sobre lo que no se sabía acerca de la tierra a finales del siglo XVIII y principios del XIX[184]. En 2015, en el German Historical Institute de Londres tuvo lugar un congreso con el tema «Ignorancia y desconocimiento en la primera etapa de la expansión moderna». Pero aún quedan muchos otros terrenos por explorar.

Por ejemplo, una historia de las escuelas o universidades se podría centrar en lo que no se ha enseñado, el «currículum nulo», que describe Elliot Eisner, teórico de la educación. La idea que subyace a este enfoque es que «la ignorancia no es solo un vacío neutro: tiene efectos importantes en las opciones que se nos presentan, en las alternativas que podemos examinar y en las perspectivas desde las que podemos estudiar una situación o un problema. [...] Una perspectiva local o un análisis simplista son el resultado inevitable de la ignorancia»[185]. De manera similar, si vemos las sucesivas ediciones de las enciclopedias veremos qué falta en cada lugar y cada época, sobre todo lo que se ha eliminado porque ya no se considera correcto o relevante[186].

Aproximaciones y métodos

Los historiadores de la ignorancia se enfrentan a un problema fundamental: cómo estudiar una ausencia[187]. Los científicos sociales pueden llenar el hueco con sus sondeos —por ejemplo, de «ignorancia del votante»—, ¿pero de qué fuentes y métodos se puede echar mano

para escribir una historia de lo que no está ahí?

Una respuesta relativamente tradicional es contemplar la idea de la ignorancia en diferentes periodos. Se ha hablado a menudo de la carta «Sobre su propia ignorancia y la de muchos otros», de Francesco Petrarca, poeta e intelectual del Renacimiento. Petrarca cita a Sócrates al saber que no sabe, y al mismo tiempo se defiende de la acusación de ignorancia que le lanzan cuatro jóvenes venecianos[188]. Los argumentos sobre los límites del conocimiento que presentan los escépticos antiguos y modernos se han discutido a menudo, y también en este libro. Los teólogos han estudiado la tradición de una «ruta negativa» para el conocimiento de Dios, como veremos en el capítulo 6.

Las respuestas recientes al desafío presentan enfoques indirectos, como contar transeúntes fijándonos en las sombras. Uno de estos enfoques se podría denominar «método retrospectivo», que cambia el centro de atención del incremento del conocimiento al declive gradual de la ignorancia. Como dijo Francisco López de Gómara, el historiador español, en su *Historia general de las Indias* (1553), el descubrimiento de América «declaró la ignorancia de la sabia antigüedad»[189].

El método retrospectivo se asemeja al «método regresivo» que utilizó Marc Bloch, el historiador francés, al estudiar los sistemas agrícolas[190]. Pero a Bloch le interesaba descubrir continuidades, mientras que el método retrospectivo pone el énfasis en los contrastes entre el pasado y el presente. Por tanto, se asemeja más al enfoque de Lucien Febvre, colega de Bloch, que exploró los límites del idioma francés del siglo XVI a través de los conceptos de los que carecía y las palabras que en la época no se habían acuñado todavía[191].

Una segunda aproximación consiste en estudiar lo que Sherlock Holmes habría llamado «ausencias elocuentes». Mientras investigaba la desaparición de un caballo de carreras, Holmes advirtió que el perro guardián no había ladrado durante la noche, como habría hecho en circunstancias normales si hubiera un intruso. El detective llegó a la conclusión de que el animal conocía bien al ladrón. De manera semejante, los historiadores de la ignorancia pueden poner en práctica el método comparativo para sacar a la luz ausencias significativas, como hizo Werner Sombart, sociólogo alemán, sobre la ausencia en Estados Unidos de algo muy presente en la Alemania de tiempos de Sombart: el socialismo[192].

Por ejemplo, Cornel Zwierlein se centró en la ignorancia occidental

sobre lo relativo a los primeros tiempos del Levante mediterráneo, y detectó que en las bibliotecas particulares faltaban ciertos libros, entre ellos y de manera llamativa la obra de Ibn Jaldún, un gran historiador árabe; detectó también que los libros de esas bibliotecas carecían de ciertas informaciones[193]. Esta práctica se ha denominado «historia nula», y consiste en tratar como fenómeno significativo la falta de ciertos materiales, por ejemplo, en un archivo[194]. De nuevo, una comparación de textos escritos por diferentes personas que han viajado al mismo lugar revela las ausencias de cada uno, lo que permite al historiador fijarse en lo que los autores no han visto.

Una tercera aproximación es poner del revés la tradicional narrativa triunfalista, sustituyendo el énfasis sobre el retroceso de la ignorancia por una visión de su avance o incluso, como se ha dicho antes, su «explosión». Esta visión habla de la desaparición de idiomas, la quema de libros, la destrucción de bibliotecas, el olvido colectivo de descubrimientos, la muerte de sabios, etcétera. En resumen, pone el énfasis en los perdedores, en lugar de en los ganadores; en el fracaso, más que en los triunfos[195]. El valor de esta aproximación estriba en la revelación de la parcialidad del relato tradicional, lo que los historiadores llaman «sesgo». Pero, si no se combina con otras perspectivas, su debilidad es que también estará sesgado: la otra cara de la moneda.

C. S. Lewis, catedrático de Oxford más conocido por su obra de ficción y como teólogo laico, ya sugirió en los años cincuenta del siglo pasado una posible manera de reconciliar estas dos interpretaciones de la historia. La introducción de Lewis a su historia de la literatura inglesa en el Renacimiento lleva un título muy llamativo: «Nuevo aprendizaje y nueva ignorancia». El autor aseguró que la hostilidad hacia la filosofía medieval por parte de los humanistas del Renacimiento era una forma de ignorancia, y luego pasó a generalizar esta afirmación: «Tal vez todo nuevo aprendizaje se abre espacio creando una nueva ignorancia. [...] La capacidad de atención del hombre parece limitada: un clavo saca otro clavo»[196]. Voy a seguir a Lewis en este sentido, pero también añadiré a su historia una dimensión social, ya que la ignorancia, al igual que el conocimiento, está socialmente situada.

Historia social de la ignorancia

La historia de la ignorancia, igual que la historia del conocimiento, forma parte de la historia intelectual, pero esta historia intelectual se puede examinar de diferentes maneras. Este libro pone el énfasis en la historia social de la ignorancia, el opuesto complementario de la historia social del conocimiento. Como señaló Lenin en 1921, hay una pregunta clave en todos los asuntos humanos: ¿Quién-A quién? *(kto, kogo?)*. En un estudio de la comunicación, Harold Lasswell, pionero de la ciencia política, elaboró la pregunta en su famosa fórmula: ¿Quién dice qué a quién?[197]

De manera semejante, los historiadores sociales de la ignorancia se ocupan del «quién ignora qué», y distinguen la ignorancia de las personas normales (los laicos, los soldados rasos, los votantes, los consumidores) de la de las élites (gobernantes, generales, científicos, etc.), y examinan las relaciones entre ambas. Esto los lleva a valorar el uso de la ignorancia, sobre todo su contribución al dominio de un grupo (clase, raza o género) sobre otro. De este enfoque se deduce que el término «ignorancia», igual que «conocimiento», merece que se use en plural; y, aunque nos suene raro hablar de ignorancias, en castellano o en francés es habitual hablar de «saberes» *(savoirs)*.

Los historiadores sociales también podrían estudiar lo que Zwierlein denomina «cómo enfrentarse a la ignorancia»; en otras palabras, las diferentes respuestas a la identificación de ignorancias específicas por parte de académicos, científicos, misioneros, administradores coloniales, etc.: llevar a cabo experimentos, hacer sondeos, colaborar en trabajos sobre el terreno, etcétera[198].

Hay formas de ignorancia que se exigen a grupos concretos en una cultura determinada. Al principio de la Edad Moderna europea, por ejemplo, se esperaba que los caballeros no supieran nada o supieran muy poco sobre dinero, o sobre las habilidades relacionadas con los oficios, ya que las clases altas despreciaban el trabajo manual. Las damas, por su parte, no debían saber nada de muchos temas, entre ellos la cultura clásica o el sexo (al menos antes del matrimonio).

A principios del siglo XX, Marie Stopes, botánica británica más conocida por su defensa de la eugenesia y el control de natalidad, se sorprendió por el silencio colectivo acerca del sexo en el mundo de las mujeres de clase media, que tenía como resultado una ignorancia total hasta el momento del matrimonio. Stopes citó una carta que le envió una mujer que decía: «Me casé sin saber prácticamente nada sobre la vida matrimonial. Nadie me había hablado del tema, nadie me dijo

cosas que debería haber sabido, y el despertar fue muy brusco»[199]. Michel Foucault, que disfrutaba poniendo patas arriba la sabiduría convencional, afirmó que lo que él llamaba «régimen victoriano» de sexualidad no era de silencio y secretismo. Todo lo contrario, era «ese aspecto de sí mismo lo que lo preocupaba más que ningún otro». Pero, como siempre, hay que distinguir entre las distintas actitudes: oficial y no oficial, masculina y femenina, la de los padres y la de los hijos[200].

Por otra parte, hay formas de ignorancia que se suelen considerar culpables. En la Europa protestante, los fieles se horrorizaban si alguien no conocía la Biblia (mientras que en la Europa católica el interés de los laicos en la Biblia los podía convertir en sospechosos de herejía). Para las damas, no saber llevar una casa, bordar, escribir con caligrafía elegante, tocar el piano, leer partituras e identificar las obras de compositores famosos se consideraba ignorancia culpable.

En cuanto a los varones, durante mucho tiempo, sobre todo entre 1500 y 1900, se consideró que cualquier occidental con educación debía tener conocimientos sobre los mitos, historia, literatura y filosofía de la antigüedad grecorromana, o como mínimo reconocer alusiones a los clásicos. También se consideraba culpable al caballero ignorante de la heráldica, incluidos los términos técnicos (como «acolar», «chevrón», «gules», «pasante», etc.) o que no conociera los escudos de armas de las familias más importantes. En *Rob Roy* (1817), la novela de Walter Scott que tiene lugar en el siglo XIX, un hombre de cierta edad expresa su asombro ante la ignorancia sobre el tema de otro más joven. «¿Será cierto? ¡No conocer los signos heráldicos! ¿En qué pensaba vuestro padre?».

Es imposible separar la historia social de la historia política de la ignorancia. En muchas ocasiones, será necesario preguntar *quién* (los hombres, la burguesía, los gobernantes, las empresas) mantiene *a quién* (las mujeres, la clase trabajadora, el pueblo, los consumidores) en la ignorancia, y por qué motivos. Bathsua Makyn, una intelectual inglesa del siglo XVII, se quejó de que a las mujeres las mantenían «a propósito en la ignorancia para tratarlas como esclavas», cosa que, como ya vimos antes, reiteraron Mary Astell y Gabrielle Suchon también en el siglo XVII, así como la anónima «Sophia» en el XVIII[201].

Como ya se ha señalado, la ignorancia es un término paraguas y es imprescindible estudiarla en plural, como una serie de ignorancias específicas, cada una con sus propias explicaciones y consecuencias. También es vital estudiarlas desde diferentes perspectivas, tener la

visión tanto del misionero como del «salvaje», de la élite y de las «masas», de hombres y mujeres, trabajadores y empresarios, soldados y oficiales, etcétera, para producir lo que a veces se ha denominado una historia «polifónica»[202].

167 Antoine Thomas, *Essay on the Characters, Manners and Genius of Women in Different Ages. Enlarged from the French of M. Thomas by Mr Russell* (Londres, 1773); Christoph Meiners, *History of the Female Sex: Comprising a View of the Habits, Manners and Influence of Women Among All Nations from the Earliest Ages to the Present Time* (Londres, 1808).

168 Daniel Woolf, «A Feminine Past? Gender, Genre and Historical Knowledge in England, 1500-1800», *American Historical Review* 102 (1997), 645-79; Natalie Z. Davis, «Gender and Genre: Women as Historical Writers 1400-1820», en Patricia Labalme (ed.), *Beyond Their Sex: Learned Women of the European Past* (Nueva York, 1980), 153-75; Bonnie Smith, *The Gender of History: Men, Women and Historical Practice* (Cambridge, 1998).

169 Mary R. Beard, *Woman as Force in History: A Study in Traditions and Realities* (Nueva York, 1946), 1, 273.

170 Smith, *Gender of History*, 207.

171 Natalie Z. Davis, «Women's History in Transition», *Feminist Studies* 3 (1975), 83-103; «City Women and Religious Change», en *Society and Culture in Early Modern France* (Londres, 1975), 65-95. Cf. Joan Scott, «Women's History», en Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing* (Cambridge, 1991), 42-66.

172 Natalie Z. Davis, *The Return of Martin Guerre* (Cambridge MA, 1983) [ed. cast. *El regreso de Martin Guerre*. Traducido por Hipólito Pérez. Madrid: Akal, 2013].

173 Hay estudios generales como Heide Wunder, *He is the Sun, She is the Moon: Women in Early Modern Germany* (1992: traducción al inglés, Cambridge MA, 1998); Merry Wiesner-Hanks, *Women and Gender in Early Modern Europe* (1993: 4.ª ed., Cambridge, 2019); Olwen Hufton, *The Prospect Before Her: A History of Women in Western Europe, 1500-1800* (Londres, 1995).

174 Marshall Sahlins, *Historical Metaphors and Mythical Realities* (Ann Arbor MI, 1981).

175 Davis, «Women's History», 90.

176 Peter Galison y Robert Proctor, «Agnotology in Action», en Kourany y Carrier (eds.), *Science*, 27-54, en 27-8; Proctor y Schiebinger, *Agnotology*. Los trabajos más recientes se discuten en Lukas Verburgt, «The History of Knowledge and the Future History of Ignorance», *Know* 4 (2020), 1-24.

177 Entre los historiadores hay una excepción temprana: Scott, «Ignorance and Perceptions of Social Reality in Revolutionary Marseilles», en Pittock y Andrew (eds.), *Interpretation and Cultural History*, 235-68.

178 Robert DeMaria Jr, *Johnson's Dictionary* (Oxford, 1986), 77.

179 François La Mothe Le Vayer, *Du peu de certitude qu'il y a dans l'histoire* (París, 1668).

180 Varga, *Schlagwort*, 119, 123.

181 Bernard de Fontenelle, *De l'origine des fables* (1724: ed. Jean-Raoul Carré, París, 1932), 11-12, 37.

182 Nicolas de Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1794-5: ed. Oliver H. Prior, París, 1933).

183 La frase se acuñó y la interpretación se criticó en Herbert Butterfield, *The Whig Interpretation of History* (Londres, 1931).

184 Martin Kintzinger, «*Ignorantia diplomatica*. Konstrukiv Nichtwissen in der Zeit des Hundertjähriges Krieges», en Espenhorst, *Unwissen und Missverständnisse*, 13-40; Cornel Zwierlein, *Imperial Unknowns: The French and the British in the Mediterranean, 1650-1750* (Cambridge, 2016), y Zwierlein (ed.), *The Dark Side of Knowledge: Histories of Ignorance, 1400 to 1800* (Leiden, 2016); Corbin, *Terra Incognita*.

185 Elliot W. Eisner, *The Educational Imagination* (Nueva York, 1979), 83-92, en 83.

186 Hay ejemplos de lo que se podía hacer en Peter Burke, *A Social History of Knowledge*, 2: *From the Enyclopédie to Wikipedia* (Cambridge, 2012), 149-50 [ed. cast. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot.* Traducido por Isidro Arias. Barcelona: Paidós Ibérica, 2002].

187 Scott Frickel, «Absences: Methodological Note about Nothing, in Particular», *Social Epistemology* 28 (2014), 86-95; Jenny Croissant, «Agnotology: Ignorance and Absence or Towards a History of Things that Aren't There», *ibid.,* 4-25.

188 Francesco Petrarca, «De sui ipsius et multorum ignorantia» (1368: in *Opera*, Basel, 1554), 1123-68, traducción al inglés, «On His Own Ignorance and That of Many Others», en Ernst Cassirer, Paul O. Kristeller y John H. Randall Jr (eds.), *The Renaissance Philosophy of Man* (Chicago IL, 1948), 47-133.

189 *Historia General de las Indias y Nuevo Mundo*, de Francisco López de Gómara, citado por José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos* (Madrid, 1966), 446.

190 Marc Bloch, *Caractères originaux de l'histoire rurale française* (Oslo, 1931) [ed. cast. *La historia rural francesa: caracteres originales.* Traducido por Alejandro Pérez. Barcelona: Crítica, 1978].

191 Febvre, *Problème de l'incroyance*, 2.ª parte, libro 2, capítulo 2.

192 Arthur Conan Doyle, «The Silver Blaze», en *Memoirs of Sherlock Holmes* (Londres, 1892) [ed. cast. «Estrella de Plata», en *Las memorias de Sherlock Holmes*. Traducido por Bernardo Moreno Carrillo. Madrid: Valdemar, 2013]; Werner Sombart, *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keine Sozialismus?* (Tubingen, 1906) [ed. cast. *¿Por qué no hay socialismo en EE.UU.?* Traducido por Francisco Javier Noya Miranda. Madrid: Capitán Swing, 2009].

193 Zwierlein, *Imperial Unknowns*, 189-91.

194 Edward Janak, «What Do You Mean It's Not There? Doing Null History», *American Archivist* 83 (2020), 57-76.

195 Burke, *Knowledge*, 2, 139-59.

196 Clive S. Lewis, *English Literature in the Sixteenth Century, excluding Drama* (Oxford, 1954), 31.

197 Harold Lasswell, «The Structure and Function of Communication in Society», en Lyman Bryson (ed.), *The Communication of Ideas* (Nueva York, 1948), 37-51.

198 Zwierlein, *Imperial Unknowns*, 2, 118, etc.

199 Citado en David Vincent, *The Culture of Secrecy: Britain, 1832-1998* (Oxford, 1998), 160-61.

200 Michel Foucault, *The History of Sexuality*, 1 (1976: traducción al inglés, Londres, 1978), 123, 127 [ed. cast. *Historia de la sexualidad 1*. Traducido por Tomás Segovia. Madrid: Siglo XXI, 2005]. En contraste, Peter Gay, en *The Education of the Senses* (Nueva York, 1984), 468, rechazó el argumento de Foucault como «casi aislado por completo de los hechos».

201 Madeleine Alcover, «The Indecency of Knowledge», *Rice University Studies* 64 (1978), 25-40; Bathsua Makyn, *An Essay to Revive the Antient Education of Gentlewomen* (Londres, 1673); Jerome Nadelhaft, «The Englishwoman's Sexual Civil War», *Journal of the History of Ideas* 43 (1982), 555-79. Cf. Le Doeuf, *Sex of Knowing*.

202 Peter Burke, «Cultural History as Polyphonic History», *Arbor* 186 (2010), DOI: 10.3989/arbor.2010.743n1212.

6
LA IGNORANCIA DE LA RELIGIÓN

> Ningún hombre sostendrá que sabe o cree lo que no tiene base científica para sostener que sabe o cree.
>
> T. H. HUXLEY

El material del que surge este capítulo es abundante y variado. La ignorancia juega papeles fundamentales y variados en la teoría y práctica de la religión, sobre todo en la tradición apofática de la teología, según la cual el ser humano solo puede saber lo que Dios no es, y así se le permite «conocer de manera indirecta a través de la ignorancia»[203]. La propia religión se puede considerar una respuesta a la ignorancia humana, aunque los líderes religiosos afirman con frecuencia conocer las intenciones de Jehová, Dios o Alá. En otro sentido, se ha dicho que las religiones son la creación deliberada del misterio, como en el famoso tratado de los «tres impostores» (Moisés, Cristo y Mahoma), publicado en el siglo XVIII[204].

Se suele atribuir ignorancia a los grupos que practican una religión diferente a la del hablante, tratando este las creencias de los otros como falta de conocimiento, en lugar de conocimiento diferente o rival. Como ya hemos visto, los musulmanes denominan «era de la ignorancia» a la época politeísta previa al islam, mientras que los misioneros cristianos hablaron a menudo de la «ignorancia» de los no cristianos, aparte de utilizar términos como «idolatría» y «superstición». Dentro de cada religión, los diferentes grupos se acusan entre ellos de ignorar la verdadera fe, mientras que los creyentes en las religiones mayoritarias suelen saber muy poco de los demás. Los agnósticos, por su parte, siguiendo el ejemplo de Sócrates, se autocalifican de ignorantes.

En este capítulo se hablará de manera sucesiva de la ignorancia de las doctrinas de la religión propia, tanto por parte del clero como de los laicos; de la ignorancia de las ideas de los creyentes de otras religiones; de la ignorancia consciente de lo divino, en sus dos formas

principales: el «conocimiento negativo» de Dios y el agnosticismo; y, por último, del descenso en el interés por la teología, una decisión más o menos consciente de ignorarla.

El clero

De la misma manera que en otras organizaciones amplias, como gobiernos, empresas y ejércitos, las iglesias suelen ser espacios en los que reina lo que se ha denominado «ignorancia organizativa». No me refiero a los casos de abusos sexuales que se han descubierto en la Iglesia católica y en la de Inglaterra, ya que es más plausible pensar que los obispos de las diócesis en las que tuvieron lugar puedan ser acusados de encubrirlos, más que de desconocer su existencia. Mucho más relevantes para el objetivo que nos ocupa son los huecos en el conocimiento y la comunicación entre la parroquia y la diócesis, que siguen siendo un tema poco tratado (que yo sepa) por parte de los historiadores eclesiásticos.

En cambio, se sabe más sobre la ignorancia de la fe por parte del clero, sobre todo en el caso de los sacerdotes de las parroquias. Se trata de un problema antiguo que llegó a ser grave tanto para católicos como para protestantes durante la Reforma en Europa. En la Edad Media, los sacerdotes de las parroquias no recibían instrucción formal para llevar a cabo sus obligaciones. Así, recababan información y conocimientos fragmentados a través de un tiempo como aprendices informales, ayudando y observando a los sacerdotes mayores[205]. Esta falta de instrucción formal ya se percibía como un problema por aquel entonces: un concilio de la Iglesia de Inglaterra en el siglo XIII dio lugar a un plan «de enorme influencia y duración» para la instrucción de los seglares, conocido por sus primeras palabras: «La ignorancia de los sacerdotes» *(Ignorantia Sacerdotum)*[206]. Sabemos que, a mediados del siglo XVI, las inspecciones en la diócesis de Mantua descubrieron que los sacerdotes eran «ignorantes» *(nihil sciens)*[207]. Y en 1561, el obispo de la diócesis de Carlisle dijo que sus clérigos eran «en su mayoría, ignorantes y testarudos»[208].

Martín Lutero y sus seguidores se mostraron muy vehementes en su denuncia de los «perros mudos, que no pueden ladrar», es decir, los sacerdotes (y a veces los pastores), tan faltos de educación que no podían predicar la fe ni corregir la ignorancia de los fieles[209]. La frase

de los «perros mudos» es una cita del Antiguo Testamento, de cuando el profeta Isaías también se queja de que los centinelas de Dios «ciegos son, todos ellos ignorantes» (Isaías 56, 10), un recordatorio de que el problema no se limita a la cristiandad, a Europa ni a la época de la Reforma.

En respuesta a estas críticas, a partir de finales del siglo XVI se fundaron seminarios en el mundo católico con el objetivo de enseñar a los sacerdotes aquello que ellos tenían que enseñar a la gente. Mientras, cada vez se iba haciendo más importante que los pastores luteranos y calvinistas tuvieran estudios universitarios. Por otra parte, el clero de las parroquias ortodoxas carecía de ese tipo de oportunidades. En Alepo, en 1651, un misionero capuchino francés se fijó en que los patriarcas de los sirios y los armenios eran «extremadamente ignorantes» *(sono molto ignoranti)*[210]. En 1762, Ruđer Bošković, un intelectual jesuita procedente de Dubrovnik, visitó Bulgaria. Habló con el sacerdote de un pueblo, y más adelante comentó: «Su ignorancia es increíble, igual que la de toda esa pobre gente [...]. No saben el padrenuestro ni el credo, ni los misterios esenciales de la religión». Una conversación posterior con otro sacerdote le descubrió que «no tiene conocimiento de lo que es Roma o el papa, ni de ninguna controversia religiosa, y me preguntó si en Roma había sacerdotes»[211].

El caso de los misioneros, que a menudo (aunque no siempre) ignoraban el sistema de creencias de los pueblos que intentaban convertir, se verá más adelante.

Los laicos

No está claro si las Reformas redujeron la ignorancia laica de la fe cristiana en sus diversas variantes, pero no cabe duda de que nos proporcionaron fuentes para el estudio de la ignorancia. Entre estas fuentes no están solo las quejas de los predicadores, sino también las inspecciones que se llevaron a cabo en las parroquias, que permiten a los historiadores seguir las huellas del clero de los primeros tiempos de la Edad Moderna, tanto el católico como el protestante, preocupado por lo que sabían sus congregaciones. Y a menudo se asombraron al descubrir todo lo que ignoraban sobre la fe.

En Inglaterra, por ejemplo, el testimonio de varios pastores del

siglo XVI incluye la afirmación de que «la gente pobre no comprende siquiera el padrenuestro», y también que «muchos son tan ignorantes que no saben qué son las Escrituras; no tienen conocimiento de la existencia de las Escrituras»[212]. En Gales, el obispo de Bangor declaró que, en su diócesis, «la ignorancia deja a muchos en el lodo de la superstición»[213]. En cuanto a los protestantes alemanes, «la terrible ignorancia general descubierta en la inspección de 1527-1529 instigó a Lutero a escribir sus dos catecismos»[214], sencillos textos de la fe para personas sencillas. Las investigaciones más exhaustivas sobre el conocimiento religioso de los laicos se llevaron a cabo en la Suecia moderna: las *husförhör*. Los pastores fueron de casa en casa para comprobar el conocimiento y comprensión de la Biblia —o su falta de conocimiento y comprensión— de cada miembro de la familia y el servicio[215].

Con el mismo objetivo, los católicos adoptaron el formato de pregunta-respuesta en el catecismo, aunque las respuestas, aprendidas de memoria, no demostraban necesariamente una comprensión real de los asuntos. Y, en el fondo, la Iglesia prefería que la gente creyera en la doctrina más que entenderla, ya que cualquier intento de entenderla podría llevar a los fieles a la herejía[216].

Por ejemplo, en Italia las preguntas que se hacían en las visitas episcopales tenían más que ver con el estado de las iglesias y el clero que con el conocimiento religioso de la congregación. Muy poco a poco, los obispos empezaron a indagar no solo acerca de la asistencia a la confesión y a la comunión, sino sobre cualquiera en la parroquia que «haga críticas de la fe y los dogmas de la Iglesia» o fuera «sospechoso de herejía». Por último, en Venecia, en 1821, hubo un sacerdote de una parroquia pobre que criticó la falta de interés que dejaba a su congregación en la ignorancia de la religión[217].

Por supuesto, hay diferencias en el conocimiento laico de la doctrina religiosa según el lugar, el momento y los grupos sociales. Por ejemplo, en España, al principio de la Edad Moderna, los musulmanes obligados a convertirse al cristianismo después de 1492 sabían muy poco de su nueva religión. Esta ignorancia se debía a que, aparte de un breve periodo de misiones en Granada en la década de 1490, no fueron instruidos en esta fe. Claro que uno de los principales obstáculos para dicha instrucción fue que la mayoría de los sacerdotes de la zona no sabía árabe[218].

Los conversos del judaísmo se encontraron en una situación

similar. A finales del siglo XV, «la posición de muchos conversos con respecto a su nueva religión era de enorme ignorancia». Carecían de una «educación sistemática en las creencias y prácticas del cristianismo»[219]. Como tampoco recibían ya la enseñanza de los rabinos, pasaron a ser también cada vez más ignorantes en lo relativo a su antigua fe. El conocimiento del judaísmo se transmitió con frecuencia de generación en generación, pero de una manera simplificada que unas veces se definía en oposición al cristianismo, y en otras tomaba elementos prestados de él[220].

Los laicos no estaban mejor formados en ciertas zonas de larga tradición cristiana. A principios de la Edad Moderna, en Inglaterra, los hombres con educación, sobre todo los clérigos, se quejaban a menudo de «los paganos ignorantes», «tan ignorantes de Dios [...] como los mismos salvajes»[221]. Estas quejas sobre la ignorancia de los laicos se concentraron en «los rincones oscuros de estas tierras», sobre todo el norte y el oeste. En la Casa de los Comunes, en 1628, sir Benjamin Rudyerd, un laico muy piadoso, lamentó que hubiera en el norte de Inglaterra y en Gales «lugares donde Dios era tan poco conocido como entre los indios»[222].

Rudyerd no fue el único que hizo una comparación por el estilo. En la misma época, en España e Italia había zonas rurales conocidas como «las otras indias» o «las indias de aquí» *(Indie di qua),* ya que sus habitantes estaban tan necesitados de misioneros como los pueblos de Asia y de las Américas. Muchos misioneros italianos y españoles que trabajaban en los Apeninos o en los Abruzos se inspiraron en lo que habían leído sobre las Indias. Uno de ellos definió Córcega como *la mia India* («mi India»)[223].

Misiones

El siglo XVI no solo fue el siglo de la Reforma europea, sino también el de la expansión de la cristiandad fuera de Europa. Los jesuitas, en concreto, se convirtieron en una orden mundial y contribuyeron de manera importante a la globalización cultural. En el siglo XVII, los misioneros protestantes siguieron los pasos de la iniciativa católica, como los luteranos y los calvinistas en la India, o los moravos, muy activos en las Américas desde Pensilvania a Surinam.

Pese a trabajar contra muchos obstáculos, los misioneros tenían

una ventaja importante con respecto a sus colegas patrios: la certeza de que las personas a las que querían convertir no sabían nada sobre el cristianismo. En el sur de la India, algunos misioneros católicos, como Roberto de Nobili, y otros protestantes, como Bartholomäus Ziegenbalg, utilizaron el término tamil *akkiyanam* («ignorancia») para describir a sus conversos[224]. De hecho, la idea de la ignorancia como característica de sus congregaciones aparece a menudo en los escritos de los misioneros[225]. Los propios conversos mantuvieron a veces este punto de vista. En la región de Xhosalandia —que en la actualidad forma parte de Sudáfrica—, donde hubo una misión metodista a principios del siglo XIX, un hombre confesó que el mensaje cristiano «entraba por una oreja y salía por la otra». No parece que fuera un caso aislado[226].

En los «rincones oscuros» de principios de la Europa moderna, la verdadera situación era más sombría. Algunos misioneros empezaban la visita a una zona concreta haciendo preguntas más ambiciosas que las que se hacían en las visitas episcopales. A mediados del siglo XVII, en Éboli, una ciudad del sur de Italia, unos jesuitas se toparon con un grupo de pastores. «Interrogados sobre cuántos dioses existían, uno respondió “cien”, otro dijo “mil”, y otro un número aún más elevado». Es posible que los misioneros jesuitas recibieran instrucciones de hacer esta pregunta en concreto, ya que pocos años antes otro misionero de su orden, Julien Maunoir, que trabajaba en Bretaña, descubrió que los habitantes de la isla de Ouessant «eran incapaces de responder a la pregunta de cuántos dioses había». A los habitantes de Niolo, en Córcega, los misioneros de San Vicente de Paúl les hicieron una pregunta un poco más abierta: «Si hay un solo dios, o muchos»[227].

Si las personas que vivían en esos tres lugares hubieran sabido algo del cristianismo, se habrían mostrado muy sorprendidos ante las preguntas de aquellos sacerdotes de ropas negras, y habrían buscado la respuesta que más complaciera a sus interrogadores. Ciertamente, el modelo de «las Indias de aquí» pudo provocar malentendidos. Es posible que parte del clero exagerara la ignorancia con la que se había encontrado, y asumiera, como suele hacer la gente instruida, que aquellos analfabetos sabían poco o nada.

Un tema del que se ha hablado mucho menos que de la ignorancia de los laicos es la ignorancia de los propios misioneros. Por lo general, estos sabían poco o nada de la cultura a la que se estaban dirigiendo, empezando por el idioma.

Si volvemos a examinar el caso de Xhosalandia, parece que los misioneros de principios del siglo XIX desconocían prácticamente todo acerca del sistema tradicional de creencias de la gente a la que intentaban convertir, y ese sistema incluía el concepto de una divinidad impersonal, algo que hacía mucho más difícil que los xhosa comprendieran el mensaje cristiano[228]. En cualquier caso, a principios del siglo XIX, la mayoría de los misioneros en África «tenían poca o ninguna formación; todo lo contrario, de hecho pensaban que la formación, la educación y la teología eran inútiles, y que lo único que hacía falta era un buen conocimiento de la Biblia, mucha fe y una voz potente»[229]. Esta peligrosa combinación de ignorancia y arrogancia por parte de algunos misioneros también se ha señalado en un estudio sobre las misiones en Albania tras la caída del régimen comunista en 1991[230].

Puede que veamos algo más de luz si examinamos la historia de las misiones desde el punto de vista de la ignorancia recíproca de los dos grupos participantes; o de los tres grupos, si distinguimos entre los misioneros que hacían el trabajo sobre el terreno y sus superiores, sentados tras un escritorio en su país natal. Esto nos lleva de nuevo al tema de la ignorancia organizativa que ya vimos en el segundo capítulo. Por citar a William Burton, un misionero pentecostal del Congo a principios del siglo XX: «Cuántos cientos de misiones se han resentido por el hecho de que la dirección la marca el país de origen, hombres en sillones, en despachos, que se atreven a organizar las operaciones de una misión sobre un terreno que nunca han visto y en condiciones de las que no saben nada»[231].

Quizá el tema de estudio principal al aproximarnos a las misiones desde este enfoque deba ser la manera en que las dos partes van aprendiendo más o menos a comprenderse. A principios del siglo XX, algunos misioneros dedicaban ya buena parte de su tiempo a estudiar el idioma y el sistema de creencias del pueblo al que querían convertir. Unos cuantos llegaron incluso a escribir libros sobre el tema. Por ejemplo, el inglés John Roscoe publicó un trabajo sobre los ganda, en lo que ahora es Uganda, ya en 1911; Henri Junod, suizo, escribió *Life of a South African Tribe* (*Vida de una tribu sudafricana*, los tsonga) en 1912; y el belga Placide Tempels, una interpretación de lo que él denominó «filosofía bantú» en 1945. Se podría decir que estos misioneros eran antropólogos aficionados. Algunos pasaron luego a ser profesionales, y entre ellos destaca Maurice Leenhardt, un misionero

francés en Nueva Caledonia que llegó a ser profesor universitario en París[232].

La ignorancia de la religión en el siglo xxi

En estos tiempos de sondeos y encuestas a votantes y consumidores (de lo que hablaremos más adelante), se ha preguntado a varias muestras de población de Estados Unidos y del Reino Unido sobre sus creencias religiosas, y también sobre su conocimiento de la religión. En el Reino Unido, en 2009, el resultado fue que menos del 5 por ciento de los encuestados se sabía los diez mandamientos. Por suerte, las preguntas tradicionales sobre doctrinas como la Trinidad o la transubstanciación no se les llegaron a plantear[233].

En 2010, en Estados Unidos, la encuesta del Pew Forum «Quién sabe qué sobre la religión» pedía a los participantes que respondieran a treinta y dos preguntas sencillas, facilitando la tarea con una serie de respuestas a elegir. La media de aciertos fue de dieciséis sobre treinta y dos, pero la encuesta mostró variaciones muy notables.

> En la parte alta de la escala, al menos ocho de cada diez estadounidenses saben que los maestros no pueden organizar la oración en los colegios públicos, que la palabra «ateo» se refiere a las personas que no creen en Dios, y que la madre Teresa era católica. En el otro extremo, solo el 8 por ciento sabe que Maimónides, filósofo del siglo XII y estudioso de la Torah, era judío[234].

Ignorancia de otras religiones

La ignorancia de otras religiones, a menudo combinada con una dosis de desprecio, es un hecho antiguo, y tampoco hay que olvidar la ignorancia del «otro» en los debates entre católicos y protestantes, o entre cristianos del oriente y el occidente de Europa. Por ejemplo, en el siglo XVI, la Iglesia ortodoxa griega ocupó «un punto ciego en los primeros tiempos de la teología de la Reforma»[235].

Los rumores[236] florecen donde no hay conocimiento fidedigno: «La naturaleza aborrece el vacío. Lo mismo le sucede a la mente humana»[237]. A veces, estos rumores circulan tanto y se repiten tan a menudo que finalmente cuajan y se convierten en mitos de larga duración. Así ha sucedido con la visión que el cristianismo tiene del paganismo, el judaísmo y el islam desde la Edad Media, y del

hinduismo, el budismo y otros cultos que se dieron a conocer en Europa cuando los primeros viajeros, mercaderes y soldados llegaron a Asia, África y las Américas. En todos estos casos, la desinformación circuló libremente.

En la Antigüedad se acusó en ocasiones a los cristianos del asesinato ritual de niños e incluso de canibalismo, algo que deja muy claro que el resto de la sociedad los veía como una amenaza[238]. En la Edad Media, los cristianos acusaron a los judíos de idolatría, lo cual no puede ser más irónico, porque los judíos rechazaban las imágenes sagradas que los cristianos sí aceptaban[239]. Entre las historias sobre los judíos que circularon en aquellos tiempos estaba la de que adoraban al diablo; que profanaban la ostia (pisoteándola, por ejemplo) para comprobar si tenía poder; o que habían envenenado los pozos de las ciudades y propagado la peste. Se los acusó, igual que a los primeros cristianos, del secuestro y asesinato ritual de niños, y a veces de canibalismo, en un ejemplo espectacular de la perdurabilidad de ciertos estereotipos hostiles y de cómo se transfieren de un grupo a otro. Este tipo de acusaciones fueron la causa de los pogromos en la Baja Edad Media, o como mínimo se utilizaron para legitimar la violencia debida a otras razones[240]. En estos casos, no es fácil distinguir entre el rechazo al judaísmo y el odio hacia una minoría que tenía un idioma, unos hábitos en el vestir y una cultura que contrastaban con los de la mayoría.

Otra visión alternativa por parte de la Iglesia fue que los judíos eran herejes; en otras palabras, que «el judaísmo no era una fe independiente, sino una simple desviación perversa de la fe única y verdadera». Esto era mucho peor que considerarlos infieles, ya que, como herejes, los judíos se convirtieron en objetivo de la persecución oficial[241]. Nicolás de Cusa fue más preciso al tiempo que más compasivo cuando escribió que «los antiguos paganos se burlaban de los judíos, que adoraban a un dios infinito del que ellos eran ignorantes»[242].

Pero los intelectuales cristianos, como Nicolás o Johann Reuchlin, el humanista alemán del siglo XVI que aprendió hebreo para estudiar el judaísmo, eran una minoría y lo siguieron siendo. Reuchlin abogaba por la conversión de los judíos «mediante una discusión razonada, amable y generosa». En cuanto a Erasmo, su pensamiento estaba «impregnado de un antijudaísmo teológico virulento». Erasmo siguió las huellas de San Pablo y criticó a muchos cristianos por

«judaizantes», porque se tomaban demasiado al pie de la letra las normas y formas de la religión, y no así su espíritu[243].

Lutero fue aún más violento. En su tratado *Sobre los judíos y sus mentiras* (1543) dijo que «están llenos de las heces del demonio [...] que tragan como cerdos», y pidió que se quemaran sus escuelas y sinagogas[244]. En el siglo XVII, Pierre de Lancre, que se dedicaba a la caza de brujas, no fue ni mucho menos el único que denunció lo que él denominaba «las creencias y ritos absurdos e indecentes» de los judíos. Un detalle muy revelador es que los cazadores de las supuestas brujas llamaban «sinagogas» a las reuniones de sus perseguidos[245].

Tras la Revolución francesa, el repertorio del antisemitismo se amplió para abarcar mitos adicionales, y convirtió a los judíos en chivo expiatorio en tanto que «raza» o grupo étnico y no ya como fieles de una religión. Se los acusó de conspiración a escala global por planear una revolución aliándose con los francmasones. En Rusia se publicó un texto falso, *Los protocolos de los sabios de Sión* (1903), que muchas veces se ha utilizado para justificar la afirmación de que los judíos estaban conspirando para dominar el mundo[246]. Después de 1919 surgió otro mito, el de la «puñalada en la espalda» *(Dolchstosslegende)*, explotado por los nazis, que responsabilizaba a los judíos de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial y, de manera muy conveniente, quitaba la responsabilidad a los generales[247]. El antisemitismo de Lutero hizo más aceptable el antisemitismo nazi, por lo menos para los protestantes alemanes. Heinz Dungs, pastor luterano y nazi, comparó a Lutero con Hitler por sus cualidades como gran luchador[248]. Los mitos cambian, pero el antisemitismo permanece, alimentado por una mezcla de odio, miedo, credulidad e ignorancia.

La imagen que tenían los cristianos del islam estaba igual de distorsionada, sobre todo durante lo que Richard Southern, el conocido medievalista, denominó la «edad de la ignorancia»: la Europa previa al siglo XII. En textos medievales como *El cantar de Roldán* o la obra de Jean Bodel *El juego de San Nicolás* se presenta a los fieles del islam como adoradores de Mahoma a la vez que de Termagante y Apolo, una especie de trinidad blasfema, una versión invertida de las creencias cristianas (como suele suceder, se analizaba lo desconocido tomando como referencia lo conocido)[249]. Podríamos tener la tentación de desechar estas ideas como ejemplos de la «credulidad medieval», pero, bien vistas, no son tan diferentes de

ideas contemporáneas como la de que todos los musulmanes son fanáticos o incluso terroristas.

Nicolás de Cusa volvió a ser la excepción: estudió el Corán, y afirmó que Mahoma no era un malvado ni un impostor, sino que, sencillamente, ignoraba lo que era el cristianismo. Nicolás tuvo «consciencia de los límites de nuestro propio juicio sobre los que practican otras religiones»[250]. En la España medieval, tras la invasión de los árabes procedentes del norte de África y su asentamiento en las tierras de la península desde el siglo VIII, los cristianos habían adquirido unos ciertos conocimientos sobre el islam. De hecho, cuando los españoles llegaron a México en el siglo XVI, algunos denominaron «mezquitas» a los templos que encontraron, en otro ejemplo de mirar lo desconocido a través de las lentes de lo conocido.

Por otra parte, los viajes de Marco Polo a Persia y a otros lugares no lo hicieron más comprensivo con lo que describió como «las malditas doctrinas de los sarracenos», además de equivocarse al decir que «la ley que les ha impuesto su profeta Mahoma dice que todo daño que hagan a los que no aceptan su ley [...] no es pecado»[251]. «Tuvo que llegar el siglo XVII para que los eruditos de otros lugares de Europa aprendieran árabe y presentaran un relato más real, aunque no siempre más comprensivo, del islam», pero incluso entonces «no era extraño que estos relatos describieran a Mahoma como “impostor”»[252].

La ignorancia de los occidentales sobre otras religiones fue mucho más duradera. Cuando Vasco de Gama llegó a Kozhikode en 1498, sus hombres pensaban que todos los indios eran cristianos (como era el caso de algunos, los «cristianos de Santo Tomás» o «cristianos sirios»). Confundieron un templo hindú con una «gran iglesia» en la que había «una imagen que les pareció que representaba a Nuestra Señora» y «santos» pintados, cada uno con «cuatro o cinco brazos». En otras palabras, estaban «dispuestos a ver una iglesia en cualquier estructura que no fuera obviamente una mezquita»[253]. Cuando se corrigió el malentendido, los occidentales pasaron a considerar «fábulas» o «supersticiones» las creencias hindúes, mientras que los dioses que aparecían en sus templos pasaron a ser «monstruos» o «demonios», y en muchas ocasiones se los representó con cuernos, como las imágenes medievales de los paganos[254].

El bagaje intelectual de los misioneros, con honrosas excepciones (como el jesuita italiano Mateo Ricci en China o el pastor protestante Abraham Rogier en la India), a menudo se limitaba a los conceptos de

«paganismo», «idolatría» y «superstición», a la convicción de que los cultos indígenas eran parodias diabólicas de la fe verdadera, y poco más.

Esta misma convicción compartieron los misioneros que llegaron a México. Juan de Zumárraga, obispo de la Nueva España, aseguró haber destruido muchos «ídolos» de los «demonios» que adoraban los indígenas. Diego Durán, misionero en Yucatán, escribió acerca de las «deidades engañosas» y «la falsa religión en la que se adoraba al diablo», mientras que Diego de Landa, obispo de Yucatán, declaró que la idolatría era, como la ebriedad, uno de los muchos «vicios de los indios»[255].

Tuvo que llegar el siglo XVIII para que algunos occidentales renegaran de estas imágenes hostiles y empezaran a tomarse en serio el hinduismo como religión. Por ejemplo, un cirujano inglés, John Holwell, que fue durante un tiempo gobernador de Bengala, advirtió la importancia del papel jugado por la ignorancia en «las presunciones y el desprecio hacia los otros», y se declaró «asombrado de que estemos tan dispuestos a creer que las gentes de raza indostana son idólatras estúpidos, cuando tan caro nos ha costado en política y comercio que sean superiores». Alexander Dow, un soldado escocés, encontró excusas «para nuestra ignorancia sobre el saber, la religión y la cultura de los brahmanes», pero hizo un esfuerzo por corregirla. Nathaniel Halhead, un inglés de la Compañía Británica de las Indias Orientales, comparó la creencia hindú en los milagros con las de los cristianos en las «eras de la ignorancia» y el analfabetismo[256]. La publicación de *Cérémonies et coutumes religieuses de tous les peuples représésentés par des figures dessinées* (1723-1743), ilustrado por Bernard Picart y con textos de Jean Frédéric Bernard, fue un hito en la expansión del conocimiento de otras religiones por toda Europa. Se ha dicho que fue «el libro que cambió Europa», «la primera visión global de la religión», y que permitió a los lectores comparar y contrastar cultos diferentes[257].

Siguiendo un método retrospectivo, podríamos utilizar los descubrimientos graduales de los misioneros como indicadores de su ignorancia inicial. Los primeros misioneros modernos que llegaron a la India no conocían apenas las tradiciones religiosas indígenas, especialmente el hinduismo. Poco a poco, junto con otros europeos que vivían allí —y no únicamente yendo al país de visita o leyendo acerca de él—, aprendieron que los dioses locales no eran monstruos,

y descubrieron lo que ellos denominaron «hinduismo», aunque muchos estudiosos han señalado que no lo descubrieron, sino que más bien «construyeron» la religión con una visión de los cultos locales como parte de un sistema general[258].

De manera semejante, los europeos descubrieron el budismo, pero no de manera repentina, sino en el curso de un largo proceso de aprendizaje que comenzó con la llegada de los jesuitas a Japón en 1549, y que aún continuaba cuando se fundó la Sociedad Budista de Londres en 1924. El jesuita italiano Ippolito Desideri, enviado para convertir a los tibetanos, estudió cinco años en lo que se podría denominar una «universidad teológica» en Lhasa, pero sus informes sobre lo que había aprendido no se publicaron hasta el siglo XX: al parecer, los superiores de Desideri en la Compañía de Jesús opinaron que estaba mostrando demasiada simpatía hacia el budismo. Los encuentros con budistas «tuvieron muy poco impacto en la comprensión del budismo por parte de occidente» antes del siglo XIX[259].

Disimulación

La ignorancia sobre la religión de los demás, ya fuera grupos o individuos, es a veces resultado de un encubrimiento, sobre todo cuando ha habido conversiones forzosas. Se ha sugerido a menudo que los esclavos africanos enviados al Nuevo Mundo y obligados a cristianizarse permanecieron fieles a sus divinidades tradicionales de África central y occidental, pero que pudieron ocultarlo a sus amos y al clero cristiano porque lograron encontrar equivalencias entre sus deidades (orishas) y los santos católicos. Ogun, por ejemplo, se disfrazó de San Jorge, mientras que Shango se hizo pasar por Santa Bárbara, y así sucesivamente. Pero lo que comenzó como un encubrimiento acabó como pluralismo, de manera que hoy en día hay brasileños que practican tanto el catolicismo como el culto tradicional africano de candomblé[260].

Otros ejemplos de minorías que mantuvieron a los demás en la ignorancia sobre su religión fueron los criptojudíos, los criptomusulmanes, los criptocatólicos y los criptoprotestantes de principios de la Edad Moderna. Se dice que la reina Isabel I hizo la famosa promesa de no abrir «ventanas en las almas de los hombres». Pero ni los inquisidores católicos ni los consistorios calvinistas —las

asambleas que gobernaban esa Iglesia— compartieron su actitud, y los únicos que lo hicieron no pertenecían a las facciones dominantes.

El disimulo, una respuesta recurrente a una situación también recurrente para judíos, cristianos y musulmanes, fue más necesario que nunca en el siglo XVI, debido a la conversión forzosa de musulmanes y judíos en España, y a los conflictos entre los diferentes tipos de cristianismo en Europa durante los tiempos de la Reforma y la Contrarreforma.

En árabe existe una palabra para este tipo de disimulación, que los chiitas han tenido que practicar a menudo: *taqiyya*, que también significa «temor» o «prudencia». Y sin duda hacía falta mucha prudencia tras la reconquista de España por los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, en 1492, cuando obligaron a los judíos y a los musulmanes a convertirse al cristianismo y pasaron a ser conocidos de manera oficial como «cristianos conversos».

En 1504, un muftí de Orán lanzó una fetua que permitía esta exhibición de cara al exterior. «Humillaos a los ídolos —escribió—, pero tomad en voluntad que servís a Alá. [...] Y si os forzaran a beber el vino, pues bebedlo, no con voluntad de hacer vicio de él. [...] Y si os forzaran sobre comer el puerco, comedlo denegantes a él»[261]. En otras palabras, se recomendaba fingir conformidad para mantener en la ignorancia a las autoridades.

Los criptojudíos y los criptomusulmanes ofrecen al historiador actual el mismo problema al que se enfrentaron las autoridades a principios de la Edad Moderna: cómo distinguir entre los verdaderos conversos y los fingidos. Pese a esto, se han publicado algunos estudios perceptivos sobre estos grupos disidentes[262].

En el seno de la cristiandad también fue necesaria en ocasiones la disimulación, ya que la herejía era un crimen. Tras la Reforma y la escisión de Europa occidental entre católicos, luteranos y calvinistas, los individuos que vivían en una zona «errónea» recurrieron a la disimulación, que fue descrita, sobre todo por Jean Calvin, como «nicodemismo», en alusión a Nicodemo, el fariseo del Nuevo Testamento que fue a visitar a Cristo de noche[263].

Agnosticismo

El término «agnóstico» viene del griego y hace referencia a la falta de

conocimiento espiritual o *gnosis.* Los primeros agnósticos de los que se tiene noticia fueron los filósofos griegos Jenófanes (*c.* 580 - *c.* 470 a. C.), que dijo que «ningún hombre ha visto y ninguno conocerá la verdad acerca de los dioses» y Protágoras (*c.* 490 - *c.* 420 a. C.), que afirmó que «sobre los dioses no puedo saber que existen ni que no existen, ni cómo son en su forma; porque muchas cosas me impiden saber esto: la oscuridad de la cuestión y la brevedad de la vida humana»[264].

Según Sexto Empírico, de quien hablamos en el segundo capítulo, los filósofos escépticos se reservan el juicio sobre la existencia o la inexistencia de Dios[265]. Esta consciencia de no saber si Dios existe o no, junto con la creencia de que otras personas tampoco lo saben aunque afirmen lo contrario, se suele definir como «agnosticismo», término acuñado en 1869 por el científico británico T. H. Huxley. El término se utiliza también en alemán (Nietzsche, por ejemplo, habla del *Agnostikern*) y en francés (Proust habla de *agnosticisme)*, pero las discusiones sobre el fenómeno son más habituales en el mundo anglófono[266].

Huxley, en lo que se podría definir como una confesión de no-fe, se declaró partidario del principio de que «no está bien que un hombre diga que está seguro de la verdad objetiva de una proposición a menos que pueda presentar pruebas que justifiquen de manera lógica esa certidumbre»[267]. Huxley pertenecía a un grupo de intelectuales victorianos que mantenían esta misma postura, en el que estaban también Herbert Spencer, Francis Galton, Leslie Stephen (autor del ensayo *An Agnostic's Apology, Disculpa de un agnóstico*), y probablemente también Charles Darwin y Thomas Hardy[268].

El debate sobre el agnosticismo llegó a su cúspide en Gran Bretaña entre 1862, cuando el filósofo James Martineau habló de lo que él denominaba «nesciencia religiosa», y 1907, cuando dejó de publicarse el *Agnostic Annual,* fundado en 1884. El interés en este debate ya empezaba a decaer en 1903, momento en el que Robert Flint, otro filósofo, publicó una historia del agnosticismo que arrancaba con los antiguos escépticos.

En las tradiciones judía y cristiana encontramos lo que se podría describir como «agnosticismo devoto»[269]. La idea de un «Dios oculto» se remonta al Antiguo Testamento (Isaías 45, 15). Moisés ben Maimón (Maimónides), el erudito judío del siglo XII, aseguró que es imposible «describir al Creador más que con atributos negativos»[270]. Algunos

Padres de la Iglesia, entre los que destaca Gregorio Nacianceno, ya habían apuntado en esta misma dirección. Lo mismo se puede decir de algunos místicos, como el anónimo autor de un libro en inglés del siglo XIV que lleva el poético título de *The Cloud of Unknowing (La nube del no saber)*.

La expresión más famosa de esta idea es sin duda el tratado del cardenal Nicolás de Cusa en el siglo XV, *De docta ignorantia,* con el cual defendía que era posible conocer el alcance de la propia ignorancia. Nicolás escribió que «Dios es inefable», así que la única aproximación posible a él es la ruta negativa *(via negativa)*, o sea, decir lo que no es. Más adelante, Martín Lutero y Blaise Pascal defendieron que la razón sola no bastaba para conocer a Dios. Según ellos, el cristianismo tenía que basarse en la revelación divina[271].

Siendo que los ateos creen en una carencia, la ausencia de Dios, podríamos incluirlos en esta discusión, pero más importantes para este estudio podrían ser los deístas. El deísmo del siglo XVIII creía en la existencia de un Dios que, tras crear el mundo, había abandonado a sus propias criaturas, como el relojero cuyos relojes funcionan solos[272]. El poeta Alexander Pope lo resumió así: «No supongas a un Dios que investigar; / el objeto de estudio apropiado para la humanidad es el hombre»[273].

La situación actual

En 2015, la encuesta sobre posturas religiosas en el Reino Unido llevada a cabo por YouGov desveló que el 7 por ciento de los que respondieron se declaraban agnósticos, mientras que el 19 por ciento eran ateos. No se dejó constancia de la opinión de los agnósticos sobre los límites del conocimiento de lo divino. Años más tarde en Estados Unidos, en 2019, otra encuesta llegó a la conclusión de que el 23 por ciento de los encuestados optaron por «ninguna religión» en lugar de elegir una fe, mientras que en Alemania, en el mismo año, según el Eurobarómetro, la proporción de agnósticos y ateos era del 30 por ciento (más alta en la antigua República Democrática Alemana que en la parte occidental)[274].

Por supuesto, esto prueba únicamente que los encuestados no son creyentes, no que ignoren por completo la religión. Pero las cifras sugieren que una cuarta parte o más de la población de tres grandes

países de Occidente tiene unos conocimientos religiosos someros. Incluso las personas religiosas carecen a menudo de estos conocimientos sobre su propia fe. Los fundamentalistas cristianos dicen a veces «yo no necesito leer ningún libro, tengo la Biblia», pero, como señaló hace poco un pastor estadounidense jubilado, lo cierto es que la mayoría tampoco conocen bien la Biblia, e ignoran por completo la tradición del debate sobre su fiabilidad y las diversas interpretaciones a que da lugar[275].

Habría sido de esperar que en una era de globalización el conocimiento de las religiones del mundo se hubiera incrementado. Y es cierto que este conocimiento es cada vez más accesible, y han tenido lugar conversiones de una religión a otra, pero la ignorancia sigue estando muy extendida. Pocos occidentales son tan francos acerca de su ignorancia como Peter Stanford, un periodista británico que ha escrito sobre el cristianismo y ha presentado programas en los que se hablaba del hinduismo, el sijismo o el jainismo. Stanford ha admitido saber muy poco acerca de sus creencias básicas, siendo «incapaz de nombrar las cinco K del sijismo o las diferencias entre las principales escuelas budistas»[276].

En 2008, una encuesta realizada en Estados Unidos reveló que el 80 por ciento de la muestra no sabía que los suníes son el grupo musulmán más numeroso en el mundo. La encuesta de 2010 del Pew Forum fue más ambiciosa, y planteó a los estadounidenses dos preguntas sobre el judaísmo, dos sobre el islam, dos sobre el budismo y una sobre el hinduismo. Como media, la mitad de las respuestas fueron correctas. Es decir, la otra mitad no supo nombrar el Corán, o desconocía qué era el Ramadán. Otra encuesta del Pew Forum, en 2019, sacó a la luz que el 70 por ciento no sabía que el islam es la religión mayoritaria en Indonesia, o que el año nuevo judío es el Rosh Hashaná[277].

También cabría esperar que el incremento de la población musulmana en el Reino Unido durante el último medio siglo habría llevado a un conocimiento más profundo de esta religión por parte de sus conciudadanos. Pero una encuesta de 2018 realizada por Ipsos reveló que los británicos saben poco sobre el islam. En particular, sobrestiman el número de musulmanes que hay en el país (tienden a pensar que solo hay uno de cada seis, no uno de cada veinte), y, según los resultados de la encuesta, «el conocimiento del islam es limitado» sobre todo entre las personas de mayor edad[278].

La ignorancia sobre las demás religiones no se limita a occidente. Otra encuesta del Pew Research Centre en 2019-2020 sobre conocimientos religiosos con una muestra de treinta mil adultos, esta vez en la India, descubrió que la mayoría de los hindúes reconocían «no saber mucho sobre las otras religiones de la India» (islam, sijismo, jainismo y cristianismo)[279].

A lo largo de la historia ha habido cambios importantes en el conocimiento de las religiones. Ciertamente, en la cristiandad medieval eran muchos los que creían, pero pocos conocían bien su religión. Entre 1500 y 1900 hubo movimientos de evangelización interna y en el extranjero, tanto por parte del mundo cristiano como del musulmán. Desde 1900, el conocimiento religioso ha estado al alcance de la mano, pero se ha convertido en algo de baja prioridad. Cada vez más personas optan por la ignorancia en el tema religioso, aunque una gran excepción se ha dado en el mundo islámico, donde una reforma religiosa se ha extendido desde finales del siglo XX.

203 Justin McBrayer, «Ignorance and the Religious Life», en Peels y Blaauw (eds.), *Epistemic Dimensions*, 144-59, en 149.

204 Silvia Berti, «Scepticism and the *Traité des trois imposteurs*», en Richard Popkin y Arjo Vanderjagt (eds.), *Scepticism and Irreligion in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (Leiden, 1993), 216-29.

205 Denys Hay, *The Church in Italy in the Fifteenth Century* (Cambridge, 1977), 49.

206 Eamon Duffy, *The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England, 1400-1580* (New Haven CT, 1992), 53.

207 Cita en Jean Delumeau, *Le Catholicisme entre Luther et Voltaire* (París, 1971), 270 [ed. cast. *El catolicismo de Lutero a Voltaire.* Traducido por Miguel Candel. Barcelona: Labor, 1973].

208 Christopher Hill, «Puritans and the “Dark Corners of the Land”», *Transactions of the Royal Historical Society* 13 (1963), 77-102, en 80.

209 Sobre la ignorancia de los sacerdotes: Hay, *The Church*, 49-57; sobre los pastores: Gerald Strauss, «Success and Failure in the German Reformatio», *Past & Present* 67 (1975), 30-63, en 51, 55.

210 Bernard Heyberger, *Les chrétiens du proche-orient au temps de la réforme catholique* (Roma, 1994), 140.

211 Cita en Larry Wolff, *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment* (Stanford CA, 1994), 175, 177.

212 Cita en Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic* (Londres, 1971), 164.

213 Hill, «Puritans», 82.

214 Strauss, «Success and Failure», 43.

215 Hilding Pleijel, *Husandakt, husaga, husförhör* (Estocolmo, 1965). Gracias a la doctora Kajsa Weber por esta referencia.

216 Gigliola Fragnito, *Proibito capire: la Chiesa e il volgare nella prima età moderna* (Bolonia, 2005).

217 Peter Burke, «The Bishop's Questions and the People's Religion» (1979: reproducido en *Historical Anthropology of Early Modern Italy,* Cambridge, 1987), 40-47.

218 Leonard P. Harvey, *Muslims in Spain, 1500 to 1614* (Chicago IL, 2005), 25.

219 David M. Gitlitz, *Secrecy and Deceit: The Religion of the Crypto-Jews* (1996: 2.ª ed., Albuquerque NM, 2002), 135 [ed. cast. *Secreto y engaño: la religión de los criptojudíos*. Traducido por María Luisa Balseiro. Valladolid: Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, 2003].

220 Gitlitz, *Secrecy*, 87-8, 100, 117.

221 Cita en Thomas, *Religion and the Decline of Magic,* 164-6.

222 Rudyerd citado en Hill, «Puritans», 96.

223 Adriano Prosperi, «Otras Indias», en Paola Zambelli (ed.), *Scienze, credenze occulte, livelli di cultura* (Florencia, 1982), 205-34, en 208.

224 Will Sweetman, «Heathenism, Idolatry and Rational Monotheism among the Hindus», en Andreas Gross *et al.* (eds.), *Halle and the Beginning of Protestant Christianity in India* (Halle, 2006), 1249-72.

225 Heyberger, *Les chrétiens du proche-orient,* 140.

226 Hildegarde Fast, «"In at One Ear and Out at the Other": African Response to the Wesleyan Message in Xhosaland, 1825-1835», *Journal of Religion in Africa* 23 (1993), 147-74, en 150.

227 Scipione Paolucci, *Missioni de'Padri della Compagnia de Giesù nel Regno di Napoli* (Nápoles, 1651), 29; Antoine Boschet, *Le Parfait Missionaire, ou la vie du r. p. Julien Maunoir* (París, 1697), 96; Louis Abelly, *La vie de St Vincent de Paul,* 2 (París, 1664), 76 [ed. cast. *Vida del venerable siervo de Dios Vicente de Paúl.* Traducido por Martín Abaitua. Salamanca: Ceme & La Milagrosa Difusiones, 1994].

228 Fast, «In at One Ear».

229 Adrian Hastings, *The Church in Africa, 1450-1950* (Oxford, 1994), 258.

230 Luke A. Veronis, «The Danger of Arrogance and Ignorance in Missions: A Case Study from Albania», https://missions.hchc.edu/articles/articles/the-danger-of-arrogance-and-ignorance-in-missions-a-case-study-from-albania, consultado el 28 de junio de 2022.

231 Cita en David Maxwell, *Religious Entanglement and the Making of the Luba Katanga in Belgian Congo* (University of Wisconsin Press, 2022).

232 James Clifford, *Person and Myth: Maurice Leenhardt in the Melanesian World* (Berkeley CA, 1982).

233 https://www.reuters.com/article/us-britain-bible-idINTRE56A30S20090711, consultado el 28 de junio de 2022.

234 https://www.pewforum.org/2010/09/28/u-s-religious-knowledge-survey -who, consultado el 13 de mayo de 2022.

235 Zwierlein, *Imperial Unknowns*, 118-24, 134.

236 Tamotsu Shibutani, *Improvised News: A Sociological Study of Rumour* (Indianapolis IN, 1966). Cf. Gordon Allport y Leo Postman, *The Psychology of Rumor* (Nueva York, 1947).

237 Nicholas Rescher, *Ignorance: On the Wider Implications of Deficient Knowledge* (Pittsburgh PA, 2009), 14.

238 Andrew McGowan, «Eating People: Accusations of Cannibalism against Christians in the Second Century», *Journal of Early Christian Studies* 2 (1994), 413-42.

239 Norman Daniel, *Islam and the West: The Making of an Image* (Edimburgo, 1958), 217; Michael Camille, *The Gothic Idol: Ideology and Image-Making in Medieval Art* (Cambridge, 1989), 165-75 [ed. cast. *El ídolo gótico: ideología y creación de imágenes en el arte medieval.* Traducido por Juan José Usabia Gaurriosa. Madrid: Akal, 2000].

240 James Parkes, *The Conflict of the Church and the Synagogue* (Londres, 1934); Joshua Trachtenberg, *The Devil and the Jews: The Medieval Conception of the Jew and its Relation to Modern Antisemitism* (New Haven CT, 1943), 97-155; Miri Rubin, *Gentile Tales: The Narrative Assault on Late Medieval Jews* (New Haven CT, 1999); Ronald P. Hsia, *The Myth of Ritual Murder: Jews and Magic in Reformation Germany* (New Haven CT, 1988).

241 Trachtenberg, *The Devil and the Jews*, 174.

242 Nicolás de Cusa, *On Learned Ignorance* (1440: traducción al inglés, Minneapolis MN, 1981), libro 1, cap. 25 [ed. cast. *La docta ignorancia*. Barcelona: Orbis, 1985].

243 Heiko Oberman, *The Roots of Anti-Semitism in the Age of Renaissance and Reformation* (1981: traducción al inglés, Filadelfia PA, 1984), 25, 30, 40.

244 Christopher Probst, *Demonizing the Jews: Luther and the Protestant Church in Nazi Germany* (Bloomington IN, 2012), 39-45.

245 Pierre de l'Ancre, *L'incredulité et mescréance du sortilege* (París, 1622), citado en Hugh Trevor-Roper, *The European Witch-Craze of the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Harmondsworth, 1969), 36.

246 Norman Cohn, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion* (Londres, 1967) [ed. cast. *El mito de la conspiración judía mundial: los protocolos de los sabios de Sión.* Traducido por Fernando Santos Fontenla. Madrid: Alianza

Editorial, 2020].

247 Richard M. Hunt, «Myths, Guilt, and Shame in Pre-Nazi Germany», *Virginia Quarterly Review* 34 (1958), 355-371.

248 Probst, *Demonizing the Jews*, 137.

249 Daniel, *Islam and the West*, 309-13; Richard W. Southern, *Western Views of Islam in the Middle Ages* (Cambridge MA, 1962), 14, 25, 28, 32; Camille, *The Gothic Idol*, 129-64, en 129, 142.

250 Pim Valkenberg, «Learned Ignorance and Faithful Interpretation of the Qur'an in Nicholas of Cusa», en James L. Heft, Reuven Firestone y Omid Safi (eds.), *Learned Ignorance: Intellectual Humility among Jews, Christians and Muslims* (Oxford, 2011), 34-52, en 39, 45.

251 Marco Polo, *The Travels*, ed. Robin Latham (Harmondsworth, 1958), 57, 134 [ed. cast. *Los viajes de Marco Polo*. Traducido por María de Cardona y Suzanne Doblemann. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999].

252 Robert Irwin, *For Lust of Knowing: The Orientalists and Their Enemies* (Londres, 2006), 82-108.

253 Glenn J. Ames (ed.), *Em Nome de Deus: The Journal of the First Voyage of Vasco da Gama to India, 1497-1499* (Boston, 2009), 66, 72, 75-6. Cf. Sanjay Subrahmanyam, *The Career and Legend of Vasco da Gama* (Cambridge, 1997), 132-3.

254 Donald Lach, *Asia in the Making of Europe*, 2 vols. (Chicago IL, 1965), 439, 449.

255 Partha Mitter, *Much Maligned Monsters: A History of European Reactions to Indian Art* (1977: 3.ª ed., Oxford, 2013), 15, 17, 22, 25; Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquests: Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570* (1987: 2.ª ed., Cambridge, 2003), 45-56; Diego de Landa, *Relación de las Cosas de Yucatan* (París, 1928), cap. 18.

256 Peter Marshall (ed.), *The British Discovery of Hinduism in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1970), 48, 50, 107, 145.

257 Lynn Hunt, Margaret Jacob y Wijnand Mijnhardt, *The Book that Changed Europe: Picart and Bernard's Religious Ceremonies of the World* (Cambridge MA, 2010); Hunt, Jacob y Mijnhardt (eds.), *Bernard Picart and the First Global Vision of Religion* (Los Ángeles CA, 2010).

258 Robert Pomplun, Joan-Pau Rubiès e Ines G. Županov, «Early Catholic Orientalism and the Missionary Discovery of Asian Religions», *Journal of Early Modern History* 24 (2020), 463-70.

259 Luciano Petech (ed.), *I missionari italiani nel Tibet e nel Nepal*, parte 6 (Roma: Istituto Poligrafico dello Stato, 1955), 115ff; Philip C. Almond, *The British Discovery of Buddhism* (Cambridge, 1988), 7.

260 Melville J. Herskovits, «African Gods and Catholic Saints in New World Negro Belief», *American Anthropologist* 39 (1937), 635-43; Paul C. Johnson, *Secrets, Gossip and Gods: The Transformation of Brazilian Candomblé* (Oxford, 2002), 71.

261 Harvey, *Muslims,* 61-2. Cf. Antonio Domínguez Ortiz, *Historia de los Moriscos: Vida y*

Tragedia de una minoría (Madrid, 1978).

262 Brian Pullan, «The Marranos of Iberia and the Converts of Italy», en *The Jews of Europe and the Inquisition of Venice, 1550-1670* (Oxford, 1983), 201-312, en 223. Cf. Perez Zagorin, «The Marranos and Crypto-Judaism», en *Ways of Lying: Dissimulation, Persecution and Conformity in Early Modern Europe* (Cambridge MA, 1990), 38-62; Gilitz, *Secrecy*.

263 Delio Cantimori, *Eretici italiani del Cinquecento* (Florencia, 1939); Carlo Ginzburg, *Il Nicodemismo: simulazione e dissimulazione religiosa nell' Europa del '500* (Turín, 1970); Zagorin, *Ways of Lying,* 83-152.

264 Mauro Bonazzi, *The Sophists* (Cambridge, 2020), 113.

265 Sexto Empírico, *Outlines of Pyrrhonism,* 329 [ed. cast. *Esbozos pirrónicos.* Traducido por Antonio Gallego Cao y Teresa Muñoz Diego. Madrid: Gredos, 2002]

266 Friedrich Nietzsche, *Genealogie der Moral* (1887) [ed. cast. *La genealogía de la moral: un escrito polémico.* Traducido por Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial, 2011]; Marcel Proust, *Le Côté de Guermantes* (París, 1920) [ed. cast. *La parte de Guermantes*. Traducido por Carlos Manzano. Barcelona: Lumen, 2002].

267 T. H. Huxley, «Agnosticism and Christianity» (1899).

268 Bernard Lightman, *The Origins of Agnosticism: Victorian Unbelief and the Limits of Knowledge* (Baltimore MD, 1987).

269 Denys Turner, *The Darkness of God: Negativity in Christian Mysticism* (Cambridge, 1995); William Franke, «Learned Ignorance», en Gross y McGoey (eds.), *Routledge Handbook of Ignorance Studies*, 26-35; Jonathan Jacobs, «The Ineffable, Inconceivable and Incomprehensible God», en Jonathan Kvanvig (ed.), *Oxford Studies in Philosophy of Religion* 6 (Oxford, 2015), 158-76.

270 Maimónides, *Guide for the Perplexed* (traducción al inglés, Nueva York, 1956), 81 [ed. cast. *Guía de descarriados*. Valencia: Renacimiento, 2012].

271 Nicolás de Cusa, *On Learned Ignorance*, Libro 1, cap. 26 [ed. cast. *La docta ignorancia*. Barcelona: Orbis, 1985]; Peter Casarella (ed.), *Cusanus: The Legacy of Learned Ignorance* (Washington DC, 2006); Blaise Pascal, *Pensées* (1670: traducción al inglés, Londres, 1958) [ed. cast. *Pensamientos*. Traducido por Xavier Zubiri. Madrid: Alianza Editorial, 2015]; Lucien Goldmann, *The Hidden God: A Study of Tragic Vision in Pascal's Pensées and the Tragedies of Racine* (1959: traducción al inglés, Londres, 1964); Volker Leppin, «*Deus Absconditus* und *Deus Revelatus*», *Berliner Theologischer Zeitschrift* 22 (2005), 55-69.

272 Peter Gay, *Deism: An Anthology* (Princeton NJ, 1968).

273 Alexander Pope, *Essay on Man* (1732-4), epístola II, líneas 1-2 [ed. cast. *Ensayo sobre el hombre y otros escritos*. Traducido por Antonio Lastra Meliá. Madrid: Cátedra, 2017].

274 https://www.rt.com/uk/231811-uk-atheism-report-decline y https://www.cnn.com/2019/04/13/us/no-religion-largest-group-first-time-usa-trnd, consultados el 18 de noviembre de 2020.

275 «Evangelical Ignorance», 15 de marzo de 2018, brucegerencser.net.

276 Peter Stanford, «Christianity, Arrogance and Ignorance», *The Guardian*, 3 de julio de 2010, https://www.theguardian.com.

277 «What Americans Know About Religion», www.pewforum.org/2019, consultado el 13 de mayo de 2022.

278 «A Review of Survey Research on Muslims in Britain», https://www.ipsos.com/en-uk/review-survey-research-muslims-britain-0, consultado el 13 de mayo de 2022.

279 En *The Economist*, 3-9 de julio de 2021, 54.

7
LA IGNORANCIA DE LA CIENCIA

> El mayor de todos los logros de la ciencia del siglo XX ha sido el descubrimiento de la ignorancia humana.
>
> LEWIS THOMAS

Como ya se ha señalado antes, la historia de la ignorancia surge de la historia del conocimiento, que a su vez surge de la historia de la ciencia. Por tanto, no puede sorprender que algunos de los estudios más importantes sobre la historia de la ignorancia se hayan centrado en las ciencias naturales. El libro que fundó el estudio de la agnotología, por ejemplo, lo coordinaron dos historiadores de la ciencia[280].

Cuando en 1993 se organizó un simposio general sobre «Ciencia e ignorancia» en la Asociación Estadounidense por el Progreso de la Ciencia, Jerome Ravetz, filósofo de la ciencia, subrayó lo que él denominaba «el pecado de la ciencia», o, dicho de otra manera, la «ignorancia de la ignorancia», alentada por el progreso de los científicos y la imagen triunfalista del avance científico. Según Ravetz, para los científicos actuales «la incertidumbre solo existe mientras se pueda gestionar interesadamente, como problemas de investigación con una posible solución en los márgenes de nuestro conocimiento científico»[281].

En el pasado, algunos científicos —o, como eran conocidos antes, «filósofos de la naturaleza»— eran muy conscientes de su ignorancia. La fórmula más conocida de esta consciencia de lo mucho que nos queda siempre por saber suele relacionarse con Isaac Newton, de quien se dice que afirmó: «He sido como un niño pequeño que, jugando en la playa, encontraba de tarde en tarde un guijarro más fino o una concha más bonita de lo normal, mientras que el océano de la verdad se extendía, inexplorado, delante de mí». Incluso si Newton no pronunció esto jamás, es significativa la formulación de esta idea en un texto del siglo XVIII[282]. En cualquier caso, Newton sí expresó la

percepción de su propia ignorancia —en este caso, la ignorancia de lo que hay detrás de un fenómeno cotidiano— cuando admitió que «no finjo conocer la causa de la gravedad»[283]. De la misma manera, el agnosticismo de T. H. Huxley se extendía a la ciencia tanto como a la teología. «No sé si la materia es cosa distinta de la fuerza —escribió—. No puedo saber que los átomos sean otra cosa que puros mitos»[284].

Más o menos al mismo tiempo que Huxley, James Clerk Maxwell, físico británico, escribió que «una ignorancia consciente es el preludio de cualquier progreso verdadero en la ciencia»[285]. Más radical todavía, el fisiólogo alemán Emil Du Bois-Reymond pronunció una aplaudida conferencia sobre los límites de la ciencia en 1872 en la que habló no solo de lo que no se puede saber en un momento dado, sino también de lo que no se puede saber nunca. El título de esta conferencia fue «Ignoramos e ignoraremos» *(Ignorabimus)*[286].

La preocupación de un buen número de científicos sobre lo que ignoraban se ha hecho evidente en el siglo XXI. Por ejemplo, en 2004, en su discurso al recibir el Premio Nobel, el físico teórico estadounidense David Gross planteó la siguiente pregunta: «A medida que se incrementa el conocimiento, ¿puede ralentizarse la velocidad de los descubrimientos científicos, mientras se resuelven más y más problemas?». Su respuesta optimista fue que «las preguntas que planteamos hoy son más profundas e interesantes que las que nos hacíamos hace años, cuando yo era estudiante; por aquel entonces no teníamos suficientes conocimientos para ser inteligentemente ignorantes. [...] Me hace muy feliz anunciar que nada indica que se esté agotando nuestro recurso más importante: la ignorancia»[287].

Un año más tarde, en 2005, en el número de la revista *Science* que conmemoraba su 125.º aniversario, se presentó a los lectores una «encuesta sobre la ignorancia científica». De nuevo, un profesor estadounidense de neurociencias, Stuart Firestein, empezó a impartir un curso sobre ignorancia científica en la Universidad de Columbia en 2006, e invitó a científicos de diferentes campos a hablar a los estudiantes acerca de lo que no sabían. Los científicos «vienen y nos cuentan lo que les gustaría saber, lo que creen que es imprescindible saber, cómo les gustaría llegar a saberlo, qué pasará si averiguan una cosa u otra, qué pasará si no»[288].

En estas páginas hablaremos sobre el lugar de la ignorancia en la historia de la ciencia y en las nuevas investigaciones; sobre la pérdida de conocimientos, la resistencia al conocimiento y, por último, la

ignorancia de los no científicos, los legos.

Descubrimientos de la ignorancia

Una manera de escribir la historia de la ciencia podría ser presentarla igual que Alain Corbin ha presentado algunos episodios de la historia de la geografía: como la historia de una creciente consciencia de la ignorancia pasada. Ya se sugirió en el primer capítulo que la ignorancia se descubre a menudo de manera retrospectiva. Cuando se hace un descubrimiento, la comunidad pasa a ser consciente de algo que sus miembros no sabían hasta entonces. Por ejemplo, Voltaire señaló que, antes del siglo XVII, todo el mundo «ignoraba la circulación de la sangre, el peso y presión del aire, las leyes del movimiento, la doctrina de la luz y el color, el número de planetas en nuestro sistema»[289].

Una vez más, tomemos como ejemplo el caso de la edad de la Tierra. En el siglo XVII, los intelectuales pensaban que tenía unos seis mil años. El arzobispo James Ussher declaró con una precisión que hoy nos parece cómica que «el principio de los tiempos [...] tuvo lugar la noche precedente al 23 de octubre»[290] del año 4004 a. C. Poco más de un siglo más tarde, el conde de Buffon defendió en *Les Époques de la Nature* (1778) que la Tierra tenía unos 75.000 años. A principios del siglo XIX, Abraham Werner, un geólogo alemán, fue contra Buffon al afirmar que la Tierra tenía millones de años. En los años la década de 1860, el físico británico William Thomson, Lord Kelvin, se basó en su cálculo de la pérdida de temperatura para dar una cifra de cien millones de años, que más adelante redujo a veinte. Estos resultados parecieron demasiado modestos. Más o menos en 1915, el geólogo Arthur Holmes analizó rocas de Mozambique y propuso la cifra de mil quinientos millones de años. Pero, en 1931, ante un comité reunido para valorar la edad de la Tierra, propuso una cifra en torno a los tres mil millones de años. Veinte años más tarde, gracias al estudio de meteoritos, Claire Patterson subió la estimación a 4.500 millones de años, que es la que aceptamos hoy en día. Cada revisión ha dejado al descubierto la ignorancia de las estimaciones anteriores, para luego quedar expuesta a su vez[291].

La ignorancia como motor de la ciencia

Cuando Yuval Noah Harari se ocupó de describir la ciencia moderna en *Sapiens*, tituló el capítulo «el descubrimiento de la ignorancia» o, para ser más precisos, «la disposición a admitir la ignorancia»[292]. Esto no fue meramente una de sus queridas provocaciones, sino que se hacía eco de las afirmaciones de Herbert Spencer, Lewis Thomas y Stuart Firestein, cuyos libros exploran la paradoja de que «la ciencia progresa gracias al incremento de la ignorancia».

En el siglo XIX, el filósofo británico Herbert Spencer imaginó la ciencia como «una esfera creciente»: «Cada añadido a su superficie amplía su contacto con la nesciencia que la rodea»[293]. Cada vez que se resuelve un problema, un nuevo problema queda al descubierto. Es por ello que la mirada de los científicos se dirige hacia el futuro. La física Marie Curie confesó que «no nos fijamos nunca en lo que ya se ha hecho; solo vemos lo que queda por hacer»[294]. Tal como sugiere Firestein, «los científicos utilizan la ignorancia para programar su trabajo, para identificar lo que hay que hacer, los pasos que hay que dar»[295]. Según el químico irlandés John Bernal, «la verdadera investigación tiene que trabajar siempre con lo desconocido»[296]. Y, como señaló en cierta ocasión Francis Crick, el biólogo molecular británico, «en la investigación, la primera línea siempre está envuelta en la niebla» hasta que alguien da con la idea correcta. Desde luego, la historia del descubrimiento de la estructura de doble hélice del ADN, de la que Crick fue parte, lo confirma[297].

Mientras se despeja la niebla, los científicos practican la ignorancia «selectiva» o «específica» de la que se habló en el primer capítulo; es decir, ignoran de manera deliberada ciertos datos para concentrarse en un problema concreto. El neurocientífico Larry Abbott, al hablar de su propia investigación, hizo hincapié en «el punto exacto de la frontera de la ignorancia donde quiero trabajar». Esta elección se podría denominar «gestión de la ignorancia»[298].

Pero, a veces, se elige la opción errónea. Por ejemplo, en la investigación sobre el cáncer, el hecho de aplicar un criterio selectivo se convirtió en un obstáculo importante para resolver un problema concreto[299]. En general, se puede decir que los científicos practican lo que John Dewey, filósofo estadounidense, denominó «ignorancia genuina», que es «muy provechosa, porque por lo general va a acompañada de humildad, curiosidad y receptividad»[300]. Un tercer tipo de ignorancia emerge aquí: la «ignorancia imprevista», que se refiere a los hallazgos inesperados que pueden aparecer en el curso de la

investigación[301]. De este modo, la ignorancia lleva a sorpresas mientras que, a su vez, «las sorpresas pueden hacernos conscientes de nuestra propia ignorancia» y abrir así «una ventana a un conocimiento nuevo e inesperado»[302].

Hay un ejemplo reciente tan espectacular como invisi- ble al ojo humano: el muon, una partícula elemental con la misma carga que el electrón, pero mayor masa. El equipo de físicos que estudiaban los muones en el laboratorio estadounidense Fermilab a principios de 2021 descubrió que su comportamiento no encajaba con el modelo actual de la física de partículas. Los físicos no saben si han descubierto una nueva partícula o algo aún más espectacular, una nueva ley de la naturaleza. En cualquier caso, su consciencia de la ignorancia espoleará la investigación, al igual que sucede con la «materia oscura» que los astrónomos pueden explorar sin conocer su distribución o sin saber siquiera qué es exactamente[303].

Pérdidas de conocimientos

A veces la ignorancia es fruto de una pérdida de conocimientos, una especie de amnesia colectiva. Un caso clásico es la ciencia griega, matemáticas incluidas, que los europeos occidentales perdieron durante la Alta Edad Media. Tenemos la correspondencia entre dos eruditos del siglo XI, Raginbold de Colonia y Radolf de Lieja, en la que discuten sobre a qué se podría referir la expresión «los ángulos interiores» de un triángulo en el famoso teorema atribuido a Pitágoras. Como señaló un importante medievalista, «se trata de un recordatorio de la vasta ignorancia científica a la que se enfrentó esa época»[304]. Por fortuna, parte de esta ignorancia se remedió gracias a las traducciones árabes y los comentarios de los textos griegos que se hicieron en Bagdad, así como las traducciones al latín de estas traducciones árabes que se realizaron en Toledo durante los siglos XII y XIII[305].

En los primeros tiempos de la Europa moderna, el estudio de la alquimia presenta un claro ejemplo de lo que Martin Mulsow denomina «conocimiento precario», ya que los alquimistas llevaban a cabo sus experimentos en secreto y anotaban los resultados en manuscritos. Por tanto, el riesgo de pérdida de conocimientos era alto[306].

Las pérdidas de conocimientos pueden ocurrir pese a los esfuerzos

por preservarlos en diferentes medios. La conciencia científica colectiva ha olvidado en ocasiones observaciones o teorías particulares que luego se han tenido que formular de nuevo, cosa que viene a ser como redescubrir América.

«Uno de los peores casos de amnesia colectiva en la historia de la ciencia», como se denominó, tuvo lugar en relación con la historia de la percepción de colores diferentes. En 1867, Lazarus Geiger defendió que la percepción del color seguía la secuencia de sensibilidad al rojo, amarillo, verde, azul y violeta. Pero «en las décadas siguientes a la Primera Guerra Mundial, la secuencia de Geiger cayó en el olvido más absoluto». Y solo se redescubrió en los años sesenta del siglo pasado[307].

Más conocido es el destino de la investigación sobre la transmisión de características hereditarias en las plantas que llevó a cabo Gregor Mendel, un fraile agustino. Mendel formuló sus ahora famosos principios de transmisión en un artículo publicado en 1866 en una revista de Brno. Como la comunidad científica internacional no prestó atención a la publicación en su momento, una generación más tarde el biólogo alemán Carl Correns y el botanista neerlandés Hugo de Vries tuvieron que hacer de nuevo todos los descubrimientos de Mendel[308].

Resistencia a las nuevas ideas

Como vimos en el primer capítulo, la ignorancia «voluntaria» es una de las variedades más importantes: consiste en no querer saber, y tiene relación con lo que Karl Popper llamaba ignorancia «activa», en el sentido de resistencia a ciertas ideas, sobre todo si son nuevas. Hay una historia muy conocida sobre el descubrimiento por parte de Galileo de los cráteres de la luna, lo que demostraba que, lejos de lo que había creído Aristóteles, esta no era una esfera lisa y perfecta. Se dice que algunos aristotélicos se negaron a mirar la luna a través del telescopio porque se negaban a ver los cráteres. Esta anécdota en concreto es un mito, pero la historia de la ciencia presenta muchos casos de resistencia de este tipo que han llevado a quienes rechazan las novedades científicas a «pasar por alto descubrimientos que tienen, literalmente, ante sus propios ojos»[309]. No querían ver lo que Thomas Khun denominó «anomalías» en la naturaleza que pudieran proyectar dudas sobre teorías que ellos daban por ciertas[310].

No faltan ejemplos de esta ceguera y de lo que Gaston Bachelard

denominó «obstáculos epistemológicos»: la resistencia a la teoría heliocéntrica de Copérnico, a la teoría de la evolución de Darwin, al descubrimiento de los microbios por parte de Pasteur, a la teoría de la herencia genética de Mendel o a la teoría cuántica de Max Planck.

Esta última resistencia a la teoría cuántica fue lo que provocó el amargo epigrama de Planck: «La ciencia avanza de funeral en funeral». Lo que quería decir era que «una nueva verdad científica no triunfa convenciendo a sus oponentes y haciendo que vean la luz, sino porque, tarde o temprano, sus oponentes mueren, y aparece una nueva generación que está familiarizada con la nueva teoría»[311]. Los miembros de una generación más vieja suelen estar muy apegados a las teorías en las que tal vez han invertido su capital profesional. Es comprensible, aunque lamentable, que no quieran saber que estaban equivocados.

Volviendo a al heliocentrismo de Copérnico y a su defensa por parte de Galileo, no sería correcto atribuir toda la resistencia que se les opuso a la simple ignorancia o al deseo de no saber nada sobre unas evidencias que iban en contra de los dictados de Aristóteles y de la Biblia. El tema de Galileo, sobre todo, se ha visto a menudo como un episodio importante en la «guerra de la ciencia contra la tecnología», según la famosa definición de Andrew White, cofundador y presidente de la Universidad Cornell[312]. Un problema que presenta esta formulación es la existente diversidad de opiniones de teólogos y filósofos de la naturaleza (como se conocía en tiempos de Galileo a los científicos), por no mencionar la superposición entre ambas categorías. Un historiador de la ciencia ha señalado que los defensores del geocentrismo eran «un grupo diverso», y otro ha destacado «los argumentos “científicos” anticopernicanos en apoyo de unas teorías y los argumentos “religiosos” de Copérnico en defensa de las suyas»[313].

En el caso de los adversarios de Galileo, había un conflicto entre los teólogos dominicos más estrictos, que se oponían a cualquier discusión sobre el heliocentrismo, y los jesuitas, más abiertos, que hacían una distinción entre las discusiones que trataban esta idea como una hipótesis científica y la creencia definitiva de que el sol era el centro del universo[314]. La famosa condena de Galileo por parte la Iglesia se ha malinterpretado a menudo. A Galileo no lo condenaron por sus opiniones particulares, sino por su postura pública como católico que intentaba «convertir a la Iglesia» a la nueva ciencia y que rechazaba la interpretación literal de algunos pasajes de la Biblia,

como cuando Josué ordenó al sol que se detuviera. Se consideró que Galileo estaba atacando el monopolio clerical de la interpretación de las escrituras[315].

En el mismo sentido, Darwin sufrió el ataque de científicos como Louis Agassiz, así como de teólogos como Samuel Wilberforce, porque su teoría de la evolución por selección natural iba contra el relato bíblico de la creación. Agassiz creía en lo que llamaba «la intervención directa de una inteligencia suprema en el plan de la creación»[316]. Pero la historia del darwinismo no es un simple recuento de la guerra entre la ciencia y la tecnología. Darwin también recibió golpes desde el propio campo científico: la reseña crítica de Wilberforce sobre *El origen de las especies* evita en todo momento los argumentos teológicos, y a la vez, para complicar más las cosas, hubo «cristianos darwinianos» que defendieron el libro[317].

En Francia, la resistencia a las ideas de Darwin tuvo una fuerza especial, sobre todo entre las generaciones de más edad, que dominaban la Academia de las Ciencias. T. H. Huxley, amigo de Darwin, llegó incluso a escribir acerca de la «conspiración del silencio» entre los franceses[318]. Huxley, como sucedería más adelante con Planck, creía que el «no querer saber» había sido parte importante en la resistencia a las ideas de Darwin. Huxley dijo que *El origen de las especies* había sido «mal recibido por la generación a la que iba dirigido», y sugirió que «la generación actual probablemente se comportará igual de mal si aparece otro Darwin y los obliga a eso que tanto odia la humanidad en general: a revisar sus convicciones»[319].

Sería muy tranquilizador pensar que los científicos son ahora más abiertos de mente que en los tiempos en que Huxley y Planck los criticaron, pero las pruebas no apoyan esto. Tomemos por ejemplo la teoría de la deriva continental que propuso el científico alemán Alfred Wegener en su libro sobre el origen de los continentes, *Die Entstehung der Kontinente*, (1915). Wegener explicó que le había impresionado ver el mapa del mundo y advertir que la costa este de Brasil parecía encajar con la costa oeste de África, como piezas de un rompecabezas. También advirtió similitudes entre las rocas y fósiles a ambos lados de la división, y llegó a la conclusión de que, en el pasado, habían sido una única zona. En los años 1920 y 1930, muchos geólogos, sobre todo estadounidenses, rechazaron la teoría de Wegener.

Como ha defendido Naomi Oreskes, las reacciones negativas a la teoría de Wegener se debieron a dos motivos fundamentales. El

primero era la oposición a lo que ella denomina «el desmontaje del conocimiento científico», la resistencia a prescindir del paradigma geológico tradicional de la estabilidad de los continentes[320]. Al fin y al cabo, como señaló el geólogo estadounidense Rollin Chamberlin, «para creer la hipótesis de Wegener tenemos que olvidar todo lo aprendido en los setenta últimos años y empezar de nuevo»[321].

El segundo motivo para oponerse a la idea de la deriva fue el resultado de un conflicto entre disciplinas y métodos. La disciplina de la geología, más antigua, se basaba en las observaciones sobre el terreno, mientras que la geofísica, más reciente, recurría a los experimentos de laboratorio y explicaba la deriva por los movimientos en las gigantescas planchas de roca conocidas como «placas tectónicas». Patrick Blackett, uno de los principales defensores de la teoría de la deriva en la década de 1950, era en sus orígenes físico nuclear. Como señaló Charles Richter, especialista en terremotos y que también había estudiado física, «a todos nos impresionan más las pruebas si son de la clase a la que estamos más acostumbrados»[322].

Más cerca ya de la actualidad, en los años 1980 y 1990, hay unos cuantos científicos muy conocidos que destacaron por su larga resistencia a los descubrimientos que iban en contra de lo que ellos querían creer. Son quienes trataron de hacer dudar a la gente de cuatro cosas consideradas por consenso científico amenazas para la vida y la salud: la relación entre el tabaco y el cáncer, el problema de la lluvia ácida, el empobrecimiento de la capa de ozono y, sobre todo, la tendencia al calentamiento global[323]. Entre estos científicos están, por orden de antigüedad, Frederick Seitz, William Nierenberg y Fred Singer. Los tres empezaron como físicos. Seitz y Nierenberg formaron parte del proyecto Manhattan en tiempos de guerra, y trabajaron en la fabricación de la bomba atómica. El último llegó a lo más alto en su profesión: Seitz fue presidente de la Academia Nacional de las Ciencias, mientras que Nierenberg fue miembro del consejo.

Los tres hombres eran conservadores en política. Seitz y Nierenberg estuvieron entre los fundadores del George Marshall Institute, un laboratorio de ideas de ideología derechista, mientras que Singer fue miembro de otro semejante, la Alexis de Tocqueville Institution. Los tres tenían relaciones con la industria y el gobierno. Seitz trabajó como asesor para la industria tabaquera; Nierenberg presidió el Acid Rain Peer Review Panel, elegido por el presidente Reagan, y Singer fue científico jefe en el Departamento de Transportes de Estados

Unidos. Los tres eran escépticos del cambio climático. Singer publicó varios libros en los que expresaba su opinión, mientras que Seitz y Nierenberg aconsejaron no tomar ninguna medida para impedir o retrasar el cambio climático, que era justo lo que los presidentes Ronald Reagan y George H. W. Bush querían oír.

La prueba de su ignorancia voluntaria no es el escepticismo inicial de los tres científicos acerca de estas cuatro amenazas —el escepticismo inicial es un elemento necesario a la hora de evaluar nuevos descubrimientos o teorías—, sino su rechazo continuado a aceptar las pruebas cada vez más abundantes de que las amenazas eran reales. En resumen, los tres hicieron caso omiso o se resistieron a la información que apuntaba hacia lo que no querían saber. En cuanto a la industria y el gobierno, en el capítulo 9 hablaremos de sus campañas para desinformar a la opinión pública.

Algunas de estas campañas están relacionadas con lo que denominamos «ciencia no hecha», la ignorancia colectiva de los problemas y las «áreas de investigación que se dejan sin financiación». Esta «no producción sistemática de conocimiento» ilustra la politización de la ciencia, la competencia entre grupos con diferentes objetivos (gobierno, industria, ONG, fundaciones, universidades, etcétera)[324]. Resultaría de lo más iluminador estudiar de esta manera la «ciencia social no hecha» y —aunque su falta de financiación es crónica— las humanidades.

La ignorancia médica

Como ya vimos en el capítulo 4, la medicina es un campo en el que la ignorancia se estudió desde relativamente pronto. Se ha escrito mucho sobre los charlatanes y los timadores, así como de formas más profesionales de «mala medicina»[325]. En esos casos, es necesario discutir no solo sobre el problema de lo que no se sabe en un campo concreto, sino también sobre el problema mucho más extendido de lo que no saben muchos individuos que trabajan en él, sobre todo si su carrera se centra en la aplicación del conocimiento y no en la investigación.

Como ha señalado Ben Goldcare, médico inglés, «los estudiantes de Medicina de hoy se licenciarán a los veinticuatro años, y luego trabajarán unas cinco décadas. [...] La medicina cambia en torno a

nosotros, el paso de las décadas la hace irreconocible. Se inventan nuevos medicamentos, nuevos métodos de diagnóstico, hasta nuevas enfermedades». Los médicos tratarán de mantenerse al día, pero todos los años se publican en las revistas médicas muchísimos artículos, y la sobredosis de información hace que sea imposible mantenerse actualizado hasta en las especialidades más concretas[326]. Como veremos a continuación, los legos saben todavía menos, o incluso se resisten al conocimiento de los peligros de la nicotina, el colesterol o la falta de ejercicio. No querer saber sobre un aspecto de la ciencia o la medicina no es monopolio de los científicos ni de los médicos.

La ignorancia de los legos

No siempre ha habido el enorme contraste que vemos hoy en día entre los científicos profesionales y la gente corriente. La diferenciación surgió —como tantas otras formas de profesionalización— a principios del siglo XIX, en el momento en que se acuñó en inglés la palabra «scientist», científico. Pese a todo, en siglos anteriores ya se puede hacer una distinción rudimentaria entre las personas doctas y las demás, incluyendo las «doctas» en medicina y ciencias naturales, lo que se denominaba entonces, como ya hemos mencionado, «filosofía de la naturaleza».

En los siglos XVI y XVII, los estudios de la filosofía de la naturaleza se siguieron publicando casi exclusivamente en latín, con lo que su contenido era inaccesible para la mayor parte de la población de Europa, e incluso para la mayoría de las personas instruidas. En el siglo XVI, el médico y alquimista Paracelso rompió con esta norma y escribió en alemán, igual que hizo Galileo en el siglo XVII en italiano. Galileo, además, eligió la forma dramática de diálogo como medio para llegar a un público más amplio. Pero muchos de sus colegas académicos se horrorizaron ante esta ruptura con las convenciones.

Las personas que se dedicaban a diferentes profesiones (pescadores, parteras, mineros, albañiles, herreros, orfebres, etc.) adquirían conocimientos especializados de la naturaleza, pero rara vez los ponían por escrito, y es muy dudoso que los compartieran de manera generalizada. Los gremios a los que pertenecían los artesanos insistían en mantener en secreto sus conocimientos particulares, igual que hacían los alquimistas, para evitar la competencia[327].

Si el conocimiento —o lo que pasaba por conocimiento— se extendió en algún dominio en los primeros tiempos de la Europa moderna, fue en la medicina. En el caso de los pacientes, el problema de elegir entre diferentes prácticas médicas nos ofrece un ejemplo muy claro de toma de decisiones en condiciones de incertidumbre. También tenían la opción de «hacerlo uno mismo», pero esto requería que los legos pusieran remedio a su ignorancia de la medicina. Paracelso quería que cada hombre fuera su propio sanador, y alardeaba de que lo que sabía lo había aprendido de su propia experiencia, en lugar de estar a expensas de la ignorancia ajena[328].

Tras los pasos de Paracelso, los libros de medicina en idiomas vernáculos, dirigidos a un público relativamente amplio, empezaron a proliferar a partir del siglo XVI. Un famoso ejemplo inglés de este tipo de libros fue *The English Physician* (*El médico inglés*, 1652), que en realidad era una guía de hierbas medicinales escrita por el boticario Nicholas Culpeper. Culpeper, republicano y protestante radical, denunció las publicaciones en latín por constituir un medio para «mantener en la ignorancia y así tratar como esclavos» al pueblo «común». Se opuso al monopolio intelectual de sacerdotes y abogados, y también al del Colegio de Médicos, al que acusó de «ignorancia docta» en el sentido peyorativo del término, no como lo había utilizado Nicolás de Cusa[329]. Como proclamaba la primera página del libro, el herbario de Culpeper se publicó en inglés y se vendió barato, a tres peniques, para permitir que todo hombre «se sanara a sí mismo». En el mismo sentido, su *Directory for Midwives* (*Guía para comadronas*, 1651) no se escribió para las comadronas, sino que era una serie de «instrucciones para las mujeres» en el momento de concebir, dar a luz y amamantar a sus bebés[330]. Un siglo más tarde, el médico escocés William Buchan escribió *Domestic Medicine* (*Medicina doméstica*, 1769), que se convirtió en un superventas. Tanto que aparecieron títulos rivales, como *The Poor Man's Medicine Chest* (*El cofre de medicinas del pobre*, 1791), que recordaba a los lectores que este tipo de libros eran más económicos que la factura del médico.

A finales del siglo XVIII se había empezado a extender un movimiento por la popularización de la filosofía de la naturaleza, y en él tomaron parte científicos importantes. Por ejemplo, el botánico sueco Carl Linneo publicó libros breves, escritos de manera sencilla y traducidos enseguida, con lo que «redujo el precio de admisión educativo y económico para el estudio de la naturaleza»[331]. Fue el

origen de un nuevo grupo, el de los divulgadores profesionales.

Una manera importante de difundir el conocimiento científico en el siglo XVIII fueron las conferencias populares, un tipo de espectáculo que muchas veces incluía «demostraciones», experimentos que se llevaban a cabo ante el público[332]. En el siglo XIX, John Henry Pepper, un científico británico, se hizo famoso por este tipo de charlas ante un público lego. Por ejemplo, en sus conferencias sobre la física de la luz, aparecía en el escenario una figura entre sombras que parecía un fantasma. Menos teatrales, pero igual de celebradas, fueron las conferencias sobre el cosmos que dio Alexander von Humboldt al público general en una sala de espectáculos de Berlín, en 1828. Lo mismo se puede decir de la famosa conferencia de T. H. Huxley a los trabajadores de Norwich en 1868 «Sobre un trozo de tiza», elemento que utilizó para hablarles de química, geología y paleontología. Otra forma de divulgación fueron las revistas científicas, como *Scientific American*, fundada en 1845 y que se dirigía a «artistas y mecánicos» y que se sigue publicando a día de hoy[333].

El siglo XIX también fue un tiempo de resistencia de los legos a algunas teorías científicas, sobre todo, como ya hemos indicado, a la teoría de la evolución de Darwin, con su crítica implícita al relato de la creación del Génesis, así como del argumento de que el diseño del mundo natural demostraba la existencia de Dios. Darwin solía utilizar el término «creacionistas» para referirse a los que se oponían a sus datos y creían que la naturaleza era de creación divina. Muchos siguen en activo aún hoy, sobre todo en Estados Unidos.

En 1925, se aprobó en Tennessee una ley que prohibía a los maestros enseñar nada que fuera en contra del relato bíblico de la creación, y uno de estos maestros, John Scopes, fue juzgado por violar esta ley (aunque es más preciso decir que Scopes accedió a enfrentarse a esta ley ante un tribunal). El juicio recibió una publicidad enorme, pero la ley no se revocó hasta 1967[334]. El «creacionismo científico», como lo denominan sus defensores, sigue teniendo mucho poder. En 1970 se fundó el Institute for Creation Reseach (Instituto para la Investigación de la Creación), mientras que Michael Behe, un bioquímico católico al que se describe como «el Agassiz moderno», se opone al darwinismo y defiende el diseño inteligente[335]. Una encuesta realizada por Gallup en Estados Unidos en 2017 demostró que el 38 por ciento de los estadounidenses adultos aún creía que «Dios creó a los humanos en su forma actual hace menos de 10.000 años»[336].

A pesar de la resistencia a Darwin, el siglo XIX nos parece ahora una edad de oro del conocimiento de la ciencia entre los legos, al que ha seguido un declive lento pero constante. El lamento más célebre sobre este declive se escuchó en una conferencia en Cambridge en 1959, impartida por C. P. Snow, físico y químico que había pasado a dedicarse a la literatura. En la conferencia, Snow describió la ciencia y las humanidades como dos culturas separadas, y afirmó, probablemente sin riesgo de equivocarse, que las personas cultas no científicas eran tan ignorantes de la física que serían incapaces de citar la segunda ley de la termodinámica, no digamos ya de comprender su importancia. «De modo que el gran edificio de la física moderna sigue creciendo, y la mayor parte de la gente más inteligente del mundo occidental lo conoce más o menos igual que lo conocieron sus antepasados del Neolítico»[337].

Pocos años después, en 1963, se fundó en Estados Unidos el Scientist Institute for Public Information (Instituto Científico para la Información Pública), con el objetivo de contribuir a la difusión del conocimiento científico a través del periodismo. Es significativo que el Instituto considerara necesaria esta aproximación indirecta, informando a los periodistas para que informaran al público. Los programas de televisión empezaron a tener mucha más importancia en el proceso de divulgación. En Gran Bretaña, por ejemplo, la BBC encargó una serie sobre astronomía al físico Brian Cox, así como otras muchas sobre historia natural al famoso comunicador David Attenborough. Sería interesante saber qué parte de la información que se presenta en estos programas recuerdan los espectadores pasados unos pocos meses o años. Una encuesta de 1989 llevada a cabo por John Durant, profesor de divulgación científica, llegó a la conclusión de que «los británicos y los estadounidenses están más interesados en la ciencia que en el deporte, el cine o la política, pero en raras ocasiones tienen conocimientos al nivel de su curiosidad sobre el tema»[338].

Pese a todo, una minoría de los legos está bien informada sobre al menos ciertos aspectos de algunas ciencias. La prueba la vemos en la postura de los ciudadanos capaces de movilizar al sector científico en campañas para la defensa del medio ambiente[339]. Otra minoría, descrita oficialmente como «voluntarios no expertos dispersos», contribuye a la «ciencia ciudadana» observando la migración de las aves o los efectos del cambio climático en lugares concretos y

enviando esta información a través de internet[340]. Existe una excepción más: el conocimiento sobre los ordenadores. Puede que la mayoría ignoremos la segunda ley de la termodinámica, pero seguramente las generaciones más jóvenes sí conocen la ley de Moore, que dice que el número de transistores en un microprocesador se duplica aproximadamente cada dos años.

Pese a iniciativas como estas, la ciencia es cada vez más inaccesible para el público en general, hasta el punto de que no es exagerado hablar de un rápido crecimiento de la ignorancia en este extenso campo. Una razón de ese crecimiento es la especialización, cada vez más marcada, que hace que sea mucho más difícil tener un panorama general de la ciencia, comparado con lo sencillo que era en el siglo XIX. Como escribió Stuart Firestein en 2012: «Hoy la ciencia es inaccesible para el público, como si la estuviéramos escribiendo en latín clásico»[341]. Los propios científicos también son ahora legos cuando salen del campo concreto al que se dedican.

La especialización no es la única razón de esta inaccesibilidad. También es consecuencia del creciente distanciamiento de los experimentos científicos y la vida cotidiana. Los experimentos del siglo XIX eran visibles, lo que permitió que John Pepper Henry y otros divulgadores impresionaran al público. Pero los electrones y los cromosomas solo están al alcance de los especialistas que cuentan con maquinaria compleja. El movimiento «para la comprensión pública de la ciencia» de los años 1990, que incluye una revista y varias cátedras sobre el tema (una de las cuales corresponde a Richard Dawkins), es indicio de la creciente conciencia de la ignorancia general sobre este campo tan amplio, así como del deseo de combatirla.

280 Peter Wehling, «Why Science Does Not Know: A Brief History of (the Notion of) Scientific Ignorance in the 20th and Early 21st Century», *Journal of the History of Knowledge* 2 (2021), https://doi.org/10.5334/jhk.40; Proctor y Schiebinger, *Agnotology*.

281 Jerome R. Ravetz, «The Sin of Science: Ignorance of Ignorance», *Knowledge* 15 (1993), 157-65.

282 Las pruebas indirectas de esta afirmación se discuten en https://todayinsci.com/N/Newton_Isaac/NewtonIsaac-PlayingOnTheSeashore.html, consultado el 13 de mayo de 2022.

283 Isaac Newton, *Four Letters to Dr Bentley* (Londres, 1756), 20 (la segunda carta de Newton a Bentley, escrita en 1693) [ed. cast. *Cuatro cartas al Dr. Bentley; Carta al honorable Sr. Boyle sobre la causa de gravitación*. Traducido por José Luis González Recio y Luis Luján. Madrid: Editorial Complutense, 2008].

284 Cita en Leonard Huxley, *Life and Letters of Thomas Huxley* (Londres, 1900), 261.

285 Cita en Stuart Firestein, *Ignorance: How it Drives Science* (Nueva York, 2012).

286 Ferdinand Vidoni, *Ignorabimus! Emil Du Bois-Reymond und die Debatte über die Grenzen wissenschaftlicher Erkenntnis im 19 Jahrhundert* (Frankfurt, 1991).

287 www.nobelprize.org/prizes/physics/2004/gross/speech, consultado el 13 de mayo de 2022.

288 Firestein, *Ignorance*, 5, 44.

289 Voltaire, *Lettres philosophiques* (París, 1734), cap. 12 [ed. cast. *Cartas filosóficas.* Traducido por J. Leyva. Madrid: Alba, 1998].

290 James Ussher, *Annals of the World* (Londres, 1658), 1.

291 Brent Dalrymple, *The Age of the Earth* (Stanford CA, 1994); James Powell, *Mysteries of Terra Firma: The Age and Evolution of the World* (Nueva York, 2001).

292 Yuval Noah Harari, *Sapiens: A Brief History of Humankind* (2011: traducción al inglés, Londres, 2014), 275-306, en 279 [ed. cast. *Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad.* Traducido por Joandomènec Ros i Aragonès. Madrid: Debate, 2014].

293 Herbert Spencer, *First Principles of a New System of Philosophy* (Londres, 1862), 17 [ed. cast. *Los primeros principios*. Traducido por José Luis Monereo Pérez. Albalote, Granada: Comares, 2009]. Blaise Pascal ya había utilizado esta metáfora doscientos años antes.

294 Cita en Firestein, *Ignorance*, 7, 4.

295 *Ibid.,* 44.

296 Cita en Steven Shapin, *The Scientific Life: A Moral History of a Late Modern Vocation* (Chicago IL, 2008), 135, 142. Cf. Firestein, *Ignorance*; Verburgt, «History of Knowledge», 1-24; Wehling, «Why Science Does Not Know».

297 Francis Crick, *What Mad Pursuit: A Personal View of Scientific Discovery* (1988: nueva edición, Londres, 1989), 35, 141-2 [ed. cast. *Qué loco propósito*. Traducido por Adela Goday & Pere Puigdomenech. Barcelona: Tusquets, 1989].

298 Cita en Firestein, *Ignorance*, 136, 44.

299 Janet Kourany y Martin Carrier, «Introducing the Issues», en Kourany y Carrier (eds.), *Science*, 3-25, en 14.

300 Cita en Formica, *Creative Ignorance*, 13.

301 Hans-Jörg Rheinberger, *Toward a History of Epistemic Things* (Stanford CA, 1997); Hans-Jörg Rheinberger, «Man weiss nicht genau, was man nicht weiss. Über die Kunst, das Unbekannte zu erforschen», *Neue Zürcher Zeitung*, 5 de mayo de 2007, https://www.nzz.ch/articleELG88-ld.409885.

302 Gross, *Ignorance and Surprise,* 1.

303 Ian Taylor, «A bluffer's guide to the new fundamental law of nature», *Science Focus*, 8 de abril de 2021, www.sciencefocus.com/news/a-bluffers-guide; «Mapping the Local Cosmic Web: Dark matter map reveals hidden bridges between galaxies», 25 de mayo de 2021, phys.org.

304 Richard Southern, *The Making of the Middle Ages* (Londres, 1953), 10.

305 Dimitri Gutas, *Greek Thought, Arabic Culture: The Graeco-Arabic translation movement in Baghdad and early Abbasid Society* (Londres, 1998); Charles Burnett, *Arabic into Latin in the Middle Ages: The Translators and Their Intellectual and Social Context* (Londres, 2009).

306 Mulsow, *Prekäres Wissen.*

307 Guy Deutscher, *Through the Language Glass: Why the World Looks Different in Other Languages* (Londres, 2010), 79, 83, 85. [ed cast. *El prisma del lenguaje: cómo las palabras colorean el mundo.* Traducido por Manuel Talens. Barcelona: Ariel, 2011].

308 William Bateson, *Mendel's Principles of Heredity* (Cambridge, 1913).

309 Bernard Barber, «Resistance by Scientists to Scientific Discovery», *Science* 134 (1961), 596-602, en 598.

310 Sobre «anomalías», Kuhn, *Structure*, 52-65.

311 Max Planck, *Scientific Autobiography* (1945: traducción al inglés, Londres, 1948), 33-4 [ed. cast. *Autobiografía científica y últimos escritos.* Traducido por Alberto Galindo Tixaire y José Manuel Lozano-Gotor Perona. Madrid: Nivola Libros y Ediciones, 2021].

312 Andrew D. White, *A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom* (Nueva York, 1896).

313 Edward Grant, «In Defense of the Earth's Centrality and Immobility: Scholastic Reaction to Copernicanism in the Seventeenth Century», *Transactions of the American Philosophical Society* 74 (1984), 1-69, en 4; Christopher Graney, *Setting Aside All Authority: Giovanni Battista Riccioli and the Science Against Copernicus in the Age of Galileo* (Notre Dame IN, 2015), 63.

314 Rivka Feldhay, *Galileo and the Church: Political Inquisition or Critical Dialogue?* (Cambridge, 1995).

315 Ludovico Geymonat, *Galileo* (Turín, 1957), cap. 4 [ed. cast. *Galileo Galilei*. Traducido por Joan Ramón Capella. Barcelona: Ediciones 62, 1986]. Cf. Ernan McMullin, «Galileo's Theological Venture», en McMullin (ed.), *The Church and Galileo* (Notre Dame IN, 2005), 88-116.

316 Cita en Edward Lurie, *Louis Agassiz: A Life in Science* (Chicago IL, 1960), 151.

317 Peter Bowler, *The Eclipse of Darwinism: Anti-Darwinian Evolution Theories in the Decades around 1900* (Baltimore MD, 1983) [ed. cast. *El eclipse del darwinismo.* Traducido por Juan Faci Lacaste. Cerdanyola del Vallès, Barcelona: Labor, 1985]; James R. Moore, *The Post-Darwinian Controversies* (Cambridge, 1979).

318 Freeman Henry, «Anti-Darwinism in France: Science and the Myth of Nation», *Nineteenth-Century French Studies* 27 (1999), 290-304.

319 Cita en Moore, *Post-Darwinian Controversies,* 1.

320 Naomi Oreskes, *The Rejection of Continental Drift: Theory and Method in American Earth Science* (Nueva York, 1999), 316. Cf. John Stewart, *Drifting Continents and Colliding Paradigms: Perspectives on the Geoscience Revolution* (Bloomington IN, 1990), 17-19, 22-44.

321 Cita en Powell, *Mysteries of Terra Firma*, 77.

322 Cita en Oreskes, *Rejection of Continental Drift,* 277.

323 Naomi Oreskes y Erik M. Conway, *Merchants of Doubt: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming* (Nueva York, 2010) [ed. cast. *Mercaderes de la duda: cómo un puñado de científicos ocultaron la verdad sobre el calentamiento global*. Traducido por José Manuel Álvarez Flórez. Madrid: Capitán Swing, 2020].

324 Scott Frickel *et al.*, «Undone Science», *Science, Technology and Human Values* 35 (2010), 444-73; David Hess, *Undone Science: Social Movements, Mobilized Publics, and Industrial Transitions* (Cambridge MA, 2016).

325 Roy Porter, *Quacks: Fakers and Charlatans in English Medicine* (Stroud, 2000); David Wootton, *Bad Medicine: Doctors Doing Harm Since Hippocrates* (Oxford, 2006).

326 Ben Goldacre, *Bad Pharma: How Drug Companies Mislead Doctors and Harm Patients* (Londres, 2012), 311, 242 [ed. cast. *Mala farma: cómo las empresas farmacéuticas engañan a los médicos y perjudican a los pacientes.* Traducido por Francisco Martín. Barcelona: Paidós Ibérica, 2013].

327 William Eamon, *Science and the Secrets of Nature: Books of Secrets in Medieval and Early Modern Culture* (Princeton NJ, 1994).

328 Charles Webster, *Paracelsus: Medicine, Magic and Mission at the End of Time* (New Haven CT, 2008).

329 Cita en F. N. L. Poynter, «Nicholas Culpeper and His Books», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 17 (1962), 152-67, en 157.

330 Culpeper citado en Benjamin Woolley, *The Herbalist: Nicholas Culpeper and the Fight for Medical Freedom* (Londres, 2004), 297. Sobre él, ver Patrick Curry, «Culpeper, Nicholas», *Oxford Dictionary of National Biography* 14, 602-5.

331 Lisbet Koerner, en Nicholas Jardine, James Secord y Emma Spary (eds.), *Cultures of Natural History* (Cambridge, 1996), 145.

332 Simon Schaffer, «Natural Philosophy and Public Spectacle in the Eighteenth Century», *History of Science* 21 (1983), 1-43.

333 Aileen Fyfe y Bernard Lightman (eds.), *Science in the Marketplace: 19th-century Sites and Experiences* (Chicago IL, 2007).

334 Edward Larson, *Summer for the Gods: The Scopes Trial and America's Continuing Debate over Science and Religion* (Nueva York, 1997).

335 Larson, *Summer*, 281; cf. Larson, *The Creation-Evolution Debate* (Athens GA, 2007), 23-6.

336 Glenn Branch, «Understanding Gallup's Latest Poll on Evolution», *Skeptical Inquirer* 41 (2017), 5-6.

337 C. P. Snow, *The Two Cultures* (Cambridge, 1959) [ed. cast. *Las dos culturas y un segundo enfoque.* Traducido por Salustiano Masó. Madrid: Alianza Editorial, 1977].

338 «Survey Reveals Public Ignorance of Science», 14 de julio de 1989, https://www.newscientist.com.

339 Melissa Leach, Ian Scoones y Brian Wynne (eds.), *Science and Citizens: Globalization and the Challenge of Engagement* (Londres, 2005).

340 Alan Irwin, *Citizen Science* (Londres, 1995).

341 Firestein, *Ignorance*, 171.

8
LA IGNORANCIA DE LA GEOGRAFÍA

Terra incognita.

PTOLOMEO

Este capítulo se va a ocupar de la ignorancia relativa a la superficie terrestre, aquella que en gran medida era espacios en blanco en los mapas, cubiertos por nubes que se iban disipando gradualmente, según las triunfalistas ilustraciones del atlas de Edward Quin que reflejaban lo que se sabía del mundo en las diferentes épocas, del que ya hablamos en el primer capítulo. Por supuesto, hay una pregunta obligatoria que Quin no se planteó: esos espacios, físicos o mentales, ¿estaban en el mapa de quién? ¿Quién ignoraba qué?

Al igual que los historiadores, los geógrafos se preocupan por la ignorancia del público sobre su disciplina. En el Reino Unido, una encuesta de OnePoll, que se publicó en el *Daily Mail* en 2012, reveló que el 50 por ciento de los adultos británicos pensaba que el Everest estaba en Gran Bretaña, mientras que el 20 por ciento no habría sabido ubicar Blackpool. En Estados Unidos, la National Geographic Society lleva mucho tiempo dedicada a lo que denominan «la lucha contra el analfabetismo geográfico». Una encuesta de 2006 demostró que «dos tercios de los estadounidenses entre 18 y 24 años eran incapaces de situar Irak en un mapa del mundo»[342].

Allí donde se hayan establecido, los humanos han adquirido siempre un conocimiento local de su territorio y, en buen número de culturas, incluidos los «pueblos indígenas» de Canadá y Australia, han producido representaciones visuales de este conocimiento. Lo que varía, a veces de manera dramática, es el conocimiento de los forasteros, algunos de los cuales incluso llegaron a explorar nuevos territorios con ayuda de los indígenas, pero dibujaron sus propios mapas[343].

Parte de la ignorancia de los forasteros, los colonizadores, fue tan conveniente para sus intereses que a todas luces hubo de ser fingida.

Se utilizara realmente o no (es un tema controvertido) la expresión «Tierra de nadie» *(terra nullius)*, la presunción que había tras ella era ciertamente común entre los colonos blancos de los siglos XVI a XIX. Al igual que Colón cuando tomó posesión de «las Indias» en 1492, los colonos británicos prefirieron no saber el uso que antes de su llegada daban a las tierras los indígenas, las Primeras Naciones de las Américas, los maorís de Nueva Zelanda o los grupos aborígenes en Australia.

Por ejemplo, en 1824, Francis Forbes, presidente del Tribunal Supremo, declaró las tierras de Nueva Gales del Sur como «deshabitadas», aunque es imposible que ignorara que allí había habitantes indígenas, mientras que Sir Richard Bourke, gobernador de Nueva Gales del Sur, publicó una proclama en 1835 en la que declaraba que las tierras estaban «vacantes» antes de que la Corona tomara posesión de ellas. Esta inconsciencia deliberada se ha definido como «el borrado conceptual de aquellas sociedades que habían existido con anterioridad»[344].

Este capítulo sigue el método retrospectivo que se ha descrito más atrás. Como Alain Corbin en un reciente estudio sobre los siglos XVIII y XIX, haremos uso de los descubrimientos como recordatorios de lo que no se sabía antes, o de lo que se creía saber, pero era erróneo[345]. Un ejemplo evidente es la visión medieval europea de que el mundo estaba dividido en tres continentes. Otro es la creencia del Ptolomeo, el geógrafo griego, de que Escandinavia era una isla: *Scandia insula*[346]. Sería fascinante contar con un estudio global de lo que la gente de diferentes partes del mundo no sabía sobre el resto, pero este estudio dependería de muchas monografías que no se han escrito todavía. Los párrafos siguientes, por tanto, se concentrarán en la ignorancia de los europeos con respecto al mundo exterior, así como en lo que desconocían de la propia Europa. Por ejemplo, en Sicilia, ya en la década de 1950, un investigador se sorprendió al descubrir a campesinos que no sabían dónde estaba Rusia[347].

Si volvemos la vista atrás, es difícil imaginar lo poco que sabían los europeos sobre el resto del mundo en el año 1450, o incluso en 1750, y esto sin mencionar la ignorancia de Europa occidental sobre la Europa oriental[348]. Es cierto que, en la Edad Media, algunos europeos conocían de primera mano el mundo exterior: navegantes, mercaderes, peregrinos, cruzados, misioneros... todos adquirieron cierto conocimiento de Oriente Medio, sobre todo de algunas ciudades

que eran centros del comercio internacional, como El Cairo, Alepo, Caffa (la hoy Feodosia), la ciudad cruzada de Acre (ahora en Israel) y, por supuesto, Jerusalén, la meta de tantos peregrinos[349].

Por otra parte, se sabía muy poco sobre China (de esto hablaremos enseguida) o de la India, más allá de que había ascetas desnudos llamados «gimnosofistas» (o, un poco más tarde, «yoguis») y los llamados cristianos «nestorianos», una rama de la Iglesia que se dice que fundó el apóstol Santo Tomás.

Uno de los ejemplos más llamativos de ignorancia europea lo proporcionó en su día Cristóbal Colón. Colón, al que se envió en una misión a China, no supo (o, mejor dicho, no quiso saber) que la isla de La Española en la que desembarcó no era parte de Asia. A la gente en general le costó un tiempo aceptar la idea de un «nuevo mundo» desconocido para los griegos y los romanos[350]. Por este motivo, el historiador mexicano Edmundo O'Gorman tituló su obra más conocida *La invención de América,* no el «descubrimiento». También por esto habló el sociólogo Eviatar Zerubavel del «descubrimiento mental de América». En sus tiempos, quienes aceptaron las evidencias de que se trataba de un nuevo continente, como Américo Vespucio y Martin Waldseemüller, estuvieron en minoría[351].

En cualquier caso, el «descubrimiento» de América por parte de Colón fue en realidad un redescubrimiento por parte de los europeos. Leif Erikson, un explorador escandinavo que vivió en torno al año 1000, ya había llegado a un lugar que denominó «Vinland» (una parte de la costa de Norteamérica, posiblemente la actual península del Labrador). La existencia de este territorio, que aparece en las sagas del siglo XIII con el nombre de Marklandia, llegó a oídos de un fraile italiano en el siglo XIV, Galvano Fiamma, que lo denominó «Marckalada» y contó que era un lugar habitado por gigantes[352]. Después de aquello, parece que ese conocimiento se perdió.

En el siglo XVIII, en medio del *boom* de los libros de viajes en Gran Bretaña, Francia y otros lugares, la ignorancia que quedaba se revela en lo que no se menciona o en lo que solo se menciona a finales del siglo, como las descripciones de Birmania y Abisinia (nombres con los que se designaban por aquel entonces a Myanmar y Etiopía). No es de extrañar que Jean-Jacques Rousseau se declarara impresionado por la enormidad de la ignorancia europea acerca de la mayor parte del mundo. «La tierra entera está llena de naciones de las que solo sabemos el nombre, ¡pero aún nos atrevemos a emitir juicios sobre la

especie humana!»[353].

La visión de lo exótico

Los espacios vacíos que aparecen en los mapas realizados por los forasteros se han poblado a menudo a través de la imaginación. Como ya se señaló antes en estas páginas, la naturaleza humana aborrece el vacío. La imaginación colectiva, espoleada por la curiosidad, la esperanza y los temores, rellena los huecos, al principio con rumores, y a largo plazo con leyendas y mitos[354].

Un ejemplo claro son las «razas monstruosas». En la Antigüedad grecorromana se creía que pueblos no humanos habitaban en puntos lejanos del mundo. Estaban los cinocéfalos, con cabeza de perro; los esciápodos, con un solo pie gigantesco; los blemios, «con la cabeza en el pecho» —como los describe Shakespeare en *Otelo*—; y otras «razas plínicas», como se las conoce ahora, ya que aparecieron descritas en la antigua enciclopedia romana compilada por Plinio el Viejo[355]. Historias de este tipo pudieron despertar la curiosidad en muchos individuos, pero para otros supondrían una advertencia contra el deseo de viajar.

Pasando del miedo a la esperanza, entre los siglos XII y XVI hubo una historia que circuló por toda la cristiandad: la del gobernante de un gran imperio asiático, un sacerdote-rey cristiano llamado «Preste Juan»[356]. Este aliado potencial contra los paganos y musulmanes fue descrito como «emperador de las tres Indias», y se decía que había escrito una carta en latín a un emperador bizantino del siglo XII, Manuel Comneno, en la que le hablaba de su reino. Este texto se tradujo a muchos idiomas y, durante su circulación, se fueron añadiendo más detalles. El lugar donde vivía el Preste Juan es un tema sujeto a debate[357]. El cronista alemán del siglo XII Otto de Frisinga decía que era «más allá de Persia y Armenia». Hubo quienes creyeron que se encontraba en Asia central: Marco Polo, por ejemplo, habla de su «gran imperio» y asegura que murió en una batalla contra Gengis Kan. Como en Asia no se encontró rastro alguno del Preste Juan, el rey fue reubicado en Etiopía, un lugar que se parecía a la India en el hecho de que los cristianos llevaban siglos viviendo allí. Pero Tafur, un viajero español del siglo XV, aseguró que otro viajero, el veneciano Niccolò da Conti, le había contado que él había visitado la corte del

Preste Juan[358]. Cuando Vasco da Gama y sus hombres llegaron a Mozambique en 1498, les dijeron «que el Preste Juan residía no lejos de allí», aunque su corte estaba tierra adentro, de modo que «allí solo se podía llegar a lomos de camello»[359].

De manera similar, después de 1492 se reubicaron en las inexploradas Américas las razas monstruosas que no había habido manera de encontrar en África ni en Asia. Por ejemplo, cuando Walter Raleigh llegó a Guayana en la última década del siglo XVI, le hablaron de hombres sin cabeza con ojos en los hombros.

También se dio esta reubicación con las amazonas, las mujeres guerreras mencionadas en las *Historias* de Heródoto (siglo V a. C). En el siglo XIII, Marco Polo declaró que se encontraban en el este de Asia. Por su parte, Colón habló de «la isla de las mujeres, que creyó que eran las amazonas». Pero fue Francisco Orellana, un explorador que participó con Pizarro en la conquista de Perú, quien dijo que había luchado contra ellas en el río que, gracias a este encuentro, aún seguimos llamando Amazonas[360].

Algunos exploradores españoles habían leído un romance caballeresco publicado en 1510 que describía una isla imaginaria, «California», gobernada por la reina Calafia. Hernán Cortés y sus hombres llegaron a lo que ahora conocemos como Baja California, en México, y pensaron que habían descubierto esta isla (en los mapas del siglo XVII, este territorio aún se representaba con forma de una isla alargada junto a la costa oeste). El jesuita Eusebio Kino protestó contra esta creencia en 1701 y afirmó que California era una península, pero los mapas siguieron presentándola como una isla hasta mediados del siglo XVIII[361].

Al igual que la historia del Preste Juan, el mito de El Dorado es un ejemplo claro de lo que Freud denominó «el cumplimiento del deseo». La historia empezó a circular cuando Hernán Cortés encontró oro en el tesoro del emperador azteca Moctezuma. Se decía que en Cundinamarca, en los Andes —todavía *terra incognita* para los conquistadores españoles en torno a 1530—, el oro era tan abundante que al rey o jefe local lo cubrían todos los años con polvo de este metal. Este mito, influido por el relato griego del vellocino de oro, se fue ampliando tanto que pasó de hacer referencia a una persona a una ciudad o hasta a un país entero. El Dorado, como las razas plinianas, fue reubicado en repetidas ocasiones, «de Colombia a la cuenca del Amazonas y a las selvas de Guayana, a medida que en cada lugar

perdía fuerza la promesa del oro». Las numerosas expediciones fracasadas en busca de la ciudad, que costaron muchos esfuerzos y muchas vidas, incluyeron el último viaje de Walter Raleigh[362].

La ignorancia occidental sobre China

Las dos secciones siguientes se centran en la ignorancia occidental sobre China y en la otra cara de la moneda, la ignorancia de China sobre Occidente. Por supuesto, no se podrá tomar a China ni a Occidente como un todo, y es necesario distinguir entre las ignorancias de los emperadores, los intelectuales, los misioneros y los mercaderes, así como entre las diferentes épocas y áreas.

China (o «Catai») era una gran desconocida para los europeos antes de la invasión de Rusia, Hungría y Polonia por parte de los mongoles en el siglo XIII, una amenaza que obligó a algunos occidentales a intentar poner remedio a esta ignorancia[363]. En respuesta a las invasiones, el papa Inocencio IV y el rey Luis IX de Francia enviaron misioneros a los kan de los mongoles para tratar de averiguar los planes de los invasores y establecer una alianza con ellos, además de convertirlos al cristianismo. De estos misioneros, los más famosos fueron cuatro frailes franciscanos: tres italianos (Giovanni da Pian del Carpine, Giovanni da Montecorvino y Odorico de Pordenone) y uno de Flandes (Willem van Rubroeck). De ellos, tres escribieron un relato de sus viajes a Catai pasando por Persia, India y, en el caso de Odorico, también Sumatra. El interés que evocaron estas experiencias, sobre todo la de Odorico, queda demostrado por la supervivencia de setenta y tres manuscritos de la obra de este último, que se publicó finalmente en 1574[364].

Más éxito aún tuvo entre los lectores europeos *Le divisement du monde* (conocido en castellano como *Libro de las Maravillas*), el relato de los viajes de un comerciante veneciano del siglo XIII: Marco Polo[365]. Se tradujo del original francés (franco-veneciano, para ser precisos) al veneciano, toscano, latín, español, catalán, aragonés, alemán e irlandés, y se convirtió en uno de los libros más conocidos de la Baja Edad Media en Europa[366]. Marco, que entró al servicio del gran kan y pasó diecisiete años en Catai, advirtió con cierta sorpresa que allí se utilizaba el papel moneda. También le impresionó mucho el famoso lago del Oeste, en Hangzhou —no se sabe si lo vio o le hablaron de él

—, del que dijo que «un viaje a este lago ofrece más descanso y deleite que ninguna otra experiencia sobre la tierra»[367].

Marco Polo no visitó todos los lugares que describe, entre ellos, probablemente ni siquiera la mayoría del centro y el sur de China (aunque inició el viaje de regreso a Occidente en el puerto de Quanzhou, en el sur)[368]. De hecho, su libro no es tanto un diario de viaje como un tratado informal de geografía. Para nuestros propósitos, lo importante es que el libro de Marco Polo fue «una revisión drástica de todo lo que se creía saber sobre Colón», que puso a China en el mapa mental de muchos europeos, y que hizo que los lectores fueran conscientes de una cultura muy diferente de la suya propia[369].

El reino del gran kan también se describe de manera muy vívida en otro «superventas» medieval, el cuaderno de viajes atribuido a «Sir John Mandeville». Se conservan más de trescientos manuscritos de este libro. Fue traducido del francés original a otros nueve idiomas: inglés, alemán, neerlandés, español, italiano, latín, danés, checo e irlandés, y lo leyeron desde Cristóbal Colón a Menocchio, el molinero del siglo XVI[370]. Más adelante en este mismo capítulo hablaremos de la fiabilidad —o falta de ella— de este texto.

Cuando Colón emprendió el viaje en busca de una nueva ruta para llegar a Asia, sus expectativas venían dadas por la lectura de Marco Polo (de hecho, se llevó su libro al viaje) y de Mandeville. Como muchos europeos, creía que el gran kan seguía gobernando China, y tenía intención de entregarle una carta en «Quinsay» (Hangzhou). No era consciente de que la información estaba desfasada, y de que los mongoles habían sustituido a la dinastía Ming en 1368[371], hacía ya 124 años.

Por aquel entonces, la ignorancia occidental sobre China abarcaba aún su geografía, historia, idioma, sistema de escritura, medicina, arte, estructura política y social, y sistemas de creencias (confucianismo, taoísmo y budismo). El rey Manuel de Portugal es uno de los primeros ejemplos de esta mezcla de curiosidad e ignorancia: en 1508 dio instrucciones al capitán de un barco que iba a viajar a Malaca para que averiguara todo lo posible sobre los chinos, no solo «cuándo van a Malaca», con cuántos barcos y con qué tipo de mercancía, sino también sobre su religión y forma de gobierno, por ejemplo «si tenían entre ellos más de un rey»[372].

Estos huecos en los conocimientos solo se empezaron a llenar más adelantado el siglo XVI, gracias sobre todo a tres libros: *Tractado de la*

China (1569), escrito por un fraile dominico portugués, Gaspar da Cruz; *Reino de la China* (1577), de Bernardino de Escalante, un soldado español; y *El Gran Reyno de la China* (1585), de Juan González de Mendoza, sacerdote y más tarde obispo en México. El libro de Mendoza tuvo mucho éxito y alcanzó las cuarenta y nueve ediciones en siete idiomas antes de final del siglo. Montaigne tenía un ejemplar, y lo utilizó para su ensayo *De los vehículos*, donde dice que «consideramos como milagrosa la invención de la artillería y la de nuestra imprenta, y otros hombres en el otro extremo del mundo, en la China, gozaban de ellas mil años ha».

Ninguno de los tres autores mencionados había visitado China realmente, pero sus relatos se basan en fuentes relativamente fidedignas[373]. Menos de fiar, al tiempo que más colorista, fue *Peregrinação*, del viajero portugués Fernão Mendes Pinto (publicado en 1614, pero escrito en torno a 1570).

Un año después del libro de Pinto se publicó un recuento de la misión jesuita en China, basado en el diario del italiano Matteo Ricci y editado por un colega en Flandes[374]. Este texto, que pronto se reimprimió y se tradujo del latín al francés, fue el primero en una importante serie de informes de los jesuitas sobre China que se convirtieron en la principal fuente de información sobre aquel país hasta finales del siglo XVIII. Los jesuitas desempeñaron el papel de mediadores principales durante casi doscientos años y corrigieron tanto la ignorancia europea sobre el «reino del medio» como la ignorancia china sobre el mundo que había más allá de su imperio.

Por ejemplo, Ricci proporcionó a los europeos «información geográfica más fiable sobre China»[375]. Otro italiano, Martino Martini, que llegó a China en 1642, publicó un atlas de China, una historia del cambio de dinastía (de la Ming a la Qing, en 1644) y un recuento de la primera etapa de la historia del país. Mientras vivía en Roma, Martini estudió con Atanasio Kircher, un jesuita alemán polímata. Después siguieron en contacto y Martini proporcionó información abundante a su antiguo profesor, cuya obra *China Illustrata* (1677) informó a los lectores, entre otras cosas, sobre el té y la acupuntura.

La historia de China de Martini, que se publicó en latín en 1658, vino a llenar un vacío importante en el saber occidental, pero también causó controversia, porque la cronología china databa el comienzo de su historia al menos seiscientos años antes del Diluvio Universal, lo que socavaba la afirmación bíblica de que toda la humanidad

descendía de Noé[376]. Por ello, algunos pensadores occidentales no quisieron saber nada de las afirmaciones de China sobre su antigüedad. El famoso *Discours sur l'Histoire universelle* (1681) del obispo francés Jacqes Bossuet no menciona China. En *Scienza nuova* (1744), Giambattista Vico afirmó que la historia de los hebreos era más antigua que la de China. Voltaire, por otra parte, extrajo de la historia de China abundante munición para criticar el eurocentrismo de Bossuet.

Un grupo de misioneros jesuitas, entre los que estaba el flamenco Felipe Couplet, puso abundantes conocimientos sobre la filosofía china a disposición de los europeos publicando textos traducidos al latín. Es por su libro —*Confucius Sinarum Philosophus*— que el filósofo Kung Fu Tse se sigue conociendo en Occidente con el nombre de Confucio[377]. El polímata alemán Gottfried Wilhelm Leibniz estaba fascinado con China y aprendió todo lo que pudo sobre el país a través de misioneros jesuitas y de libros. Su entusiasmo es uno de los primeros ejemplos que tenemos de la admiración hacia China por parte de intelectuales y hombres de letras de la Ilustración, algunos de los cuales, como Voltaire, veían este país como un paradigma de buen gobierno (en parte gracias a que ignoraban los datos que decían lo contrario)[378]. Las porcelanas chinas y otros artefactos llegaron a Europa en volumen creciente y se generó una moda, la *chinoiserie*, que abarcaba desde la decoración de interiores al diseño de los jardines[379].

Este nuevo conocimiento sobre China, con mapas que los jesuitas realizaron para el emperador, se recopiló en una obra de cuatro volúmenes de uno de sus compañeros que jamás había salido de Francia, Jean-Baptiste Du Halde. Su *Description de la Chine* (1735) se tradujo al inglés en 1738 con el título de *Geographical, Historical, Chronological, Political, and Physical Description of the Empire of China and Chinese Tartary (Descripción geográfica, histórica, cronológica, política y física del imperio chino y la Tartaria china)*.

Desde ese momento, la ignorancia sobre China ya no se pudo excusar por la falta de información, pero ha persistido entre el público en general, al que a veces la falta de cobertura fiable en los medios de comunicación ha mantenido en la ignorancia, sobre todo en lo relativo a acontecimientos recientes. Por ejemplo, a principios de la década de 1960, el periodista Felix Geene publicó dos libros en los que criticaba «la precisión de ciertos informes sobre la China comunista que la prensa, los expertos y el gobierno presentan al público

estadounidense»[380]. ¿Es más rigurosa en la actualidad?

La ignorancia china sobre Europa

Sin duda sería una exageración decir que los chinos no tuvieron interés en el mundo exterior, pero es cierto que entre los siglos XVI y XVII, cuando la curiosidad de los occidentales se desarrolló más, la reciprocidad fue relativamente escasa, lo que provocó una «discrepancia de conocimientos» que «afectó a las relaciones chinas con Occidente hasta el siglo XX»[381]. El gobierno chino no quiso saber demasiado —o, mejor dicho, creyó que no necesitaba saber— sobre los países lejanos. Pero cuando la amenaza de Occidente llegó en el siglo XIX, los chinos se vieron impulsados a poner remedio a esta ignorancia del mundo exterior, igual que les había pasado a los europeos con los mongoles seis siglos antes.

Antes de la década de 1840, lo que los chinos habían aprendido sobre Europa era en su mayoría resultado de iniciativas europeas, sobre todo las de los misioneros jesuitas. Cuando Matteo Ricci llegó a China en 1582, descubrió que en China creían que la tierra era plana y cuadrada, aunque «envuelta en la esfera de los cielos» (en la Europa medieval también se creía que la tierra era un «cuadrado perfecto»)[382]. El propio Ricci informó a sus interlocutores chinos de que la tierra era un globo, y les mostró mapas del mundo, que se mejoraron en ediciones sucesivas, que proporcionaban información sobre Europa, África y las Américas[383].

Para ayudar a los conversos a entender el catolicismo, Ricci encargó que le llevaran grabados religiosos. Estas imágenes también sirvieron para que los chinos conocieran la perspectiva, aunque la mayoría de sus artistas, sobre todo los intelectuales, se negaron a adoptar las convenciones pictóricas occidentales y permanecieron fieles a su manera tradicional, no geométrica, de representación del espacio. De todos modos, hay indicios de que el contacto con las convenciones occidentales provocó cambios en la pintura china, lo que se ha descrito como una «convergencia» entre las tradiciones. Descubrir que existían alternativas a sus tradiciones inspiró a algunos paisajistas chinos a innovar a su manera[384].

En el siglo XVII, distintos jesuitas presentaron a algunos chinos otras formas de lo que ellos denominaban «aprendizaje occidental» *(xixue)*.

El italiano Giulio Aleni publicó en chino su *Crónica de tierras extranjeras (Shifang waiji)* en 1623, que incluía un mapa para ilustrar a los lectores sobre Europa, África y las Américas[385]. El polímata suizo-alemán Johann Terrenz Schreck escribió una introducción a la anatomía occidental y colaboró con Wang Zheng, un intelectual local, para traducir una descripción de lo que se tituló en chino *Las extrañas máquinas del Lejano Occidente* (*Yuanxi Qiqi Tushuo Luzui*, 1627).

Cuando Schreck demostró que había podido predecir el eclipse de 1629 con más precisión que los astrónomos chinos, el último emperador de la dinastía Ming lo invitó a reformar el calendario, mientras que el alemán Johann Adam Schall von Bell fue nombrado director del observatorio imperial. Schall y su ayudante, Fleming Ferdinand Verbiest, llevaron a cabo la reforma del calendario y aprovecharon la oportunidad para mostrar a los chinos la astronomía occidental (sin mención alguna a Copérnico, al que los chinos solo conocieron cuando la Iglesia levantó la prohibición sobre la enseñanza del heliocentrismo, en 1757)[386].

Con la nueva dinastía Qing, Verbiest pasó a dirigir el observatorio y ejerció como tutor del emperador Kangxi, que empezó a reinar con tan solo siete años. Kangxi, que detestaba la acupuntura tradicional china, se interesó por la medicina occidental, así como por su tecnología militar. Los jesuitas franceses le proporcionaron la quinina (que en Europa se conocía como «corteza jesuita») para tratarse la malaria, y el emperador encargó a uno de ellos, Jean-François Gerbillon, que escribiera un libro sobre la medicina occidental. Otro jesuita francés, Joachim Bouvet, empezó a traducir al manchú un tratado occidental sobre anatomía[387]. No se sabe bien qué circulación tuvieron estas introducciones a la medicina, anatomía y astronomía tal como se conocían en Occidente, pero al menos sabemos que la corte imperial tuvo conocimiento de ellas.

También se encargó a los jesuitas un mapa del imperio que debían elaborar con instrumentos científicos como los cuadrantes, integrando los métodos occidentales con las prácticas tradicionales chinas, y presentarlo al emperador en 1717[388]. Según algunas fuentes, Kangxi pudo servirse de los conocimientos occidentales para reducir su dependencia de sus propios funcionarios[389].

El sucesor de Kangxi, el emperador Qianlong, también mostró interés en Occidente. Se sabe que en una ocasión interrogó a Michel Benoist, un jesuita francés que pasó en su corte treinta años

(1744-1774), acerca de la política europea, como, por ejemplo, cómo era la relación entre Francia y Rusia, y si un Estado europeo acabaría dominando los demás. Conviene señalar tanto la curiosidad del emperador sobre Occidente como la ignorancia del sistema político europeo que existía incluso en el nivel más alto del gobierno chino[390].

No es fácil calcular qué nivel de éxito tuvieron estos intentos de introducir el aprendizaje sobre Occidente, sobre todo en círculos ajenos a la corte. Sin duda, algunos burócratas e intelectuales chinos tenían interés en estas ideas extranjeras. Por ejemplo, Wang Pan, gobernador de Zhaoqing, se enteró de los conocimientos de Ricci sobre matemáticas y cartografía, y lo invitó a su ciudad, donde Ricci elaboró un mapa del mundo en 1602. Wang Pan le pidió que lo tradujera y ordenó que se hiciera un grabado, «pues quería que se imprimiera y se conociera en toda China», y «envió copias como regalo a todos sus amigos en aquella provincia, y también envió copias a otras provincias»[391]. En Pekín, Ricci trabó amistad con dos intelectuales, Feng Yingjing y Li Zhizao, y ambos estudiaron geografía occidental.

Xu Guangqi, otro amigo de Ricci, se mostró «entusiasmado por adquirir nuevos conocimientos del mundo», como las matemáticas de «los países occidentales». Realizó junto con Ricci una traducción del *Elementos* de Euclides, lo que corrigió la ignorancia china sobre la geometría euclidiana. Al mismo tiempo, los matemáticos chinos estaban haciendo estudios sobre álgebra lineal que sus colegas de Occidente ignoraban por completo[392].

Otro intelectual chino interesando en el conocimiento occidental fue Wang Zheng, que conoció a Schall y a otros jesuitas, se convirtió al cristianismo, estudió ingeniería mecánica y concibió la ambición de unificar el saber occidental y el chino, igual que Mei Wending en el siglo siguiente[393].

Aparte de este puñado de ejemplos, hay pocas pruebas de un interés real de China por el saber occidental, sobre todo al principio del periodo Qing. En cualquier caso, la búsqueda de estos conocimientos presentaba obstáculos considerables. La información «estaba bloqueada y filtrada en cada punto del trayecto». Los chinos no podían visitar Occidente, mientras que los occidentales no podían pasar de Macao, un puerto fundado a mediados del siglo XVI para fomentar el comercio internacional y a la vez mantener a distancia a los forasteros[394].

Hay pruebas de la oposición al conocimiento occidental por parte de algunos intelectuales chinos. Wei Chün, por ejemplo, declaró que «Matteo Ricci utilizó enseñanzas falsas para engañar a la gente», y lo criticó por no haber situado China en el centro del mundo[395]. Otro intelectual, Dong Han, escribió una crítica del relato de Aleni sobre el viaje a América de Colón, la conquista de México y la vuelta al mundo de Magallanes. Acusó al autor de hacer afirmaciones «fantasiosas y exageradas sin base alguna»[396]. El apego a la tradición confucianista en un momento en que la cultura occidental la contradecía en algunos puntos queda a la vista en una novela de finales del siglo XVIII, *Yesou puyan (Palabras humildes de un viejo rústico)*, en la que los seguidores de un héroe superhumano visitan «Europa» *(Ouluoba)* y convierten a sus gentes al confucianismo[397].

La cosmografía tradicional china se siguió utilizando, ya fuera porque los que hacían los mapas ignoraban la nueva información, incluyendo el concepto de la tierra como globo, o porque la ignoraron de manera deliberada[398]. Se ha dicho que «hasta mediados del siglo XIX China tuvo poca información más que sus antepasados de hacía quinientos años sobre Occidente». Una vez más, los huecos en el conocimiento se rellenaron con mitos. Algunos chinos creían que los occidentales eran caníbales. Un integrante de la primera embajada china en Gran Bretaña y Francia escribió en su diario que «en Inglaterra todo es al revés que en China», en una reacción al extranjero que recuerda a lo que escribió Heródoto sobre los egipcios[399].

Tuvo que llegar la primera «guerra del opio» (1839-1842), cuando las fragatas británicas atacaron las fortalezas chinas, para que algunos miembros de la élite comprendieran que tenían que dejar atrás la ignorancia sobre Occidente para poder defenderse, aunque los intelectuales más conservadores se siguieron oponiendo a la sola idea[400]. Poco después de la guerra, en 1844, el polímata Wei Yuan, para quien los mapas eran «esenciales para que los lectores chinos tuvieran acceso a los países extranjeros», publicó un recuento de lo que denominó «reinos marítimos» más allá de China, centrado en el Asia marítima y en la incursión que en ella estaba llevando a cabo Occidente. Wei Yuan criticó esta incursión, y señaló que, cuando los chinos descubrieron que «Inglaterra había establecido un centro comercial populoso y dinámico en Singapur», nadie sabía dónde estaba[401]. También informó a sus lectores sobre África, Europa y las

Américas.

En los siglos anteriores se había sabido muy poco de la historia occidental, pero Guo Songtao, el diplomático que estuvo al frente de la embajada a Occidente en 1866, estaba al tanto de la guerra civil inglesa, y la describió en su diario como «una lucha por el poder entre el rey y el pueblo que causó un gran derramamiento de sangre»[402].

Los misioneros siguieron teniendo un papel importante en la difusión del conocimiento occidental en China, aunque los protestantes «eran aún más unánimes en su oposición a Darwin de lo que habían sido los jesuitas en su rechazo a Copérnico», porque «las ciencias occidentales llegaban en la traducción envueltas en una teología natural» que ralentizó todavía más la llegada del darwinismo[403].

Entre los siglos XVI y XVIII se tradujeron pocas obras de idiomas occidentales, pero en 1867 se creó en Shanghái una Oficina de la Traducción, con sede en el Arsenal (un símbolo muy apropiado, dado que las razones de este nuevo interés en los conocimientos occidentales eran sobre todo prácticos y militares). John Fryer, un inglés que trabajó allí, tradujo setenta y ocho libros de ciencia y tecnología occidental, y también dirigió el primer periódico chino, además de escribir textos científicos para que se utilizaran en los colegios de China. Habría sido fascinante saber cómo respondieron a sus libros los lectores de Fryer[404].

Gracias a los esfuerzos de unos cuantos individuos, se pasó de la ignorancia sobre la literatura e ideas de Occidente a la familiaridad. Uno fue Lin Shu, un hombre de letras que no conocía ningún idioma extranjero, pero que, con la ayuda de intérpretes, tradujo a Dickens y a Dumas. Otro fue Yan Fu, que estudió en el Royal Naval College de Londres en la década de los 1870 y tradujo a Adam Smith, John Stuart Mill y T. H. Huxley[405].

Japón, Corea y Formosa

La ignorancia europea acerca de otras zonas de Asia tardó más en disiparse. En el caso de Japón, por ejemplo, habían llegado europeos como el misionero español Francisco Javier en 1549, o el piloto inglés William Adams alrededor de 1600. El nuevo shogun, Tokugawa Ieyasu, interrogó a Adams acerca de sus creencias religiosas y sobre si

en su país había guerras. Luego lo nombró samurái, le asignó propiedades y lo nombró asesor para la construcción de un barco al estilo europeo.

Pero se le prohibió salir del país, donde murió en 1620. Después de 1635, Japón cortó casi por completo el contacto con el extranjero. Fue su respuesta defensiva al creciente número de japoneses convertidos al cristianismo por los jesuitas. Este aislamiento de Japón fomentó la ignorancia en ambas partes[406].

Pese a esta decisión, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales recibió autorización para establecerse en Japón. Para minimizar el contacto con los japoneses, los empleados de la compañía quedaron confinados —al igual que los comerciantes occidentales en Macao— en Deshima, una isla artificial cerca del puerto de Nagasaki. Solo se les permitía salir de allí para ir a la capital en visitas oficiales. Por ello, la información sobre Japón que llegó a través de los neerlandeses fue muy limitada.

Durante mucho tiempo, la descripción más completa de Japón en un idioma occidental siguió siendo la de Engelbert Kaempfer, un médico alemán al servicio de la Compañía que tomó parte en las visitas oficiales a la capital y observó el país con atención en el camino de ida y en el de vuelta (el manuscrito de Kaempfer se publicó de manera póstuma en inglés en 1727, antes de la publicación en el alemán original)[407].

Por otra parte, el gobierno disuadió a los japoneses de cualquier interés que pudieran tener en Europa, aunque algunos individuos mostraron entusiasmo por el conocimiento occidental (que ellos denominaron «conocimiento neerlandés» o *rangaku)*, sobre todo en el campo de la medicina[408]. Los obstáculos interpuestos al conocimiento occidental solo desaparecieron cuando Japón tuvo que salir de su aislamiento voluntario, en torno a 1850. Como en el caso de China, algunos empezaron a estudiar y a imitar la cultura occidental, y viajaron a Estados Unidos y a Europa para poner remedio a su ignorancia[409].

Los europeos sabían todavía menos sobre otras zonas de Asia. Corea, por ejemplo, fue otro país cerrado, hasta el punto de recibir el nombre de «reino ermitaño»[410]. Fue casi desconocido para Occidente hasta que se convirtió en protectorado de Japón en 1905. Una de las escasas visitas internacionales, y además involuntaria, la hizo el neerlandés Hendrick Hamel. Este autor y contable de la Compañía

Neerlandesa de las Indias Orientales naufragó en Corea cuando se dirigía a Japón. No se le permitió salir del país, pero consiguió escapar tras trece años de cautiverio y escribió un diario con sus experiencias. Se publicó en neerlandés en 1668, y dos años más tarde se tradujo al francés[411].

La ignorancia europea sobre todo lo relativo a Taiwán (antes conocido como Formosa) se explica mejor con la explotación que hizo de ella un impostor literario en el siglo XVIII, George Psalmanazar. Psalmanazar (no se sabe su verdadero nombre) fue un francés que se hizo pasar por nativo de Formosa y se inventó abundante información falsa, incluso un idioma y un alfabeto. Psalmanazar recibió una invitación de Inglaterra para preparar a los misioneros que viajarían en el futuro a la isla, y durante un tiempo fue muy célebre entre la sociedad londinense. Al final, los miembros de la Royal Society lo desenmascararon, y no porque tuvieran información precisa sobre Formosa, sino porque empezaron a sospechar de él. Se le pidió en dos ocasiones diferentes que tradujera un párrafo de Cicerón al formoseño, y Psalmanazar entregó dos versiones irreconciliables. El astrónomo Edmond Halley le preguntó por la duración del crepúsculo en Formosa, a lo que el impostor no supo responder. Psalmanazar se siguió defendiendo durante cierto tiempo, pero al final reconoció la «impostura» en sus *Memoirs* (*Memorias*, 1747), en las que explicaba que había elegido Formosa porque, «según le indicaban sus estudios, los europeos lo ignoraban todo acerca de esa isla»[412].

Tres ciudades misteriosas

Algunas ciudades asiáticas famosas, sobre todo La Meca y Lhasa, se resistieron a los europeos hasta bien entrado el siglo XIX. La Meca era lugar prohibido para los no musulmanes, aunque unos cuantos viajeros osados, entre ellos el explorador inglés Richard Burton y el intelectual neerlandés Christiaan Snouck Hurgronje, se arriesgaron a visitarla disfrazados. Ambos publicaron el relato de la famosa peregrinación[413].

Los europeos sabían muy poco acerca de la segunda ciudad, Lhasa, y del Tíbet en general, antes de 1626, cuando se publicó un texto de Antonio de Andrade, un misionero jesuita portugués. Tuvieron que pasar noventa años para que otro jesuita, Ippolito Desideri, llegara al

Tíbet. Estuvo cinco años allí, pero su crónica sobre el país quedó enterrada en los archivos hasta el siglo XX[414]. George Bogle, un inglés al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, recibió el encargo de ir al Tíbet en misión diplomática en 1774, pero no se le permitió visitar Lhasa. El país siguió siendo un «lugar vetado para los dibujantes de mapas» hasta que los espías que envió Thomas Montgomerie, capitán del ejército británico en la India, lo recorrieron a partir de 1863. Uno de estos espías, Nain Singh, llegó a Lhasa en 1865 disfrazado de hombre santo budista, y recorrió toda la ciudad[415].

Tombuctú, situada en un oasis donde hoy se encuentra Mali, había florecido a finales de la Edad Media como centro de comercio y estudios, pero más adelante se convirtió para los europeos en un símbolo de lugar misterioso y remoto. De igual manera que sucedía con el río Níger, su ubicación no se conoció bien hasta principios del siglo XIX, aunque las sociedades geográficas de Gran Bretaña y Francia patrocinaron expediciones para localizar esta ciudad. En Gran Bretaña, Sir Joseph Banks, presidente de la Royal Society, contribuyó a la fundación de la asociación africana con este propósito en 1788. Treinta y seis años más tarde, en 1824, cuando aún no se conocía la ubicación de la ciudad, la sociedad geográfica de París ofreció un premio a la primera persona que volviera de Tombuctú y proporcionara una descripción. El premio lo consiguió finalmente el explorador René Caillié en 1830[416].

Obstáculos al conocimiento

Para comprender por qué duró tanto la ignorancia europea sobre estos lugares hay que considerar los obstáculos que se encontraron los forasteros que querían explorarlos. Ya hemos visto que algunos países estaban cerrados para los forasteros por orden de sus gobernantes, por motivos políticos o razones religiosas. Japón estuvo más o menos vetado a los occidentales desde 1635 hasta la década de 1850. El Tíbet cerró las fronteras para los europeos en 1792. Corea no permitió la entrada a ningún extranjero aparte de los chinos hasta 1905.

En el resto del mundo, el problema no era tanto la prohibición como las dificultades o los peligros del viaje. Los desiertos siguieron inexplorados durante mucho tiempo. Estos lugares solo se podían recorrer a pie o a lomos de camello, con riesgo de muerte si se

agotaba el agua o las provisiones. En 1865, un secretario indio llamado Mohamed-i-Hameed recibió órdenes de Thomas Montgomerie de partir en una expedición secreta al desierto de Taklamakán, cerca de los Himalayas. Murió en el camino de vuelta, pero William Johnson, un topógrafo inglés, recuperó las notas de Hameed y visitó en persona la ciudad perdida enterrada en la arena cerca de Jotán (actualmente en China), antigua capital de un estado situado en la famosa Ruta de la Seda. Unos años más tarde, en 1879, un botánico que formaba parte de una expedición financiada por la sociedad geográfica rusa descubrió otra ciudad enterrada en la arena en Turquestán, la antigua capital uigur de Gaochang, conquistada por un ejército chino en el año 640[417]. Hubo más desiertos de los que no se dibujaron mapas hasta el siglo XX, entre ellos el «cuadrante vacío», el Rub al-Jali, en Arabia, que visitó Jack Philby (padre del famoso espía Kim Philby) en la década de 1930 en busca de otra ciudad perdida; también lo cruzó el explorador británico Wilfred Thesiger en 1946[418].

Hasta cuando no era peligroso, viajar por tierra resultaba más difícil y costoso que viajar por río o por mar. De ahí que el conocimiento de las costas de Asia, África y las Américas precediera de manera notable al del interior. En Sudamérica, Vicente de Salvador, conocido como «el Heródoto brasileño», se quejó en su historia del país de que los portugueses no se habían molestado en explorar el interior de Brasil, sino que se habían apelotonado por la costa «como cangrejos»[419]. En el caso de Norteamérica, de lo que hoy llamamos «Medio Oeste» apenas se supo nada hasta la expedición dirigida por Meriwether Lewis y William Clark entre 1803 y 1806.

El interior de África

De una manera semejante, con una visión sobre todo desde el mar, la descripción de África que publicó en italiano en 1550 Hasan ibn Muhammad al-Wazzan, conocido en Europa como León el Africano, proporcionó mucha más información sobre la costa del continente que sobre el interior. El texto no se habría publicado en italiano, tal vez ni siquiera se habría escrito, si el autor, un bereber norteafricano, no hubiera sido capturado por piratas españoles y enviado como regalo al papa León X, con cuyo nombre se lo bautizó[420].

Etiopía, también llamada Abisinia, era una parte de África envuelta

en el misterio para los occidentales. Como en el caso del Tíbet, los misioneros jesuitas fueron los primeros visitantes europeos en volver con información: la descripción del país que hizo Pedro Páez se publicó en 1622. Pero los jesuitas fueron expulsados en 1633, y se incrementaron las dificultades para que los forasteros entraran en Etiopía, y más aún para que salieran. El relato de otro misionero jesuita, Jerónimo Lobo, permaneció inédito hasta 1728, mientras que «los jesuitas guardaron celosamente los pocos e imprecisos mapas que existían»[421].

Un noble escocés, James Bruce, se enfrentó a este desafío. Bruce era todo un personaje, corpulento, autor de una gran obra que contaba en cinco volúmenes la historia de sus viajes[422]. El gobierno británico lo nombró cónsul en Argel, y Bruce decidió, según sus propias palabras, que el mundo iba a tener «una descripción auténtica de Etiopía, con un mapa de esos lugares que nosotros hemos visitado y su ubicación comprobada con instrumentos de observación precisos y de gran tamaño»[423]. Llegó en 1769 con sus cuadrantes, sextantes y telescopios, disfrazado de médico sirio. Bruce estaba obsesionado con encontrar las fuentes del Nilo, y la ignorancia europea sobre este tema le parecía «un desafío para cualquier viajero y un oprobio para la geografía»[424]. Bruce encontró la fuente del Nilo Azul y, con su estilo hiperbólico, la describió como «el lugar que ha desafiado al talento, labor y esfuerzo de antiguos y modernos durante casi tres mil años», aunque sus predecesores jesuitas ya habían conocido el origen del río[425].

Francis Moore, agente de la Royal African Company, publicó un relato de sus *Viajes a las tierras interiores de África (Travels into the Inland Parts of Africa)* en 1738, pero el interior del continente todavía fue descrito en 1790 por un inglés como «un extenso vacío»[426]. Los europeos no descubrieron la fuente del Nilo Blanco en el lago Victoria hasta 1856. Henry Stanley, que confirmó el descubrimiento en la década de 1870, utilizó la expresión «continente oscuro» para hablar de «cuánta extensión del interior oscuro» de África era aún «desconocida para el mundo»[427].

Los obstáculos para la exploración del interior de África eran importantes. Pocos ríos eran navegables en todo su recorrido, y los caballos eran tan vulnerables a la mosca tse-tsé que había que viajar a pie o con porteadores. Era difícil conseguir guías, ya que los habitantes de la ruta por lo general eran reacios a proporcionar información a los forasteros. Las tribus locales a veces robaban y

mataban a los viajeros, que también podían morir ahogados en un río, o en el desierto por falta de agua o comida, o sucumbir a dolencias como la disentería, la malaria o la enfermedad del sueño.

Los peligros inherentes de rellenar las zonas vacías del mapa se ven con claridad en las desventuras de los que encabezaron expediciones a Tombuctú. Dos exploradores fueron asesinados de camino hacia allí, otro durante el regreso, y de un cuarto nunca se supo nada. El francés René Caillié completó la misión con éxito, recibió el premio de 9.000 francos de la sociedad geográfica francesa y publicó un relato de sus viajes, pero murió a los treinta y nueve años de una enfermedad que había contraído en África[428].

Tenemos otro ejemplo de estas dificultades y peligros en *Travels in the Interior Districts of Africa* (*Viaje a las regiones interiores de África*, 1799), un libro escrito por el explorador escocés Mungo Park, que había sido cirujano al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. Como deja perfectamente clara la primera página del libro, los viajes de Park se hicieron «bajo la dirección y patrocinio de la Asociación Africana». En la primera expedición, en 1795, fue capturado por un jefe «morisco» que lo liberó pasados tres meses, después de quitarle el dinero y las provisiones. Le volvieron a robar durante el viaje, y en esa ocasión se quedó sin caballo y ropa de repuesto. Pese a estas experiencias, Park volvió a África occidental en 1805 para descubrir las fuentes del río Níger. En este viaje sufrió la hostilidad de los comerciantes musulmanes, que veían en él a un competidor, mientras que su equipo descubrió que era mejor no acercarse a la orilla cuando se navegaba por el río, porque las canoas hostiles los perseguían y les daban alcance cuando tocaban tierra. En una de estas luchas, Park se ahogó[429].

Otro explorador, el irlandés James Tuckey, murió en 1816 cuando intentó sin éxito encontrar el origen del río Congo. No es de extrañar que ya en 1878 Henry Stanley (que fue quien encontró la fuente de este río) empezara su diario de viaje con un «gracias a la Divina Providencia por la generosa protección que me ha otorgado a mí y a los supervivientes de mi expedición durante estos últimos y peligrosos viajes por África»[430].

Vistos estos problemas, es posible que Lord Salisbury, el primer ministro británico, no exagerara al hablar de la ignorancia de los gobiernos europeos cuando se dividieron los despojos en la Conferencia de Berlín (1884-1885), en el momento del «reparto de

África»: «Nos hemos estado entregando unos a otros montañas, lagos y ríos, sin más dificultad que el pequeño impedimento de que no sabíamos bien dónde estaban esas montañas, lagos y ríos»[431].

Mapas secretos

Y hasta cuando se realizaban descubrimientos, a menudo la información se mantenía en secreto para que los extranjeros permanecieran en la ignorancia. A primera vista, la historia de la cartografía en los quinientos últimos años parece confirmar la idea de un progreso continuado en el conocimiento, porque se han ido dibujando mapas de cada vez más zonas del mundo, y estos mapas han sido cada vez más precisos gracias a las mejoras técnicas. Pero el secretismo oficial ha supuesto un obstáculo importante para el conocimiento del mundo.

Brian Harley, cartógrafo británico, hizo un estudio pionero sobre lo que él denominó «silencios» (en lugar de «espacios en blanco») cartográficos, y detectó una paradoja: al mismo tiempo que los mapas impresos estaban difundiendo el conocimiento de la geografía, «ciertos estados y sus príncipes seguían decididos a conservar sus mapas en secreto» para asegurarse de que sus rivales políticos o económicos permanecieran en la ignorancia en lo relativo a sus recursos[432].

En el siglo XVI, los portugueses ya habían establecido enclaves de comercio y un imperio en la India, China, África y Brasil, y se reservaban toda esa información, mapas incluidos. Por ejemplo, en 1504, el rey Manuel I prohibió a los dibujantes de mapas que mostraran la costa oeste de África más allá del Congo, y ordenó censurar los mapas ya existentes. La *Suma Oriental,* relato de los viajes por Oriente del boticario portugués Tomé Pires, dirigido al rey Manuel, no se pudo publicar porque contenía información sobre el comercio de especias[433]. Esta preocupación de Portugal por mantener la información en secreto duró mucho tiempo. En 1711, un tratado sobre la economía de Brasil, obra de un jesuita italiano, fue retirado nada más publicarse, al parecer debido al temor de que los extranjeros descubrieran la ruta que llevaba a las minas de oro de Brasil[434].

Los competidores de los portugueses intentaron hacerse con esta información, claro. Por ejemplo, en 1502, el italiano Alberto Cantino extrajo de contrabando de Portugal un mapa que conocemos como «el

Planisferio de Cantino». También sabemos que, en 1561, el embajador francés en Lisboa recibió orden de sobornar a un cartógrafo portugués para conseguir un mapa del sur de África[435].

Los portugueses tuvieron fama por su política de secretismo, pero no fueron los únicos. Otros lugares también mantenían en secreto sus mapas para que los extranjeros no los conocieran. El conocimiento sobre el Imperio español era celosamente controlado por sus gobernantes, mientras que «los cosmógrafos que enseñaban a los pilotos hacían juramento de no compartir lo que sabían con el extranjero»[436]. Un mercader holandés que vivía en Moscovia a finales del siglo XVI se encontró con que no podía hacerse con mapas del territorio porque su divulgación estaba prohibida bajo pena de muerte[437]. Este tipo de secretismo no era exclusivo de los gobiernos europeos. En 1522, unos visitantes coreanos en China acabaron confinados en sus habitaciones tras comprar un mapa ilustrado del Imperio Ming[438]. Se consideraba que los mapas de Japón contenían secretos de Estado y estaba prohibido sacarlos de país.

En el siglo XVII, cuando los holandeses sustituyeron a los portugueses a la cabeza del comercio intercontinental, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales siguió una «estrategia de secretismo»[439]. Sus mapas se conservaban en una estancia especial del cuartel general de la compañía en Ámsterdam. El conocimiento de las rutas se consideraba un tema muy delicado. Los dibujantes de mapas tenían que prestar juramento ante los burgomaestres de Ámsterdam de que no iban a imprimir en los mapas esta información y no la iban a revelar a nadie que no fuera miembro de la Compañía. Los pilotos recibían las cartas de navegación en régimen de préstamo durante el viaje, pero tenían que devolverlas. De todos modos, en ocasiones se vendieron a extranjeros: una carta de navegación neerlandesa, en francés, lleva la inscripción «comprada a un piloto neerlandés»[440]. Los que no pagaban por ellas permanecían en la ignorancia[441].

En los siglos XVIII y XIX, la Compañía Británica de las Indias Orientales estaba encargada tanto de la producción de los mapas como de la restricción de su circulación. En 1811, la junta de control de la Compañía impidió la publicación de ciertos mapas de la India para que «no cayeran en el futuro en manos de europeos hostiles a la compañía», sobre todo sus rivales franceses[442]. Los franceses respondieron de la misma manera: algunos mapas confeccionados en Egipto durante la expedición de Napoleón en 1798 se mantuvieron en

secreto para que no cayeran en manos británicas. Y, hasta la caída del régimen napoleónico, siguieron siendo secretos[443].

Hasta en los siglos XX y XXI ha habido regímenes y corporaciones que han mantenido esta política de secretismo. Por ejemplo, en la Unión Soviética, los «naukogrados», ciudades donde se llevaban a cabo investigaciones científicas, no aparecían en los mapas de sus zonas. Todavía hoy en día, Google Maps no permite que los usuarios vean determinadas localizaciones[444].

La epistemología del viaje

Durante miles de años, el conocimiento del extranjero llegaba gracias a las observaciones de los viajeros, y no mediante estudios sistemáticos realizados por especialistas. La fiabilidad de los cuadernos de viaje ha sido muy discutida[445]. Por ejemplo, en la Antigüedad se acusó a menudo a Heródoto de mentir, mientras que el geógrafo Estrabón habló de la falta de fiabilidad de los escritos de los viajeros. Esta falta de fiabilidad varía. En sus variantes más moderadas, al menos relativamente, consiste en afirmaciones que se basan en una visita apresurada, en convertir una experiencia aislada en una generalización, en atribuirse un papel excesivamente importante en los acontecimientos o en confiar en la palabra de viajeros anteriores o en la información malinterpretada proporcionada por los habitantes de la zona.

En su forma más extrema, la falta de fiabilidad puede consistir en mentir directamente al decir que se ha visitado el lugar, que incluso puede no existir, como en el famoso caso de «Sir John Mandeville» de St. Albans (alias «Jean Mandeville de Lieja»), el supuesto autor de un libro que describía una visita a Oriente en el siglo XIV. El libro resultó ser un montaje de fragmentos de informes escritos por viajeros anteriores, sobre todo de Odorico de Pordenone en Asia oriental y de Wilhelm von Boldensele, un peregrino alemán, en Tierra Santa. «Mandeville» se incluyó en la primera edición de *The Principal Navigations* (1589), la antología de Richard Hakluyt de cuadernos de viaje, pero desapareció en la segunda, probablemente porque el informe sobre «lo que yo he visto» ya no inspiraba confianza[446].

Los *Viajes* de Marco Polo, el *Devisement du monde,* es un ejemplo famoso de cuadernos de viaje más o menos fiables. La popularidad de

la que ha gozado este libro desde la Edad Media hasta la actualidad siempre ha tenido que ver con lo mucho que nos gusta una buena historia. Por ejemplo, en su descripción de la India, por donde pasó camino hacia China, Marco Polo habla de yoguis que viven «entre 150 y 200 años» gracias a que comen muy poco y beben una pócima «de azufre y mercurio»[447]. Y, aunque difícilmente habría visitado Japón, lugar que describe como «una isla muy grande», afirmó que allí el oro corría «en cantidades inmensurables» y que el gobernante tenía «un gran palacio con el tejado cubierto de fino oro»[448]. En otras palabras, ofrece un ejemplo previo de lo que más tarde se convertiría en el mito de El Dorado.

La parte más conocida del libro de Marco Polo es su descripción de China en tiempos de Kublai Kan. Pero, si como asegura en el texto es cierto que vivió en China durante diecisiete años, algunas omisiones en sus descripciones resultan de lo más sorprendentes. Entre estas omisiones se cuentan el té, los palillos para comer, el sistema de escritura, la imprenta, el vendado de pies de las mujeres y la Gran Muralla[449]. Otra característica sorprendente de los *Viajes* es que nombra los lugares en persa, dejando a la vista la ignorancia del autor sobre el chino y sugiriendo que buena parte de la información no la obtuvo de primera mano. De hecho, el prólogo admite que, aunque parte de las observaciones son algo «que vi con mis propios ojos», otras las ha oído de quienes asegura que son «hombres veraces y merecedores de crédito». Lo más probable es que Marco Polo conociera Mongolia en persona, pero viera China «a través de ojos mongoles, turcos y persas»[450].

También hay que recordar que, a diferencia de los relatos de frailes del siglo XIII de los que hemos hablado antes, el libro de Marco Polo se lo escribió un «negro», un profesional, Rustichello de Pisa, a quien conoció cuando ambos estaban encarcelados en Génova. Rustichello también escribía ficción —novelas de caballería, para ser precisos—, y un académico italiano ha comparado el relato de la llegada de Marco Polo a la corte de Kublai Kan con las novelas de Rustichello, sobre todo su descripción de la recepción del caballero Tristán en la corte del rey Arturo[451].

No es de extrañar que Robert Burton, autor de la famosa *La anatomía de la melancolía*, rechazara lo que él llamó «las mentiras de Marco Polo»[452]. Un estudio reciente ha llegado a la conclusión de que, aunque es «creíble» que su tío hiciera algunos viajes, lo más probable

es que Marco Polo «no fuera mucho más allá de los puertos comerciales de la familia en el mar Negro y en Constantinopla»[453]. También se ha señalado su ignorancia sobre todo en lo relativo al centro y el sur de China[454].

Otro ejemplo de fiabilidad cuestionable es del siglo XVI, relativo a Fernão Mendes Pinto, un portugués que pasó veintiún años en Asia y escribió un relato de sus viajes, *Peregrinação*, publicado de manera póstuma en 1614, libro en el que aseguraba haber estado en China. Algunos lectores del siglo XVII lo calificaban de mentiroso, aunque una en concreto, la conocida escritora de cartas Dorothy Osborne declaró que «sus mentiras son de las más gratas e inofensivas»[455]. Jonathan Spence, historiador británico especializado en China, se atreve a suponer «que Pinto nunca viajó a China», aunque es probable que visitara Macao y tal vez otros puertos. El veredicto de Spence es que «es imposible decidir qué actos llevó a cabo Pinto en realidad, cuáles vio en persona, cuáles escuchó de labios de otros, cuáles conoció en sus lecturas [...] y qué otros inventó»[456]. A este respecto, Pinto no fue muy diferente de muchos autores de cuadernos de viaje, aunque sus historias fueran más pintorescas que la mayoría.

En la era de la «revolución científica», los diarios de viajeros siguieron siendo una de las fuentes principales de conocimiento del mundo natural. Para que las fuentes del futuro fueran más sistemáticas y fiables, La Royal Society diseñó una serie de cuestionarios en torno a 1660. En el siglo XVIII, estas instrucciones para los aficionados se sustituyeron por expediciones científicas que incluían observadores especializados en astronomía, geología, botánica y zoología.

La fiabilidad de los cuadernos de viaje siguió estando muy discutida. Por ejemplo, cuando James Bruce volvió de Etiopía a Gran Bretaña se encontró con una reacción escéptica a su descripción de lo que había visto. El propio Bruce había acusado a Jerónimo Lobo de ser «el más mentiroso de los jesuitas», pero Samuel Johnson, que había traducido a Lobo y utilizó esta información en su novela *Rasselas,* desvió la acusación al propio Bruce[457].

En el siglo XX, Laurens van der Post y Bruce Chatwin, ambos escritores de ficción además de autores de cuadernos de viaje, fueron acusados de mezclar los dos géneros y de exagerar sus logros como viajeros. *Venture to the Interior* (1952), de Van der Post, en donde describía su ascenso al Mulanje, en Nyasalandia (lo que hoy es

Malawi), recibió críticas por su afirmación de que se trataba de una zona remota, aunque «eran frecuentes las visitas de europeos residentes en el país y oficiales de la colonia», mientras a su autor se le acusó de «una necesidad obsesiva de fantasear». *En la Patagonia* (1977), de Chatwin, tuvo críticas similares[458]. Es posible que tanto Post como Chatwin recurrieran en exceso a la ficción sin reconocerlo ante sus lectores (o ante ellos mismos), pero, igual que sucede con las autobiografías, el relato de las experiencias personales nunca puede estar a la altura de los estándares objetivos de la fiabilidad.

De la geografía a la ecología

En el siglo XXI, ahora que la ignorancia sobre la geografía de la tierra se ha reducido gracias a la exploración, la investigación científica y, en el caso del público general, a la creación de Google Earth (2005), la ignorancia que queda y sus trágicas consecuencias han salido a la luz en los debates sobre armas nucleares, la contaminación, el declive de la biodiversidad y, sobre todo, los pronósticos sobre el cambio climático.

Las armas nucleares han sido tema de debate público desde que las bombas nucleares estallaron en Hiroshima y Nagasaki en 1945. Es bien sabido el efecto de estas bombas sobre los habitantes de ambas ciudades, que llevó a Einstein y a Bertrand Russell a alertar al mundo sobre la posible extinción de la humanidad, mientras que el filósofo Toby Ord fechaba el comienzo de «el Precipicio», definido como «nuestra época de riesgo incrementado», el 16 de julio de 1945, el día de la explosión de la primera bomba en Nuevo México[459]. La única incertidumbre que queda es el efecto de una guerra en la que se utilizaran las bombas que tenemos hoy, mucho más potentes. Además de matar a cientos de millones de personas, una guerra así podría provocar un «invierno nuclear» (un descenso de la temperatura debido al bloqueo de la luz solar) o incluso «la muerte de la Tierra», es decir, la extinción de la vida en el planeta. Sencillamente, no lo sabemos[460].

La preocupación por el medioambiente es cada vez más general desde finales del siglo XX, gracias a libros como el elocuente *Primavera silenciosa* (1962), de Rachel Carson, bióloga estadounidense, y a organizaciones como Amigos de la Tierra, ONG fundada en San Francisco en 1969. *Primavera silenciosa* habla de los efectos tóxicos de

los pesticidas sobre la tierra, los ríos, las plantas, los animales, los seres humanos y las aves (el silencio del que habla el título se refiere a la ausencia del canto de los pájaros).

La llamada de atención de Carson fue la respuesta a una tendencia relativamente nueva, ya que data de mediados de la década de 1940 el uso masivo de los pesticidas. Una relectura actual del libro hace que salten a la vista las referencias a la ignorancia. Carson aseguró que los productos químicos tóxicos estaban «en manos de personas que ignoraban en parte o por completo sus posibles efectos dañinos», y que se estaban empleando «sin la debida investigación sobre su efecto». Citó la confesión de Rolf Eliassen, un estadounidense especialista en ingeniería medioambiental: «¿Qué efecto tienen sobre las personas? No lo sabemos». También citó al biólogo neerlandés C. J. Briejèr: «No sabemos si todas las llamadas "malas hierbas" de las cosechas son dañinas, o si algunas son útiles». La propia Carson señaló sobre la ecología del suelo que «los científicos no la han estudiado lo suficiente, mientras que los gobernantes la han ignorado por completo»[461].

Primavera silenciosa se convirtió en un clásico, con ediciones especiales en el 40.º y en el 50.º aniversario de su publicación original. En la generación siguiente, *The End of Nature* (1989), del periodista estadounidense Bill McKibben, gozó de un éxito similar. «Con "el fin de la naturaleza" no me refiero al fin del mundo —explica el autor—. Al decir "naturaleza", me refiero a ciertas ideas humanas sobre el mundo y el lugar que ocupamos en él [...]. Una de las razones de que prestemos tan poca atención al mundo natural diferenciado que nos rodea es que siempre ha estado ahí, y damos por hecho que siempre lo estará»[462]. En ese sentido, lo ignoramos.

Es interesante señalar que el historiador Keith Thomas publicó, pocos años antes de la aparición del libro de McKibben, un estudio titulado *Man and the Natural World* (1983), en el que venía a señalar lo mismo, pero relativo al periodo comprendido entre 1500 y 1800. En Inglaterra «surgieron nuevas sensibilidades para con los animales, las plantas, el paisaje. Se redefinió la relación del hombre con otras especies, y se puso en cuestión su derecho a explotar a esas especies para su propio beneficio»[463]. ¿Por qué? La explicación en los dos casos es similar: la destrucción, o la amenaza de destrucción, como resultado de dos fases de industrialización, despertó interés en aquello que estaba amenazado.

A finales del siglo XX, la atención se concentró en los efectos localizados y claramente perceptibles de la contaminación industrial, como en la causa judicial en Estados Unidos que relacionamos con la denunciante Erin Brockovich, tema del que hablaremos en el capítulo 13. Estos efectos siguen siendo causa de preocupación, y desastres como los vertidos de petróleo o las recientes investigaciones sobre los efectos sobre la vida marina de los plásticos en los océanos los hacen aún más vigentes[464]. Sin embargo, los debates recientes sobre el calentamiento global —incluido el debate sobre su negación— ha sacado a la luz una nueva ignorancia sobre la tierra, además de situar a todos sus habitantes ante nuevos desafíos.

Por ejemplo, el declive en la biodiversidad es ahora centro de atención. En 2014, Elizabeth Kolbert publicó *La sexta extinción*, un libro de divulgación que ponía este declive en el contexto de las «Cinco Grandes» extinciones masivas en la historia de la tierra, desde el impacto de un asteroide gigante hace 66 millones de años que acabó con tres cuartas partes de las especies hasta la «extinción de la megafauna», como el mamut y el mastodonte, apenas hace 13.000 años. En 2019 se publicó un informe de las Naciones Unidas sobre el declive «sin precedentes» de la biodiversidad en toda la tierra[465].

El debate público sobre el cambio climático también es relativamente nuevo, aunque hace mucho que se conoce el problema. En 1896, el físico y químico sueco Svante Arrhenius predijo ya el calentamiento global. Como habrán imaginado los lectores, sus colegas de la época rechazaron estas predicciones. En 1938, Guy Callendar, un ingeniero británico, demostró que este calentamiento llevaba medio siglo produciéndose. Estos científicos eran conscientes de que el calentamiento global no es resultado de un ciclo natural, sino de lo que hoy conocemos como «efecto invernadero» de la quema de combustibles fósiles. Como sucede tan a menudo con las malas noticias, sus advertencias fueron ignoradas, cuando no rechazadas. Ahora que están sobre la mesa, hay que desear que las respuestas prácticas lleguen a tiempo y en la medida necesaria, y no sean escasas y tardías, como en el caso de las catástrofes naturales de las que se hablará en el capítulo 12.

342 John Morgan, «The Making of Geographical Ignorance?», *Geography* 102.1 (2017), 18-25, en 18-20.

343 John R. Short, *Cartographic Encounters: Indigenous Peoples and the Exploration of the New*

World (Londres, 2009).

344 Texto reproducido en «Governor Bourke's Proclamation, 26 August 1835», *Wikisource.*

345 Corbin, *Terra Incognita.*

346 Sobre Ptolomeo, Pierre-Ange Salvadori, *Le Nord de la Renaissance: La carte, l'humanisme suédois et la genèse de l'Arctique* (París, 2021), 29.

347 Danilo Dolci, *Inchiesta a Palermo* (1956: nueva edición, Palermo, 2013).

348 Wolff, *Inventing Eastern Europe,* 174.

349 Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System, ad 1250-1350* (Nueva York, 1989).

350 W. G. L. Randles, «Classical Models of World Geography and Their Transformation Following the Discovery of America», y James Romm, «New World and "Novos Orbes": Seneca in the Renaissance Debate over Ancient Knowledge of the Americas», en Wolfgang Haase y Meyer Reinhold (eds.), *The Classical Tradition and the Americas*, 1 (Berlín, 1994), 6-76 y 77-116.

351 Edmundo O'Gorman, *The Invention of America* (1958: traducción al inglés, Bloomington IN, 1961); Eviatar Zerubavel, *Terra Cognita: The Mental Discovery of America* (New Brunswick NJ, 1992).

352 Paolo Chiesa, «Marckalada: The First Mention of America in the Mediterranean Area (c. 1340)», *Terrae Incognitae* 53.2 (2021), 88-106.

353 Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur Inégalité* (1755: traducción de Peter Burke, París, 2004, 110) [ed. cast. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*. Traducido por Antonio Pintor Ramos. Madrid: Tecnos, 2020].

354 Shibutani, *Improvised News*.

355 John B. Friedman, *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought* (Cambridge MA, 1981).

356 Robert Silverberg, *The Realm of Prester John* (1996: 2.ª ed., Londres, 2001), 26, 38.

357 Silverberg, *Prester John*, 40-73.

358 *Ibid.,* 163-92.

359 Ames, *Em Nome de Deus*, 51.

360 Kathleen March y Kristina Passman, «The Amazon Myth and Latin America», en Haase y Reinhold (eds.), *Classical Tradition*, 286-338, en 300-307.

361 Dora Polk, *The Island of California: A History of the Myth* (Spokane WA, 1991), 105-20, 301. El libro de caballería es *Las Sergas de Esplandián*, de Garci Rodríguez de Montalvo.

362 Robert Silverberg, *The Golden Dream: Seekers of El Dorado* (Athens OH, 1985), 4-5; cf. Jean-Pierre Sánchez, «El Dorado and the Myth of the Golden Fleece», en Haase y Reinhold (eds.), *Classical Tradition*, 339-78; John Hemming, *The Search for El Dorado* (Londres, 2001) [ed. cast. *En busca de El Dorado*. Traducido por Xavier Laviña. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1984].

363 Lach, *Asia in the Making of Europe.*

364 Andrea Tilatti, «Odorico da Pordenone», *DBI* 79.

365 Marco Polo, *Il Milione*, ed. Luigi Benedetto (Milán, 1932: traducción al inglés, *Travels*) [ed. cast. *Libro de las Maravillas.* Traducido por Mauro Armiño. Madrid: Alianza Editorial, 2018].

366 John Larner, *Marco Polo and the Discovery of the World* (New Haven CT, 1999), 131 [ed. cast. *Marco Polo y el descubrimiento del mundo.* Traducido por Miguel Portillo. Barcelona: Paidós Ibérica, 2001].

367 Marco Polo, *Travels*, 218.

368 Timothy Brook, *Great State: China and the World* (2019: nueva edición, Londres, 2021), 46-7 [ed. cast. *El Gran Estado: China y el mundo*. Traducido por Belén Cuadra Mora. Madrid: Alianza Editorial, 2021].

369 Larner, *Marco Polo*, 97, 108.

370 Stephen Greenblatt, *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World* (Oxford, 1991), 26-51; Iain M. Higgins, *Writing East: The «Travels» of Sir John Mandeville* (Filadelfia PA, 1997), 6, 156-78; Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller* (1976: traducción al inglés, Londres, 1980), section 12.

371 Larner, *Marco Polo*, 151-70, en 155.

372 Brook, *Great State*, 148.

373 Lach, *Asia in the Making of Europe,* 731-821.

374 Nicholas Trigault (ed.), *De christiana expeditione apud Sinas* (Augsburg, 1615).

375 Kenneth Ch'en, «Matteo Ricci's Contribution to, and Influence on Geographical Knowledge in China», *Journal of the American Oriental Society* 59 (1939), 325-59; Cordell Yee, «The Introduction of European Cartography», en J. Brian Harley y David Woodward (eds.), *The History of Cartography*, 2, libro 2, *Cartography in the Traditional East and Southeast Asian Societies* (Chicago IL, 1994), 170-202, en 176.

376 Edwin Van Kley, «Europe's Discovery of China and the Writing of World History», *American Historical Review* 76 (1971), 358-85.

377 Philippe Couplet *et al.*, *Confucius Sinarum Philosophus* (París, 1687).

378 Virgile Pinot, *La Chine et la formation de l'esprit philosophique en France* (París, 1932).

379 Hugh Honour, *Chinoiserie* (Londres, 1961).

380 Felix Greene, *A Curtain of Ignorance* (Londres, 1965), xiii. Cf. Greene, *Awakened China: The Country Americans Don't Know* (Nueva York, 1961). Su simpatía hacia el régimen comunista compensaba los informes hostiles en la prensa estadounidense de la época.

381 Brook, *Great State*, 226. Cf. Brook, «Europaeology? On the Difficulty of Assembling a Knowledge of Europe in China», en Antoni Ucerler (ed.), *Christianity and Cultures: Japan and China in Comparison, 1543-1644* (Roma, 2009), 269-93.

382 John Henderson, «Chinese Cosmographical Thought», en Harley y Woodward (eds.), *History of Cartography*, 203-27. Sobre Europa, Grant, «In Defense of the Earth's Centrality and Immobility», 1-69, en 22.

383 Ch'en, «Matteo Ricci's Contribution», 325-59, en 326, 329-32, 341.

384 James Cahill, *The Compelling Image: Nature and Style in Seventeenth-Century Chinese Painting* (Cambridge MA, 1982). Cf. Michael Sullivan, *The Meeting of Eastern and Western Art* (Berkeley CA, 1989).

385 Michael Sullivan, *Un Solo Cielo. Giulio Aleni SJ (1582-1649): Geografia, arte, scienza, religion dall'Europa alla Cina* (Brescia, 1994), 38-9, 42-3.

386 Nathan Sivin, «Copernicus in China», *Studia Copernicana* 6 (1973), 63-122; Roman Malek, *Western Learning and Christianity in China: The Contribution and Impact of Johann Adam Schall von Bell SJ (1592-1666)* (Sankt Agustin, 1998); Florence Hsia, *Sojourners in a Strange Land: Jesuits and Their Scientific Missions in Late Imperial China* (Chicago IL, 2009).

387 Marta Hanson, «Jesuits and Medicine in the Kangxi Court», *Pacific Rim Report* 43 (2007), 1-10, en 5, 7.

388 Mario Cams, «Not Just a Jesuit Atlas of China: Qing Imperial Cartography and its European Connections», *Imago Mundi* 69 (2017), 188-201.

389 Agradezco esta sugerencia a Joseph McDermott.

390 *Lettres edifiantes* 24, 334, 375, cita en Jürgen Osterhammel, *Unfabling the East: The Enlightenment's Encounter with Asia* (1998: traducción al inglés, Princeton NJ, 2018), 85.

391 Ricci, citado en Ch'en, «Matteo Ricci's Contribution», 343.

392 Brook, «Europaeology?», 285; Roger Hart, *Imagined Civilizations: China, the West and Their First Encounter* (Baltimore MD, 2013), 19, 188-91.

393 Ren Dayuan, «Wang Zheng», en Malek, *Western Learning*, 1, 359-68; sobre Mei Wending, Benjamin Elman, *On Their Own Terms: Science in China, 1550-1900* (Cambridge MA, 2005), 154-5.

394 Brook, «Europaeology?», 270.

395 Ch'en, «Matteo Ricci's Contribution», 348. Cf. George Wong, «China's Opposition to Western Science during Late Ming and Early Ch'ing», *Isis* 54 (1963), 29-49.

396 Brook, «Europaeology?», 291; Brook, *Great State*, 263.

397 Se discute en Shang Wei, «The Literati Era and its Demise (1723-1840)», en Kang-I Sun Chang y Stephen Owen (eds.), *The Cambridge History of Chinese Literature*, 2 (Cambridge, 2010), 245-342, en 292, 294. Gracias a Joe McDermott por esta referencia.

398 Henderson, «Chinese Cosmographical Thought», 209, 223, 225.

399 John Frodsham (ed.), *The First Chinese Embassy to the West* (Oxford, 1974), xvii, xxii, 148.

400 James Polachek, *The Inner Opium War* (Cambridge MA, 1992).

401 Jane Leonard, *Wei Yuan and China's Discovery of the Maritime World* (Cambridge MA, 1984), 101.

402 Frodsham, *First Chinese Embassy,* 97.

403 Elman, *On Their Own Terms*, xxvii, 320.

404 Adrian Bennett, *John Fryer: The Introduction of Western Science and Technology into Nineteenth-Century China* (Cambridge MA, 1967).

405 Benjamin Schwartz, *In Search of Wealth and Power: Yen Fu and the West* (Cambridge MA, 1964); Douglas Howland, *Translating the West* (Honolulu, 2001).

406 Michael Cooper (ed.), *The Southern Barbarians: The First Europeans in Japan* (Tokyo, 1971); Derek Massarella, *A World Elsewhere: Europe's Encounter with Japan in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (New Haven CT, 1990).

407 Charles Boxer, *Jan Compagnie in Japan* (La Haya, 1936); Grant K. Goodman, *Japan and the Dutch, 1600-1853* (1967: edición revisada, Richmond, 2000); Beatrice Bodart-Bailey y Derek Massarella (eds.), *The Furthest Goal: Engelbert Kaempfer's Encounter with Tokugawa Japan* (Folkestone, 1996).

408 Donald Keene, *The Japanese Discovery of Europe 1720-1830* (1952: edición revisada, Stanford CA, 1969).

409 William G. Beasley, *Japan Encounters the Barbarian: Japanese Travellers in America and Europe* (New Haven CT, 1995).

410 El origen de la descripción está en William Griffis, *Corea: The Hermit Nation* (Nueva York, 1882).

411 Hendrick Hamel, *Journaal* (1668: ed. Henny Savenije, Rotterdam, 2003).

412 Rodney Needham, «Psalmanazar, Confidence-Man», en *Exemplars* (Berkeley CA, 1985), 75-116; Richard M. Swiderski, *The False Formosan* (San Francisco CA, 1991); Michael Keevak, *The Pretended Asian* (Detroit MI, 2004). Sobre su confesión, Percy Adams, *Travelers and Travel Liars, 1660-1800* (Berkeley CA, 1962), 93.

413 Richard Burton, *Personal Narrative of a Pilgrimage to al-Madinah and Mecca* (Londres, 1856) [ed. cast. Richard F. Burton, *Mi peregrinación a Medina y a La Meca.* Traducido por

Alberto Cardín. Barcelona: Laertes, 1999]; Christiaan Snouck Hurgronje, *Het Mekkaansche Feest* (Leiden, 1880).

414 Petech, *I missionari*, 115ff.

415 Peter Hopkirk, *Trespassers on the Roof of the World* (Londres, 1983), 23; *Oxford Dictionary of National Biography,* «Montgomerie, Thomas».

416 Frank Kryza, *The Race for Timbuktu* (Nueva York, 2007).

417 Peter Hopkirk, *Foreign Devils on the Silk Road: The Search for the Lost Cities and Treasures of Chinese Central Asia* (Londres, 1980), 32-43.

418 Wilfrid Thesiger, *Arabian Sands* (Londres, 1959).

419 Vicente de Salvador, *Historia do Brasil* (1627: nueva edición, São Paulo, 1918).

420 Leo Africanus, *Descrizione dell'Africa* (Venecia, 1550) [ed. cast. *León el Africano. Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*. Traducido por Serafín Fanjul. Granada: Fundación El Legado Andalusí, 2004]; Oumelbanine Zhiri, *L'Afrique au miroir de l'Europe, Fortunes de Jean Léon l'Africain à la Renaissance* (Ginebra, 1991); Natalie Davis, *Trickster Travels: A Sixteenth-Century Muslim Between Worlds* (Nueva York, 2007).

421 Miles Bredin, *The Pale Abyssinian: A Life of James Bruce, African Explorer and Adventurer* (Londres, 2000), 72. Cf. *Oxford Dictionary of National Biography,* «Bruce, James, of Kinnaird».

422 James Bruce, *Travels to Discover the Source of the Nile*, 5 volúmenes (Edimburgo, 1790).

423 Bredin, *The Pale Abyssinian*, 163.

424 *Ibid.,* 25.

425 *Ibid.,* 161.

426 El editor de *Proceedings of the Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa,* citado en Roxanne Wheeler, «Limited Visions of Africa», en James Duncan y Derek Gregory (eds.), *Writes of Passage: Reading Travel Writing* (Londres, 1999), 14-48, en 16.

427 Henry Stanley, *Through the Dark Continent* (Londrés, 1878), 2 [ed. cast. *Viaje al África tenebrosa en busca de Emín Bajá.* Madrid: Anjana Ediciones, 1983].

428 Kryza, *Race for Timbuktu.*

429 Kenneth Lupton, *Mungo Park: The African Traveller* (Oxford, 1979); Christopher Fyfe, «Park, Mungo», *Oxford Dictionary of National Biography*.

430 Stanley, *Dark Continent*, prefacio.

431 Cita en Joe Anene, *The International Boundaries of Nigeria, 1885-1960* (Londres, 1970), 3.

432 J. Brian Harley, «Silences and Secrecy» (1988: reimpreso en *The New Nature of Maps*: *Essays in the History of Cartography*, Baltimore MD, 2001), 84-107.

433 Bailie W. Diffie, «Foreigners in Portugal and the “Policy of Silence”», *Terrae Incognitae* 1 (1969), 23-34; David Buisseret (ed.), *Monarchs, Ministers and Maps: Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe* (Chicago IL, 1992), 106.

434 «André João Antonil» (Giovanni Antonio Andreoni), *Cultura e opulência do Brasil* (1711: ed. Andrée Mansuy, París, 2019).

435 Rachel Zimmerman, «The “Cantino Planisphere”», https://smarthistory.org/cantino-planisphere, consultado el 13 de mayo de 2022.

436 Alison Sandman, «Controlling Knowledge: Navigation, Cartography and Secrecy in the Early Modern Spanish Atlantic», en James Delbourgo y Nicholas Dew (eds.), *Science and Empire in the Atlantic World* (Londres, 2008), 31-52, en 35; Maria L. Portuondo, *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World* (Chicago IL, 2009).

437 Harley, «Silences and Secrecy», 90.

438 Craig Clunas, *Fruitful Sites: Garden Culture in Ming Dynasty China* (Londres, 1996), 191.

439 Patrick van Mil (ed.), *De VOC in de kaart gekeken* (La Haya, 1988), 22.

440 Woodruff D. Smith, «Amsterdam as an Information Exchange in the 17th Century», *Journal of Economic History* 44 (1984), 985-1005, en 994. Cf. Karel Davids, «Public Knowledge and Common Secrets: Secrecy and its Limits in the Early-Modern Netherlands», *Early Science and Medicine* 10 (2005), 411-27, en 415.

441 Elspeth Jajdelska, «Unknown Unknowns: Ignorance of the Indies among Late Seventeenth- century Scots», en Siegfried Huigen, Jan L. de Jong y Elmer Kolfin (eds.), *The Dutch Trading Companies as Knowledge Networks* (Leiden, 2010), 393-413.

442 Matthew H. Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843* (Chicago IL, 1997), 143.

443 Marie-Noelle Bourguet *et al.* (eds.), *L’invention scientifique de la Méditerranée* (París, 1998), 108.

444 G. Lappo y Pavel Polian, «Naoukograds, les villes interdites», en Christian Jacob (ed.), *Lieux de Savoir* (París, 2007), 1226-49; Sean Keach, «Revealed: 11 Secret Google Maps locations you’re not allowed to see», *The Sun*, 17 de febrero de 2021.

445 Adams, *Travelers and Travel Liars.*

446 Higgins, *Writing East*, 49, 161.

447 Marco Polo, *Travels*, 272-7.

448 *Ibid.,* 244.

449 Eileen Power, *Medieval People* (1924: nueva edición, 1937), 55, 65 [ed. cast. *Gente medieval.* Traducido por Jordi Beltrán. Barcelona: Ariel, 1988]; Larner, *Marco Polo*, 59-60.

450 John W. Haeger, «Marco Polo in China? Problems with Internal Evidence», *Bulletin of*

Sung and Yuan Studies 14 (1978), 26, 28.

451 Luigi Benedetto (ed.), *Il Milione* (Florencia, 1928), xx, xxii, xxv.

452 Adams, *Travelers and Travel Liars*.

453 Frances Wood, *Did Marco Polo Go to China*? (Londres, 2018), 148-50. Contraste en Larner, *Marco Polo*, 58-62.

454 Haeger, «Marco Polo», 22-9.

455 Cita en Rebecca D. Catz, «Introduction» a Fernão Mendes Pinto, *Travels* (Chicago IL, 1989), xv-xlvi, en xxvii.

456 Jonathan Spence, «The Peregrination of Mendes Pinto», *Chinese Roundabout* (New Haven CT, 1990), 25-36, en 30.

457 Bredin, *The Pale Abyssinian.*

458 Cyril Kemp, *Notes on Van der Post's Venture to the Interior and The Lost World of the Kalahari* (Londres, 1980), 176, 443; Simon Cooke, *Travellers' Tales of Wonder: Chatwin, Naipaul, Sebald* (Edimburgo, 2013).

459 Toby Ord, *The Precipice: Existential Risk and the Future of Humanity* (Londres, 2021), 62, 92.

460 Jonathan Schell, *The Fate of the Earth* (Londres, 1982).

461 Rachel Carson, *Silent Spring* (nueva edición, Londres, 2000), 24, 29, 51, 64, 82 [ed. cast. *Primavera silenciosa.* Traducido por Joandomènec Ros i Aragonès. Barcelona: Crítica, 2001]. Para conocer la situación actual, ver Julian Cribb, *Earth Detox: How and Why We Must Clean Up Our Planet* (Cambridge, 2021).

462 Bill McKibben, *The End of Nature* (1989: 2.ª ed., Nueva York, 2006), 60.

463 Keith Thomas, *Man and the Natural World* (Londres, 1983), 15.

464 «Plastic in the Ocean», https://www.worldwildlife.org/magazine/issues/fall-2019/articles/plastic-in-the-ocean, consultado el 13 de mayo de 2022.

465 Elizabeth Kolbert, *The Sixth Extinction: An Unnatural History* (Londres, 2014) [ed. cast. *La sexta extinción: una historia nada natural*. Traducido por Joan Lluís Riera Rey. Barcelona: Crítica, 2015].

PARTE II.

CONSECUENCIAS DE LA IGNORANCIA

Tal como sugiere la mención del medio ambiente al final del capítulo anterior, las consecuencias de la ignorancia por parte de los encargados de la toma de decisiones suelen ser graves y, en ocasiones, letales. La enseñanza que hay que extraer de esto es la necesidad de la educación. Cuando, en un famoso debate presidencial en Brasil, en 1989, Fernando Henrique Cardoso se quejó del coste de la educación, la respuesta de su rival, Leonel Brizola, fue que «la educación no es cara. Lo que es caro es la ignorancia» *(Educação não é caro. Caro mesmo é a ignorância)*.

Esto se ilustrará debidamente en los capítulos 9, 10 y 11, que se ocupan respectivamente de la guerra, los negocios y la política. El papel que desempeña la ignorancia en los diferentes tipos de desastres (hambrunas, inundaciones, terremotos, pandemias, etcétera) se discute en el capítulo 12. La ignorancia del público, de las personas comunes, y los medios que se utilizan para mantenerlos en la ignorancia es el tema del capítulo 13. El capítulo 14 se ocupa de los intentos por remediar nuestra ignorancia del futuro, mientras que el capítulo 15 gira sobre las desdichadas consecuencias de la ignorancia del pasado.

Como dijo Edward Gibbon, «los crímenes, locuras e infortunios de la humanidad» componen buena parte de la historia humana. Sea esto o no verdad, lo cierto es que sí componen la mayor parte de los próximos capítulos.

9
LA IGNORANCIA EN LA GUERRA

La guerra es el reino de la incertidumbre.

CLAUSEWITZ

La guerra no es solo «una continuación de la política por otros medios», como dijo el general prusiano Carl von Clausewitz. Hay casos aún más extremos del problema de la toma de decisiones en condiciones de incertidumbre, de hacer planes para el futuro aun sabiendo que el futuro no se ceñirá al plan. Como dijo Sun Tzu (*ca.* 544-496 a. C.), otro famoso teórico militar:

> El señor del reino puede suponer un entorpecimiento para su propio ejército en los tres casos siguientes: Primero, cuando […] le ordena avanzar o retroceder ignorando que no puede obedecer; segundo, cuando dirige el ejército de la misma manera en que administra un reino, sin conocer bien sus cosas; tercero, empleando a los oficiales de su ejército indiscriminadamente, ignorando el principio militar de la debida adaptación a las circunstancias[466].

Hasta en tiempos de paz, los ejércitos, incluyendo las divisiones, cuerpos y regimientos en los que se organiza, son centros de la «ignorancia organizativa» de la que ya hemos hablado antes. No sé de ningún estudio histórico sobre este asunto, pero en este caso sí puedo aportar algo como testigo. Cuando trabajé en una oficina del Singapore District Signal Regiment, en 1956 y 1957 —un regimiento que se componía sobre todo de malayos—, los oficiales británicos ignoraban lo que sucedía a sus espaldas, sobre todo durante las horas en que estaban en sus propios cuarteles, de cuatro de la tarde a seis de la mañana. El material de intendencia aparecía en la ciudad, en el llamado «mercado de los ladrones», y algunos soldados cobraban a las tiendas del barrio a cambio de su «protección». La argucia más rentable fue probablemente la que organizó un solemne civil indio que se dedicaba a servir té durante el día en las diferentes oficinas, incluida la mía. Por la noche, sin embargo, se convertía en un empresario que alquilaba nuestro espacio a civiles para que durmieran

en los barracones en unos tiempos en que los alojamientos escaseaban. Yo veía aquello con los ojos inocentes de un chico de dieciocho años que había salido pocos meses antes de la escuela, con una mezcla de incredulidad y diversión, pero nunca se me ocurrió contárselo a las autoridades. En la escuela eso habría sido «chivarse».

En el caso de la guerra, las operaciones militares son, entre otras cosas, batallas entre el conocimiento y la ignorancia, intentos de mantener al enemigo en la ignorancia de nuestros planes al tiempo que tratamos de conocer los suyos. Como solía decir el duque de Wellington, «el arte de la guerra consiste en llegar a lo que hay al otro lado de la colina». El precio del fracaso es muy alto: la guerra es un juego de suma cero en el que es crucial una respuesta rápida a los movimientos del enemigo. El primer ministro británico Harold Wilson dijo en una ocasión que «una semana es mucho tiempo en política». Durante una batalla, quince minutos son mucho tiempo.

Los errores en el campo de batalla se castigan más deprisa y de manera más visible que en política o en los negocios. Existen muchas biografías de hombres que han ganado en este juego, pero también podemos aprender de las pocas que existen de los que perdieron, como Ludwig von Benedek, al que hoy se recuerda por su papel en la derrota de Austria en la batalla de Königgrätz (también llamada Sadowa o Sadová) en 1866. Benedek fue «muy mal informado por sus servicios de inteligencia», lo que lo llevó a dividir su ejército en dos, y de ahí al desastre[467].

En este punto conviene presentar el concepto de ignorancia relativa. En una guerra, ambos bandos sufren de ignorancia. El vencedor es el que comete menos errores, o errores de menos importancia, gracias a su capacidad de disponer de mejor información. Por ejemplo, durante la campaña contra los rusos en Europa Central en 1806-1807, Napoleón hizo una «suposición errónea» en la batalla de Jena, equivocándose en la posición del grueso de las fuerzas prusianas. Pero el turno le tocó al comandante ruso Theophil von Bennigsen en la batalla de Eylau, que ignoraba que Napoleón había utilizado todas sus reservas, y perdió así una oportunidad única para alzarse con la victoria. En la batalla de Friedland, Napoleón sobreestimó el poderío de las fuerzas rusas porque no sabía que 25.000 soldados habían sido desviados a Königsberg[468]. O también, en la Guerra de la Independencia en España, el francés sabía menos que los británicos de lo que estaba pasando allí, porque los españoles

estaban ayudando a sus aliados a recorrer un territorio que no conocían, además de entregarles los mensajes interceptados a los franceses[469].

La única ignorancia que importa remediar es la de los mandos, mientras que los soldados de a pie suelen estar siempre privados de información sobre el momento y lugar en los que tendrá lugar el siguiente ataque o retirada. Aquí, de nuevo, el vacío que no ocupa la verdadera información se llena con rumores. Tras volver a la vida civil, el historiador francés Marc Bloch, que había servido durante la Primera Guerra Mundial, escribió un estudio pionero sobre las «noticias falsas» que habían circulado por las trincheras entre 1914 y 1918[470].

La cuestión fundamental sobre si las batallas y las guerras se pueden ganar gracias a la planificación sigue siendo controvertida. Por una parte, en dos conocidas novelas del siglo XIX, *La cartuja de Parma* (1839), de Stendhal, y *Guerra y paz* (1869), de Tolstói, las batallas —Waterloo en la primera y Borodino en la segunda— se muestran como un caos absoluto en el que todos ignoran por completo lo que sucede a pocos metros. Stendhal describe Waterloo a través de los ojos de Fabrice, un muchacho de diecisiete años que jamás había entrado en combate. Fabrice experimenta «confusión» y, a veces, es incapaz de ver lo que está pasando en medio del humo de los cañones. De manera semejante, Tolstói describe a Napoleón en Borodino de pie en una colina, mientras mira a través de los binoculares sin divisar nada más que humo. El autor repite el término «imposible». «Era imposible decir qué estaba pasando»; «era imposible saber lo que estaba sucediendo»; «en el fragor de la batalla, era imposible entender qué sucedía en un momento dado». Las órdenes de Napoleón y sus generales no se ejecutaban. «La mayor parte de las veces, sucedía lo contrario a lo ordenado»[471].

Por otra parte, parece que ciertos comandantes, sobre todo Napoleón y Wellington, ejercieron un control considerable sobre las batallas que ganaron. Wellington, armado con su telescopio, observaba desde una colina o una torre la configuración del terreno y la posición del enemigo, y luego recorría el campo de batalla a caballo, preparado para reaccionar a las amenazas y a las oportunidades. Wellington era «excelente absorbiendo información», además de que «su poder de concentración era prodigioso», y utilizaba ambas cualidades dentro y fuera del campo de batalla[472]. Stendhal y

Tolstói cargaron tal vez los dados a favor de su teoría del caos presentando las dos batallas a través de los ojos de observadores que no sabían nada de la guerra.

Pese a todo, conviene escuchar los testimonios de estos dos novelistas, porque ambos tenían experiencia en la guerra. Stendhal, que había sido teniente en un regimiento de caballería, sirvió en el ejército de Napoleón en Rusia en 1812. Tolstói (cuyo padre sirvió en el otro bando) fue oficial de artillería en la guerra de Crimea, tomó parte en el asedio de Sebastopol y en la batalla del río Chernaya[473]. El énfasis de estos dos novelistas en el caos tuvo cierto apoyo por parte de un teórico militar posterior, el coronel Lonsdale Hale, un inglés que acuñó la memorable expresión de «la niebla de la guerra». Hale describió esta niebla como «el estado de ignorancia en el que a menudo se encuentran los mandos con respecto al poder y posición real del enemigo, pero también de sus propios aliados»[474]. Sin duda la metáfora nació del humo de la artillería, en cuyo caso habría sido más preciso decir «la niebla de la batalla».

Un experto en la primera época de la guerra moderna describió con más detalle el concepto de ignorancia en el campo de batalla:

> Los mensajeros sufrían emboscadas y los cuarteles tenían que trasladarse, lo que interrumpía las comunicaciones. Las unidades chocaban, bloqueaban las carreteras y confundían las órdenes [...]. Las retiradas y repliegues apresurados llevaban a que unidades enteras se perdieran, a menudo sin saberlo, con lo que sus informes al cuartel general llegaban tarde y eran incorrectos, en ocasiones incomprensibles. En los cuarteles, a medida que el mando dejaba de conocer la situación exacta, empezaba a reinar la incertidumbre, y las decisiones se demoraban[475].

Vemos ejemplos de ignorancia y de planificación en dos batallas famosas en las que Napoleón estuvo al mando: Austerlitz —donde la expresión «la niebla de la batalla» se hizo real en su sentido más literal— y Waterloo. En Austerlitz, la posición del ejército austro-ruso, «basada en suposiciones erróneas relativas a las fuerzas e intenciones de los franceses», lo puso «en una situación en que la derrota era desde el principio el desenlace más probable». Cuando la niebla se disipó, Napoleón, que observaba la batalla desde la colina Zuran, pudo planificar sus movimientos y cambiarlos en respuesta rápida a los del enemigo. Decidió «atraer al enemigo hasta una posición desde la que sin duda lanzarían un ataque contra el flanco derecho», con lo que los obligó a dejar al descubierto la retaguardia. El ejército ruso superaba en número al francés, pero Napoleón y sus generales utilizaron bien la

«superioridad numérica local». Como reconocería más adelante el zar Alejandro, su ejército no tuvo tiempo para reforzar los puntos contra los que atacaron los franceses: «Erais dos veces más numerosos que nosotros»[476].

Antes de Waterloo, Wellington no estaba seguro de las intenciones de Napoleón. Cuando descubrió la verdadera dirección que tomaban las fuerzas francesas, exclamó: «¡Napoleón me ha embaucado! ¡Me ha sacado veinticuatro horas de ventaja!». En el campo de batalla, Wellington esperaba un ataque por el flanco, pero este no tuvo lugar. Pese a todo, pudo responder de manera adecuada hasta que la llegada del ejército prusiano le dio la victoria[477].

Tecnología militar

Las batallas se pueden perder a causa de diferentes tipos de ignorancia. Una de ellas es resultado de la arrogancia que lleva a subestimar al enemigo. Un claro ejemplo de la época medieval lo tenemos en la batalla de Crécy: los caballeros franceses no se tomaron en serio a los arqueros ingleses y murieron tratando de arrollarlos. En aquel caso, su debilidad fue fruto de lo que hoy llamaríamos «prejuicio de clase». Otro tipo de ignorancia viene de no mantenerse al día en los avances de la tecnología militar, como no saber que el enemigo tenía armas capaces de disparar más deprisa, con más precisión y desde más lejos. Tácticas que habían sido eficientes en el pasado, como la carga, pasaron a ser suicidas, como nos recuerdan dos conocidos ejemplos del siglo XIX, la Carga de la Brigada Ligera (1854) y la Carga de Pickett (1863).

La carga de la caballería ligera británica contra las armas rusas tuvo lugar durante la batalla de Balaclava, en la guerra de Crimea, cuando Gran Bretaña se alió con el Imperio otomano contra Rusia. El ataque en el llamado «Valle de la Muerte» fue, al parecer, fruto de un error en la interpretación de una orden, lo que llevó a la destrucción de la brigada. En contraste, la carga de Pickett fue un ataque de infantería de los confederados en la batalla de Gettysburg durante la guerra civil estadounidense. En el ataque, bajo fuego muy intenso, la mitad de los atacantes acabaron heridos o muertos. Los confederados perdieron la batalla y, poco después, también la guerra[478].

Estas cargas tuvieron lugar en un momento en que las mejoras de

la artillería habían convertido este tipo de ataques en masacres, incluso en situaciones en que los dos bandos estaban más o menos igualados. Pero no había ninguna igualdad en la batalla de Omdurmán (1898), un choque entre el ejército británico, que tenía cañones y ametralladoras Maxim (las primeras ametralladoras automáticas portátiles) y los seguidores del *mahdi* (una especie de mesías árabe), armados solo con espadas y lanzas. Es probable que los árabes ignoraran las consecuencias de una carga directa contra la artillería. Como dijo en unos versos sarcásticos el poeta anglofrancés Hilaire Belloc: «Whatever happens, we have got / The Maxim gun and they have not» («Pase lo que pase, nosotros tenemos metralletas, y ellos, no»).

Estratagemas y sorpresas

En los casos que acabamos de mencionar, la artillería estaba a la vista, pero en otras ocasiones se ocultaba para atraer al enemigo a una trampa de efectos devastadores. Algunos de los comandantes más famosos de la historia, como Aníbal, Escipión el Africano, Napoleón o Nelson, dominaban las técnicas del engaño e idearon planes que sorprendieron a sus enemigos.

Por ejemplo, Aníbal tendió una trampa y destruyó un ejército romano más numeroso que el suyo en un pueblo llamado Cannas, en Apulia. Presentó un cuerpo central en apariencia más débil para atraer el ataque del enemigo, lo que le permitió rodearlo con un movimiento de pinza[479]. En tiempos de Aníbal, Escipión el Africano, su rival y enemigo, obtuvo dos victorias importantes contra los cartagineses gracias a ataques nocturnos por sorpresa. Se ha dicho de él que fue «más grande que Napoleón»[480].

Muchos generales de los siglos XIX y XX admiraron las estratagemas y formaciones de Aníbal, como Helmuth von Moltke el Viejo, arquitecto de las victorias prusianas contra los austríacos y los franceses en 1866 y 1870; Alfred von Schlieffen, el jefe del Estado Mayor alemán, cuyo plan de ataque se siguió en 1914; y, más recientemente, Norman Schwarzkopf, comandante estadounidense durante la primera guerra del Golfo (1991), en la que engañó a las fuerzas iraquíes para conseguir sus objetivos.

Napoleón estudió las batallas de los comandantes europeos más

famosos del pasado, y en ocasiones consiguió victorias tendiendo trampas al enemigo. En Austerlitz, por ejemplo, fingió una retirada para provocar el ataque de rusos y austríacos, y fingió debilidad en el flanco derecho para distraer al enemigo mientras él lanzaba un ataque contra el cuerpo central. En Waterloo, como ya hemos visto, Napoleón engañó a Wellington moviendo sus fuerzas en una dirección inesperada.

Wellington, por su parte, sorprendió a los franceses con un ataque fingido en una dirección que ocultaba un ataque mucho más importante en otro punto del campo de batalla. Un general francés alabó las tácticas de Wellington en la batalla de Salamanca porque «mantuvo su distribución oculta durante casi todo el día». En la campaña de Portugal, Wellington mandó construir las «Líneas de Torres Vedras», una serie de terraplenes y defensas que ralentizaron al enemigo y lo hicieron vulnerable al fuego procedente de las colinas cercanas. André Masséna, el general francés, no tuvo conocimiento de estos obstáculos hasta que llegó, y tuvo que retirarse para evitar sufrir graves pérdidas[481].

En la guerra contra Napoleón en el mar, el almirante británico Nelson sorprendió al enemigo gracias a que se saltó las convenciones habituales en las batallas marítimas. En la batalla del Nilo, su primera gran victoria, la flota francesa estaba anclada, con la guardia baja, porque eran muy superiores y no esperaban el ataque británico. Nelson ordenó este ataque «ya casi a oscuras», cuando lo normal habría sido esperar al día siguiente. El comandante francés creía que el ataque vendría por estribor, por el exterior, que era lo habitual, pero el capitán del primer barco británico lo lanzó por el lado contrario «para coger al francés desprevenido para la acción que tendría lugar en el interior». Los barcos que estaban tras él siguieron su ejemplo[482].

En la Segunda Guerra Mundial, el engaño volvió a jugar un papel fundamental en la victoria[483]. Por ejemplo, antes de la rendición de los alemanes en Stalingrado en enero de 1943, el mariscal Zhúkov rodeó sus fuerzas en la llamada Operación Urano. Durante toda esta operación se engañó al enemigo mediante la restricción de las comunicaciones por radio o por escrito, avances nocturnos y dando la impresión de actividad en otros sectores. Mientras los rodeaban, el ejército alemán «estuvo ciego debido a la falta de información». El día del ataque ruso, el 19 de noviembre de 1942, hubo una niebla gélida a

la que siguió una tempestad, de manera que «ni siquiera era posible un reconocimiento aéreo que proporcionara un panorama claro de la situación», como señaló en su momento un general alemán. En el caso de Austerlitz, la conocida expresión de «la niebla de la guerra» tuvo un sentido literal, además de metafórico[484].

En algunas batallas importantes, los planes de los vencedores triunfaron gracias a que el enemigo no se esperaba lo que sucedió. En otras palabras, los mandos no tuvieron en cuenta las opciones de sus rivales. ¿Se podría decir que las guerras, igual que las batallas, son triunfos del conocimiento sobre la ignorancia?

La guerra franco-prusiana

Una guerra concreta del siglo XIX ejemplifica los argumen- tos de Tolstói sobre el caos de las batallas: la guerra franco-prusiana de 1870-1871. El autor debió de sentirse muy reconocido cuando supo que estallaba la guerra apenas un año después de la publicación de su famosa novela. En su historia de la derrota francesa, *El desastre* (1892), Émile Zola hizo que uno de los protagonistas, Maurice, se acusara de «crasa ignorancia de todo lo que era necesario saber» *(une ignorance crasse en tout ce qu'il aurait fallu savoir)*[485]. No cabe duda de que Zola conocía *Guerra y paz,* pero también se documentó muy bien antes de escribir su novela. En cualquier caso, sus reflexiones sobre la ignorancia quedaron más que confirmadas por el relato clásico de esta guerra, escrito por Michael Howard, uno de los principales historiadores militares de nuestros tiempos.

Howard tomó parte en la Segunda Guerra Mundial y ganó la Cruz Militar Británica por su valor. «Mucho más adelante, interrogado acerca de estos acontecimientos, explicó que se debía a que era muy joven, apenas veinte años, y por tanto muy ignorante, y solo así pudo hacer lo que hizo»[486]. Pero, en su libro, lo que Howard subraya es la ignorancia de los generales franceses: ignorancia de la topografía del terreno sobre el que luchaban y, sobre todo, ignorancia de las posiciones de los ejércitos, los propios y los del enemigo. No había «mapas disponibles, excepto los de Alemania», ya que los franceses habían planeado para invadir, no para ser invadidos. En una batalla concreta, el mariscal del ejército francés Achille Bazine se quejaría de «la total ausencia de información por parte de las autoridades civiles

sobre el avance de los alemanes a su izquierda». En la batalla de Sedán, tras la que la derrota francesa llevó a la rendición, el mariscal Patrick MacMahon tuvo la sensación de no haber recibido suficiente información, mientras que su segundo al mando «no conocía la posición del resto de los cuerpos, ni la de los alemanes, ni con qué suministros contaba»[487].

La ignorancia también afectó a los prusianos. En la batalla de Beaumont, en la que el mariscal Helmuth von Moltke estaba al mando, su «principal dificultad para planear el avance estribaba en la ignorancia de la posición del ejército enemigo», mientras que el mariscal Leonhard von Blumenthal, su subordinado, «protestaba por el constante cambio de órdenes provocado por una información inadecuada»[488]. Los prusianos vencieron no porque fueran omniscientes, sino porque eran menos ignorantes que los franceses en lo que respectaba al territorio y al enemigo.

Los franceses aprendieron la lección igual que los prusianos la habían aprendido hacía sesenta años. Tras caer ante Napoleón en la batalla de Jena de 1806, los prusianos pasaron a enseñar mejor geografía en sus escuelas. De manera similar, tras la derrota francesa de 1870 en una guerra de la que un geógrafo estadounidense dijo que «se luchó tanto con los mapas como con las armas», el estudio de la geografía pasó a tener mayor importancia en la educación francesa.

Guerra de guerrillas: 1839-1842 y 1896-1897

Los desastres tienden a multiplicarse en los choques entre ejércitos regulares y guerrillas locales, en los que unos generales arrogantes y «de una ignorancia asombrosa» subestiman al enemigo. Hay un estudio comparativo de los «grandes desastres militares» que presenta once ejemplos correspondientes a esta categoría[489].

La primera guerra de Afganistán es memorable por la trágica retirada del ejército británico de Kabul en 1842, cuando el ejército fue virtualmente aniquilado. En retrospectiva, se puede decir que los británicos cometieron todos los errores posibles. Estos errores se debían esencialmente a la ignorancia sobre las condiciones locales: el terreno, el clima y las armas del enemigo. Los mandos británicos no habían entendido lo fácil que les resultaría a los afganos tender una emboscada a su ejército mientras marchaba por los angostos pasos de

las montañas. Para empeorar las cosas, los británicos tampoco eran conscientes de que los mosquetes afganos, los famosos «jezailes», tenían mayor alcance que los británicos, de modo que los afganos podían disparar contra su ejército desde la cima de los riscos con la seguridad de que las balas británicas no los alcanzarían[490].

Los británicos también cometieron el error de hacer la retirada durante el invierno, a pesar de que Shuja Shah, al que el ejército había devuelto el trono, les aconsejó posponer el movimiento hasta la primavera. Los soldados carecían de ropa de invierno y murieron congelados durante las noches. Los que sobrevivían tenían las manos y los pies congelados, inutilizados contra el enemigo. La emboscada en el estrecho paso de Jugdulluck acabó en masacre. Solo volvió un hombre para contar la historia, tal como plasmó Lady Butler en su cuadro *Remnants o fan Army*[491] (*Restos de un ejército*, 1879). El viajero Richard Burton, que se enorgullecía de su conocimiento del «Este», dijo que la derrota británica había sido resultado de «la crasa ignorancia en lo relativo a los pueblos orientales»[492].

Volviendo al tema de la ignorancia relativa, hay que señalar que los afganos también cometieron errores, sobre todo antes de darse cuenta de que las tropas británicas solían ganar cuando hacían lo que estaban entrenados para hacer: luchar en batallas campales en terreno abierto. Pero los afganos aprendieron enseguida de la derrota y empezaron a cometer menos errores. Los británicos también aprendieron. El llamado «Ejército de la Venganza» se dirigió a Kabul en el verano de 1840, y se aseguró de dominar los puntos elevados antes de cruzar los pasos de montaña. Los fusiles de retrocarga dejaron obsoletos a los jezailes. A finales del siglo XIX, se publicaron manuales que asesoraban sobre las tácticas adecuadas en la montaña o en la guerra «salvaje» de guerrillas en la frontera noroeste de la India[493].

Como veremos en el capítulo 15, en nuestra época se han cometido errores similares en el transcurso de las invasiones rusa y estadounidense de Afganistán.

La campaña de Canudos

La «Campaña de Canudos» (1896-1897) es un ejemplo muy conocido en Brasil, aunque no tanto en el resto del mundo, de la combinación letal de arrogancia e ignorancia por parte de los soldados

profesionales cuando se enfrentan a una guerrilla. Esta revuelta la inmortalizó un importante autor, Euclides da Cunha, que había sido cadete en una academia militar antes de trabajar como periodista para *A Província de São Paulo*, que lo envió a cubrir el acontecimiento. De su trabajo al final surgió un libro, *Los sertones*, que se publicó en 1902 y que se ha convertido en un clásico de la literatura brasileña. También merece convertirse en un clásico en la historia de la guerra de guerrillas.

Canudos era un pueblo en el noreste de Brasil donde se refugiaron los oponentes a la república recién fundada, en 1889. Su líder era el carismático Antonio Conselheiro, un profeta errante que predijo el regreso inminente del rey Sebastián de Portugal, que había muerto luchando contra los musulmanes en el norte de África en 1578. En noviembre de 1896, el gobierno envió una reducida fuerza militar para suprimir la «revuelta», aunque los monárquicos no habían emprendido ninguna acción agresiva. Este ejército se tuvo que retirar. En su lugar, enviaron un ejército más numeroso, de casi ochocientos hombres, con resultados similares. A principios de 1897, un tercer ejército aún más grande fue derrotado tras la muerte de su comandante, Moreira César[494].

Moreira César, soldado profesional con un historial de éxitos, había cometido el error clásico de subestimar a su enemigo, de considerar que eran simples aficionados. Seguramente también hubo prejuicios raciales: muchos defensores eran mulatos *(mestiços)*, mezcla de europeos, indígenas y africanos. También fue un problema de simple ignorancia. No sabía que había un importante grupo de soldados irregulares, los *jagunços,* que defendían la ciudad, y sabían lo que hacían. Los defensores enviaron espías para conocer los movimientos del enemigo, cavaron trincheras, camuflaron sus posiciones con ramas y se movieron con facilidad entre la vegetación tropical, que era un medio extraño para la mayoría de los soldados enviados contra ellos. Al igual que los afganos en 1840, los *jagunços* controlaron los puntos elevados sobre Canudos, y dispararon desde allí contra el enemigo. También dispararon desde la torre de la iglesia cuando los soldados entraron en el pueblo. En la lucha puerta por puerta que siguió, los habitantes contaban con la ventaja de conocer el pueblo, y les resultó fácil tomar por sorpresa a los atacantes.

En resumen, según Euclides da Cunha, Moreira César «ignoraba los principios elementales» del arte de la guerra *(a insciência de princípios*

rudimentares da sua arte)[495]. Por ejemplo, ordenó el ataque cuando sus soldados estaban agotados tras una larga marcha en el calor tropical. Los defensores solo cayeron tras el cuarto ataque, esta vez con más de ocho mil soldados que contaban con ametralladoras y artillería.

La guerra de Vietnam

El papel de la ignorancia en la guerra de Vietnam fue crucial. Como dice el sociólogo James Gibson en su estudio sobre esta guerra, hubo muchas «ausencias de conocimiento». «Algunas eran simples espacios en blanco», mientras que otras «apuntaban a lugares donde los datos sobre la guerra se rechazaron o ignoraron por motivos diversos». Por ejemplo, «la burocracia militar no tenía ningún interés [...] en calcular las bajas civiles», ya que «las unidades militares se benefician de la eficiencia», y las bajas civiles iban en su descrédito[496]. En una conferencia de 1983 para reevaluar la guerra y aprender de ella, «la cuestión de la ignorancia surge una y otra vez: la ignorancia de los políticos; la ignorancia del ejército; la ignorancia de la gente de a pie; la ignorancia de la prensa sobre lo que era Vietnam, qué pasaba allí, hasta dónde se encontraba el país»[497]. Estas múltiples ignorancias merecen más atención.

Los mandos estadounidenses cometieron en Vietnam errores similares a los que cometerían décadas más tarde en Afganistán. En ambos casos, eran conscientes de su superioridad en artillería, bombas, helicópteros y tecnología en general, lo que los predispuso a lo que Gibson llamó «una tecnoguerra» contra «una nación de campesinos en bicicleta»[498]. Lo que no tuvieron en cuenta fue la fuerza de las ideas y la voluntad de un pueblo de luchar en defensa de sus valores fundamentales, igual que habían hecho los estadounidenses en 1776.

La gran desventaja militar de los invasores fue que eran forasteros, que muchos ignoraban el idioma, las costumbres y el terreno (y por ende el clima tropical) del país en el que estaban luchando. La ignorancia del idioma hizo que «la mayoría de los estadounidenses no pudieran comunicarse con sus contrapartes vietnamitas»[499]. Eran un ejército regular enfrentado a una fuerza de guerrillas, el Viet Cong, que contaba con los conocimientos locales y el apoyo de los civiles en el país.

Los estadounidenses pagaron un alto precio por estas ignorancias: veinte años de lucha (entre 1955 y 1975), casi 60.000 muertos y un coste de 168.000 millones y, pese a todo, una ignominiosa derrota. Al igual que el ejército, el gobierno estadounidense no tuvo en cuenta las ideas. No aprendieron del pasado, ya que «cualquier libro de historia sobre Indochina les habría hablado de la resistencia vietnamita a cualquier dominio extranjero»[500]. El gobierno era consciente del nacionalismo vietnamita y de su anticolonialismo, que iba paralelo al comunismo, pero «ignoró las implicaciones de esta información: que la intervención exterior hizo la revolución más viable, no lo contrario»[501]. En otras palabras, prefirieron ignorar que la mayoría de los vietnamitas, tanto en el sur como en el norte, estaban contra ellos.

El gobierno también estaba privado de información esencial. Por ejemplo, la CIA no había estudiado los posibles efectos del bombardeo en el norte (la operación «Rolling Thunder») de modo que el presidente Johnson «tomó a ciegas, sin ayuda de los servicios de inteligencia, una de las decisiones más cruciales de la guerra». Fue un caso claro de ignorancia organizativa por parte de la CIA. Algunos agentes sobre el terreno eran conscientes de la corrupción reinante en el ejército survietnamita, pero sus superiores inmediatos les prohibieron mencionarlo en los informes que enviaban[502].

Un estudio de la guerra llevado a cabo por alguien que había tomado parte en ella concluye que «los dos bandos subestimaron enormemente la determinación y apego al poder del otro». Asegura que los estadounidenses «cometieron errores de comprensión e imaginación»[503]. Para empeorar las cosas, la ignorancia organizativa también jugó un papel en el fracaso. Robert McNamara, el secretario de defensa estadounidense entre 1961 y 1968, que había sido director general de Ford Motors, no se dio cuenta de «la intensa presión a la que sometía al ejército al exigir indicios palpables de progresos, que llevó a que en muchas ocasiones se inventara la información»[504], sobre todo en el recuento de muertos. Hubo una «falsificación sistemática de los informes de batalla» para alcanzar lo que Gibson llama «cuotas de producción» que exigía la dirección. En otras palabras, hubo una grave brecha de conocimiento entre los hombres sobre el terreno en Vietnam y los gerentes en el lejano Washington.

McNamara llegó a la conclusión de que la guerra era un error e hizo una lista de once motivos para el fracaso estadounidense. El cuarto rezaba: «Nuestro error de apreciación de aliados y enemigos se

reflejó en una profunda ignorancia de la historia, la cultura y la política de la zona»[505]. En defensa de la necesidad de «empatizar con el enemigo», McNamara añadió que «en el caso de Vietnam, nos faltaban conocimientos suficientes sobre ellos para que se diera esta empatía. El resultado fue un grave error de incomprensión»[506]. Los prejuicios —entre ellos, el racismo— también fueron importantes. Los mandos estadounidenses, soldados profesionales, despreciaban a los líderes enemigos, no profesionales, mientras que los soldados de a pie despreciaban a los vietnamitas, a quienes llamaban «gooks». Como se mostró en Canudos y en Afganistán, subestimar al enemigo traía consecuencias letales.

La prensa estadounidense también sufrió de ignorancia[507]. En retrospectiva, el periodista Robert Scheer confesó que «nunca nos habíamos fijado en Vietnam hasta que lo hizo el gobierno, así que nada de lo sucedido allí antes de 1950 nos interesaba en absoluto». Por tanto, «la ignorancia sobre el marco del conflicto era deplorable»[508]. En aquel momento, la prensa acusó al ejército y al gobierno de mentirles, de exagerar los triunfos, quitar importancia a las bajas y ocultar las atrocidades[509]. El bombardeo de Camboya se ocultó, así como la masacre de cientos de civiles en la aldea de My Lai en 1968. «Todos se estaban cubriendo las espaldas unos a otros». Seymour Hersh, un periodista *freelance,* sacó a la luz la masacre gracias a que su independencia le permitió rastrear la noticia[510].

Los periodistas sobre el terreno no llegaron preparados para comprender lo que estaba pasando, pero aprendieron de la experiencia. Y, en otro caso de ignorancia organizativa, «ese ente vasto que llamamos “la prensa” no estaba bien comunicado con los corresponsales». La revista *Life* rechazó el artículo de Hersh, que al final se publicó en un medio relativamente poco conocido, el *Dispatch News Service.* Pero «la masacre ya había salido a la luz», y de repente treinta y cinco periódicos publicaron la historia[511].

En cuanto al público estadounidense, «estaba mal informado por sus dirigentes políticos» sobre las implicaciones de la defensa de Vietnam del Sur[512]. Cuando empezó la guerra, no contaba con datos para entender lo que estaba pasando, dada la desinformación y las mentiras que se les habían filtrado, por no mencionar la información que directamente nunca le había llegado.

¿Una vía intermedia?

¿Son las derrotas y las victorias el resultado del caos o de la planificación? En la controversia entre los admiradores de los generales famosos y los seguidores de Tolstói, lo más probable es que, como de costumbre, la verdad se encuentre entre los extremos. Clausewitz aseguró que la guerra era el reino de la incertidumbre, ya que «toda la acción tiene lugar como si dijéramos en un crepúsculo, a una luz escasa que, como la niebla o los rayos de luna, a menudo da un aspecto grotesco a las cosas y las hace parecer más grandes de lo que son», símil que probablemente inspiró al coronel Hale su famosa fase sobre la «niebla de la guerra»[513]. Pese a lo pesimista de la afirmación, Clausewitz siguió creyendo que el valor, la confianza en ellos mismos y la inteligencia de los generales eran factores que podían influir en los resultados.

Otro testimonio a favor de esta vía intermedia nos llega de Vasili Grossman, un periodista ruso que informó del asedio de Stalingrado en 1942 y luego plasmó sus experiencias en dos novelas, *Stalingrado* y *Vida y destino*. Grossman hace referencia a menudo a *Guerra y Paz*, un libro que intenta emular, aunque a veces esté en desacuerdo con las generalizaciones del autor. En *Stalingrado,* Novikov, un oficial del Estado Mayor, «se sorprendió ante su habilidad para extraer sentido de un caos que a veces parecía incomprensible»; mientras que *Vida y destino* describe una especie de intuición militar, «esa sensación que permite a un soldado calcular la verdadera correlación de fuerzas en una batalla y predecir el resultado». Grossman utiliza a veces el término «caos», pero su narrativa sugiere que este caso es más aparente que real[514].

Por supuesto, es imprescindible hacer distinciones entre las batallas campales como Borodino o Waterloo y la guerra de guerrillas de Afganistán, Brasil o Vietnam; entre la guerra terrestre y la guerra marítima o por el aire; entre los diferentes escenarios de guerra y periodos históricos. También hay diferencias importantes entre planear tácticas y asegurarse de que la tropa reciba suficiente comida, munición, ropa adecuada y medios de transporte como caballos, camiones o trenes, que fueron cruciales para la victoria de Prusia en 1870. Pero en todos los lugares y épocas la ignorancia puede ser fatal, literalmente.

La invasión de Rusia por parte de Alemania en 1941 nos presenta

un caso muy llamativo de la combinación tóxica de ignorancia y arrogancia. Uno de los puntos más débiles fue la determinación de Hitler de controlar lo que hacían sus generales, aunque ellos estuvieran en el terreno y él muy lejos y virtualmente aislado, lanzado órdenes desde su «guarida del lobo» en Rastenburg (hoy en Polonia). Este control remoto habría sido físicamente imposible antes de que se inventara el teléfono. En este caso, resultó ser muy poco inteligente.

Un mensajero que informó a Hitler en enero de 1943 sobre la terrible situación de las fuerzas alemanas lo vio mirar el mapa con todas las banderas que representaban a las divisiones alemanas como si ignorase que esas divisiones estaban ya muy menguadas. Más tarde, el mensajero comentó: «En ese momento vi que había perdido el contacto con la realidad. Vivía en un mundo de fantasía, de mapas y banderas»[515]. Este incidente presenta una imagen muy vívida del concepto del antropólogo James Scott de las «simplificaciones finas», como confundir un mapa con la realidad que se supone que representa. A mayor escala, la campaña entera demuestra el riesgo de intentar controlar las operaciones militares desde la retaguardia. Hitler, sin conocer o sin querer conocer la situación, prohibió una retirada que era muy necesaria y arrebató a los comandantes sobre el terreno la posibilidad de responder con flexibilidad a los acontecimientos inesperados[516]. En general, esta confianza, por no llamarla arrogancia, le impidió aprender las lecciones de la campaña rusa de Napoleón en 1812. En el capítulo 15 volveremos a hablar de las ocasiones perdidas de aprender del pasado.

466 Sun Tzu, *The Art of War* (traducción al inglés, Londres, 2002), 21-3 [ed. cast. Sun Tzu, *El arte de la guerra.* Traducido por Gabriel García-Noblejas. Madrid: Alianza Editorial, 2014].

467 John Presland, *Vae Victis: The Life of Ludwig von Benedek* (Londres, 1934), 232, 275; Oskar Regele, *Feldzeugmeister Benedek: Der Weg zu Königgratz* (Viena, 1960).

468 Owen Connelly, *Blundering to Glory: Napoleon's Military Campaigns* (Lanham MD, 2006), 100, 107, 113.

469 Huw Davies, *Wellington's War* (New Haven CT, 2012).

470 Marc Bloch, «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», *Revue de Synthèse Historique* 33 (1921), 13-35.

471 Tolstói, *War and Peace* (1869), libro 3, parte 2, cap. 33 [Tolstói, *Guerra y paz*. Traducido por Joaquín Fernández Valdés. Barcelona: Alba, 2021].

472 Peter Snow, *To War with Wellington: From the Peninsula to Waterloo* (Londres, 2010),

59-60,109, 161; Rory Muir, *Wellington* (New Haven CT, 2013), 46, 589.

473 Henri Troyat, *Tolstoy* (1965: traducción al inglés, Londres, 1968), 105-26 [ed. cast. *Tolstoi.* Traducido por Lila de Mora y Araujo. Barcelona: Bruguera, 1984].

474 Lonsdale Hale, *The Fog of War* (Londres, 1896).

475 Erik A. Lund, *War for the Every Day: Generals, Knowledge and Warfare in Early Modern Europe, 1680-1740* (Westport CT, 1999), 15.

476 David Chandler, *The Campaigns of Napoleon* (1966: Londres, 1993), 411; Robert Goetz, *1805, Austerlitz: Napoleon and the Destruction of the Third Coalition* (2005: 2.ª ed., Barnsley, 2017), 283-4, 291.

477 Davies, *Wellington's War*, 231-4.

478 Cecil Woodham-Smith, *The Reason Why: Story of the Fatal Charge of the Light Brigade* (Londres, 1953); George R. Stewart, *Pickett's Charge* (Boston MA, 1959); Earl J. Hess, *Pickett's Charge* (Chapel Hill NC, 2001).

479 Gregory Daly, *Cannae* (Londres, 2002).

480 Basil Liddell Hart, *Scipio Africanus: Greater than Napoleon* (Londres, 1926); Howard Scullard, *Scipio Africanus* (Londres, 1970).

481 Maximilien Foy, citado en Snow, *To War with Wellington*, 167; Torres Vedras, *ibid.*, 79, 96.

482 Brian Lavery, *Nelson and the Nile* (1998: 2.ª ed., Londres, 2003), 170, 178.

483 Para más detalles, ver Thaddeus Holt, *The Deceivers: Allied Military Deception in the Second World War* (Nueva York, 2004).

484 Antony Beevor, *Stalingrad* (Londres, 2018), 239-330, sobre todo 226-7, 246 [ed. cast. *Stalingrado*. Traducido por Magdalena Chocano Mena. Barcelona: Crítica, 2004].

485 Zola, *La Débâcle* (1892: París, 1967), 364.

486 Adam Roberts en el obituario de Howard, *The Guardian*, 1 de diciembre de 2019.

487 Michael Howard, *The Franco-Prussian War* (Londres, 1961), 70, 147, 206, 209.

488 Howard, *Franco-Prussian War*, 191, 198.

489 James M. Perry, *Arrogant Armies: Great Military Disasters and the Generals Behind Them* (Nueva York, 1996).

490 Sobre los jezailes, T. R. Moreman, *The Army in India and the Development of Frontier Warfare, 1849-1947* (Basingstoke, 1998), 13, 37.

491 John Kaye, *History of the First Afghan War* (Londres, 1860); Perry, *Arrogant Armies,* 109-40; John Waller, *Beyond the Khyber Pass: The Road to British Disaster in the First Afghan War* (Nueva York, 1990); William Dalrymple, *Return of a King: The Battle for Afghanistan*

(Londres, 2012) [ed. cast. *El retorno de un rey: la aventura británica en Afganistán, 1839-1842.* Traducido por Alba María Villar Gómez. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017].

492 Richard Burton (trad.), *The Arabian Nights* (Londres, 1885), introducción [ed. cast. *Las mil y una noches, según Burton.* Traducido por Jorge Luis Borges. Madrid: Siruela, 1991].

493 Alfred Martin, *Mountain and Savage Warfare* (Allahabad, 1898); George Younghusband, *Indian Frontier Warfare* (Londres, 1898). Cf. Moreman, *Army in India*, 46-7, 75.

494 Euclides da Cunha, *Os Sertões* (1902: nueva edición, 2 volúmenes, Porto, 1980) [ed. cast. *Los sertones.* Traducido por Benjamín de Garay. Madrid: Fundamentos, 1981]; Robert M. Levine, *Vale of Tears: Revisiting the Canudos Massacre* (Berkeley CA, 1992); Adriana Michéle Campos Johnson, *Sentencing Canudos: Subalternity in the Backlands of Brazil* (Pittsburgh PA, 2010).

495 Da Cunha, *Os Sertões*, 57.

496 James Gibson, *The Perfect War: Technowar in Vietnam* (Boston MA, 1986), 12.

497 Harrison Salisbury (ed.), *Vietnam Reconsidered: Lessons from a War* (Nueva York, 1984).

498 Gibson, *Perfect War*, 17.

499 Salisbury, *Vietnam Reconsidered*, 39.

500 Tuchman, *March of Folly*, 376.

501 Josiah Heyman, «State Escalation of Force», en Heyman (ed.), *States and Illegal Practices* (Oxford, 1999), 285-314, en 288.

502 Salisbury, *Vietnam Reconsidered*, 55, 64.

503 Ronald H. Spector, *After Tet* (Nueva York, 1993), 314.

504 Eric Alterman, *When Presidents Lie: A History of Official Deception and Its Consequences* (Nueva York, 2004), 178; Gibson, *Perfect War,* 124-5, 462.

505 Robert McNamara y Brian VanDeMark, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam* (Nueva York, 1995), 322.

506 Cita en James Blight y Janet Lang, *The Fog of War: Lessons from the Life of Robert McNamara* (Lanham MD, 2005).

507 Leonard Bushkoff, «Tragic Ignorance in Vietnam», *Christian Science Monitor*, 30 de noviembre de 1992; M. S. Shivakumar, «Ignorance, Arrogance and Vietnam», *Economic and Political Weekly*, 16 de diciembre de 1995. Cf. H. R. McMaster, *Dereliction of Duty: Lyndon Johnson, Robert McNamara, the Joint Chiefs of Staff and the Lies that Led to Vietnam* (Nueva York, 1997).

508 Salisbury, *Vietnam Reconsidered*, 117, 149.

509 *Ibid.,* 161.

510 Kendrick Oliver, *The My Lai Massacre in American History and Memory* (2.ª ed., Manchester, 2006), 4 (citado por el exsoldado Ronald Ridenhour), 41; Seymour Hersh, *My Lai: A Report on the Massacre and its Aftermath* (Nueva York, 1970).

511 Oliver, *The My Lai Massacre*, 19, 49.

512 Salisbury, *Vietnam Reconsidered*, 43.

513 Carl von Clausewitz, *On War* (1832: traducción al inglés, Princeton NJ, 1976), libro 2, cap. 2 [ed. cast. *De la guerra: versión íntegra.* Traducido por Carlos Fortea. Madrid: La Esfera de los Libros, 2014].

514 Vasily Grossman, *Stalingrad* (1952: traducción al inglés, Londres, 2019), 121 [ed. cast. *Stalingrado*. Traducido por Andréi Kozinets. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2023]; Grossman, *Life and Fate* (escrito en 1959, publicado en 1980: traducción al inglés, Londres, 2006), 49 [ed. cast. *Vida y destino.* Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007].

515 Beevor, *Stalingrad*, 345.

516 David Stahel, *Retreat From Moscow: A New History of Germany's Winter Campaign, 1941-1942* (Nueva York, 2019), 294 y *passim*. Cf. Jonathan Dimbleby, *Barbarossa: How Hitler Lost the War* (Londres, 2021).

10
LA IGNORANCIA EN LOS NEGOCIOS

Ojalá supiéramos qué sabemos en HP.

PRESIDENTE DE HEWLETT-PACKARD

En el mundo de los negocios, así como en los de la guerra y la política, hay que tomar decisiones sobre un futuro inevitablemente incierto. Y, como sucede con la ciencia, hay que distinguir las ignorancias de los profesionales (en este caso, agricultores, comerciantes, economistas y empresarios) de las de la gente de la calle, ya sean consumidores o inversionistas.

Agricultura

Los peligros de la ignorancia en la agricultura son particularmente evidentes cuando los agricultores son recién llegados a las tierras de cultivo, como fue el caso de los colonos en Nueva Inglaterra, en el siglo XVII, o bien en Australia y Nueva Zelanda en el siglo XIX. En Nueva Inglaterra, «la mayoría de los colonos pensaba que podrían vivir igual que habían vivido en Inglaterra», pero no eran conscientes de lo duro de los inviernos, y murieron de hambre por no haber llevado con ellos suficientes alimentos para subsistir hasta la primavera[517]. En Australia y Nueva Zelanda, «los agricultores y granjeros llegaron al nuevo país con muchas esperanzas y poca información. Algunos se arruinaron con las sequías, las heladas y el calor, y otros cuando sus prácticas de agricultura o pastoreo empobrecieron las tierras»[518]. Se llevaron con ellos los animales que conocían; entre ellos, conejos, ignorando las consecuencias de su rápida reproducción, con lo que crearon una «plaga» que ya no se pudo erradicar: «los colonos no pudieron detenerlo, pero es que ni siquiera supieron explicarlo»[519]. De nuevo, la ignorancia.

Según un importante terrateniente, el príncipe de Trabia, la razón principal del declive de la agricultura en Sicilia fue la ignorancia de

los trabajadores locales[520]. Los miembros de clase alta de muchas asociaciones agrícolas que se fundaron en Europa durante la Ilustración calificaron a menudo de ignorantes a los campesinos; fue el caso de la Sociedad de Mejora del Conocimiento de la Agricultura, que se creó en Edimburgo en 1723.

Fue precisamente en el contexto agrícola en el que se asentó el uso de la palabra «mejora», un concepto clave de la Ilustración. Se refería a la rotación de cultivos, a la utilización de una nueva forma de arado y a otros aspectos de lo que se conoce como la «Segunda Revolución Agrícola», promovida por los terratenientes. En el siglo XVIII se fundaron muchas entidades de este tipo, entre ellas la Society for the Advancement of Agriculture and Manufacture en Dublín, la Accademia económico-agraria dei Gerogofili en Florencia, la Société d'agriculture en París, la Gesellschaft des Ackerbauses en Klagenfurt y, en España, la red de Sociedades Económicas de los Amigos del País[521]. Es de señalar que todas celebraban sus reuniones en las ciudades.

En el siglo XIX se dio un paso adelante en la transformación de la agricultura en ciencia gracias a Justus von Liebig, profesor de química en la Universidad de Giessen. A Liebig le interesaba la aplicación de la química orgánica en la agricultura y en la mejora de las cosechas gracias al uso de fertilizantes con nitrógeno. En retrospectiva, sus descubrimientos revelan la ignorancia que habían sufrido hasta entonces los granjeros, de la misma manera que la reciente crítica a los fertilizantes químicos nos hace pensar en lo que el profesor Liebig no sabía.

La labor de las sociedades y el trabajo de Liebig, al igual que la Revolución Verde de mediados del siglo XX, son buenos ejemplos del éxito de las campañas para mejorar la agricultura desde arriba, pero hay otros que nos muestran el peligro de imponer cambios que van contra los conocimientos de la gente de una zona. En cuestión de desastres provocados por la ignorancia, la economía en general y la agricultura en particular ocupan el segundo puesto detrás de la guerra. Ha habido desastre tras desastre debidos a la planificación centralizada que no tiene en cuenta lo que saben los habitantes de un lugar concreto. Este tipo de desastres son el tema central de un estudio comparativo, *Seeing Like a State,* de James Scott, que demuestra «cómo han fracasado algunos planes ideados para mejorar la situación del ser humano»[522].

Hay un ejemplo excelente en Gran Bretaña, el Groundnut Scheme

(«Proyecto Cacahuete», 1947-1951), un plan del gobierno laborista alentado sobre todo por su ministro de Alimentación, John Strachey. Se trataba de cultivar cacahuetes en Tanganica, hoy en día parte de Tanzania, para lo que había que despejar cinco millones de acres de tierras. El fracaso del proyecto, que costó al contribuyente 36 millones de libras esterlinas —a precios de 1951—, se debió sobre todo a la ignorancia del gobierno británico de las condiciones locales: las escasas lluvias, el terreno duro y una mano de obra que carecía de entrenamiento, o no tenía el suficiente, para manejar la maquinaria que se les proporcionó. Como en el caso de la guerra, el desastre se debió a una mezcla de ignorancia y arrogancia, en este caso plasmada en la idea de «Whitehall lo sabe todo»[523]. A escala mucho más grande, solo hay que recordar el coste humano del fallido «Gran Salto Adelante» de Mao Tse-Tung (1958-1962)[524].

En otros casos, el desastre se debió a las decisiones de los propios granjeros, como es el conocido caso del Dust Bowl (literalmente, «tazón de polvo»), en las llanuras del Medio Oeste de Estados Unidos durante los años treinta del siglo pasado. El precio del trigo subió mucho, y se araron praderas a un ritmo nunca visto, con lo que el suelo fue mucho más vulnerable a la erosión. Esto no fue solo debido a la ignorancia, sino a un cálculo erróneo de riesgos que hicieron los empresarios agrícolas: quisieron ignorar los peligros de cultivar zonas excesivamente grandes. Las sequías de los años treinta les enseñaron la lección[525].

A veces los daños no son resultado de la ignorancia, sino de un interés cortoplacista, como en el caso de la larga historia de la deforestación de Brasil, primero con la mata atlántica y ahora con el Amazonas: se despejaron zonas enteras para cultivar caña de azúcar, luego café y, ahora, soja. Un grupo concreto, los agricultores, ha cosechado grandes beneficios a corto plazo, mientras que otros, los indígenas y la humanidad en general, han pagado o pagarán el precio[526].

Comercio e industria

Hay ciertos tipos de ignorancia beneficiosos en el mundo de los negocios, o al menos para algunos. Por ejemplo, en una subasta, el vendedor se beneficia del hecho de que los postores no saben hasta

dónde están dispuestos a llegar sus competidores. Se ha dicho que el comercio se beneficia de la «ignorancia simétrica» de las dos partes de una transacción[527]. Pero la ignorancia asimétrica es más habitual. Un ejemplo famoso lo señaló George Akerlof, un economista estadounidense. En su «principio de los limones», los malos coches de segunda mano («limones», como se conoce en la jerga estadounidense a los coches que resultan defectuosos) superan en número a los buenos, ya que los dueños de los buenos los aprecian y no los sacan al mercado. La ignorancia lleva a la decepción de los compradores[528]. Otros tipos de ignorancia llevan al fracaso de los vendedores, que se mide según índices de bancarrota.

No es de extrañar que el estudio del papel de la información en la vida económica se haya convertido en un campo importante en la disciplina de la economía. El economista Oskar Morgenstern y el matemático polímata John von Neumann hicieron una gran aportación conjunta utilizando la teoría de juegos. El comportamiento económico tiene algunos elementos básicos en común con los juegos: la existencia de jugadores, estrategias y ganancias. Se parece sobre todo a un tipo de juego concreto en el que los jugadores desconocen las elecciones de los demás. El problema estriba en descubrir la mejor estrategia en cada situación[529].

El economista Kenneth Arrow se hizo famoso por su análisis del problema de comprar y vender información. «La paradoja de la flecha» señala la incompatibilidad existente entre la necesidad de los consumidores de saber por adelantado lo que están comprando y la necesidad idéntica de los vendedores de no divulgar información hasta no haber recibido el pago[530]. Como sucedía en el caso de la guerra, la clave estriba en la ignorancia relativa. Todos los participantes son ignorantes hasta cierto punto, pero los menos ignorantes son los que tienen más probabilidades de éxito.

Es importante distinguir entre dominios, no solo entre grados de ignorancia. En los negocios, la ignorancia ha sido tradicionalmente mayor en el comercio internacional que en el interior. Un estudio reciente ha señalado la «ignorancia recíproca» de los comerciantes europeos y los otomanos a principios de la Edad Moderna. En el caso de Inglaterra, «el comercio ultramarino era por necesidad arriesgado para los comerciantes del siglo XVIII»[531]. En una era de navegación, el riesgo de naufragio y de pérdida del cargamento era particularmente alto. Se trata de un ejemplo de «lo que sabemos que no sabemos»

tanto para los comerciantes como para la tripulación. No es de extrañar que la historia de las aseguradoras comenzara no para las vidas, ni para las casas, sino para los barcos.

Como muestra Hoppit, los riesgos para el comercio son múltiples: desde la guerra, que fue y sigue siendo un riesgo importante —en la Inglaterra del siglo XVIII, por ejemplo, «las guerras creaban un alto nivel de incertidumbre por la interrupción de los flujos de información, dinero y bienes, y la disrupción en el acceso a los mercados»—, hasta la propia innovación, que también es fuente de incertidumbre: «Los nuevos métodos de producción o comercialización son siempre más arriesgados que los viejos». La ignorancia de las nuevas oportunidades es más probable cuando la comunicación es lenta e infrecuente. Por ejemplo, durante la Revolución Industrial, «en torno a 1780, un comerciante de maíz de Hemel Hempstead, en Hertfordshire, no tenía posibilidades de conocer lo suficiente el mercado de las prendas de algodón como para hacer las maletas y marcharse a Bolton para dedicarse allí al cultivo de algodón»[532].

Hay un área de ignorancia que se refiere «al otro lado de la colina», o, dicho de otra manera, a las políticas y técnicas de los rivales. Evidentemente, es importante saber si un competidor está utilizando técnicas nuevas, y también lo es mantenerlo en la ignorancia de nuestras recetas, tecnología, clientes, proyectos para el futuro, etcétera. En este sentido, se dice que, para mantener en secreto sus procesos técnicos, Benjamin Huntsman, un fabricante inglés del siglo XVIII, solo ponía en marcha sus plantas siderúrgicas por la noche[533].

Y, pese a los esfuerzos de ocultamiento, el espionaje industrial tiene una larga historia. En el siglo XVII, los secretos de los fabricantes venecianos de cristales eran muy codiciados por sus colegas de Francia e Inglaterra. En la época de la Revolución Industrial, unos suecos visitaron Inglaterra e informaron al Consejo de Minas y la Oficina de Hierro de su país sobre la maquinaria que habían visto, e incluso les proporcionaron bocetos. En torno a 1780, un ingeniero francés visitó Inglaterra para conseguir información sobre la alfarería, los telares y otras máquinas de Wedgwood, y se llevó con él a tres trabajadores «sin los que las propias máquinas carecían de utilidad»[534]. Durante la Guerra Fría, los espías del bloque comunista consiguieron extraer información técnica de los países occidentales[535]. En cuanto a la situación actual, en el siglo XXI, una de las revelaciones de Edward Snowden, de las que hablaremos más adelante, es que la Agencia

Nacional de Seguridad había espiado a las compañías alemanas que competían con las estadounidenses.

Pero otro aspecto importante de la ignorancia en los negocios es la falta de conocimiento de los posibles mercados. Los errores pueden salir muy caros, como en el caso de los orígenes de la Compañía Inglesa de los Mares del Sur, cuando aún comerciaba con Sudamérica: enviaron prendas de algodón a Cartagena en 1714 sin comprender que eran prendas inútiles en el clima tropical[536]. Hubo un primer intento de remediar este tipo de situaciones por parte de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. Gracias a Johannes Hudde, uno de sus directores, ya en 1692 se estaban analizando cifras de ventas para determinar las políticas futuras de la compañía en cuanto al precio y la importación de pimienta y otros bienes procedentes de Asia[537]. La investigación sistemática de mercado es mucho más reciente. Otra vez en retrospectiva, la historia de la investigación de mercado nos hace ver la antigua ignorancia que existía sobre quién adquiría un producto (hombres o mujeres, jóvenes o viejos, clase media o clase trabajadora), así como sus razones o motivos para elegir una marca y no otra.

Daniel Stach, un psicólogo estadounidense, fundó en 1923 una compañía para hacer estudios de mercado, y se concentró en la eficiencia de los anuncios. Pero, mientras Starch y sus colaboradores se limitaban a preguntar a la gente por sus preferencias, Ernst Dichter, un psicólogo austríaco-estadounidense que trabajó en la década de 1940, adoptó un enfoque freudiano en su «investigación motivacional» y se centró en los deseos inconscientes que motivaban al consumidor a elegir un producto concreto, desde un jabón a un coche, con lo que ayudó a los vendedores a hacer una publicidad dirigida más eficaz. Hoy en día es habitual esta «persuasión oculta»[538].

La ignorancia organizativa también es un problema grave para los negocios, igual que lo es para los gobiernos. De hecho, los estudios sobre este tipo de ignorancia se desarrollaron originalmente en el ámbito económico. En Estados Unidos, desde principios del siglo XX, «las pequeñas compañías se combinaron para formar otras grandes»[539]. A medida que las firmas crecían en tamaño, se hacían con más y más información, pero también con más niveles de gestión que se interponían entre la cima de la compañía y la base. Este desarrollo provocó una debilidad nueva, el «silencio organizativo», es decir, el fallo en la comunicación, en la transferencia de conocimientos entre

dos partes de una firma[540].

Por ejemplo, los trabajadores de planta de una tienda o una fábrica adquieren con la experiencia un conocimiento sobre el proceso de producción del que tal vez no dispongan los directivos, igual que los trabajadores pueden ignorar —o ser sumidos en la ignorancia— todo lo relativo a los planes de la directiva. Los trabajadores y la dirección han parecido a menudo «dos culturas» (por adaptar la expresión de C. P. Snow sobre las ciencias y las humanidades). Cada grupo ignora los conocimientos del otro. El problema se ha descrito como «conocimiento pegajoso» *(sticky knowledge),* en el sentido de que se adhiere al entorno donde se encuentra y no se mueve con facilidad[541]. Si imaginamos el conocimiento como un «flujo», este flujo se encuentra en ocasiones con barreras que lo interrumpen, y además puede estar «filtrado». Si la dirección no escucha, los trabajadores no hablan, y se genera un «clima de silencio»[542]. En casos extremos, los encargados tienen miedo de decir a sus jefes lo que creen que sus jefes no quieren oír, problema que resurgirá en el capítulo siguiente en el contexto político. El resultado es que se ignoran problemas graves.

De las fábricas en los países comunistas, desde Hungría hasta China, nos llegan ejemplos paradigmáticos de ignorancia organizativa. En ellas, los encargados no sabían —o fingían no saber— que los trabajadores no hacían su trabajo, no acudían a la fábrica o directamente robaban[543].

Un autor que escribía sobre compañías creó la metáfora del «iceberg de ignorancia», que viene a explicar que, cuanto más se asciende en la jerarquía, menos se sabe de los trabajadores de la parte de abajo, incluyendo el conocimiento real que tienen los trabajadores sobre la firma y los productos. Como dijo con tristeza un directivo de Hewlett-Packard: «Ojalá supiéramos qué sabemos en HP»[544]. Otro problema relacionado con esto es el «olvido» organizativo. Los empleados que trabajan en una firma durante décadas adquieren un «conocimiento tácito», es decir, un conocimiento que ni ellos mismos saben que poseen. Como no suelen ponerlo por escrito ni transmitirlo a sus sucesores, la compañía lo pierde cuando se jubilan. Como dice David DeLong, asesor de gestión, sobre todo referido a las dos últimas décadas, «ese retumbante sonido de sumidero que vas a oír es el conocimiento que se va por el desagüe de las organizaciones con las jubilaciones y otros tipos de cambio»[545]. El problema, por supuesto, no se limita al ámbito de los negocios: afecta a los gobiernos, las iglesias,

los ejércitos y a todo tipo de organizaciones. Pero las compañías —sobre todo en Japón— han sido pioneras a la hora de intentar resolver el problema[546].

No todas las políticas oficiales que han llevado a un declive económico son resultado de la simple ignorancia. Algunos gobiernos, por ejemplo, dieron menos importancia a la prosperidad que a la ortodoxia religiosa, como en dos casos bien conocidos de principios de la Europa moderna: la expulsión de los moriscos (descendientes de árabes y sospechosos de seguir leales al islam) por parte de Felipe III de España en 1609, y la expulsión de los protestantes de Francia por parte de Luis XIV en 1685. Ambas expulsiones conllevaron la pérdida de muchos trabajadores cualificados por motivos religiosos. En cualquier caso, se puede decir que los gobiernos ignoraron las consecuencias económicas de la pérdida[547].

La ignorancia del consumidor

Los consumidores, igual que los negocios y los gobiernos, toman decisiones económicas en condiciones de incertidumbre. Los economistas han analizado a menudo su comportamiento como si estas decisiones fueran racionales, y, de ser así, sería fundamental atender a su nivel de conocimiento y lo contrario, su nivel de ignorancia. Pero, por otra parte, psicólogos como Starch y Dichter han analizado el comportamiento del consumidor como si fuera irracional o, al menos, no racional, fruto de deseos inconscientes. En este segundo caso, la ignorancia sería irrelevante. En la práctica, sería de más ayuda establecer distinciones no solo entre los individuos consumidores, sino también entre los productos, porque no cabe duda de que los deseos inconscientes tienen más importancia si estamos eligiendo un coche que si estamos eligiendo huevos en un supermercado.

En el mundo preindustrial, con un número limitado de productos que se ofrecían a la venta en mercados, en las ferias o ante los talleres de los artesanos, las elecciones eran relativamente sencillas. Pero hasta en ese mundo había que dominar demasiada información. Muchas veces los precios no eran fijos, sino que se negociaban, así que los compradores tenían que saber si un vendedor concreto era flexible u obstinado. Si visitaban diferentes tiendas o tenderetes, podían

comparar la calidad y el precio de los diferentes productos. Por otra parte, en el caso de adquisiciones sustanciales, como podía ser un caballo (igual que sucedería luego en el mercado de los coches de segunda mano), cualquier vendedor astuto podía engañar con facilidad a un comprador poco informado. El consejo *Caveat emptor* («tenga cuidado el comprador») es muy antiguo[548].

La situación se hizo más compleja, al menos para los que disponían de cierta fortuna, a partir del siglo XVII, cuando el auge de la moda, sobre todo en lo relativo a la vestimenta, exigió a los consumidores que se familiarizaran con las tendencias si querían estar a la última. Para ello, a veces tenían que leer revistas especializadas, como *Le Cabinet des Modes* (1785). La era industrial lo complicó todo todavía más, con un incremento vertiginoso en el número y variedad de los artículos que se podían comprar. Los consumidores empezaron a estudiar catálogos y ver anuncios impresos antes de tomar decisiones, mientras que las marcas de los productos pasaron a ser más habituales.

Los anuncios, que al principio habían sido un instrumento para informar al comprador, se convirtieron poco a poco en una forma de persuasión, apelando a deseos que los consumidores ni siquiera sabían que tenían[549]. Obviamente, sería demasiado simplista presuponer que si los consumidores tuvieran más conocimientos serían inmunes a la persuasión; pero ciertamente la ignorancia, sobre todo la ignorancia de la estrategia del adversario, hace que los consumidores sean más vulnerables a la manipulación, y en eso se basan muchos fraudes[550]. La respuesta a este problema ha sido la creación de instituciones como Consumer's Research (1929) y revistas como *Which?* (1957), que buscan informar a los consumidores y fomentar su capacidad de juicio. Hoy en día la investigación de los productos para la defensa de los consumidores avanza en paralelo con la investigación de los consumidores para la venta de productos. Pese a todo, muchos consumidores ignoran la existencia de productos competidores, por no mencionar de su ignorancia sobre el material de que están hechos, o el efecto de su fabricación sobre los trabajadores o sobre el medio ambiente.

El problema es que la evaluación de ciertos productos, sobre todo si son legales, médicos o financieros, requiere conocimientos especializados, con lo que el consumidor de a pie necesita el asesoramiento de intermediarios. En el mundo actual, tan

especializado, les pasa incluso a los médicos, sobre todo al médico de familia que necesita saber qué medicamento recetar a un paciente. Como ya se dijo en el capítulo 7, es imposible estar al día de todos los artículos que se publican sobre medicamentos nuevos, y que además pueden contener información engañosa u ocultar el hecho de que los autores que los firman trabajan para determinada compañía farmacéutica[551].

En resumen, consumir con inteligencia y sin ayuda se ha convertido en un trabajo a jornada completa. Lo mismo se puede decir de las finanzas: la contabilidad y, sobre todo, las inversiones.

Analfabetismo contable

Cada vez son más comunes las expresiones como «formación financiera» o «conocimientos de contabilidad». La Accounting Literacy Foundation (que se creó en 1982 y pasó a convertirse en fundación en 2020) define este tipo de conocimiento como «la capacidad para leer, interpretar y comunicar una situación o acontecimiento financiero, que se refleja por lo general en los cinco elementos de una cuenta de resultados o una declaración de ingresos: entradas, capital, pasivos, activos y gastos[552].

Aquí lo que nos interesa es lo contrario, el «analfabetismo contable» y sus consecuencias para los pequeños negocios que no se pueden permitir los servicios de un especialista en finanzas o para los individuos que planean su jubilación. En el segundo caso, se ha visto que «las mujeres tienen menos conocimientos financieros que los hombres» y que «las personas jóvenes y las mayores tienen menos conocimientos financieros que las de edad intermedia»[553].

Si miramos hacia el pasado, fue la necesidad de dejar constancia de la entrada y salida de las mercancías lo que llevó a la invención de la escritura en tablillas de arcilla en la antigua Babilonia. Las instrucciones para llevar una contabilidad de entradas y salidas (los ingresos por un lado y los gastos por otro) aparecen ya en los manuales para mercaderes de la Italia del siglo XV, y más tarde en los destinados a los cabezas de familia de muchas ciudades europeas. Por el contrario, ciertos gobernantes como Felipe II (de quien se habla en el capítulo 11) y sus nobles se mostraban satisfechos de su ignorancia en lo relativo a las finanzas; y no olvidemos que, ya en 1800, la mayor

parte de la población rural de Europa seguía sin saber leer ni escribir.

En el siglo XIX, cuando la contabilidad se hizo más compleja, los contables aparecieron como profesión diferenciada, y el proceso no se ha detenido[554]. Se ha dicho que la contabilidad es «una tecnología de la ignorancia». Por ejemplo, un estudio de diecisiete escándalos de corrupción en Italia, denunciados entre 2014 y 2018, llegó a la conclusión de que «la contabilidad tiene una función en la generación y mantenimiento de la ignorancia»[555]. A esto hay que responder con una variante del conocido epigrama de «la estadística no miente, los que mienten son los estadísticos»: la contabilidad no miente, los que mienten son los individuos y compañías al introducir datos en los balances contables. El precio del analfabetismo contable es la incapacidad para detectar estas mentiras.

Inversión en ignorancia

Desde el punto de vista del lego en la materia, los mayores peligros del analfabetismo financiero están en el campo de las inversiones. Esto es así desde hace mucho tiempo. Entre las innovaciones institucionales de la Baja Edad Media y los primeros tiempos de la Moderna estuvieron las sociedades anónimas. Hay muchos ejemplos famosos, como la Compañía de las Indias Orientales en Gran Bretaña, fundada en 1600, propiedad compartida de un grupo de mercaderes, y su equivalente neerlandés (también llamada VOC por sus siglas, Vereenigde Oostindische Compagnie, Compañía Unida de las Indias Orientales), fundada en 1602, que atrajo a muchos pequeños y grandes inversores. Otra innovación fue el mercado de valores, en el que destacó la Bolsa de Ámsterdam (1602)[556]. Las bolsas anteriores ya habían ofrecido la oportunidad de comprar y vender mercancías y materias primas, pero lo que se compraba y vendía en la Bolsa de Ámsterdam eran acciones de compañías. El equivalente en Londres fue el Change Alley, cercano pero independiente del Royal Exchange, mientras que el equivalente neoyorquino fue Wall Street. Antes de la creación de la Bolsa de Nueva York en 1792, los corredores de bolsa se reunían bajo un árbol de Wall Street[557].

Como la VOC, las bolsas de acciones movilizaban los recursos de muchos pequeños inversores. Entonces, igual que ahora, había inversores profesionales (comerciantes y especuladores) y aficionados.

La ignorancia de los inversores, como la de los consumidores, nunca se ha estudiado de manera sistemática. Pero las rápidas fluctuaciones del mercado de valores a lo largo de los siglos, sus auges y caídas, serían muy difíciles de explicar sin la existencia de «inversores inexpertos»[558].

Como también sucedía en el caso de los consumidores, a menudo se ha utilizado el lenguaje de la psicología —por lo general una psicología de grupos anticuada—, para describir el comportamiento de los inversores, y se los ha tratado como «manada» más que como individuos, además de emplear términos como «exuberancia», «locura», «pánico» o «histeria»[559]. Una vez más, es imprescindible hacer distinciones entre los inversores cautelosos y los que corren riesgos, así como entre las inversiones en tiempos de normalidad y en momentos de auge económico, cuando son muchos los que quieren una parte de los beneficios. La innovación en tecnología puede llevar a un rápido crecimiento de la especulación, gracias a «lo emocionante de la tecnología» combinado con la ignorancia o, mejor dicho, «la limitada información disponible para valorar con precisión las acciones»[560].

El resultado de estas condiciones es el rápido crecimiento y el estallido aún más rápido de las «burbujas»: la burbuja ferroviaria, la burbuja de la bicicleta y, más recientemente, «la burbuja de las puntocoms». Un factor crucial en el proceso es la ignorancia de los inversores (sin contar a los que tienen información interna) sobre el estado de las finanzas en la compañía en la que quieren invertir, un conocimiento que les habría permitido vender sus acciones antes de que estallara la burbuja. Toda inversión incluye una dosis de incertidumbre, pero, en el caso de burbujas como la de los Mares del Sur en 1720, o caídas como la de 1929, de la que se hablará más adelante, la ignorancia y su compañera, la credulidad, también desempeñaron un papel importante.

Las inversiones se han comparado muchas veces con las apuestas. En cierto modo, esto hace parte de su atractivo. Hay gente que prefiere cierto nivel de riesgo con la posibilidad de grandes ganancias a una seguridad mayor y la ganancia limitada de prestar dinero a los bancos. Algunos jugadores estudian la «forma» de unos caballos concretos antes de la carrera, o las estadísticas de una mesa de ruleta, mientras que otros ni se molestan. Parece ser que en el caso de los inversores sucede lo mismo. Los hay que estudian el historial de las materias primas, otros siguen el consejo de los corredores de bolsa.

Algunos más consultan libros o ven programas de televisión de asesores independientes, como la estadounidense Suze Orman, una autora de éxito que también presentó un programa de noticias sobre este tipo de negocios en la CNBC entre 2002 y 2015.

Otros, sencillamente, compran y venden acciones por imitación, viendo lo que hacen los demás, o se dejan timar por estafadores como Charles Ponzi, que desarrolló sus actividades en el Estados Unidos de 1920. Ponzi ofrecía a los inversores unos beneficios elevadísimos, pero lo que ganaban los primeros inversores era lo que pagaban los que habían llegado más tarde. Era un plan que se tenía que derrumbar tarde o temprano, y se derrumbó menos de un año después de su puesta en marcha. Ponzi fue a la cárcel por fraude y sus inversores lo perdieron casi todo, en un excelente ejemplo de la máxima «si algo parece demasiado bueno como para ser cierto, probablemente lo sea»[561].

Como ya hemos visto en capítulos anteriores, un vacío de conocimientos fidedignos se llena muy deprisa con rumores, que circulan de manera oral y luego se difunden gracias a la imprenta y otros medios. Se ha observado que la historia de las burbujas especulativas «coincide en su origen con la de los periódicos» a principios del siglo xviii. Los medios de comunicación han seguido alentando o desalentando las inversiones en la era del teléfono (tan importante para la bolsa), la radio, la televisión e internet[562]. Una vez creadas las bolsas, algunos especuladores no tardaron en descubrir que podían manipular el mercado difundiendo lo que ahora llamamos bulos o *fake news*. Por ejemplo, un artículo sobre la pérdida de un cargamento de especias en el mar disparaba los precios de algún producto.

Los rumores políticos también tuvieron este efecto. Un rumor sobre la muerte de Napoleón se difundió de manera muy exagerada en 1814, cuando un hombre vestido con el uniforme de un ayudante de campo llegó a Dover y contó que el emperador había sido derrotado y asesinado por los cosacos. Estas falsas noticias llevaron a una subida de las acciones en la bolsa de Londres, que permitió a un reducido grupo de personas que conocían el secreto aprovecharse de la ignorancia temporal del público sobre la situación, y vender sus acciones a un precio más alto antes de que se descubriera la verdad. Hasta aquel momento, la bolsa había mirado hacia otro lado ante la difusión deliberada de rumores, pero en esta ocasión se celebró un

juicio por «conspiración de fraude mediante informes falsos», y hubo condenas[563].

De la misma manera, pero con efectos opuestos, los rumores han sembrado el pánico a menudo, han provocado la venta de acciones y la caída de bancos. En Estados Unidos, en el siglo XIX, estos ataques de pánico fueron tan habituales (1819, 1837, 1857 y 1873) que pasaron a convertirse en una especie de institución, aunque apenas tuvieron importancia en comparación con la caída de la Bolsa de 1929 o la crisis económica mundial entre 2008 y 2009[564].

Los rumores son efectivos porque juegan con dos emociones muy poderosas: la esperanza y el miedo. Las bolsas son como amplificadores de los rumores, que animan a los inversores a comprar o vender solo porque los demás lo hacen[565]. Una subida de la bolsa acelera las inversiones, lo que a su vez provoca una subida de los precios en una especie de reacción en cadena que se retroalimenta[566]. De ahí que la historia de la bolsa sea una sucesión de *booms*, lo que Alan Greenspan, quien fuera presidente de la reserva federal de Estados Unidos, denominó «exuberancia irracional». A estas subidas, que desde el siglo XVIII se denominan «burbujas», siguen inevitablemente los «estallidos» o bajadas, unas veces porque se agota el número de compradores, otras como resultado de malas noticias, ya sean verdaderas o falsas. Una vez más, se trata de una reacción en cadena: la venta de acciones porque los demás están vendiendo.

Hay ejemplos relativamente recientes, como la burbuja de las puntocoms en las compañías relacionadas con internet (1995-2002) o la burbuja del ladrillo en España entre 2005 y 2008 que concluyó con muchos edificios a medio construir. Los especuladores profesionales observan lo que está sucediendo y calculan el momento para vender justo en el instante previo a que estalle la burbuja, con lo que saltan del tren antes de que se estrelle. De hecho, a veces han sido ellos mismos los que han puesto en marcha el tren. El mecanismo se describió ya en 1690, cuando responsables ingleses de comercio condenaron la práctica de fundar una compañía con el único objetivo de vender sus acciones «a hombres ignorantes atraídos por su reputación, una reputación creada y difundida con engaños sobre la excelente condición de sus mercancías»[567]. Esta descripción es casi una profecía de lo que sucedería en Gran Bretaña treinta años más adelante: el vertiginoso ascenso y el estallido de la famosa «burbuja de los Mares del Sur»[568].

La burbuja de los Mares del Sur

Esta burbuja es un ejemplo clásico de ignorancia del inversor que llevó a la credulidad y de ahí al desastre. Robert Harley, ministro de la reina Ana, fundó la Compañía de los Mares del Sur en 1711 para comerciar con Sudamérica, que por aquel entonces aún se veía como El Dorado. Tras fracasar en ese aspecto, la Compañía se transformó en un plan para acabar con la deuda nacional, y para ello manipuló la opinión pública[569]. En el lanzamiento de sus acciones se permitió a algunas personas importantes comprar a precios preferentes, o se pusieron a su nombre acciones imaginarias, mientras que la Compañía prestaba dinero a los futuros inversores y los animaba a comprar unas acciones que muchos no se podían permitir. El resultado fue que el valor de las acciones subió, más gente invirtió, y la creciente demanda hizo subir aún más el precio de las acciones. Se trataba de un efecto multiplicador que en su momento se calificó de «frenesí» y de «vender la piel del oso antes de haberlo cazado»[570]. Los inversores formaban un grupo muy variado entre el que se encontraban el rey Jorge I, Isaac Newton o el poeta Alexander Pope, además de muchos políticos y hombres de finanzas. Se dice que también hubo muchas mujeres inversoras, desde duquesas a pescaderas del mercado de Billingsgate[571].

Hubo quienes vendieron pronto y obtuvieron ganancias. El canciller de Hacienda, John Aislabie, fue «uno de los primeros en predecir el estallido». Aconsejó al rey Jorge I que vendiera, porque «las acciones habían subido hasta un precio exorbitante debido a la locura de la gente», tanto que era «imposible que resistieran». Al igual que Aislabie, la duquesa de Marlborough vendió a tiempo porque vio que «este proyecto tiene que hundirse a no tardar» debido al peso del crédito en comparación con el efectivo[572]. Otros, a los que en aquel momento se calificó de «multitud crédula», entre los que se contaba el rey Jorge, se aferraron a sus acciones, que siguieron subiendo como por arte de magia con la ayuda de bulos insertados en los periódicos[573].

La burbuja estalló finalmente en septiembre de 1720. A este acontecimiento se refería Rishi Sunak en 2020, cuando era canciller de Hacienda y habló de «la peor recesión en trescientos años». Tras el estallido llegó una oleada de suicidios y la caída del gobierno. Robert Walpole, el nuevo primer ministro (y el primero en ostentar el cargo

que así pasó a denominarse), ocultó buena parte de lo sucedido mediante una maniobra que le ganó el título de «General de las Tapaderas». Sobre este tipo de encubrimientos hablaremos en el capítulo 13[574].

Las «miles y miles de víctimas desprevenidas», engañadas por «una gestión artera del espíritu del riesgo», no eran las únicas ignorantes[575]. Si los inversores «ignoraban el funcionamiento de las altas finanzas», los especuladores, como los líderes políticos del país, ignoraban las fuerzas económicas reales que impulsaban a la nación[576].

No se puede emitir un veredicto más equilibrado que el de Adam Smith sobre este tema. Smith dijo que la Compañía de los Mares del Sur tenía «unos dividendos inmensos repartidos entre un inmenso número de propietarios. Por tanto, era de esperar que prevalecieran la estupidez, la negligencia y los excesos». También señaló el papel desempeñado por lo que él denominó «bellaquería»: «la negligencia, los excesos y la malversación de los empleados de la Compañía»[577]. Smith identificó a los perpetradores y a las víctimas de la mayoría —si no todas— de las burbujas y los estallidos: por un lado, los que están dentro, los profesionales que hacen falsas promesas; y, por el otro, los que están fuera, los aficionados que confían en ellos, ya sea por ignorancia o porque aquellos les hacen las promesas que estos quieren oír. Esto fue lo que permitió que los de dentro «envenenaran la mente de la gente» en 1720[578].

Crac del 29[579]

Según un famoso economista estadounidense, el culto y extravagante John Kenneth Galbraith, la caída de la bolsa de Nueva York en 1929 fue «el ciclo especulativo de auge y estallido más importante de nuestros tiempos; el mayor, de hecho, desde la burbuja de los Mares del Sur»[580]. Con su estilo literario cargado de ironía, Galbraith presentó la caída de la bolsa como un ejemplo de lo que Gibbon había denominado «los crímenes, locuras e infortunios de la humanidad».

La descripción de Galbraith del declive y caída de la bolsa presentó el desenlace como «una orgía de especulación» que dejaba a la vista «la locura seminal que siempre se ha apoderado de las personas envenenadas con la posibilidad de ser muy ricas». Sugirió que, en la década de 1920, los estadounidenses mostraron «un deseo desmedido

de enriquecerse deprisa y con el menor esfuerzo físico posible». También señaló la importancia del «ánimo», «una sensación generalizada de confianza, optimismo y la seguridad de que la gente normal había nacido para ser rica»[65]. La publicidad animaba a invertir, y cabe destacar un artículo en el *Ladies' Home Journal* titulado «Todo el mundo debería ser rico»[581]. Los inversores, sobre todo las mujeres —según Galbraith—, no sabían que no sabían lo que estaban haciendo[582].

Cuando el precio de las acciones empezó a bajar, se dio otra reacción en cadena. Los inversores vendieron porque los demás estaban vendiendo, con lo que las acciones bajaron todavía más. La catástrofe llegó en octubre de 1929. Como resultado de un «miedo ciego», se desató el «pánico», en una «carrera enloquecida por vender». «Wall Street fue presa de los rumores». Como había sucedido con la burbuja de los Mares del Sur, hubo suicidios, aunque el número relativo se ha exagerado mucho[583].

Pero, en otro punto de su estudio, Galbraith socavó sus propias generalizaciones sobre la irracionalidad de los inversores aficionados. Para empezar, señaló que la democratización del mercado de acciones se había exagerado en este caso, igual que había sucedido con la burbuja de los Mares del Sur: «en el momento máximo de 1929, el número de especuladores activos era inferior, probablemente muy inferior, a un millón».

En segundo lugar, Galbraith demostró que los profesionales habían manipulado a los inversores aficionados. En ocasiones, un cierto número de corredores de bolsa unía recursos para subir el valor de unas acciones concretas. Los fondos de inversión, instituciones creadas en la década de 1920 y cada vez más importantes, impulsaban a los inversores. Estos fondos debían su éxito en parte al respeto del hombre de a pie hacia los expertos, los profesionales de las finanzas que gozaban de «reputación de omnisciencia». Por desgracia, no eran de fiar. Sin duda aquí se puede aplicar el término «bellaquería», como habría dicho Adam Smith.

En tercer lugar, Galbraith señaló las razones estructurales de la caída de la bolsa: el número de nuevos inversores era limitado y, cuando dejaron de llegar, la demanda cayó y el precio de las acciones dejó de subir, con lo que la confianza empezó a debilitarse. Luego comenzó la caída, y el sistema *stop-loss* (literalmente, «detener pérdidas», una orden automática de venta cuando las acciones llegan a

un precio determinado) amplificó la tendencia. «Cada espasmo de liquidación, por tanto, provocaba el siguiente»[584].

Hay una explicación más matizada del comportamiento de los aficionados, y viene del historiador alemán Daniel Menning, que pone el énfasis en la sobrecarga de información. En las cintas de teleimpresora aparecieron demasiados números, y cambiaban tan deprisa que la gente no los podía seguir. Los pequeños especuladores no supieron analizar la información, y esta ignorancia los llevó al desastre[585].

En resumidas cuentas, la ignorancia del inversor fue una condición necesaria para la caída de la bolsa de Nueva York, pero no la única. También tenemos que cuestionarnos la afirmación de Galbraith sobre la irracionalidad de los inversores. Es racional comprar acciones cuyo valor está subiendo, igual que lo es atajar las pérdidas cuando esas acciones empiezan a bajar. El problema fue que lo que tenía lógica para los inversores como individuos resultó en consecuencias inintencionadas y desastrosas cuando mucha gente tomó la misma decisión a la vez.

Negocios clandestinos

Algunas actividades que se han descrito antes ya tenían lugar en la frontera de la legalidad. Los negocios ilegales, que dependen del encubrimiento o la «ignorancia estratégica», en el sentido de mantener a la gente en la ignorancia de lo que está pasando, merecen una sección aparte. Aquí se incluye la producción de sustancias y objetos prohibidos (como alcohol, drogas o falsificaciones), su transporte (contrabando) y su venta (mercado negro), así como el proporcionar servicios ilegales, que van del sexo a la protección, pasando por los asesinatos por encargo. Todos estos negocios son clandestinos, en teoría invisibles, aunque el historiador social se tiene que hacer la pregunta: ¿invisibles para quién?

En este caso, los ignorantes, al menos en teoría, son los agentes de aduanas, los cobradores de impuestos y la policía. En la práctica, muchas personas, entre ellas individuos que ocupan posiciones de importancia en el gobierno, saben lo que está pasando, aunque no todos sepan exactamente cuándo y dónde[586]. En cualquier caso, es necesario mantener la ficción de ignorancia, si no la ignorancia

misma. El concepto de «ignorancia fingida» es más útil que nunca en el contexto de los negocios y la política.

Algunos de estos negocios eran y siguen siendo menores, desde el granjero que hace su propio aguardiente al fontanero que cobra menos si le pagan en efectivo, o los vendedores callejeros que tal vez no tengan una licencia o venden falsificaciones de marcas conocidas. O, si la mercancía es genuina, puede ser robada o fruto del contrabando. Como se decía en el Londres de mi infancia, «se cayó de un camión». El sistema entero se conoce como economía gris, informal, paralela, alternativa o «en la sombra».

En tiempos de crisis, esta economía extraoficial cobra una importancia especial. En Estados Unidos, durante los años de la «ley seca» (1920-1923), el alcohol se ilegalizó. La respuesta de algunos fue fabricar sus propias bebidas alcohólicas o transportarlas de contrabando desde Canadá en barcos de pesca para que otros las vendieran copa a copa (o taza de té a taza de té, para disimular) en los *speakeasies* o bares clandestinos en casas privadas y abiertos solo para los que sabían de su existencia. Como dijo su principal historiador, «la Prohibición proporcionó un curso acelerado para entrar en la industria del crimen», además de hacer rico al joven Al Capone[587]. Por supuesto, a los historiadores les encantaría saber quién sabía todo lo que ocurría y quién no. Los posibles clientes necesitaban saber qué había en venta, cuándo y dónde comprar, así que los policías, o al menos algunos, también lo sabían, si bien podían fingir ignorancia a un buen precio.

En China, durante la hambruna de 1958-1962, se puso en marcha un sistema informal de distribución, o bien el que ya había pasó a ser mucho más importante. Algunos miembros del Partido «mostraron una gran astucia en el diseño de medios para defraudar al Estado». Se desarrolló una economía «paralela» con trueques y permisos falsos. Hubo «un comercio de almas muertas», ya que las unidades de producción inflaban el número real de trabajadores para recibir mayores raciones[588]. Los oficiales, entre ellos la policía, no sabían lo que estaba pasando o miraban hacia otro lado..., pero no gratis.

Ni que decir tiene que es muy difícil para los especialistas calcular el volumen de esta economía extraoficial. Un estudio de 151 países, entre 1999 y 2007, sugiere que esta sección de la economía es mínima en Suiza y en Estados Unidos, alrededor del 8 o 9 por ciento del PNB, y en cambio llega al 68-69 por ciento en países como Bolivia o Georgia[589]. Más difícil todavía es para los historiadores hacer cálculos

sobre el pasado. Por ejemplo, son muy conscientes de que en la España del siglo XVI, las cifras oficiales de la plata que llegaba del Nuevo Mundo estaban muy por debajo de la realidad. Lo que se desconoce es la escala de la operación extraoficial. Lo único que se puede hacer es contrastar de manera general diferentes épocas. Antes de la aparición del impuesto sobre la renta en el siglo XIX, no hacía ninguna falta ocultar lo que se ganaba, porque los ingresos de los gobiernos procedían sobre todo de las aduanas y los impuestos sobre el consumo; de ahí el enfrentamiento constante con los contrabandistas. Antes de la aparición del Estado de bienestar en el siglo XX, no era posible que un individuo cobrara el desempleo y trabajara a escondidas, por ejemplo.

Pero muchos negocios clandestinos se han desarrollado a una escala mucho mayor que las pequeñas transacciones de la economía extraoficial. Uno de los casos más importantes es el tráfico de drogas. En este tipo de comercio, los organizadores clandestinos se enfrentan a agentes también clandestinos (como el FBI, la DEA, etc.), en una especie de guerra oculta. La producción suele ser secreta, por ejemplo, con fábricas subterráneas en las montañas de Fujian que procesan cannabis que se cultiva en contenedores ocultos en «enormes agujeros en el bosque» de la Columbia Británica[590]. La cocaína se refinaba en laboratorios secretos de domicilios privados, pero, con su extravagancia característica, Pablo Escobar y sus socios, los hermanos Ochoa, hicieron construir un complejo laboratorio en la selva colombiana que contaba incluso con pista de aterrizaje y dormitorios para los trabajadores. El complejo, conocido como Tranquilandia, fue descubierto y destruido en 1983[591].

Si pasamos de la producción a la distribución, la mercancía ilegal se ha transportado por caminos secretos como senderos de montaña o túneles, a lomos de porteadores o de burros, escondida en coches, aviones o barcos particulares, o hasta dentro del cuerpo de «mulas» humanas. Pero, además, «varias mercancías ilegales distintas pasan por el mismo espacio físico»[592]. Puede ocurrir que las armas circulen entre dos puntos en una dirección, y las drogas, en la contraria. Algunas rutas que se utilizan para exportar cocaína de Colombia ya se utilizaron para el contrabando de esmeraldas, cigarrillos y marihuana.

Se ha dicho que el tráfico de diamantes es «hermético, tal vez más hermético que ningún otro», ya que mueve objetos pequeños de gran valor y muy fáciles de ocultar[593]. Los mineros sacan de contrabando

algunos de sus hallazgos, los entregan y cruzan de manera ilegal las fronteras internacionales. Es una «exportación invisible» que reaparece en forma de mercancía legítima en Amberes y en otras ciudades.

Los principales actores en estos tráficos clandestinos utilizan diferentes nombres y pasaportes, y suelen cambiar de escondrijo con frecuencia para mantener a la policía y al resto de sus perseguidores en la ignorancia acerca de su identidad y paradero. Suelen ocultar sus ganancias en cuentas *off-shore* o en «paraísos fiscales», práctica que se remonta al siglo XIX y que empezó con Suiza y con las islas del Canal. Lavan el dinero moviéndolo de una cuenta a otra, de un banco o compañía a otra, y así sucesivamente, para mantener a la policía y al fisco en la ignorancia de sus actividades[594].

El secreto es esencial para las operaciones al margen —o muy lejos— de la ley. En Suiza «hace siglos que existe el secreto bancario», que culminó con la famosa Ley del Secreto Bancario de 1934. Esta tradición de «respeto a la intimidad del cliente», junto con la larga tradición de neutralidad del país, explica que el capital extranjero se refugiara en los bancos suizos durante la Primera Guerra Mundial, cosa que volvió a suceder durante la Segunda[595]. Allí escondieron su dinero, entre otros, los nazis, la mafia estadounidense, el emperador Haile Selassie de Etiopía, el sha Pahlevi de Irán o los presidentes Perón de Argentina, Mobutu de Zaire y Trujillo de la República Dominicana[596].

El lavado de dinero es una parte fundamental de la industria de servicios clandestinos. Otra es la protección, una especie de impuesto que los individuos o los negocios pagan a las bandas criminales. La mafia siciliana, que ha sido objeto de estudio por parte de economistas como Pino Arlacchi y Diego Gambetta, lleva siglos en el negocio de la venta de protección a los pequeños negocios. Esta protección se refiere a otros criminales, pero también a la propia mafia. La protección también es una fuente de ingresos fundamental para las bandas de China, donde ya en el siglo XVIII existían sociedades secretas conocidas como Tríadas, y de Rusia después de la descomposición de la Unión Soviética. Las mafias rusas ilustran cómo «crear un problema» y luego ofrecerse a resolverlo[597]. La venta de protección está sujeta a las leyes de la oferta y la demanda: la demanda viene de los dueños de activos que temen perderlos en una sociedad donde hay carencias de ley y orden. La oferta la proporcionan antiguos soldados y policías, y otros individuos especializados en la violencia[598].

Como suele suceder en la economía informal, los negocios criminales florecen en épocas de crisis. El tráfico de personas ha crecido sin parar desde la década de 1990. El tráfico ilegal de armas ha aprovechado a menudo las revoluciones y guerras civiles. Por ejemplo, durante la revolución mexicana de 1911, llegaron de manera ilegal armas procedentes de Estados Unidos a través del puerto de Veracruz[599]. En un trabajo sobre lo que el autor denomina «la economía política clandestina de la guerra y la paz», se presenta un estudio de caso de la guerra civil de Bosnia en la década de 1990 y se señala que «el acceso a los suministros a través de las redes de contrabando con la implicación de agentes criminales particulares es básico para comprender el estallido, persistencia, fin y consecuencias de la guerra»[600].

También a finales de los años 1990, Viktor But, al que se conocería como «el mercader de la muerte», cobró fama por llevar armas de contrabando a escenarios de guerra civil como Afganistán, Angola, Liberia, Sierra Leona y el Congo. But, que había trabajado para los servicios de inteligencia soviéticos, adquirió una flota de antiguos aviones rusos de carga para vender armas en las guerras civiles de Afganistán, Angola, Sierra Leona, República Democrática del Congo y más lugares, a veces a los dos bandos. Los aviones estaban registrados en países como Liberia, donde las autoridades miraban hacia otro lado y no hacían preguntas, mientras que los cargamentos se enviaban con certificados de usuario final falsos para darles una apariencia de legitimidad[601].

Las armas de contrabando se han convertido en un objeto cotidiano en las fronteras, sobre todo en el «Triángulo de Ilemi», el punto donde se encuentran Kenia, Uganda, Etiopía y Sudán, hasta el punto de que un visitante advirtió que «un billete de autobús, una cerveza o una cocacola se pueden pagar con una bala»[602].

Los negocios clandestinos suelen aparecer como reacción a los monopolios y las prohibiciones. En ese sentido, Viktor But burló el embargo de armas de la ONU igual que Al Capone había burlado la ley seca. O, también, el comercio clandestino de antigüedades es la respuesta a la negativa a conceder licencias de exportación de objetos que se consideran parte del patrimonio nacional (aunque esas mismas antigüedades sean fruto de saqueos o falsificaciones anteriores). También hay bienes legales que se han pasado de contrabando en un momento u otro para evadir impuestos o monopolios, como la seda,

las especias, la sal, la plata, el coñac o los cigarrillos.

En otros casos, se trata de bienes que se consideran ilícitos. Es el caso de algunos libros que se prohibieron por considerarlos herejes, subversivos o pornográficos, y que durante mucho tiempo han circulado por cauces ocultos. En el siglo XVI, cuando la Iglesia católica prohibió las obras de Erasmo y Maquiavelo, estos libros siguieron llegando a Venecia en las décadas de 1570 y 1580[603]. Los libros herejes se escondieron a veces en barricas con pescado por encima (igual que la ginebra o el whisky, que iban en camiones ocultos bajo leña durante la época de la ley seca).

En el siglo XVIII se dio en Francia un tráfico muy activo de libros prohibidos, llamados «libros filosóficos». Los libros entraban desde Neuchâtel, en Suiza, y unos porteadores los trasladaban por caminos secretos por las montañas Jura en cajones que contenían también material legal. Luego se vendían en Francia bajo cuerda, o, como se decía entonces, «bajo la capa»[604].

Durante la Guerra Fría hubo casos muy famosos de cómo esquivar la censura oficial, como el contrabando de manuscritos procedentes de la Unión Soviética para su publicación en Occidente, entre ellos el de *Doctor Zhivago,* la novela de Borís Pasternak que se publicó por primera vez en Italia, en la editorial Feltrinelli, en 1957, así como obras de Andréi Siniavsky y Yuli Daniel que criticaban el régimen y los llevaron a prisión acusados de «actividades antisoviéticas» en 1966. No era una técnica nueva: en el siglo XVII, el manuscrito de una obra antipapal, *Historia del Concilio de Trento*, del fraile veneciano Paolo Sarpi, se pasó de contrabando en fragmentos conocidos como «canciones» para que se pudiera publicar en Londres, en italiano y en la traducción al inglés[605].

En cuanto a la «piratería» de libros, es decir, la producción de ediciones no autorizadas en violación de las leyes de derechos de propiedad intelectual, comenzó hace siglos y ha continuado hasta hoy en día. Dublín fue un centro importante de la edición pirata en el siglo XVIII, igual que Taiwan en la década de 1960, con falsificaciones que iban desde *El señor de los Anillos* hasta la *Encyclopaedia Britannica*, de la que unos editores estadounidenses hicieron al menos doce ediciones piratas entre 1875 y 1905[606].

En una época en que los consumidores están tan interesados en las marcas de diseñadores, la falsificación se ha convertido en un gran negocio. En torno al año 2007, entre un 20 y un 25 por ciento de las

exportaciones de China eran falsificaciones. Entre los productos de gama baja había cigarrillos y DVD; entre los de gama alta, chaquetas de Armani, bolsos de Vuitton y hasta un Mercedes[607]. Sería interesante saber cuántos compradores ignoran de verdad que se trata de falsificaciones, cuántos no quieren saberlo y cuántos no quieren que se sepa lo que saben.

El periodista italiano Roberto Saviano hizo un estudio clásico sobre falsificaciones y contrabando que no solo describió las actividades de una sociedad secreta, la Camorra, sino que además les puso nombre propio. Tras la publicación de su libro, Saviano tuvo que esconderse[608]. Describió con todo detalle la imitación de la ropa de diseño que hacían sastres de gran habilidad, a menudo inmigrantes ilegales procedentes de China o Vietnam, en talleres secretos de Secondigliano, en las afueras de Nápoles[609]. También describió cómo llegaban a Europa de contrabando otras falsificaciones procedentes de China a través del puerto de Nápoles. Todos los contenedores que salían de los barcos se numeraban para facilitar el control de aduanas, pero la Camorra conseguía que se asignara el mismo número a un contenedor legítimo y a varios ilegales, de modo que los agentes permanecían en la ignorancia con respecto a las mercancías que entraban de contrabando[610].

La comercialización de estos bienes es semiclandestina, en un equilibrio complicado. Los vendedores necesitan que los posibles clientes conozcan la existencia de las mercancías, pero también que los demás la ignoren. Las drogas se distribuyen a través de una red de pasadores y camellos, mientras que los productos falsificados o la mercancía robada solo se encuentra a la venta si sabes dónde buscarla. Hay mercados conocidos, como Canal Street en Nueva York, Rua Santa Ifigênia en Sao Paulo y el barrio de La Salada en Buenos Aires —«la Meca de las falsificaciones»—, o hasta ciudades enteras, como Shenzhen en China o Ciudad del Este en Paraguay, en la frontera con Brasil[611]. Para estas empresas es imprescindible la ignorancia fingida, un «mirar hacia otro lado» oficial, «una dejadez de funciones sistemática por parte de la policía y los inspectores»[612].

¿Quién se ha aprovechado y se sigue aprovechando del enorme volumen de comercio ilegal y a menudo oculto? Una parte está en manos de bandas pequeñas, pero es probable que la mayoría, obviamente imposible de calcular, esté organizada por otras grandes. Esto incluye a ciertas sociedades secretas como la Mafia, que en la

década de 1970 pasó de centrarse en la protección, como era tradicional, a emprender nuevas actividades con beneficios más altos, como la construcción y el tráfico de «drogas, armas y dinero sucio», «con el consentimiento tácito y la ignorancia estudiada —cuando no directamente con el apoyo— de ciertos elementos de las autoridades italianas»[613].

Durante mucho tiempo, los mafiosos fueron casi intocables, protegidos por la obediencia de los posibles testigos a la ley no escrita de la *omertà*, un tipo de ignorancia fingida. Esta ley del silencio no se rompió hasta la década de 1980, cuando Tomasso Buscetta y los colegas que siguieron su ejemplo describieron el funcionamiento del sistema a las autoridades. Los mafiosos prometían (y prometen) guardar silencio, cosa que explica lo inexplicable: que tantos de ellos sean abstemios. Como dijo Buscetta a sus interrogadores, «un borracho no tiene secretos, mientras que un mafioso tiene que mantener el control en todo momento»[614]. La confianza tiene una importancia fundamental en los negocios ilegales, ya que la parte engañada no puede recurrir a la ley[615]. Por tanto, los negocios secretos los suelen llevar a cabo sociedades secretas con complicados ritos de iniciación y códigos de honor que generan solidaridad entre los miembros. Es el caso de la mafia, pero también de las tríadas y la yakuza en Japón.

Para combatir el crimen clandestino hay que recurrir a métodos clandestinos, entre ellos informadores y detectives de incógnito que observan las organizaciones contra las que luchan, y a veces se infiltran en ellas. El paralelismo con el mundo político de los espías y la policía secreta es evidente.

517 William Cronon, *Changes in the Land: Indians, Colonists and the Ecology of New England* (Nueva York, 1983), 36.

518 Thomas R. Dunlap, *Nature and the English Diaspora* (Cambridge, 1999), 46.

519 Dunlap, *Nature*, 80-88, en 81.

520 Pietro Lanza, *Principe di Trabia, Memoria sulla decadenza dell'agricultura nella Sicilia: ed il modo di rimediarvi* (Nápoles, 1786).

521 R. J. Shafer, *The Economic Societies in the Spanish World, 1763-1821* (Syracuse NY, 1958).

522 Scott, *Seeing Like a State.*

523 J. S. Hogendorn and K. M. Scott, «The East African Groundnut Scheme», *African Economic History* 10 (1981), 81-115; Richard Cavendish, «Britain Abandons the Groundnut Scheme»,

History Today 51 (2001).

524 Wei Li y Dennis Tao Yang, «The Great Leap Forward: Anatomy of a Central Planning Disaster», *Journal of Political Economy* 113 (2005), 840-77; Frank Dikötter, *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating Catastrophe*, *1958-62* (2010: 2.ª ed., Londres, 2017) [ed. cast. *La gran hambruna en la China de Mao: historia de la catástrofe más devastadora de China, 1958-1962*. Traducido por Joan Josep Mudarra Roca. Barcelona: Acantilado, 2017].

525 Donald Worster, «Grassland Follies: Agricultural Capitalism on the Plains», en Worster, *Under Western Skies* (Nueva York, 1992), 93-105.

526 Warren Dean, *With Broadax and Firebrand: The Destruction of the Brazilian Atlantic Forest* (Berkeley CA, 1995).

527 Bengt Holmström *et al.*, «Opacity and the Optimality of Debt for Liquidity Provision», https://www.researchgate.net/publication/268323724_Opacity_and_the_Optimality_of_Debt_for_Liquidity_Provision, consultado el 13 de mayo de 2022.

528 George A. Akerlof, «The Market for "Lemons": Quality Uncertainty and the Market Mechanism», *Quarterly Journal of Economics* 84 (1970), 488-500.

529 John von Neumann y Oskar Morgenstern, *Theory of Games and Economic Behavior* (1944: nueva edición, Princeton NJ, 2004).

530 Eric Maskin y Amartya Sen, *The Arrow Impossibility Theorem* (Nueva York, 2014).

531 Cornel Zwierlein, «Coexistence and Ignorance: what Europeans in the Levant did not Read (ca.1620-1750)», en Zwierlein, *The Dark Side*, 225-65; Julian Hoppit, *Risk and Failure in English Business 1700-1800* (Cambridge, 1987), 69.

532 Hoppit, *Risk and Failure*, 139, 177, 114-15.

533 Joel Mokyr, *The Gifts of Athena: Historical Origins of the Knowledge Economy* (Princeton NJ, 2003), 37 [ed. cast. *Los dones de Atenea.* Traducido por José Miguel Parra Ortiz. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia, 2008]. Cf. David Hey, «Huntsman, Benjamin», *Oxford Dictionary of National Biography*.

534 Svante Lindqvist, *Technology on Trial: The Introduction of Steam Power Technology into Sweden, 1715-36* (Uppsala, 1984); John R. Harris, *Industrial Espionage and Technology Transfer: Britain and France in the Eighteenth Century* (Aldershot, 1998).

535 Hedieh Nasheri, *Economic Espionage and Industrial Spying* (Cambridge, 2005).

536 Malcolm Balen, *A Very English Deceit* (Londres, 2002), 41.

537 Smith, «Amsterdam as an Information Exchange», 1001-3.

538 Vance Packard, *The Hidden Persuaders* (Londres, 1957); Stefan Schwarzkopf y Rainer Gries (eds.), *Ernest Dichter and Motivational Research* (Nueva York, 2010).

539 John K. Galbraith, *The Great Crash* (1954: nueva edición, Londres, 2009), 70 [ed. cast. *El crash de 1929.* Traducido por Ángel Abad Silvestre. Barcelona: Ariel, 2013].

540 Elizabeth W. Morrison y Frances J. Milliken, «Organizational Silence», *The Academy of Management Review* 25 (2000), 706-25.

541 Gabriel Szulanski, *Sticky Knowledge: Barriers to Knowing in the Firm* (Thousand Oaks CA, 2003).

542 Morrison y Milliken, «Organizational Silence», 708.

543 Miklós Haraszti, *A Worker in a Worker's State* (1975: traducción al inglés, Harmondsworth, 1977); Dikötter, *Mao's Great Famine*.

544 Clinton Jones, «Data Quality and the Management Iceberg of Ignorance» (2017), www.jonesassociates.com/?p=808. Se cita a su presidente en John S. Brown y Paul Duguid, «Organizational Learning and Communities of Practice», en E. L. Lesser, M. A. Fontaine y J. A. Slusher (eds.), *Knowledge and Communities* (Oxford, 1991), 123.

545 DeLong, *Lost Knowledge*, 13, 101-18. Cf. Arnold Kransdorff, *Corporate Amnesia: Keeping Know-how in the Company* (Oxford, 1998), sobre todo 21-8.

546 Sobre Francia a finales de los años cincuenta, ver Crozier, *Bureaucratic Phenomenon*, ya comentado brevemente en el capítulo uno. Sobre la respuesta al problema, Ikujiro Nonaka y Hirotaka Takeuchi, *The Knowledge Creating Company: How Japanese Companies Create the Dynamics of Innovation* (Nueva York, 1995) [ed. cast. *La luz y la sombra: la innovación en la empresa y sus formas de gestión.* Traducido por Luis Corrons. Barcelona: Ediciones Deusto, 1998]; Nancy M. Dixon, *Common Knowledge: How Companies Thrive by Sharing What They Know* (Boston MA, 2000).

547 Már Jónsson, «The Expulsion of the Moriscos from Spain», *Journal of Global History* 2 (2007), 195-212; Warren C. Scoville, *The Persecution of Huguenots and French Economic Development, 1680-1720* (Berkeley CA, 1960).

548 Dorothy Davis, *A History of Shopping* (Londres, 1966); Sheila Robertson, *Shopping in History* (Hove, 1984); Evelyn Welch, *Shopping in the Renaissance* (New Haven CT, 2009) [ed. cast. *De compras en el Renacimiento: culturas del consumo en Italia, 1400-1600*. Traducido por Juan Vicente García Marsilla. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2009].

549 Ernest S. Turner, *The Shocking History of Advertising* (Londres, 1952); Packard, *Hidden Persuaders.*

550 George A. Akerlof y Robert Shiller, *Phishing for Phools: The Economics of Manipulation and Deception* (Princeton NJ, 2015) [ed. cast. *La economía de la manipulación: cómo caemos como incautos en las trampas del mercado.* Traducido por Gustavo Teruel Prieto. Barcelona: Ediciones Deusto, 2016].

551 Goldacre, *Bad Pharma*, 278-82, 292-8.

552 www.accountingliteracy.org/about-us.html, consultado el 13 de mayo de 2022.

553 Annamaria Lusardi y Olivia S. Mitchell, «Financial Literacy Around the World», *Journal of Pension Economics and Finance* 10 (2011), 497-508.

554 Jacob Soll, *The Reckoning: Financial Accountability and the Making and Breaking of Nations* (Londres, 2014).

555 Daniela Pianezzi y Muhammad Junaid Ashraf, «Accounting for Ignorance», *Critical Perspectives on Accounting* (2020), repository.essex.ac.uk/26810.

556 Nils Steensgaard, «The Dutch East India Company as an Institutional Innovation», en Maurice Aymard (ed.), *Dutch Capitalism and World Capitalism* (Cambridge, 1982), 447-50; Lodowijk Petram, *The World's First Stock Exchange* (Nueva York, 2014).

557 Steve Fraser, *Every Man a Speculator: A History of Wall Street in American Life* (Nueva York, 2005).

558 William Quinn y John D. Turner, *Boom and Bust*: *A Global History of Financial Bubbles* (Cambridge, 2020), índice.

559 Robert J. Shiller, *Irrational Exuberance* (2000: 3.ª ed., Princeton NJ, 2015), 190, 195-6, 200-203 [ed. cast. *Exuberancia irracional*. Traducido por Teresa Beatriz Arijón. Madrid: Turner Publicaciones, 2003].

560 Quinn y Turner, *Boom and Bust*, 8.

561 Sobre Ponzi, Shiller, *Irrational Exuberance*, 117-18. La máxima la utilizó el Better Business Bureau para alertar sobre posibles estafas: «Si algo suena demasiado bueno como para ser cierto, probablemente lo sea» (5 de junio de 2009), www.barrypopik.com.

562 Shiller, *Irrational Exuberance*, 127, 148, 204-5.

563 Jonathan Israel, «The Amsterdam Stock Exchange and the English Revolution of 1688», *Tijdschrift voor Geschiedenis* 103 (1990), 412-40; Richard Dale, *Napoleon is Dead: Lord Cochrane and the Great Stock Exchange Scandal* (Stroud, 2006).

564 Charles P. Kindleberger y R. Z. Aliber, *Manias, Panics and Crashes* (Basingstoke, 2005) [ed. cast. *Manías, pánicos y cracs: historia de las crisis financieras*. Traducido por Gina Clotet. Barcelona: Ariel, 2012].

565 Thomas Lux, «Herd Behaviour, Bubbles and Crashes», *Economic Journal* 105 (1995), 881-96. Cf. Shiller, *Irrational Exuberance*, 200-203.

566 Shiller, *Irrational Exuberance*, 112-14.

567 Cita en Julian Hoppit, «Attitudes to Credit in Britain, 1680-1780», *Historical Journal* 33 (1990), 305-22, en 309.

568 John Carswell, *The South Sea Bubble* (1960: edición revisada, Londres, 1993); Balen, *Very English Deceit*; Julian Hoppit, «The Myths of the South Sea Bubble», *Transactions of the Royal Historical Society* 12 (2002), 141-65; Richard Dale, *The First Crash* (Princeton NJ, 2004); Helen Paul, *The South Sea Bubble* (Abingdon, 2011); William Quinn y John D. Turner, «1720 and the Invention of the Bubble», en Quinn y Turner, *Boom and Bust*, 16-38; Stefano Condorelli y Daniel Menning (eds.), *Boom, Bust and Beyond: New Perspectives on the 1720 Stock Market Bubble* (Berlín, 2019); Daniel Menning, *Politik, Ökonomie und Aktienspekulation: «South Sea» und Co. 1720* (Berlín, 2020).

569 Carswell, *Bubble*, 89.

570 Dale, *First Crash*, 2, 82, 120.

571 Carswell, *Bubble*, 57, 119.

572 *Ibid.*, 132; Balen, *Very English Deceit*, 119.

573 Dale, *First Crash*, 17, 93.

574 El término *screened* para referirse a este tipo de encubrimiento lo utilizó por primera vez Richard Steele, antiguo director junto con Joseph Addison de *The Spectator*: Carswell, *Bubble*, 175.

575 Archibald Hutchison in 1720, citado en Dale, *First Crash*, 85, 98.

576 Balen, *Very English Deceit*, 97, 105, 116.

577 Adam Smith, *Wealth of Nations* (1776: ed. por Roy Campbell y Andrew Skinner, 2 volúmenes, Oxford, 1976), vol. 2, 745-6 [ed. cast. *La riqueza de las naciones.* Traducido por Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial, 2011].

578 Cita en Dale, *First Crash*, 101, de *The Secret History of the South Sea Scheme* (atribuida a John Toland, Londres, 1726).

579 Galbraith, *Crash*; Maury Klein, *Rainbow's End* (Nueva York, 2001); William Quinn y John D. Turner, «The Roaring Twenties and the Wall Street Crash», en Quinn y Turner, *Boom and Bust*, 115-33.

580 Galbraith, *Crash*, 9.

581 *Ibid.*, 28, 32, 187.

582 *Ibid.*, 75-80, 100. En contraste, la periodista Eunice Barnard, que escribía en aquel momento, describió a un grupo de especuladoras que observaban la cinta de teletipo y discutían la información a medida que llegaba. Ver Eunice Barnard, «Ladies of the Ticker», *North American Review* 227 (1929), 405-10, cita en Daniel Menning, «Doubt All Before You Believe Anything: Stock Market Speculation in the Early Twentieth-Century United States», en Dürr (ed.), *Threatened Knowledge*, 74-93, en 74-5.

583 Galbraith, *Crash*, 121-2, 133-5, 148-9.

584 *Ibid.,* 51, 125.

585 Menning, «Doubt All», 90.

586 Heyman, *States and Illegal Practices.*

587 Daniel Okrent, *Last Call: The Rise and Fall of Prohibition* (Nueva York, 2010), 150-53, 165, 207-11, 215, 272-4.

588 Dikötter, *Mao's Great Famine*, 197-207.

589 Friedrich Schneider y Dominik H. Enste, *The Shadow Economy* (2.ª ed., Cambridge, 2013).

590 Misha Glenny, *McMafia* (Londres, 2008), 251, 385 [ed. cast. *McMafia: el crimen sin fronteras*. Traducido por Joan Trujillo Parra. Barcelona: Destino, 2008].

591 Paul Gootenberg, «Talking Like a State: Drugs, Borders and the Language of Control», en Willem van Schendel e Itty Abraham (eds.), *Illicit Flows and Criminal Things* (Bloomington IN, 2005), 101-27, en 109; Gootenberg (ed.), *Andean Cocaine: Global Histories* (Londres, 1999); Gootenberg, *Andean Cocaine: The Making of a Global Drug* (Chapel Hill NC, 2008); Mark Bowden, *Killing Pablo: The Hunt for the Richest, Most Powerful Criminal in History* (Londres, 2007).

592 Peter Reuter y Edwin M. Truman, *Chasing Dirty Money: The Fight Against Money Laundering* (Washington DC, 2004); Douglas Farah, «Fixers, Super Fixers and Shadow Facilitators: How Networks Connect», en Michael Miklaucic y Jacqueline Brewer (eds.), *Convergence: Illicit Networks and National Security in the Age of Globalization* (Washington DC, 2013), 75-95, cita en 77.

593 Ian Smillie, «Criminality and the Global Diamond Trade», en Van Schendel y Abraham (eds.), *Illicit Flows*, 177-200, en 181.

594 Jason C. Sharman, *Havens in a Storm: The Struggle for Global Tax Regulation* (Ithaca NY, 2006); Nicholas Shaxson, *Treasure Islands: Uncovering the Damage of Offshore Banking and Tax Havens* (Londres, 2011).

595 Shaxson, *Treasure Islands*, 54; Sébastien Guex, «The Origins of the Swiss Banking Secrecy Law», *Business History Review* 74 (2000), 237-66, en 241.

596 R. T. Naylor, *Hot Money* (Londres, 1987), 234-9.

597 Pino Arlacchi, *Mafia Business* (1983: traducción al inglés, Oxford, 1988); Diego Gambetta, *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection* (Cambridge MA, 1993); Yiu-kong Chu, *The Triads as Business* (Londres, 2000); Vadim Volkov, *Violent Entrepreneurs: The Use of Force in the Making of Russian Capitalism* (Ithaca NY, 2002), 43. Cf. Federico Varese, *The Russian Mafia: Private Protection in a New Market Economy* (Oxford, 2001).

598 Varese, *Russian Mafia*, 22-9, 55-9.

599 Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 volúmenes (Cambridge, 1986).

600 Peter Andreas, «The Clandestine Political Economy of War and Peace in Bosnia», *International Studies Quarterly* 48 (2004), 29-51, en 31.

601 Douglas Farah y Stephen Braun, *Merchant of Death* (Hoboken NJ, 2007).

602 Kenneth I. Simalla y Maurice Amutari, «Small Arms, Cattle Raiding and Borderlands», en Van Schendel y Abraham (eds.), *Illicit Flows*, 201-25, en 217.

603 Paul Grendler, *The Roman Inquisition and the Venetian Press, 1540-1605* (Princeton NJ, 1977).

604 Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France* (Nueva York, 1996), 3, 7, 18-20 [ed. cast. *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen.* Traducido por Laura Vidal. Madrid: Turner Publicaciones, 2023].

605 Frances Yates, «Paolo Sarpi's History of the Council of Trent», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 7 (1944), 123-44.

606 Adrian Johns, *Piracy: The Intellectual Property Wars from Gutenberg to Gates* (Chicago IL, 2009); Paul Kruse, «Piracy and the Britannica», *Library Quarterly* 33 (1963), 318-38.

607 Glenny, *McMafia*, 382.

608 Roberto Saviano, *Gomorrah* (2006: traducción al inglés, Nueva York, 2007) [ed. cast. *Gomorra*. Traducido por Teresa Clavel Lledó. Barcelona: Debolsillo, 2010].

609 *Ibid*., 25-33. Algunos de estos trabajadores aparecen en la película que se hizo a partir del libro, *Gomorrah* (2008).

610 Saviano, *Gomorrah*, 7.

611 Sobre La Salada, Matías Dewey, *Making It at Any Cost: Aspirations and Politics in a Counterfeit Clothing Marketplace* (Austin TX, 2020).

612 Dewey, *Making It*, 6.

613 Jane Schneider y Peter Schneider, «Is Transparency Possible? The Political-Economic and Epistemological Implications of Cold War Conspiracies and Subterfuge in Italy», en Heyman (ed.), *States and Illegal Practices*, 169-98, en 169.

614 Pino Arlacchi, *Addio Cosa Nostra* (Milan, 1994), 159, citado en Varese, *Russian Mafia*, 234-5.

615 Diego Gambetta, «The Price of Distrust», en Gambetta (ed.), *Trust* (Oxford, 1988), 158-75.

11
LA IGNORANCIA EN LA POLÍTICA

> La nación que quiere ser ignorante y libre en un estado de civilización quiere lo que nunca ha sido y nunca será.
>
> THOMAS JEFFERSON

Las publicaciones de Michel Foucault han contribuido a que mucha gente entienda la relación entre el poder y el conocimiento con más claridad que nunca. Pero también resulta esclarecedor estudiar la relación entre el poder y la ignorancia[616]. Aquí vamos a examinar tres formas principales de ignorancia política. En primer lugar, la ignorancia del pueblo, de los gobernados. En segundo lugar, la ignorancia de los gobernantes, ya sean reyes, primeros ministros o presidentes. Y, por último, la ignorancia organizativa que se construye dentro del sistema político, de la maquinaria del gobierno. Las consecuencias de estas ignorancias suelen ser inintencionadas, impredecibles y, con frecuencia, desastrosas. Como dijo Foucault en cierta ocasión, «la gente sabe lo que hace; también suele saber por qué hace lo que hace. Pero lo que no sabe es qué hace lo que hace»[617].

La ignorancia de los gobernados: autocracias

La ignorancia de la gente de a pie tiene un gran valor para los regímenes autoritarios, pero es una fuente de problemas en las democracias. Basta con observar que el contraste entre la democracia y el despotismo (o, por utilizar un término más neutral, la autocracia) es de grado, no de cualidad. Los regímenes son más o menos autoritarios, más o menos democráticos.

En el siglo XVII, en una era de monarquía absolutista, cuando el rey Luis XIII gobernaba el país junto con el poderoso cardenal Richelieu, este observó con una claridad brutal propia de Maquiavelo que, aunque a veces la ignorancia es «perjudicial para el Estado» *(préjudiciable à l'Estat)*, también el conocimiento lo es en ocasiones.

Por ejemplo, la educación de los campesinos y los granjeros acabaría con la agricultura y sería difícil reclutar soldados. Además, una educación generalizada haría que creciera el número de personas «capaces de generar dudas» con respecto al número de personas capaces de resolverlas. En otras palabras, aunque no lo dijera así, Richelieu pensaba que la educación para todos haría que demasiadas personas fueran capaces de cuestionar el gobierno y a la Iglesia. Un siglo más tarde, la Academia de Ruan discutió sobre si los campesinos alfabetizados serían una ventaja o un problema para el Estado[618].

Voltaire debía de estar de acuerdo con Richelieu, porque en 1763 dio las gracias a Louis-Rene de la Chalotais por defender que había que excluir de la educación a los trabajadores manuales (aunque más adelante cambió de idea). De manera similar, doscientos años más tarde, el rey Federico VI de Dinamarca, que gobernó entre 1808 y 1839, declaró que «el campesino tiene que aprender a leer, a escribir y a hacer cuentas. Tiene que aprender sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con los demás. Y nada más, o se le meten ideas en la cabeza»[619].

Henry Oldenburg, un alemán que vivió en Inglaterra, que llegó a ser secretario de la Royal Society y que se pasó su vida profesional transmitiendo conocimientos, hizo una sugerencia semejante en 1659, pero desde el punto de vista contrario. Oldenburg escribió que el sultán otomano, un excelente ejemplo de lo que ya se empezaba a conocer como «despotismo oriental», «considera muy útil para sí mismo rodearse de gentes de cuya ignorancia se pueda aprovechar»[620].

El periodista polaco Ryszard Kapuściński le dio la razón a Oldenburg. En 1982, sus artículos sobre Irán bajo el dominio del sha relataban que «una dictadura depende de la ignorancia de la gente para existir; por eso los dictadores se toman tantas molestias en cultivar la ignorancia»[621].

Precisamente para mantener esa ignorancia, especialmente la ignorancia de alternativas a la línea oficial, los regímenes autoritarios en la Iglesia y en el Estado han recurrido desde hace mucho tiempo a la censura. De esto hablaremos en el capítulo 13.

Mantener a la gente en la ignorancia puede solucionar algunos problemas de los autócratas, pero también genera otros. En el caso de la política, igual que en los negocios o en la geografía, la falta de información se rellena con rumores que medran allí donde la demanda de noticias supera a la oferta[622]. Como dijo *The Statesman,* un

periódico de Calcuta, en 1942, durante el éxodo de la ciudad que siguió al bombardeo japonés, «cuando las autoridades no proporcionan información fidedigna con prontitud sobre lo que está sucediendo, es inevitable que corran los rumores»[623]. En la Rusia de Stalin, donde la gente no creía lo que se publicaba en los periódicos oficiales como *Pravda* e *Izvestia*, la principal fuente de información eran los rumores[624].

La ignorancia de lo que sucede entre bastidores alienta las teorías de la conspiración, así que no es de extrañar que los complots hayan constituido uno de los principales temas de rumores en el pasado, y de hecho lo siguen siendo. Un ejemplo muy conocido viene de la historia de Inglaterra y es el llamado «complot papista», la historia que circuló entre 1678 y 1681 sobre una conspiración católica para asesinar al rey Carlos II. El propio rey no se tomó en serio el rumor, pero buena parte del país sí lo hizo. La *Gazetta* oficial no mencionó nada al respecto, y el vacío se llenó con rumores que crearon lo que los sociólogos denominan «pánico moral», que tardó tres años en disiparse[625]. El complot fue tema de una monografía, escrita por un historiador británico muy relevante, John Kenyon, que ilustra los puntos fuertes y los débiles de un enfoque empírico de sentido común[626]. El autor se centró en relatar «lo que pasaba en realidad» y rechazó las historias que circularon como ejemplos de «histeria colectiva», sin un análisis profundo.

Pero el complot papista también se puede estudiar como acontecimiento mediático. Se puede hacer un estudio de caso sobre la difusión, recepción y transformación de los rumores, incluida su contaminación o la asimilación a estereotipos culturales existentes, como los estereotipos protestantes sobre el papa y los jesuitas. Hace más de un siglo, Wilbur Abbott, un historiador estadounidense, señaló los paralelismos entre la narrativa del complot papista y otros relatos de conspiraciones anteriores, como la aún más conocida Conspiración de la pólvora de 1605, cuando Guy Fawkes y otros católicos intentaron volar el Parlamento. De ahí que Abbott no hablara de la «invención» de una historia nueva, sino de «la adaptación de historias ya antiguas a las nuevas circunstancias».

Varios estudiosos de las ciencias sociales han ahondado y teorizado sobre este punto[627]. En Estados Unidos, en la década de 1850, una creencia similar en una conspiración católica activó a los miembros del Partido Republicano Americano, más conocidos como los «Know

Nothings». Más recientemente, han circulado rumores que acusaban a Hillary Clinton de toda una serie de crímenes, desde asesinar a sus adversarios a beber sangre de bebés. Y aún más cercanas tenemos las sospechas sobre las vacunas, alentadas por rumores que han circulado por internet. Según algunas historias, las vacunas sirven para implantar microchips que permiten rastrear a cualquier persona vacunada[628].

Ni que decir tiene que no todas las conspiraciones son imaginarias. Todo golpe de Estado se planea con antelación. Los gobiernos tienen informadores y agentes secretos que llevan siglos proporcionando datos, como ya sucedía en los primeros tiempos de Venecia, aunque el crecimiento de las agencias secretas se ha acelerado en el último siglo[629]. En la Italia de finales del siglo XIX, por ejemplo, el primer ministro Francesco Crispi era masón. Cien años más tarde, se relacionó a Giulio Andreotti, otro primer ministro, con la mafia siciliana. Sea como sea, buena parte de la actividad política siempre tiene lugar entre bastidores. Hasta los ciudadanos mejor informados conocen solo una pequeña parte de lo que está pasando.

Las formas cotidianas de resistencia también echan mano de la ignorancia, fingen no saber para no tener que responder a preguntas difíciles. El Partido Republicano Americano, que nació como sociedad secreta, se ganó, como ya hemos visto, el sobrenombre de «Know Nothings» («saber nada») porque se recomendaba a sus miembros que respondieran «no sé nada» si les preguntaban acerca de la organización. Esta resistencia se suele denominar «ignorancia estratégica», aunque la misma expresión se utiliza a veces para describir el uso de la ignorancia como herramienta de dominio[630].

La ignorancia de los ciudadanos: democracias

Los autócratas cultivan la ignorancia de aquellos sobre los que gobiernan, pero para los regímenes democráticos es una fuente constante de ansiedad. En Estados Unidos se recuerda la afirmación de Thomas Jefferson: «La nación que quiere ser ignorante y libre en un estado de civilización quiere lo que nunca ha sido y nunca será». Lo mismo vino a decir James Madison, que señaló que la «información popular» era imprescindible, ya que «el conocimiento siempre gobernará por encima de la ignorancia»[631]. Los que se oponían a la

ampliación del derecho al voto se han basado por lo general en el argumento de que los trabajadores, o los antiguos esclavos, o las mujeres, no tienen los conocimientos necesarios para votar con racionalidad.

En el Reino Unido de principios del siglo XIX, los defensores de la educación popular, como el pastor bautista John Foster o John Roebuck, miembro radical del Parlamento, rechazaron esta alegación. En el ensayo de Foster sobre «los males de la ignorancia popular» demandaba un sistema nacional de educación y rechazaba una idea muy semejante a la del cardenal Richelieu, la de que «un incremento material de conocimiento entre la gente hará que dejen de ser adecuados para su posición»[632]. Por su parte, Roebuck planteó ante el Parlamento británico un proyecto de ampliación de la educación a nivel nacional, acusando al gobierno de «fomentar y perpetuar la ignorancia entre la gente». El gobierno conservador no mostró el menor interés en el plan de Roebuck, que procedió a publicar *Pamphlets for the People* (*Panfletos para el pueblo*, 1835-1836), con los que pretendía remediar la ignorancia de los futuros votantes[633]. Algunos líderes del movimiento popular denominado «cartismo» (por la Magna Carta), entre los que destacó William Lovett, propusieron una reforma de la educación dado que, como se dijo en *Northern Star,* un periódico cartista, «la ignorancia de las masas ha hecho que sean desde siempre esclavos de los ilustrados y los astutos»[634].

Un gobierno británico posterior se vio obligado a tomarse la educación popular más en serio. En 1867, cuando el segundo proyecto de reforma extendió el voto a la clase trabajadora masculina cualificada, intelectuales de la talla de John Stuart Mill y Walter Bagehot expresaron su preocupación sobre la ignorancia «sentándose en el juicio» sobre el conocimiento y «la supremacía de la ignorancia frente a la instrucción»[635].

No es coincidencia que el Acta de la Educación de 1870, que hacía obligatoria la escolarización de todos los niños, se aprobara casi inmediatamente después de la ampliación del derecho al voto. El canciller de Hacienda Robert Lowe, que se oponía a esta ampliación, señaló la relación entre la educación y el derecho al voto en un epigrama que aún se sigue citando: «Tenemos que educar a nuestros amos»[636]. La Lady Bracknell de Oscar Wilde no era la única que se oponía a «intromisión alguna en la ignorancia natural. [...] Por fortuna en Inglaterra la educación no produce ningún efecto. Si lo tuviera,

sería un grave peligro para las clases altas»[637].

El problema de la ignorancia de los ciudadanos no desapareció. Veamos, por ejemplo, el caso de Sicilia en la década de 1950, tal como aparece en una famosa investigación de Danilo Dolci, un ingeniero italiano que cambió de rumbo profesional para dedicarse a la sociología y el activismo. Dolci encuestó a más de quinientos hombres, y una de las once preguntas fue: «¿Qué cree que deberían hacer los partidos políticos italianos?». Cuarenta y cinco encuestados esquivaron la pregunta o hicieron hincapié en su ignorancia: «¿Cómo voy a saberlo yo?»; «Aquí no leemos periódicos»; «Eso lo sabrá el gobierno»; «Soy analfabeto»; «Soy un pobre ignorante», etcétera. No es fácil decidir si hay que tomarse estas respuestas de manera literal o como ejemplos de «ignorancia estratégica», utilizadas como la famosa *omertà* de la región a modo de defensa contra preguntas complicadas[638].

Hoy en día, mucha gente aprende sobre política a través de la televisión, de las redes sociales o de los periódicos, pero el problema de la ignorancia ciudadana sigue vigente. La «ignorancia del votante» ha sido el tema de muchas encuestas y estudios en Estados Unidos y en otros lugares. En cierta ocasión, John F. Kennedy declaró en un discurso dirigido a los estudiantes que «el ciudadano educado sabe que [...] solo un pueblo educado e informado puede ser libre, y que, en democracia, la ignorancia de un votante nos pone a todos en peligro».

Kennedy se habría llevado una desagradable sorpresa si hubiera sabido que a principios del siglo XXI al menos un tercio de los ciudadanos estadounidenses son políticamente ignorantes y dan respuestas erróneas o no responden a dos terceras partes de las preguntas en todas las encuestas sobre conocimientos políticos.

Un grupo aún más numeroso se equivocó o no respondió a preguntas de este tipo. En 2008, el 58 por ciento de los encuestados no sabían que Condoleezza Rice era la secretaria de Estado, mientras que el 61 por ciento no sabían que Nancy Pelosi era la portavoz de la Cámara de Representantes. En 2014, solo el 38 por cierto de los estadounidenses sabía qué partido controlaba cada cámara del Congreso.

Los estadounidenses eran y siguen siendo ignorantes sobre todo en lo que respecta a asuntos internacionales, al menos en comparación con los europeos. En 1964, solo el 38 por ciento eran conscientes de que la Unión Soviética no era miembro de la OTAN, y en 2007 solo el

36 por ciento de los que respondieron sabían el nombre del presidente de Rusia (un descenso desde 1989, cuando el porcentaje fue del 47 por ciento). Los encuestadores llegaron a la conclusión de que «el conocimiento del gran público sobre los asuntos de actualidad ha cambiado muy poco pese a las revoluciones en las noticias y la información»[639].

El economista Anthony Downs acuñó la expresión «ignorancia racional» para describir a las personas que creen que no vale la pena informarse, porque su voto solo es uno entre millones[640]. En cambio, hace falta un adjetivo muy diferente para explicar la ignorancia que exhibieron muchos votantes de Donald Trump en 2016. Como ha señalado la filósofa feminista Linda Alcoff:

> Esta ignorancia va mucho más allá de la falta de conocimiento. No es solo que la gente no tenga los datos. Es que su falta de datos es fruto de un esfuerzo concertado, una decisión consciente, en realidad una serie de decisiones. Hay que evitar ciertas noticias o fuentes de noticias, no hay que acercarse a ciertas carreras universitarias, a cierto tipo de gente nunca se le pregunta su opinión en pantalla hoy en día[641].

La ignorancia de ciertos hechos es fácil de detectar, pero no es tan significativa como la credulidad, creer las promesas de los candidatos a la elección o aceptar las noticias falsas como reales sin confirmar de dónde salen. En cualquier caso, las consecuencias políticas de la ignorancia del votante no se restringen al campo de la política. Por ejemplo, la ignorancia de la ciencia puede llevar a engaño a los votantes cuando se discute de políticas científicas o del cambio climático en un debate. Someter al voto de la mayoría asuntos técnicos es lo que el filósofo Philip Kitcher llama «democracia vulgar», y lo describe como una «tiranía de la ignorancia», expresando de manera más precisa lo que preocupaba a Mill y Bagehot[642].

Ni que decir tiene que los votantes estadounidenses no son los únicos ignorantes, pero su ignorancia es la que más se ha estudiado. Por ejemplo, en el Reino Unido existió una ignorancia generalizada sobre las consecuencias del Brexit en el momento del crucial referéndum de 2016. Además, su población cree que el índice de criminalidad en el país va en aumento, aunque lo cierto es que se ha reducido en los últimos años[643]. En la Unión Europea se dice que la ignorancia política es cada vez peor debido a una «censura de mercado», es decir, una avalancha de «material redundante» que ahoga la información relevante[644].

Ahondando en este tema, el concepto de la «ignorancia del

votante» se puede ampliar para incluir a gente que confía en información no fidedigna porque no han aprendido a ejercer la crítica, ya sea por un sesgo en los medios de comunicación o por la posibilidad de recibir *fake news*. Son vulnerables a la «desinformación», una práctica de la que hablaremos en el capítulo 13.

La ignorancia de los primeros gobernantes modernos

La gente de a pie padece de ignorancia política, pero no son los únicos. Los gobernantes también ignoran a menudo muchas cosas que deberían saber. Uno de los motivos es la distancia social: desde la cima, las clases bajas son casi invisibles. Por ejemplo, Eduardo Suplicy, que es miembro de la clase gobernante brasileña y del Partido de los Trabajadores, no supo responder cuando Boris Casoy, un conocido presentador, le preguntó en una entrevista televisada por el precio de una barra de pan[645].

En los primeros tiempos de la Europa moderna, el problema de la ignorancia de los gobernantes se exacerbó porque el gobierno era un negocio familiar en el que los miembros más jóvenes aprendían el negocio, no de una manera formal, sino con el ejemplo y consejo de los mayores, que luego podían seguir o no cuando llegaran al trono. Algunos reyes no mostraron el menor interés en informarse sobre sus reinos; preferían ir de caza. De hecho, cuando los diplomáticos extranjeros querían hablar de negocios con un monarca concreto (digamos Francisco I o Jaime I), a veces tenían que ir a verlos al bosque. Se podría decir que estos gobernantes tomaban las decisiones políticas en el tiempo que les dejaba libre la caza, no al revés (se ha dicho que Jaime «se pasó media vida cazando»)[646].

A los gobernantes más concienciados les costaría conseguir la información que necesitaban. Si prestaban atención a una fuente concreta de información les quedaría muy poco tiempo para las demás. El emperador Carlos V se pasó buena parte de su vida viajando entre sus diferentes dominios europeos, en parte porque se sentía obligado a ver en persona cómo vivían sus súbditos. El inconveniente de estar sobre el terreno es que al emperador le quedaba poco tiempo para leer los papeles oficiales, entre ellos, las cartas que le enviaban desde sus dominios en el Nuevo Mundo para informar sobre la

situación allí. Por necesidad, ignoraba buena parte de lo que sucedía en su imperio. Cuando fue elegido emperador a los diecinueve años, el canciller le aconsejó que «para actuar con premura y no mantener en la espera a los que aguardan una decisión, su majestad tiene que atender a tres o cuatro asuntos por la mañana mientras se levanta y lo visten»[647]. No se sabe si el joven siguió el consejo o no, pero tres o cuatro asuntos no eran nada en comparación con las crecientes exigencias del imperio.

En cualquier caso, el emperador no estaba preparado para trabajar a tiempo completo. A él también le gustaba cazar. Como dijo su abuelo, el emperador Maximiliano I, fue una suerte que Carlos disfrutara de la caza desde muy temprana edad, «o de lo contrario se habría podido pensar que era un bastardo». Cumplidos ya los treinta, «la cetrería, y sobre todo la caza, podían hacer que Carlos no se acercara a su escritorio en muchos días». A los cuarenta, el emperador confesó que «nos pasamos el día cazando y entre halcones». También encontró tiempo para otros deportes. En una ocasión, tuvo esperando al embajador de Inglaterra un día entero porque estaba jugando al tenis[648].

Buena parte de los asuntos oficiales quedaban en manos de secretarios como Francisco de los Cobos, capaz de «leer, abrir, y resumir miles de cartas dirigidas a Carlos [...] y preparar respuestas para que su señor las aprobara y firmara». Como le dijo el confesor de Carlos en cierta ocasión, «Cobos sabía compensar vuestra negligencia». Pero, a medida que crecía el imperio de Carlos, hicieron falta más ayudantes que se repartieran este trabajo. Nicolás de Granvela se encargó del norte de Europa; Cobos, del Mediterráneo y las Américas, y Juan Vázquez, su sobrino, de los asuntos españoles. Carlos conocía el riesgo de depender de sus ayudantes, y habló a su hijo Felipe de las «animosidades y alianzas», igualmente peligrosas, además de avisarle de que todos los ministros «acudirán a ti a escondidas para convencerte de que confíes solo en ellos»[649]. Pero, con el creciente volumen de trabajo, el emperador no tenía elección.

Felipe II de España, hijo de Carlos, subió al trono en 1558 y fue uno de los monarcas más entregados de su tiempo. Tomó una decisión contraria a la de su padre, y a su propio hijo le diría que «viajar por el reino no es útil ni decente». Felipe prefería leer y escribir comentarios en los márgenes de los miles de papeles que le mandaban (han sobrevivido más de diez mil documentos enviados a él). Se solía pasar

ocho horas al día detrás de su escritorio, y también leía documentos en la cama y, cuando viajaba con su familia en barco por el río Tajo, se llevaba una mesa pequeña para trabajar[650]. Fue una de las primeras víctimas de la «sobrecarga de información», esclavizado por «esos diablos, mis documentos»[651].

Felipe era —o se convirtió en— un perspicaz analista de las situaciones políticas, pero su punto débil, como en el caso de muchos gobernantes de la Alta Edad Moderna, eran las finanzas. Su gobierno no habría podido funcionar sin préstamos, sobre todo de los banqueros de Génova, pero el rey confesó su analfabetismo financiero: «Nunca he sido capaz de entender todo esto de los préstamos y los intereses», dijo, y añadió: «Soy un completo ignorante en estos asuntos. No puedo distinguir un buen informe sobre finanzas de uno malo, y tampoco quiero romperme la cabeza tratando de entender algo que ni comprendo ahora ni he comprendido jamás»[652]. Es decir, no quería saber nada de economía.

En ese sentido, Felipe no era ningún excéntrico, sino un ejemplo típico de monarca de la Edad Moderna, que compartía con los nobles la idea de que ganar dinero, ahorrar y hasta pensar en esas actividades era indigno para personas de su posición. El dinero era para gastarlo, para exhibir su magnificencia. Aunque el joven Luis XIV tenía un ministro, Jean-Baptiste Colbert, que lo convenció para que llevara en el bolsillo un librito de cuentas, y hasta escribió a su madre acerca de «los placeres que se encuentran en las finanzas», el monarca abandonó esta costumbre tras la muerte de Colbert. Al parecer, «prefirió la ignorancia»[653].

Las muchas horas que Felipe se pasó tras su escritorio fueron un punto fuerte de su reinado, pero también un punto débil. El rey se mantuvo virtualmente encerrado en el palacio de El Escorial, a más de cincuenta kilómetros de Madrid, donde pasó cada vez más tiempo desde 1566 hasta su muerte en 1598, casi aislado de la sociedad que gobernaba, igual que los gerentes de las organizaciones burocráticas descritas por Michel Crozier en el capítulo 3.

Un cuento de hadas que se repite en buena parte del mundo revela el conocimiento general sobre el problema del aislamiento de los monarcas. Harún al-Rashid en Bagdad, Enrique VIII en Londres o Iván el Terrible en Moscú deciden disfrazarse y recorrer de noche las calles de su capital para averiguar lo que piensan de ellos las personas corrientes. Si no, ¿cómo lo van a averiguar? No sirve de nada

preguntar a sus ministros, porque solo les van a decir lo que creen que quieren oír.

La famosa historia de los «pueblos Potemkin» corrobora o al menos simboliza este tema. Gregorio Potemkin era ministro y amante de Catalina la Grande, emperatriz de Rusia. Se dice que cuando la emperatriz decidió visitar el sur del país en 1787 en una barcaza que bajara por el río Dniéper, Potemkin se aseguró de que solo viera los pueblos más prósperos, para lo que movió de un lugar a otro los edificios, o al menos sus fachadas, y así pudo engañar a su jefa.

Esta historia circulaba ya antes de la inspección imperial, y poco más tarde la repitió un diplomático sajón, Georg von Helbig. El príncipe belga de Ligne, que tomó parte en la visita imperial, desechó aquella «historia ridícula» sobre «edificios de cartón», pero era consciente de que «a la emperatriz solo le enseñaron la cara más bella de las provincias del sur». Por tanto, parece razonable pensar que al menos había una pizca de verdad en la historia, aunque haya sido exagerada, y que Potemkin no fue el único responsable de engañar a Catalina, ya que el gobernador de Járkov y Tula «le ocultó cosas y puede que hiciera construir casas falsas»[654].

De la misma manera, según los servicios de espionaje alemanes, Mussolini fue engañado por sus propias fuerzas aéreas: «en su recorrido estival para inspeccionar los escuadrones de aviación, le enseñaron varias veces los mismos contingentes militares y no se dio cuenta»[655].

Por supuesto, el gobernante podía pagar a informadores para que escucharan las conversaciones en las tabernas y otros lugares públicos, y luego informaran al palacio de lo que habían oído. Pero su información no era de fiar porque se les pagaba por aportar datos de manera regular, tanto si habían escuchado conversaciones sediciosas como si no[656]. En cualquier caso, solo mirar y escuchar por las calles no era suficiente para proporcionar al monarca toda la información necesaria.

Por resumir todo esto con las palabras de James Scott en su estudio clásico *Con ojos de Estado:* «El Estado premoderno era, en muchos aspectos cruciales, parcialmente ciego; sabía muy poco de sus súbditos, su riqueza, las tierras que tenían, el fruto que daban, dónde se encontraban [...]. No tenía nada semejante a un “mapa” de sus tierras y sus gentes»[657]. Los gobiernos modernos más tardíos sí disponían de esta información, pero eso, como veremos más adelante,

también tiene un precio.

Gobernantes modernos posteriores

La ignorancia de los presidentes y primeros ministros modernos se ha convertido en un tema mucho más importante de lo que habría imaginado o temido cuando empecé a investigar para escribir este libro. Donald Trump y Jaïr Bolsonaro son ejemplos llamativos de esta ignorancia, que se hizo más evidente y peligrosa en su respuesta —o falta de respuesta— a la propagación del coronavirus. Pero no son los únicos ignorantes. También tenemos, por ejemplo, la ignorancia del presidente George W. Bush acerca de los conflictos entre musulmanes sunitas y chiítas cuando se tomó la decisión de invadir Irak en 2003. Se ha dicho que el presidente era incapaz de encontrar el país en un mapa. Hoy es difícil no ver las consecuencias de esa ignorancia[658].

Los presidentes y primeros ministros han recibido una preparación muy diferente a la de los monarcas anteriores. Antes de entrar en política, muchos han estudiado y practicado el derecho (como Tony Blair y Barack Obama) o la administración de empresas (como Emmanuel Macron). También han tenido tiempo para ganar experiencia política en los parlamentos y ayuntamientos antes de llegar a la cima, una experiencia muy necesaria para unos líderes que comparten el poder con sus ministros. Muchos han tenido también experiencia en asuntos internacionales como diplomáticos. Por ejemplo, Otto von Bismarck, que fue canciller del nuevo Imperio alemán entre 1871 y 1890, fue antes embajador en el extranjero. Lord Salisbury, tres veces primer ministro británico a finales del siglo XIX, había ocupado el puesto de secretario de Estado para asuntos de la India y el de secretario de Asuntos Exteriores.

Otros líderes tuvieron experiencia en diferentes departamentos de Estado. William Gladstone, el famoso primer ministro liberal, fue tres veces canciller de Hacienda. Ludwig Erhard fue ministro de Economía a las órdenes del canciller Konrad Adenauer antes de ocupar su puesto. Amintore Fanfani, que fue primer ministro de Italia en cinco ocasiones, fue antes ministro de Agricultura y ministro de Planificación Económica. Algunos presidentes y primeros ministros estudiaron economía o «ciencias políticas». Fanfani fue profesor de historia económica antes de entrar en política. El presidente Woodrow

Wilson fue profesor de ciencias políticas y presidente de la Universidad de Princeton antes de ser elegido presidente de Estados Unidos.

Pero toda práctica profesional requiere especialización, mientras que la labor de un presidente o primer ministro requiere conocimientos amplios. Es inevitable que haya huecos. Un estudio en el uso de estadísticas en el Estado alemán señala que en 1920, en la crisis de la transición del Imperio alemán a la República de Weimar, «el vacío de conocimiento» acerca del estado de la economía del país era «casi absoluto»[659]. De manera más general, el economista Frank Cowell ha señalado el problema de «la falta de omnisciencia» de los gobiernos y su influencia en el diseño de los sistemas impositivos[660]. La ignorancia de los agentes hace posible la evasión de impuestos directos. Los impuestos indirectos evitan el problema del fraude individual o empresarial, pero tienen la desventaja de que son una carga mayor para los ricos que para los pobres.

La ignorancia de otros países no es rara entre los líderes políticos. Se dice que Nikita Jrushchov, por ejemplo, tenía «un desconocimiento alarmante de los asuntos internacionales»[661]. Algunos primeros ministros y secretarios de Asuntos Exteriores británicos tampoco han puntuado muy alto en este tema. Bismarck señaló tras un viaje a Londres en 1862 que «los ministros británicos saben menos sobre Prusia que sobre Japón o Mongolia»; «Palmerston, y quizá en menor medida Lord Russell, se encontraban en un estado de ignorancia absoluta»[662]. Edward Grey, secretario de Asuntos Exteriores en un momento tan importante para el tema como 1914, «sabía muy poco del mundo más allá de Gran Bretaña, nunca mostró interés por viajar, no hablaba otros idiomas y se sentía incómodo en compañía de extranjeros»[663].

David Lloyd George, primer ministro británico entre 1916 y 1922, tampoco queda muy bien. Georges Clemenceau, el primer ministro francés, dijo de él que «su ignorancia era asombrosa, tanto acerca de Europa como de Estados Unidos». En 1916 preguntó: «¿Quiénes son los eslovacos? No los sitúo». En 1919 confundió Ankara con La Meca[664]. Un estudio reciente sobre la negociación de la frontera entre Polonia y Alemania asegura que «la ignorancia del primer ministro británico David Lloyd George [...] sobre asuntos internacionales es épica. Por ejemplo, confundió la provincia española de Galicia con la Galitzia de los Cárpatos»[665]. En el problema de Shandong, un asunto

importante en la conferencia de paz de 1919, se ha dicho que Lloyd George «no tenía un conocimiento profundo, ni siquiera un interés marcado, en el este de Asia»[666].

Varios consejeros del primer ministro estaban en el mismo barco. Un funcionario que asistió a la conferencia de paz se quejó de que en el lado británico no había nadie «con conocimientos sobre el tema de la Galitzia de los Cárpatos»[667]. Por supuesto, Lloyd George no estaba solo en su falta de interés en el mundo más allá de Gran Bretaña y su imperio. Un primer ministro posterior, Stanley Baldwin, estaba «aburrido de los asuntos internacionales», mientras que Neville Chamberlain, su sucesor, se refirió a las demandas de Hitler sobre Checoslovaquia en 1938 como «una pelea en un país lejano entre gentes de las que no sabemos nada»[668].

El presidente Woodrow Wilson no estaba mucho mejor informado. Uno de sus puntos flacos era la ignorancia sobre la Europa continental, que el embajador austrohúngaro en Estados Unidos describió como «total ignorancia sobre hechos y geografía»[669]. Pese a este desconocimiento, tras la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial, Wilson fue uno de los árbitros en la construcción de la nueva Europa de 1919 en la conferencia de paz, que implicaba la reorganización de las fronteras nacionales. Fue una misión sin precedentes para un presidente estadounidense, y no estaba preparado para ella. De hecho, al ocupar el cargo, Wilson reconoció que «toda mi preparación ha sido en asuntos internos del país», así que «sería una ironía del destino que mi administración tuviera que enfrentarse sobre todo a problemas internacionales»[670]. Georges Clemenceau, el primer ministro francés, se quedó asombrado ante la «ignorancia sobre Europa» de Wilson[671]. Aunque, para ser sinceros, «ningún presidente de Estados Unidos ha sentido más interés por Europa del Este que Woodrow Wilson» y, aunque su conocimiento era «muy limitado» en 1914, rellenó algunas lagunas más adelante, y acumuló abundantes mapas e informes de especialistas[672].

Wilson recurrió a especialistas para informarse, pero «rara vez se mostró dispuesto a escucharlos cuando se aventuraban a dar consejos». Ignoró por completo el tema de las reparaciones, y confesó que no estaba «demasiado interesado en el tema de la economía». Se cometieron errores, sin duda, y en parte fue como resultado de la presión de otros países, pero también por falta de conocimientos. Por ejemplo, Wilson permitió que Italia se quedara con Tirol del Sur, una

provincia donde se hablaba alemán, y más tarde explicó que «ignoraba la situación cuando se tomó la decisión»[673].

Los colegas de Wilson no tenían mucha más información, y en algunos casos tenían todavía menos. R. W. Seton-Watson, historiador y especialista en Europa central, asistió a la Conferencia de París como asesor y en una carta privada describió a los participantes como «una panda de incompetentes demasiado cansados y demasiado ignorantes como para resolver la enorme serie de problemas sobre los que tenían que decidir». Mucho más adelante, Seton-Watson impartió un seminario en Oxford acerca de la conferencia, y afirmó que muchas decisiones «las tomaron políticos ignorantes que no tenían ni idea de geografía»[674]. En otro momento señaló también «la ignorancia abismal» de los políticos rusos con respecto a los eslavos meridionales[675].

Las exhibiciones más recientes de ignorancia presidencial, sobre todo en asuntos exteriores, van mucho más allá de las de Wilson. En esta competición, Donald Trump toma la delantera a Ronald Reagan —cuya ignorancia sobre la actualidad provocó momentos muy vergonzantes en las ruedas de prensa— y George W. Bush. Al igual que su seguidor en Brasil, Jaïr Bolsonaro, Trump padece de ignorancia en su forma más aguda, la de no saber que no se sabe. La respuesta de ambos presidentes a la crisis del coronavirus de 2020 fue negarse a tomarla en serio, ignorar lo que no les convenía, criticar a los epidemiólogos y defender tratamientos más que dudosos, como la hidroxicloroquina. En Bielorrusia, el presidente Aleksandr Lukashenko vio la apuesta y la subió, o quizá habría que decir que la bajó aún más, al decir que el miedo al virus era «una psicosis» y asegurar que la infección se podía curar con vodka[676]. Los expertos no siempre tienen razón, pero el peligro de ignorar sus consejos durante una crisis tiene peligros evidentes, como se demuestra con demasiada claridad viendo el número de muertes en Estados Unidos y Brasil en 2020[677].

En cuanto al cambio climático, tanto Trump como Bolsonaro son negacionistas. Trump ha afirmado que el cambio climático es un «bulo», mientras que la alianza de Bolsonaro con la agroindustria del Amazonas indica que él tampoco quiere saber nada de las consecuencias de la deforestación sobre el clima en el mundo. La negación implica no querer saber, o, en sus formas más agresivas, no querer saber lo que sabemos. Hay demasiados ejemplos de esta ignorancia voluntaria por parte de los gobernantes o, por decirlo de

manera más general, por parte de los gobiernos: está la negación del genocidio, de las hambrunas, del peligro para el medio ambiente que suponen los ríos contaminados o la lluvia ácida[678]. Sobre la negación hablaremos más en el capítulo 13.

La ignorancia organizativa

Como se mencionó en el capítulo 3, la ignorancia no es solo propia de los individuos, sino también de las organizaciones[679]. La ignorancia organizativa se suele estudiar en los negocios, pero las organizaciones políticas, como los aparatos de Estado, están formadas por varios niveles y de nuevo nos encontramos con que lo que sabe un nivel otro puede ignorarlo perfectamente. Los gobiernos cada vez saben más sobre el pueblo al que gobiernan, pero los individuos en la administración, hasta los que ocupan los puestos más altos, cuentan con una porción cada vez más reducida de ese conocimiento, y además se enfrentan al problema de tener que «procesar más información de la que pueden gestionar o comprender»[680].

En las páginas siguientes voy a examinar este problema en dos periodos de la historia, y me centraré en lo que los estudiosos llaman la primera y la segunda revolución en el gobierno. Estas revoluciones se suelen considerar mejoras en la eficiencia, pero aquí vamos a concentrarnos en el lado negativo, el incremento de la ignorancia.

La primera revolución en el gobierno

La expresión «revolución en el gobierno» la acuñó el historiador Geoffrey Elton en un estudio sobre el reinado de Enrique VIII que se centró en los logros del secretario de Estado del rey, Thomas Cromwell, durante los años que precedieron a su ejecución por orden de Enrique en 1540. La nobleza detestaba a Cromwell, un hombre de origen humilde, porque ignoró su papel tradicional en el gobierno. Atribuir la revolución a Cromwell fue una exageración, ya que los cambios que describe Elton fueron más graduales y el proceso no se dio solo en Inglaterra: vemos indicios del mismo en cierto número de Estados europeos[681]. Estos cambios se pueden resumir en una sola palabra: burocratización —en el sentido que dio al término el sociólogo Max Weber—, el establecimiento de un gobierno impersonal

que se atiene a unas reglas escritas predeterminadas que definen con claridad la función de cada participante[682]. En el centro de esta nueva forma de gobierno había una institución nueva: el consejo. Los gobernantes se habían rodeado siempre de asesores, pero solo en el siglo XVI estos se convirtieron en consejeros.

La maquinaria del gobierno estaba creciendo, así que los gobernantes necesitaban cada vez más ayuda en su tarea, no solo para formar consejos, sino también secretarías que controlaran un papeleo cada vez más abundante. Ya hemos visto que Carlos V dependía de sus secretarios para que le resumieran los documentos entrantes y redactaran los salientes. En Suecia, los nobles —dolidos por la pérdida de participación en el gobierno— acuñaron la expresión «el gobierno de los secretarios» *(sekreterareregementet)*. Se referían sobre todo a Jöran Persson, el poderoso secretario del rey Erico XIV. Persson fue una especie de Cromwell para Suecia. También de procedencia humilde, sufrió el odio de la nobleza y fue ejecutado, él en 1568, cuando Juan III, hermano de Erico, lo depuso y ocupó su lugar[683].

Cromwell, que tenía a su vez secretarios para gestionar los asuntos de gobierno, era a todos los efectos el primer ministro del rey, igual que el cardenal Richelieu lo fue para Luis XIII. El auge y posterior institucionalización de esta función indica que los reyes se estaban volviendo cada vez más ignorantes de las acciones de su gobierno. El incremento del papeleo llevó a que los secretarios recibieran la autorización para falsificar la firma del rey[684]. Así, aunque hacía falta la aprobación del gobernante, la información le llegaba ya filtrada.

Felipe II es un caso extremo de este proceso de burocratización debido a la extensión de las tierras que gobernaba. Se podría decir que era el presidente ejecutivo de un imperio enorme en Europa (que abarcaba España, los Países Bajos, parte de Italia y, al final, también Portugal) y en las Américas (México y Perú), así como su última adquisición, Filipinas, que administraba México. Para gobernar todas estas regiones, la maquinaria del gobierno tenía que ser gigantesca para su época. Al principio de su reinado, Felipe recibía el asesoramiento de catorce consejos, compuestos por nobles y clérigos, pero con la ayuda de gran número de «letrados», hombres con educación en leyes que se convirtieron en funcionarios a tiempo completo. Los consejos se reunían de manera regular y emitían documentos con sus recomendaciones para el rey. A lo largo del reinado, la frecuencia de las reuniones fue en aumento y las sesiones

se prolongaron, y creció el número de documentos que enviaban a Felipe, además de que aparecieron en el sistema unos comités: las juntas.

Además, el rey tenía secretarios particulares, de los cuales cuatro tuvieron un poder considerable: Francisco de Eraso, Mateo Vázquez, Gonzalo Pérez y el hijo de este último, Antonio[685]. Por ejemplo, Vázquez era una especie de ayudante personal del rey y ocupaba un asiento junto a él (bueno, un taburete, por motivos de jerarquía), le resumía los documentos y redactaba parte de las respuestas. También era el mediador entre el rey y las juntas. Esto le daba cierto espacio para iniciativas propias, igual que pasaba con Antonio Pérez. España, como Inglaterra y Suecia, estaba experimentando el gobierno de los secretarios, aunque Felipe tenía en cuenta las instrucciones de su padre de no depender más que de sí mismo e insistía en tener la última palabra[686].

El gobierno de Felipe hizo un enorme esfuerzo colectivo por conseguir información, pero no se esforzó tanto por transmitirla a quien la debía recibir, ni en los lugares o momentos adecuados. El principal inconveniente del sistema era la fragmentación: por regiones, por la sempiterna jerarquía, por dominios como la guerra, las finanzas o la religión... Además, los problemas del gobierno se veían exacerbados por unas dificultades en la comunicación que cuesta imaginar desde que se inventaron el telégrafo y el teléfono.

El sistema se resintió de lo que se ha dado en denominar «la tiranía de la distancia», que analizó el historiador francés Fernand Braudel. Para él, la distancia era «el enemigo público número uno»[687]. En la era de Carlos V, la noticia de la victoria de los otomanos en la batalla de Mohács, en Hungría, tardó cincuenta y un días en llegarle al emperador en España[688]. En tiempos de Felipe, «una carta tardaba al menos dos semanas en llegar de Madrid a Bruselas o a Milán, dos meses en llegar a México, y al menos un año en llegar a Manila». Se producían más retrasos mientras la información iba del rey al Consejo de Indias o viceversa. Gonzalo Pérez se quejó de que «las decisiones son tan lentas que hasta un cojo podría seguirles el paso»[689].

Como en política muchas veces hay que tomar decisiones rápidas, las consecuencias de esto que podríamos llamar «ignorancia temporal» fueron enormes a ambos lados del océano. El gobernante de un imperio terrestre también tenía problemas semejantes, como le pasó a Catalina la Grande de Rusia. En sus tiempos, una orden imperial podía

tardar dieciocho meses en llegar de San Petersburgo a Kamchatka, en Siberia, y luego tenían que pasar otros dieciocho para que la respuesta se recibiera en la capital[690].

Luis XIV, otro monarca de principios de la Edad Moderna, alardeaba en sus memorias (que no escribió él) de que estaba «informado de todo». No lo estaba. Sabía mucho menos sobre su reino que algunos ministros, entre ellos y sobre todo Jean Baptiste Colbert, al que recientemente se ha descrito como «el maestro de la información». Y el propio Colbert no lo sabía todo, ni mucho menos. Marshal Vauban, famoso por sus diseños de fortalezas, también estaba muy interesado en la estadística, y propuso que Luis ordenara un censo anual de la población de Francia para saber «el número de súbditos, en total y por regiones, junto con los recursos, riqueza y pobreza en cada lugar». No se llegó a hacer, así que el gobierno permaneció en la ignorancia con respecto a estos puntos[691].

La segunda revolución en el gobierno

La segunda «revolución en el gobierno» tuvo lugar en el siglo XIX[692]. Al igual que la primera, fue la culminación de largas tendencias, como cursos universitarios en administración *(Staatswissenschaft)* que se impartían a finales del siglo XVIII para los futuros funcionarios alemanes. El conocimiento sobre el Estado se nombraba en alemán como *Statistik,* término del que viene la palabra «estadística». Esta evolución del significado es un ejemplo del creciente interés de los gobiernos por recopilar información sobre fábricas y escuelas, la pobreza y la higiene, en hacerse con un tesoro de datos que se pudieran presentar en columnas de cifras y gráficos circulares y de otros tipos que se originaron a principios del siglo XIX.

Esta recogida de información se podría considerar un triunfo del conocimiento sobre la ignorancia. Pero, como sucede a menudo con los triunfos, también implicó pérdidas. La cantidad de información fue tan grande que no hubo manera de digerirla. El auge de la democracia resolvió algunos problemas, pero creó otros, ya que un régimen que cambiaba tras las elecciones cada pocos años era necesariamente un régimen en el que los líderes no tenían tiempo para informarse debidamente sobre temas a los que se tenían que enfrentar. En cualquier caso, la educación recibida, ya fuera en derecho o en

humanidades, no los preparaba para sus nuevas responsabilidades.

Es probable que los ministros recién elegidos de Agricultura o Transporte, Educación o Salud, no supieran mucho sobre estos temas. Tal vez hicieran un esfuerzo por aprender, pero también es posible que no permanecieran mucho tiempo en el mismo puesto antes de que los trasladaran a otro o perdieran el trabajo si caía el gobierno. Entre el funcionariado había más continuidad, pero se suponía que los funcionarios estaban para asesorar a los ministros, no para tomar decisiones. En cualquier caso, las relaciones entre el ministro y el ministerio han sido a menudo difíciles. Igual que en épocas anteriores, existe la sospecha lógica de que el flujo de información en sentido ascendente atraviesa a menudo diferentes filtros.

Las encuestas y los mapas de los Estados, que obviamente aportan conocimiento, también pueden provocar ignorancia, sobre todo en la forma que James Scott ha llamado «simplificaciones finas», o la confusión de los mapas y las tablas con la realidad, que a veces aboca al desastre. Los mapas y las estadísticas fomentan una visión «olímpica» o «imperial» que no ve la realidad más variada y confusa que hay a nivel de suelo[693]. Esta negligencia se podría denominar «ignorancia olímpica», que es lo contrario que el conocimiento local y ha llevado al fracaso de planes originados desde el centro, como el *Groundnut Scheme* británico, del que se habló en el capítulo 10, o aún peores, como el «Gran Salto Adelante» de Mao Tse-Tung, del que hablaremos en el capítulo 12.

Los casos extremos hacen que los problemas generales resulten más visibles. La historia del colonialismo pone en relieve la ignorancia organizativa, ya que colonos y colonizados proceden de culturas diferentes, hablan distintos idiomas y tienen lealtades opuestas. En el África occidental dominada por Francia, por ejemplo, un oficial francés, incómodamente consciente de que el intérprete y el jefe local le estaban desinformando, pero incapaz de entender del todo lo que ocurría, se quejó a sus superiores de que no podía escapar de aquel «círculo de hierro». En términos más generales, la «ignorancia mutua de los oficiales franceses y la población local» fue un obstáculo importante para el funcionamiento correcto del sistema[694]. En el caso del Imperio británico en la India vemos otros puntos ciegos de esta «visión imperial».

Gobierno británico en la India

El Imperio británico se enfrentó a problemas semejantes. Sir John Bowring, que fue gobernador de Hong Kong entre 1854 y 1859, tenía en muy baja estima tanto a los dominantes como a los dominados en la colonia, y escribió que «nosotros los gobernamos desde la ignorancia y ellos se someten desde la ceguera»[695]. De hecho, el control real de la India entre 1757 y 1858 lo tuvo una corporación, la Compañía de las Indias Orientales, que ya había estado comerciando con el país desde su creación en el año 1600[696]. Su administración, guiada por la búsqueda de beneficios, culminó en el desastre que se ha dado en conocer como «el Motín de la India» de 1857, una rebelión que los propios indios llaman «La primera guerra de Independencia». Como veremos luego, en esa guerra la ignorancia tuvo un papel importante.

La ignorancia ya había sido clave en la historia de Gran Bretaña en la India. Warren Hastings, que fue el primer gobernador general en 1772, sabía bengalí, urdu y persa (el lenguaje tradicional de la administración), pero se quejó de que sus oficiales ignoraban los idiomas y costumbres locales. Los agentes de la Compañía en Londres sabían todavía menos. Las declaraciones que se hicieron en el juicio de Hastings por corrupción, en 1785, en Londres, revelaron «la extrema ignorancia de los británicos acerca del subcontinente»[697].

Luego llegó una «revolución de la información» a principios del siglo XIX, durante la que la Compañía bebió del sistema mogol de información. Pero siguió habiendo una «zona de ignorancia», en palabras de Christopher Bayly, en la que las nuevas instituciones del gobierno «no lograron penetrar en el entramado» de los conocimientos locales[698]. La ignorancia se amplificaba porque todos los años, durante los cinco meses más calurosos, el gobernador general nombrado por la Compañía salía de Calcuta con todo su personal para instalarse en Simla, un pueblo del Himalaya, «conectado con el mundo exterior por una carretera que era poco más que un camino para cabras»[699]. Allí el gobierno estaba aislado, igual que Felipe II en El Escorial. Los problemas de comunicación de la Compañía también eran semejantes a los de Felipe. Los barcos que transportaban personas y cartas de Gran Bretaña a la India pasaban por el Cabo y tardaban unos tres meses en llegar. En cuanto a las comunicaciones dentro de la India, en 1857 apenas se estaba empezando a construir el sistema ferroviario,

mientras que la primera línea de telégrafos, para uso de la Compañía, solo se instaló en 1851.

Más graves aún que estos problemas institucionales y técnicos era la ignorancia británica y su falta de comprensión de las culturas indias. Los nuevos gobernantes desconocían muchas cosas sobre el país. Especialmente significativo es que, «a diferencia de anteriores conquistadores extranjeros, los británicos se cerraron el paso a los conocimientos, información y rumores que circulaban entre las mujeres. Por tanto, no sabían nada de la mitad de la población de la India»[700]. Esta ignorancia llevó a malentendidos muy graves, sobre todo en tres casos: el de los zamindares, el de la casta y el de los acontecimientos que llevaron al famoso «Motín» de 1857.

En la India mogol, los zamindares eran vasallos, no propietarios de las tierras que les proporcionaban ingresos. Pero, para los británicos, eran terratenientes independientes, como los aristócratas y la nobleza de su país. El poder de la Compañía les permitió convertir este malentendido en realidad. El Asentamiento Permanente de 1793 convirtió a los zamindares en propietarios, y algunos lograron también el título de «rajá». En otras palabras, subieron de categoría social. Se puede decir que los británicos cambiaron la estructura social de la India por puro despiste[701].

Los malentendidos también fueron clave en la historia de la estratificación social de la India, el sistema que ahora llamamos «de castas» (expresión que los portugueses, que habían llegado a la India antes que los británicos, fueron los primeros en utilizar). Como dice el historiador Nicholas Dirks, «la casta, tal como la conocemos hoy, no es un hecho inmutable que viene de la antigua India», sino «el producto de un encuentro histórico entre la India y el gobierno colonial de Occidente»[702]. Los británicos lo redefinieron en un intento de comprender el sistema y, de nuevo, tuvieron el poder para convertir el malentendido en una nueva realidad.

La rebelión de 1857 ilustra las trágicas consecuencias de la ignorancia y los malentendidos. Fue en parte fruto de un fracaso de «inteligencia», de las redes de información que no supieron detectar los síntomas de la revuelta y prepararse para lo que se avecinaba. Un motivo de este fracaso fue que 1857 era un momento de transición entre el sistema tradicional de recogida de información gracias a «informadores» nativos, que estaba siendo sustituido por un nuevo sistema que seguía el modelo europeo: encuestas sociales con

resultados expresados en forma de estadísticas[703].

La rebelión también se puede considerar un fracaso a la hora de comprender la cultura o, para ser más precisos, las diferentes culturas de los indios. Para los «oficiales militares jóvenes e ignorantes» era cada vez más difícil comunicarse con los suboficiales indios[704]. Una vez más, la falta de información alentó los rumores. La rebelión empezó con un motín de los «cipayos» (soldados indios al servicio de la Compañía), provocado por los rumores de que la nueva partida de cartuchos iba a contener grasa de buey y de cerdo, con lo que ofendía a los hindús y a los musulmanes. De la misma manera, en tiempos del COVID, entre los musulmanes corrió el rumor falso de que la vacuna llevaba gelatina extraída del cerdo.

Al final, las autoridades dieron respuesta a los rumores, pero ya era demasiado tarde[705]. Primero empezó un motín local, y otros lo siguieron. En la rebelión tomaron parte tanto soldados como civiles que tenían otros motivos de queja contra el régimen.

Un régimen no es responsable de los rumores que circulen sobre él. Pero, antes de que empezaran las protestas, un oficial británico ya había alertado a las autoridades de que era necesario demostrar «que la grasa utilizada para los cartuchos no era de naturaleza tal que ofendiera o interfiriera con los prejuicios de casta», mientras que el inspector general reconoció que «no se tomaron precauciones extraordinarias para confirmar que no hubiera presencia de ninguna grasa ofensiva»[706]. El descuido de los oficiales no es equivalente a la ignorancia, pero indica falta de interés, como si los británicos no respetaran la cultura de los soldados indios. Su actitud hacia los «prejuicios de casta» mostraba a las claras sus propios prejuicios, cuando no una forma de lo que se conoce como «racismo institucional».

En cuanto a los británicos que seguían en su país, John Stuart Mill, que había trabajado para la Compañía de las Indias Orientales en Londres, reflexionó sobre la rebelión de 1857 y señaló la ignorancia generalizada sobre la India, y recomendó «un estudio sobre la experiencia India y las condiciones del gobierno allí mucho más profundo del que han intentado hasta ahora los políticos ingleses y los que informan con su opinión al hombre de a pie en Inglaterra»[707].

La rebelión acabó con el dominio de la Compañía, cuyo lugar ocupó una administración del gobierno inglés a través de un secretario de Estado para la India, una oficina de la India en Londres y un virrey

destinado allí. Las comunicaciones se hicieron más ágiles gracias al telégrafo, el barco de vapor y el ferrocarril[708]. Pero no fue el fin de la ignorancia en la India británica. La cadena de mando seguía siendo larga y compleja. En la India, la cadena empezaba con el rey y bajaba a través de gobernadores provinciales y sus secretarios, comisionados, subcomisionados, ayudantes de comisionados y magistrados de zona, todos ellos británicos y conocidos como «civiles» porque pertenecían al servicio civil de la India, el funcionariado. «Cada civil tenía a su cargo a unas 300.000 personas», así que ni el magistrado de zona más antiguo y minucioso podía saber gran cosa de la zona que gobernaba[709].

Igual que en tiempos de la compañía, la administración tenía dos estratos: uno más alto, el británico, y otro más bajo, compuesto por indios (aunque a algunos se les permitió ascender, y en 1905 el 5 por ciento del estrato superior era bengalí). La información de la base se perdía, o como mínimo se filtraba, en el largo camino hacia la cima.

Este sistema se mantuvo hasta 1947 y llegó a un sangriento final con la Partición del país entre la India oficialmente hindú y el Pakistán oficialmente musulmán, tal y como exigió el líder musulmán Muhammad Ali Jinnah. En el proceso, dos Estados indios quedaron divididos, el Punjab y Bengala. Jinnah, que procedía de Karachi y «no sabía del Punjab más de lo que Neville Chamberlain sabía de Checoslovaquia», se opuso a un posible «compromiso en el reparto de poder entre los sijs y los musulmanes» en estas zonas. Como dijo antes de la Partición el superintendente de policía de Delhi, «una vez se dibuje una línea divisoria en el Punjab, todos los sijs al oeste de la misma y todos los musulmanes al este serán castrados»[710]. Entre diez y doce millones de los que se encontraron en el lado de la frontera que no debían eligieron no trasladarse, y muchos —como mínimo cientos de miles, pero posiblemente uno o dos millones— fueron asesinados. Es difícil no llegar a la conclusión de que estas víctimas de la Partición se habrían salvado si los riesgos hubieran sido mejor calculados, los preparativos menos apresurados y los traslados supervisados con más atención por las tropas británicas en la India.

La precipitación fue responsabilidad del último virrey, Lord Louis Mountbatten, «un dirigente inexperto y confiado en exceso con una propensión bien sabida a correr riesgos». No tenía conocimientos sobre la situación en la zona y prefirió no seguir los consejos de los locales. Por ejemplo, el gobernador de Bengala dijo al primer ministro

Clement Attlee que anunciar una fecha precisa para la retirada de los británicos provocaría «masacres a una escala aterradora». Por tanto, Attlee eligió una fecha vaga, en 1948, pero Montbatten lo convenció para que se hiciera el 15 de agosto de 1947, diez meses antes de lo previsto en el plan original. El nuevo virrey llegó en marzo de 1947, y en mayo ya estaba escribiendo que «todo este asunto de la partición es una locura». De todos modos, siguió adelante con el apresurado plan, pese a las advertencias de Jawaharlal Nehru (que pronto se convertiría en el primer ministro de la India) de que estaba yendo demasiado deprisa. La masacre que se temía, por supuesto, tuvo lugar[711].

En cuanto a las nuevas fronteras entre la India y Pakistán, las trazó Cyril Radcliffe, un abogado que nunca había estado en el subcontinente. «Su ignorancia sobre la política india era absoluta, quizá por suerte, y nunca antes había viajado al oriente de Gibraltar»[712]. La Partición fue una última ilustración trágica de la ignorancia británica sobre la situación en la India, o, quizá aún peor, de ignorancia voluntaria. Si podemos hacer una generalización a partir de algunos ejemplos que hemos visto en este capítulo, se puede decir que la ignorancia «imperial» o «colonial» es una variedad importante de la nesciencia. Cuando los gobernantes pertenecen a una cultura y los gobernados a otra, se cometen siempre errores debidos a la ignorancia.

Este tipo de errores se siguieron dando cuando el neocolonialismo ocupó el lugar del colonialismo, y un buen ejemplo es la invasión de Irak por parte de Estados Unidos en 2003. Cuando comenzó la invasión, los estadounidenses no sabían si Saddam tenía o no «armas de destrucción masiva», pero, de todos modos, siguieron adelante. La guerra contra Saddam Hussein la ganaron muy pronto, pero se podía decir que perdieron la «paz» que siguió, y, en lugar de la libertad que habían ofrecido al pueblo iraquí, dejaron a su paso caos y violencia. En cualquier caso, los inspectores nunca encontraron las famosas armas. Como admite incluso un defensor de la guerra, «parece ser que Bagdad estaba diciendo la verdad al afirmar que las armas de destrucción masiva de Saddam habían sido destruidas tras la primera guerra del Golfo en 1991»[713].

Tony Blair siguió insistiendo en que habían hecho bien en apoyar la invasión, pero en el lado estadounidense hubo algunas expresiones de arrepentimiento. Por ejemplo, Colin Powell, que era en aquel momento secretario de Estado, declaró que «no sabía si habría

apoyado la guerra de haber sabido que no existían los arsenales». David Kay, jefe del Iraq Survey Group, fue más claro cuando confesó: «Nos equivocamos». Martin van Crevel, historiador israelí especializado en temas militares, ha dicho que la invasión de Irak fue «la guerra más estúpida desde que el emperador Augusto envió sus legiones a Alemania en el año 9 a. C. y las perdió»[714].

Un libro clásico estadounidense, *The Education of Henry Adams*, las memorias de un exdiplomático, dispara con todo contra los políticos ignorantes. El autor señaló, por ejemplo, que los secesionistas sureños tenían «una ignorancia fabulosa del mundo»; que, alrededor de 1870, el gobierno estadounidense «se enorgullecía de su ignorancia»; y que, en el año 1903, poco antes de la inesperada derrota de los rusos ante Japón, el propio Adams «se sintió tan ignorante como el estadista mejor informado»[715]. Murió en 1918. Si hubiera vuelto a Estados Unidos un siglo más tarde, ¿qué habría pensado Adams del presidente Trump?

616 Foucault, *Power/Knowledge*; Lorraine Code, «The Power of Ignorance», en Sullivan y Tuana (eds.), *Race and Epistemologies*, 213-30.

617 Hubert Dreyfus y Paul Rabinow (eds.), *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics* (Brighton, 1982), 187, a partir de la comunicación personal con los autores.

618 Richelieu, *Testament Politique*, anotado por Françoise Hildesheimer (París, 1995), 137; Daniel Roche, *France in the Enlightenment* (1993: traducción al inglés, Cambridge MA, 1998), 346.

619 Federico el Grande citado en Gay, *Science of Freedom*, 521-2; Federico VI citado en Robert J. Goldstein (ed.), *The War for the Public Mind: Political Censorship in Nineteenth-Century Europe* (Westport CT, 2000), 3.

620 Oldenburg a Samuel Hartlib (1659), en A. Rupert Hall y Marie Boas Hall (eds.), *The Correspondence of Henry Oldenburg*, 13 volúmenes (Madison WI, 1965-86).

621 Ryszard Kapuściński, *Shah of Shahs* (1982: traducción al inglés, Londres, 1986), 150 [ed. cast. *El sha o la desmesura del poder*. Traducido por Agata Orzeszek Sujak. Barcelona: Anagrama, 2006].

622 Shibutani, *Improvised News*.

623 Cita en Janam Mukherjee, *Hungry Bengal* (Nueva York, 2016), 83.

624 Raymond A. Bauer y David B. Gleicher, «Word-of-Mouth Communication in the Soviet Union», *Public Opinion Quarterly* 17 (1953), 297-310.

625 Stanley Cohen, *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of Mods and Rockers* (Londres, 1972) [ed. cast. *Demonios populares y «pánicos morales»: delincuencia juvenil, subculturas,*

vandalismo, drogas y violencia. Traducido por Victoria de los Ángeles Boschiroli. Barcelona: GEDISA, 2017].

626 John Kenyon, *The Popish Plot* (Londres, 1972).

627 W. C. Abbott, «The Origins of Titus Oates's Story», *English Historical Review* 25 (1910), 126-9, en 129; Allport y Postman, *Psychology of Rumour*; Shibutani, *Improvised News*.

628 https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0233879, consultado el 28 de junio de 2022; https://www.bbc.co.uk/bitesize/articles/zgfgf82, consultado el 28 de junio de 2022.

629 Sobre Venecia, Paolo Preto, *I servizi secreti di Venezia* (Milán, 1994).

630 Sobre la primera acepción, Alison Bailey, «Strategic Ignorance», en Sullivan y Tuana (eds.), *Race and Epistemologies*, 77-94. Cf. James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance* (New Haven CT, 2008). Sobre la segunda, McGoey, *Unknowers*.

631 Jefferson a Charles Yancey (1816); Madison a William Barry (1822).

632 John Foster, *An Essay on the Evils of Popular Ignorance* (Londres, 1824), 214.

633 *Hansard*, July 1833, 143-6, «National Education» (30 de julio de 1833), http://hansard.millbank-systems.com. Cf. S. A. Beaver, «Roebuck, John Arthur», *Oxford Dictionary of National Biography*.

634 Michael Cullen, «The Chartists and Education», *New Zealand Journal of History* 10 (1976), 162-77, en 163, 170.

635 John Stuart Mill, *Representative Government* (1867: reimpresión en *On Liberty, Utilitarianism and Other Essays*, Oxford, 2015), 239 [ed. cast. *Del gobierno representativo*. Traducido por Marta C. C. de Iturbe. Madrid: Tecnos, 2007]; Walter Bagehot, *The English Constitution* (1867: ed. Paul Smith, Cambridge, 2001), 327 [ed. cast. *La Constitución inglesa.* Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010].

636 Para ser precisos, había declarado en un discurso ante el parlamento que «es necesario que nuestros futuros amos aprendan a leer». Jonathan Parry, «Lowe, Robert», *Oxford Dictionary of National Biography*. En la memoria cultural, la frase se volvió más rotunda.

637 Oscar Wilde, *The Importance of Being Earnest* (1895), primer acto [ed. cast. *La importancia de llamarse Ernesto.* Traducido por Ricardo Baeza. Barcelona: Austral, 2011]. Gracias a Ghil'ad Zuckermann por recordarme este pasaje.

638 Dolci, *Inchiesta a Palermo,* 76.

639 «What Americans Know, 1989-2007», comunicado de prensa, Pew Research Center, 15 de abril de 2007, https://www.pewresearch.org/wp-content/uploads/sites/4/legacy-pdf/319.pdf, consultado el 28 de junio de 2022. Sobre las encuestas en el momento de las elecciones de 2008, Ilya Somin, *Democracy and Political Ignorance* (2013: edición revisada, Stanford CA, 2016), 34-5. Somin (162) señala la problemática de establecer comparaciones entre la situación actual de ignorancia y la del siglo xix y principios del xx, dada la falta de encuestas: falta de pruebas sobre la falta de conocimiento.

640 Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy* (Nueva York, 1957) [ed. cast. *Teoría económica de la democracia.* Traducido por Luis Adolfo Martín Merino. Barcelona: Aguilar].

641 Linda Martîn Alcoff sobre la epistemología de la ignorancia y las elecciones presidenciales de 2016 (24 de febrero de 2017), https://philosophy.commons.gc.cuny.edu/linda-martin-alcoff.

642 Philip Kitcher, *Science in a Democratic Society* (Amherst NY, 2011).

643 Simon Kaye, «On the Complex Relationship between Political Ignorance and Democracy» (5 de abril de 2017), http://eprints.lse.ac.uk/72489.

644 Sophia Kaitatzi-Whitlock, «The Political Economy of Political Ignorance», en Janet Wasko, Graham Murdock y Helena Sousa (eds.), *The Handbook of Political Economy of Communications* (Oxford, 2011), 458-81.

645 Mario Sabino, «FHC, Suplicy, O Preço do Paõzinho, o General Medici e Eu», *Crusoé*, 17 de agosto de 2018, https://crusoe.com.br.

646 Adam Nicolson, *When God Spoke English: The Making of the King James Bible* (Londres, 2011), 7.

647 Geoffrey Parker, *Emperor: A New Life of Charles V* (New Haven CT, 2019) [ed. cast. *Carlos V: una nueva vida del emperador*. Traducido por Victoria Gordo del Rey. Barcelona: Planeta, 2019].

648 Parker, *Emperor*, 35, 136, 208, 265, 317.

649 *Ibid.,* 58, 86, 195-6, 290.

650 Geoffrey Parker, *Philip II* (1978: 4.ª ed., Chicago IL, 2002), sobre todo 24-37 [ed. cast. *Felipe II*. Traducido por Ricardo de la Huerta Ozores. Madrid: Alianza Editorial, 2000].

651 Paul Dover, «Philip II, Information Overload and the Early Modern Moment», en Tonio Andrade y William Reger (eds.), *The Limits of Empire: European Imperial Formations in Early Modern World History* (Farnham, 2012).

652 Cita en Albert W. Lovett, *Philip II and Mateo Vázquez de Leca* (Ginebra, 1977), 66; Stafford Poole, *Juan de Ovando* (Norman OK, 2004), 162.

653 Soll, *The Reckoning*, ix, 87.

654 Isabel de Madariaga, *Russia in the Age of Catherine the Great* (Londres, 1981), 371; Simon Montefiore, *Prince of Princes: The Life of Potemkin* (Londres, 2001), 380-33.

655 Cita en Ladislav Bittman, *The Deception Game* (Syracuse NY, 1972), 58 [ed. cast. *El KGB y la desinformación soviética: panorámica desde el interior.* Traducido por Matilde Taboada. Barcelona: Juventud, 1987].

656 Richard Cobb, «The Informer and his Trade», en Cobb, *The Police and the People* (Oxford, 1970), 5-8.

657 Scott, *Seeing Like a State,* 2.

658 Sheldon Ungar, «Ignorance as an Under-Identified Social Problem», *British Journal of Sociology* 59 (2008), 301-26, en 306.

659 Adam Tooze, *Statistics and the German State, 1900-1945: The Making of Modern Economic Knowledge* (Cambridge, 2001), 84.

660 Frank Cowell, *Cheating the Government: The Economics of Evasion* (Cambridge MA, 1990), 38 [ed. cast. *Engañar al Estado*. Traducido por Luis Toharia Cortés. Madrid: Alianza Editorial, 1995].

661 Sir William Hayter (embajador británico en Moscú, 1953-7), citado en Anna Aslanyan, *Dancing on Ropes: Translators and the Balance of History* (Londres, 2021), 13.

662 Lothar Gall, *Bismarck: The White Revolutionary*, 1 (1851-71: traducción al inglés, Londres, 1986), 180.

663 Christopher Clark, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914* (Londres, 2013), 200-1 [ed. cast. *Sonámbulos*. Traducido por Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera Sánchez. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017].

664 Margaret MacMillan, *Peacemakers: The Paris Conference of 1919 and its Attempt to End War* (Londres, 2001), 43, 48-9.

665 Bartlomiej Rusin, «Lewis Namier, the Curzon Line and the Shaping of Poland's Eastern Frontier», *Studia z Dziejów Rosji i Europy Środkowy-Wschodniej* 48 (2013), 5-26, en 6, n. 3. Lloyd George se enfrentó a las pretensiones polacas, por lo tanto, la «leyenda» puede ser polaca.

666 Russell H. Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East: The Diplomacy of the Shantung Question* (Nueva York, 1952), 240-41.

667 James Headlam-Morley, citado en D. W. Hayton, *Conservative Revolutionary: The Lives of Lewis Namier* (Londres, 2019), 108.

668 John W. Wheeler-Bennett, *Munich: Prologue to Tragedy* (Londres, 1948), 264, 157.

669 Constantin Dumba, citado en Larry Wolff, *Woodrow Wilson and the Reimagining of Eastern Europe* (Stanford CA, 2020), 5.

670 John M. Cooper, *Woodrow Wilson* (Nueva York, 2009), 182.

671 Citado en MacMillan, *Peacemakers*, 41.

672 Wolff, *Woodrow Wilson*, 228, 231.

673 Cooper, *Woodrow Wilson*, 490. Cf. Harold Nicolson, *Peacemaking 1919* (Londres, 1933); David Fromkin, *A Peace to End All Peace* (1989).

674 La carta se cita en Hugh y Christopher Seton-Watson, *The Making of a New Europe* (Londres, 1981), 343. Al seminario asistió la joven Zara Steiner, citada en David Reynolds,

«Zara Steiner», *Biographical Memoirs of Fellows of the British Academy* XIX (Londres, 2021), 467-81, en 470. Cf. Nicolson, *Peacemaking*, 200, 203.

675 R. W. Seton-Watson, *Masaryk in England* (Cambridge, 1943), 67.

676 «Resign! Alexander Lukashenko heckled by factory workers in Minsk», *The Guardian*, 17 de agosto de 2020.

677 «Trump touts hydrochloroquine as a cure for Covid-19», *The Guardian*, 6 de abril de 2020; «Coronavirus: Trump says he's been taking hydrochloroquine for "a few weeks"», *The Independent*, 19 de mayo de 2020; «Bolsanaro bets "miraculous cure" for COVID-19 can save Brazil - and his life», *Reuters Health News*, 8 de julio de 2020.

678 Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*.

679 Joanne Roberts, «Organizational Ignorance», en Gross y McGoey (eds.), *Routledge Handbook of Ignorance Studies*, 361-9; Bakken y Wiik, «Ignorance and Organization Studies», 1109-20.

680 Michael Zack, «Managing Organizational Ignorance», *Knowledge Directions* 1 (1999), http://web.cba.neu.edu/~mzack/articles/orgig/orgig.htm, consultado el 28 de junio de 2022.

681 La continuidad con la Edad Media se subraya en G. L. Harriss, «A Revolution in Tudor History?», *Past & Present* 25 (1963), 8-39.

682 Geoffrey Elton, *The Tudor Revolution in Government* (Cambridge, 1953); Max Weber, *Soziologie*, ed. Johannes Winckelmann (Stuttgart, 1956), 151-4.

683 Sobre Persson, Michael Roberts, *The Early Vasas: A History of Sweden, 1523-1611* (Cambridge, 1968), 224-5, 237-9, y Marko Hakanen y Ulla Koskinen, «Secretaries as Agents in the Middle of Power Structures (1560-1680)», y «The Gentle Art of Counselling Monarchs», en Petri Karonen y Marko Hakanen (eds.), *Personal Agency at the Swedish Age of Greatness* (Helsinki, 2017), 5-94. Sobre Cromwell, Diarmaid MacCulloch, *Thomas Cromwell* (Londres, 2018). Sobre Richelieu, Orest Ranum, *Richelieu and the Councillors of State* (Oxford, 1968), especialmente 45-76.

684 Ranum, *Richelieu*, 63.

685 Sobre Eraso, Carlos Javier de Carlos Morales, «El Poder de los Secretarios Reales: Francisco de Eraso», en José Martínez Millán (ed.), *La corte de Felipe II* (Madrid, 1994), 107-48.

686 Gregorio Marañón, *Antonio Pérez* (Madrid, 1947); Lovett, *Philip II*.

687 Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II* (1949: traducción al inglés, 2 vols., Londres, 1972-3), 2.ª parte, cap. 1, sección 1 [ed. cast. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo.* Traducido por Roces Wences. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 1976]. Cf. Geoffrey Blainey, *The Tyranny of Distance: How Distance Shaped Australia's History* (Melbourne, 1966), y Parker, *Emperor*, 382, 653.

688 Parker, *Emperor*, 385.

689 Parker, *Philip II*, 25, 28. Sobre Felipe y su imperio, Arndt Brendecke, *The Empirical Empire: Spanish Colonial Rule and the Politics of Knowledge* (2009: traducción al inglés, Berlín, 2016) [ed. cast. *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*. Traducido por Griselda Mársico. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert, 2013], sobre todo el capítulo 1 sobre «la ceguera del rey», y Brendecke, «Knowledge, Oblivion and Concealment in Early Modern Spain: The Ambiguous Agenda of the Archive of Simancas», en Liesbeth Corens, Kate Peters y Alexandra Walsham (eds.), *Archives and Information in the Early Modern World* (Oxford, 2018), 131-49.

690 Simon Franklin y Katherine Bowers (eds.), *Information and Empire: Mechanisms of Communication in Russia, 1600-1850* (Cambridge, 2017).

691 Scott, *Seeing Like a State,* 11; cf. Jacob Soll, *The Information Master: Jean-Baptiste Colbert's Secret State Intelligence System* (Ann Arbor MI, 2009); Michèle Virol, *Vauban* (Seyssel, 2003).

692 Oliver MacDonagh, «The Nineteenth-Century Revolution in Government», *Historical Journal* 1 (1958), 52-67.

693 Scott, *Seeing Like a State*, 33, 77.

694 Emily Osborn, «Circle of Iron: African Colonial Employees and the Interpretation of Colonial Rule in French West Africa», *Journal of African History* 44 (2003), 29-50.

695 Philip Bowring, *Free Trade's First Missionary: Sir John Bowring in Europe and Asia* (Hong Kong, 2014), 170.

696 William Dalrymple, *The Anarchy: The Relentless Rise of the East India Company* (Londres, 2019) [ed. cast. *La anarquía: la Compañía de las Indias Orientales y el expolio de la India.* Traducido por Javier Romero Muñoz. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021].

697 Dalrymple, *Anarchy*, 237, 313.

698 Christopher A. Bayly, *Empire and Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India, 1780-1870* (Cambridge, 1996), 14.

699 Dalrymple, *Return of a King*, 130.

700 Bayly, *Empire and Information,* 178.

701 Ranajit Guha, *A Rule of Property for Bengal* (París, 1963).

702 Nicholas B. Dirks, *Castes of Mind: Colonialism and the Making of Modern India* (Princeton NJ, 2001).

703 Bayly, *Empire and Information*, 102, 212, 245-6.

704 *Ibid.,* 315-37, especialmente 315-16.

705 Kim Wagner, *The Great Fear of 1857* (Oxford, 2010).

706 *Ibid.,* 28, 30.

707 John Stuart Mill, *Representative Government*, conclusión, citado en McGoey, *Unknowers*, 161.

708 Bayly, *Empire and Information,* 338.

709 Clive Dewey, *Anglo-Indian Attitudes: The Mind of the Indian Civil Service* (Londres, 1993), 3.

710 Penderel Moon, *Divide and Quit: An Eyewitness Account of the Partition of India* (1961: 2.ª ed., Delhi, 1998), 37, 88.

711 Alex von Tunzelmann, *Indian Summer: The Secret History of the End of an Empire* (Nueva York, 2007), 3, 154, 185, 190, 199, 201.

712 *Ibid*., 232.

713 Anthony Tucker-Jones, *The Iraq War: Operation Iraqi Freedom, 2003-2011* (Barnsley, 2014), 137.

714 Cita en Brian Whitaker, «Nowhere to Run», *The Guardian*, 29 de noviembre de 2005. La fecha correcta es 9 d. C.

715 Henry Adams, *The Education of Henry Adams* (1907: nueva edición, Cambridge MA, 1918), 100, 296, 462 [ed. cast. *La educación de Henry Adams*. Traducido por Javier Alcoriza Vento y Antonio Lastra Meliá. Barcelona: Alba, 2001].

12
SORPRESAS Y CATÁSTROFES

The best laid schemes o'Mice an'Men / Gang aft agley [go oft astray].
(Los mejores planes de ratones y de hombres / a menudo se frustran).

ROBERT BURNS

Como todos sabemos, hay sorpresas buenas y sorpresas malas. La sorpresa ha sido clave en muchos descubrimientos científicos, pero también muchos desastres han sorprendido a sus víctimas. ¿Qué se puede hacer para reducir la posibilidad de recibir sorpresas negativas? En capítulos anteriores hemos visto cómo los que toman decisiones en política o en los negocios han respondido a lo largo de los siglos a situaciones de incertidumbre, sobre todo a «lo que sabemos que no sabemos». Este capítulo, en cambio, se centra en «lo que no sabemos que no sabemos», la ignorancia del futuro que frustra, según Burns, «los mejores planes de ratones y de hombres»… y eso por no mencionar los planes que no se han hecho.

En la práctica, la oposición binaria entre lo que sabemos que no sabemos y lo que no sabemos que no sabemos es demasiado definida. Resulta más productivo pensar en términos de lo que más o menos sabemos. Por ejemplo, sabemos que en el futuro va a haber incendios, inundaciones, terremotos, hambrunas y epidemias, pero no cuándo ni dónde. Los californianos llevan esperando el siguiente «Grande» desde que un terremoto sacudió San Francisco en 1906.

En la geografía del desastre hay menos ignorancia que en el momento. Hace mucho que se sabe que unos lugares son más vulnerables que otros a las inundaciones, como algunas zonas de Bangladesh, o se encuentran cerca de las fallas que causan los terremotos, como California o Japón. Por este motivo, es posible estar preparados para responder a algunos desastres: se pueden construir presas o graneros, organizar brigadas de bomberos, etcétera. Incluso es posible hacer algunos preparativos para los riesgos más inciertos y

mortíferos, los «riesgos existenciales» que amenazan con la extinción de la humanidad o, como mínimo, con reducir de manera drástica su potencial. Pero, en general, los preparativos han sido escasos y han llegado demasiado tarde, «too little and too late», un problema tan frecuente que se lo conoce por su acrónimo en inglés: TLTL.

Uno de los motivos es la presión para centrar la atención o invertir los recursos económicos en otra cosa, pero también la ignorancia o, como mínimo, la poca conciencia de lo que está sucediendo. Un reciente estudio sobre el «riesgo existencial» advierte a los que lo leen de que «vivimos en un mundo de decisiones tomadas sin preparación, gobernantes que carecen de información, y son los que dirigen las tecnologías que amenazan el futuro de toda la especie»[716].

Lo que viene a continuación es la historia no de nuestra inevitable ignorancia del futuro (de eso hablaremos en el capítulo 14), sino de la ignorancia culpable y la falta de preparación. Por ejemplo, cuando Hitler dio la orden de invadir la Unión Soviética en 1941, el ejército alemán no tuvo tiempo para hacer preparativos, así que los soldados se tuvieron que enfrentar al duro invierno ruso sin la ropa apropiada. Los rusos también se han visto sorprendidos: cuando Valery Legasov, director de la comisión de investigación de la explosión nuclear de Chernóbil en 1986, advirtió la «falta de preparación en la central», la comparó con la falta de preparación de la invasión alemana: «mil novecientos cuarenta y uno, pero aún peor»[717].

Incendios, inundaciones, huracanes y terremotos

En la historia ha habido demasiados casos de desastres naturales que han tenido lugar porque hemos ignorado el peligro. Al principio de la Edad Moderna en Europa, cuando muchas casas eran aún de madera, los preparativos para combatir los incendios eran por lo general insuficientes, y más de una vez se quemaron ciudades enteras o buena parte de las mismas. Por ejemplo, en Escandinavia, Estocolmo ardió entero en 1625 y 1759; Copenhague en 1728; Christiania, el actual Oslo, en 1624, y tanto Bergen como Uppsala en 1702.

Un incendio aún peor tuvo lugar en Londres en 1666: empezó por accidente en una panadería, en torno a la medianoche, y se extendió a gran velocidad por las casas de madera como resultado de los fuertes vientos. Algunos londinenses afirmaron que los católicos, que en aquel

momento eran una minoría perseguida, lo habían provocado. Es un buen ejemplo no solo de la difusión de rumores cuando falta información, sino también de lo que podríamos llamar «síndrome del chivo expiatorio», una especie de paranoia colectiva que hace que se acuse a individuos o grupos concretos de un desastre inesperado que nadie ha planeado.

Los londinenses aprendieron de la experiencia y reconstruyeron la ciudad en ladrillo, y en 1681 abrió sus puertas en la ciudad una compañía de seguros a la que no tardaron en seguir otras[718]. No se puede decir que los primeros habitantes de estas ciudades ignoraran el riesgo de incendio, pero tras ello la conciencia del peligro se acentuó, y también llegaron medidas para limitar los daños y reducir el impacto de catástrofes así.

En el caso de las inundaciones, hay desastres muy conocidos que sacan a la luz una falta de preparación criminal, resultado una vez más de ignorar el peligro. La simple ignorancia no basta para explicar estos eventos, puesto que los métodos de lo que ahora denominamos «gestión de inundaciones» se conocen desde hace mucho: identificación de zonas vulnerables, drenaje, presas, diques, etcétera. Tomemos por ejemplo el caso de la Gran Inundación del Misisipi en 1927, que afectó a diez estados y que provocó que 600.000 personas se quedaran sin hogar. No se podía predecir el récord de lluvias, pero se tendrían que haber hecho preparativos a largo plazo más eficaces, como admitió de manera implícita la aprobación del Acta de Control de Inundaciones del Misisipi, en 1928[719].

El impacto de la inundación del Misisipi fue peor para los pobres, sobre todo afroamericanos. Lo mismo se puede decir de otra gran inundación en la historia de Estados Unidos, la de Nueva Orleans, en 2005, tras el huracán Katrina. Igual que había pasado en 1927, el desastre sacó a la luz los fallos de ingeniería en el sistema de protección contra inundaciones, así como lo que se ha descrito como «la organización involuntaria de la ignorancia». La expresión «efecto Katrina» ha llegado a ser habitual[720].

Los estudios sobre ese desastre ponen el énfasis en el «catastrófico fracaso de las labores de socorro del gobierno», sobre todo por parte de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA por sus siglas en inglés)[721]. La Agencia proporcionó un refugio temporal en tiendas y caravanas a los que habían perdido su casa, pero se negó a instalar en hoteles a los evacuados. El sistema de salud no estaba

preparado para el desastre. Pero todos los años hay huracanes en Nueva Orleans, así que la falta de preparación no es justificable. Las personas pobres, sobre todo las afroamericanas, lo sufrieron más porque, en general, contaban con menos recursos y vivían en las zonas bajas, más vulnerables a la inundación. La policía impidió que algunos se marcharan, y muchos de los que se quedaron no recibieron ayuda. Los desplazados, algunos en ciudades lejanas, tuvieron tantos problemas para volver como habían tenido para salir. Se ha acusado a las autoridades de indiferencia ante el sufrimiento y de racismo institucional. En cuanto al presidente, George W. Bush estaba de vacaciones cuando tuvo lugar el desastre, no hizo ninguna visita al lugar durante los primeros días, y alabó la ineficaz labor del director de la FEMA, que dimitió poco después, diciendo que había hecho «un excelente trabajo», cuando en realidad lo que hubo allí fue otro claro ejemplo de TLTL.

El huracán Katrina dejó al descubierto lo que se podría denominar «distribución social» de la ignorancia. Los pobres, que vivían en zonas vulnerables de la ciudad, eran muy conscientes del riesgo de inundación. Los oficiales, que vivían en barrios más seguros y ricos, no. Ignoraban el conocimiento local, y el precio de esta ignorancia no lo pagaron ellos, sino otros[722]. Este tema es recurrente en la historia de los desastres, por no decir en la historia general: los que conocen la situación local no tienen poder para actuar, mientras que los que tienen el poder muchas veces no disponen del conocimiento.

Los terremotos son los desastres naturales más espectaculares por la velocidad a la que tienen lugar y lo impredecibles que son. En Europa, el terremoto de Lisboa de 1755 destruyó la ciudad y mató a entre diez mil y treinta mil personas, y sigue siendo el más conocido, aunque sus efectos no fueron nada en comparación con el que devastó Sichuan en 2008 (alrededor de noventa mil muertes), el que destruyó Tokio en 1923 (140.000 muertes) o el que destruyó Aleppo en 1138, que causó más de 200.000 muertos si los cálculos modernos son correctos.

Gracias a la circulación de información en los periódicos, que acababan de aparecer, el terremoto de Lisboa provocó un gran debate sobre las causas de estas «catástrofes»: era una palabra nueva a mediados del siglo XVIII o, mejor dicho, una palabra antigua con un nuevo significado, que pasó de ser un término técnico para hablar del desenlace en una comedia o en una tragedia a convertirse en sinónimo

de «desastre». A raíz del desastre de Lisboa, Immanuel Kant escribió un ensayo sobre las causas de los terremotos (1756) en el que hizo hincapié en la ignorancia humana sobre las profundidades de la tierra.

Algunos académicos hablan de lo que denominan «la invención de la catástrofe» en el siglo XVIII[723]. Esta expresión tan vívida no hace justicia a las nociones tradicionales de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis y el inminente fin del mundo[724]. Pero pasar de la idea del desastre como algo inevitable a la creencia de que se pueden evitar con una combinación de conocimiento y voluntad fue un giro muy importante.

Hambrunas

Las hambrunas son desastres naturales en el sentido de que la abundancia de la cosecha depende del clima, pero también son desastres provocados por el hombre en el sentido de que suelen ser resultado de fallos por parte de las autoridades: fallos a la hora de gestionar los riesgos en la cadena de suministro de alimentos con la construcción de almacenes públicos, y fallos cuando se trata de dar respuesta rápida a una crisis importando comida de otros lugares. La hambruna de Bengala de 1770 mató a más de dos millones de personas, y la de 1943-1944 acabó con unos tres millones de vidas. La hambruna irlandesa de 1845 llevó a la muerte a un millón de personas, y a otras tantas a la emigración. La hambruna de Etiopía de 1983 también mató a un millón de personas, y más de tres murieron en la de Ucrania de 1932-1933, aunque en este caso no fue por ignorancia oficial, sino porque Stalin dio órdenes de confiscar las cosechas.

Bengala e Irlanda nos presentan otros dos ejemplos claros de la ignorancia colonial de la que hablamos en el capítulo 11. En 1770, la administración de Bengala estaba en manos de la Compañía de las Indias Orientales. Cuando empezó la hambruna, algunos oficiales de la compañía trataron de impedir el acaparamiento y la exportación de arroz, y distribuyeron comida entre los hambrientos. Pero las medidas fueron insuficientes, como reconoció Warren Hastings, el nuevo gobernador general, cuando ordenó que se construyeran graneros públicos[725].

Una segunda hambruna asoló Bengala en 1943, mientras era parte

del Imperio británico. En esta ocasión, la respuesta oficial fue peor que insuficiente: el gobierno de la provincia negó que estuviera pasando nada fuera de lo común. En Bengala reinaba el «caos administrativo». En cuanto a Gran Bretaña, Lord Wavell, que llegó como virrey durante la hambruna, escribió a Winston Churchill quejándose de que «el gobierno de su majestad está tratando los problemas vitales de la India con negligencia, a veces con hostilidad y desprecio»[726]. Jawaharlal Nehru estaba de acuerdo, y describió la respuesta británica (o su falta de respuesta) como «un ejemplo de indiferencia, incompetencia y complacencia»[727].

El periodista Kali Charan Ghosh experimentó la hambruna y escribió acerca del tema en su momento, y señaló que «las medidas que habrían podido evitar grandes calamidades [...] se pasaron por alto o se ignoraron por completo», y que oficiales en altos niveles trataron de «esquivar toda responsabilidad bajo una capa de fingida ignorancia»[728]. El veredicto del economista Amartya Sen, que presenció la hambruna de niño, es que el desastre dejó a la luz «el fallo evidente del gobierno a la hora de anticiparse al desastre y detectar su aparición». En resumidas cuentas: los británicos habían ignorado la posibilidad de una hambruna y, cuando llegó, no supieron qué hacer al respecto[729].

La gran hambruna irlandesa de 1845, otro ejemplo de ignorancia imperial, llegó como resultado de una mala cosecha de la patata, de la que dependía casi toda la población, agravada por la falta de respuesta del gobierno británico. Una vez más, las medidas que se tomaron fueron pocas y llegaron tarde. Charles Trevelyan, funcionario público que había trabajado en Bengala, estuvo al cargo de los servicios de ayuda durante la hambruna en Irlanda. Era partidario de la no intervención oficial *(laissez-faire)* y, de hecho, describió la hambruna en su artículo para el *Edinburgh Review* («La crisis irlandesa», 1848) como «la acción directa de una providencia sabia y misericordiosa», una manera de liberar Irlanda, vía muerte o emigración, de campesinos ociosos[730]. Robert Peel, el primer ministro conservador, organizó envíos de maíz a Irlanda, pero tardaron demasiado en llegar, y los retrasos se acumularon porque los molinos irlandeses no estaban equipados para moler ese grano. Peel también intentó derogar los aranceles que mantenían muy alto el precio del maíz (las «Corn Laws», leyes del cereal), pero no lo consiguió debido a la oposición de su propio partido, el partido de los terratenientes[731].

Otros ejemplos coloniales nos llegan del África británica, donde «es asombroso lo frecuente que es encontrar a oficiales coloniales ignorantes de las condiciones de los pueblos que gobiernan, o bien insensibles a ellas. [...] A veces, la negligencia colonial era un simple reflejo del estado de desinformación de la administración». En el caso de la hambruna en Nigeria del norte en 1908, la administración en Lagos «al parecer no supo nada de la hambruna hasta que leyeron sobre ella en un informe anual»[732].

La gran hambruna de China entre 1959 y 1962 deja pequeñas a todas las demás. No hay cifras fidedignas y los cálculos varían mucho, pero es probable que murieran más de treinta millones de personas. Como en el caso de Stalin en la Unión Soviética, la hambruna fue resultado directo de las políticas del líder, en esta ocasión una mezcla de ignorancia y arrogancia por parte de un individuo «seguro de su propio genio y su infalibilidad»[733]. El historiador neerlandés Frank Dikötter hizo una descripción muy completa de la hambruna. Rara vez utiliza la palabra «ignorancia», pero sí describe un buen número de situaciones durante el gobierno de Mao Tse-Tung en las que el término encaja a la perfección.

En 1956, Mao «exigió un incremento desmedido en la producción de cereales, algodón, carbón y acero». En 1957, se puso en marcha un ambicioso programa de irrigación que creó entre otras cosas una presa en el río Amarillo, construida a toda prisa por condenados a trabajos forzosos, y contra el consejo de los especialistas, que por tanto no resultó adecuada para sus fines[734].

Mao también había iniciado lo que se conoció oficialmente como el «Gran Salto Adelante», un intento de dar alcance a Occidente mediante una industrialización muy veloz que tenía que llevarse a cabo, siguiendo los principios de la teoría maoísta de la revolución, no gracias al proletariado, sino a los campesinos, que fabricarían acero en pequeños hornos en sus propios patios traseros. Pero los campesinos no recibieron instrucción específica e ignoraban el procedimiento, con lo que la mayoría de los lingotes de hierro que produjeron no sirvieron de nada[735].

A todas luces, lo peor fue el efecto sobre la agricultura, cuando tantos trabajadores dejaron de sembrar y cosechar, y en su lugar pasaron a participar en el Salto. Más de dieciséis millones de campesinos entraron en el sector industrial y se trasladaron a las ciudades. Al mismo tiempo, el gobierno ordenó que las pequeñas

granjas individuales se sustituyeran por otras grandes, colectivas. Esta política llevó a serios problemas en la cantidad de alimentos producidos, y más tarde a la hambruna. Mao ordenó un incremento en la producción de cereales y visitó las zonas rurales para vigilar el proceso, pero lo que vio fue una puesta en escena. En una exhibición clara de «efecto Potemkin», se trasplantó arroz a lo largo de su ruta para proporcionarle una buena impresión. «China entera era un escenario, todos sus habitantes eran actores en el gran espectáculo para Mao»[736]. Los primeros indicios del desastre ya se veían con claridad en 1958, pero el régimen los ignoró. Una vez más, los que tenían el poder no tenían el conocimiento. Se encubrieron los robos y los errores; como sucede tan a menudo en los regímenes autoritarios, se falsificaron las estadísticas de producción para que pareciera que se habían alcanzado o hasta superado los objetivos[737]. En resumen, la hambruna China no fue intencionada, pero sí el resultado directo de una planificación central al servicio de un objetivo imposible y un crecimiento demasiado rápido de la producción industrial en lo que era todavía, esencialmente, una sociedad agrícola.

Epidemias

La historia de las enfermedades nos proporciona muchos ejemplos claros de las consecuencias de la ignorancia. En los cincuenta últimos años, la humanidad ha sufrido el ataque de cuatro enfermedades nuevas importantes: el ébola desde 1976, el SIDA desde 1981, el síndrome respiratorio agudo grave (SARS por sus siglas en inglés) desde 2002 y el COVID desde 2020. A medida que cambia el presente, vemos el pasado desde una nueva perspectiva, así que no es de extrañar que los historiadores se estén centrando en el estudio de los brotes de enfermedad más importantes del pasado. Entre estos estallidos o pandemias están la peste bubónica en Asia y Europa en 1348-1349, la viruela en Centroamérica y Sudamérica en torno a 1520, otra vez la peste bubónica en el siglo XVII (en el norte de Italia en 1630 y en Londres en 1665), el cólera en la Europa del siglo XIX (desde Londres en 1854 hasta Hamburgo en 1892) y la llamada «gripe española» que se extendió por todo el mundo en 1918. Todas estas pandemias cogieron por sorpresa a médicos y pacientes, y todos ignoraban el origen de la enfermedad, sus vías de transmisión o la

manera de evitar su contagio o curar a los afectados.

La peste

Entre 1348 y 1349, la rápida propagación de la peste bubónica desde su lugar de origen en la meseta tibetana, unida a la alta mortalidad (unos cincuenta millones solo en Europa), fue un acontecimiento traumático[738]. La gente necesitaba con desesperación una explicación de cómo había surgido, así como una cura o al menos una manera de prevenir la llegada de este asesino de transmisión invisible. Una «teoría» importante fue que la peste era obra de Dios, que castigaba a las comunidades por sus pecados. Otra creencia común fue que los responsables eran los judíos, que habían envenenado los pozos (un ejemplo extremo de «síndrome del chivo expiatorio»). Muchos médicos creían que la peste se transmitía a través de las miasmas o «aire podrido», una explicación que los historiadores han rechazado y se considera un ejemplo de ignorancia, pero que los epidemiólogos actuales han vuelto a invocar en el caso del coronavirus.

También se creía que la peste entraba en el cuerpo a través del sentido del olfato, por lo que los médicos empezaron a llevar máscara, y los que se lo podían permitir se defendían con un pomander o poma de olor (una naranja llena de especias que se llevaban a la nariz). Solo mucho más adelante se descubrió que las responsables de la transmisión eran las pulgas y sus portadoras, las ratas negras.

Las creencias de la época conformaron la respuesta a la epidemia. Para aplacar la ira de Dios, la gente salió en procesión y algunos se fustigaron para demostrar su arrepentimiento. En realidad, las procesiones, igual que las iglesias abarrotadas, incrementaban la velocidad de la transmisión debido al contacto físico. Una segunda respuesta fue agredir a los judíos. Por ejemplo, hubo pogromos en Tolón en 1348 y en Barcelona, Érfurt y Basilea en 1349[739].

Los europeos tardaron mucho en olvidar la peste de 1348, conocida como «la Muerte Negra». El recuerdo se revivió con regularidad, ya que hubo brotes frecuentes, aunque a escala mucho menor. En Milán, en 1630, murieron unas sesenta mil personas, la mitad de la población de la ciudad. Los londinenses sufrieron el «año de la plaga» (1665-1666), con más de setenta mil muertes. El último brote importante tuvo lugar en Marsella en 1720, cuando murieron

cincuenta mil personas[740].

En el siglo XVII, las ciudades europeas ya se habían organizado para combatir la peste, sobre todo en Italia. La práctica de la cuarentena —la primera forma de «confinamiento»— se remonta al menos al siglo XIV, cuando a los pasajeros de barcos que llegaban a Venecia procedentes de puertos en zonas infectadas no se les permitía desembarcar en cuarenta días. En el siglo XVII se tomaron una serie de medidas. Cuando llegaba la noticia de que la peste se estaba extendiendo, se cerraban fronteras, se instituían juntas sanitarias, se aprobaban leyes sobre salud y se quemaban las ropas y los muebles infectados. Hubo médicos que alertaron a la gente de los riesgos que corrían los participantes en procesiones y concentraciones públicas. Stefano di Castro, profesor en la Universidad de Pisa, dijo que los pobres optaban por la ignorancia al negarse a mantener la distancia con cualquier infectado[741].

Los rumores siguieron circulando, como sigue sucediendo hoy en situaciones semejantes. En Milán, en 1630, se dijo que unos individuos concretos, los *untori*, estaban propagando de manera deliberada la enfermedad, y para ello pintaban los muros de la ciudad con una sustancia venenosa. Por este crimen se detuvo y se juzgó a varias personas. En Florencia, un cronista escribió que «en Milán la peste la provocan hombres malvados con venenos [...] que envenenan el agua bendita y las pilas que la contienen en las iglesias»[742]. Los predicadores de Florencia y de otras ciudades siguieron diciendo que la plaga era un castigo por los pecados de la comunidad, y también se siguieron celebrando procesiones[743].

Los florentinos no fueron los últimos con estas ideas y actitudes. Durante una epidemia de fiebre amarilla en Río de Janeiro, en 1849, los periódicos dijeron que era un ejemplo de «justicia divina», mientras que se organizaban procesiones de cofradías religiosas para rogar ayuda a los protectores tradicionales contra la peste: San Roque y San Sebastián[744].

La viruela

La viruela pasó de ser una enfermedad endémica en Europa a extenderse como epidemia en el Nuevo Mundo. Desde alrededor de 1520, tras la llegada de los conquistadores españoles, la viruela, el

tifus y el sarampión mataron a la mayoría de la población en México y Perú. Se calcula que la población de México en 1518 era de entre 9 y 25 millones, y en 1603 solo quedaba un millón. La población de Perú era de entre 5 y 9 millones cuando Francisco Pizarro llegó con sus hombres en 1528, y un siglo más tarde apenas quedaban 600.000 habitantes. Los españoles, que fueron los que llevaron la enfermedad del Viejo Mundo, no sufrieron las consecuencias. La llegada de la enfermedad, junto con su rápida y letal propagación, fue algo completamente inesperado que cogió por sorpresa a conquistadores y conquistados[745].

Los historiadores de hoy explican la diferencia de vulnerabilidad entre la minoría española y la mayoría indígena porque estos últimos no habían desarrollado inmunidad, como sí habían hecho los primeros. Pero, en el siglo XVI, el concepto de «inmunidad» no se conocía como ahora, de manera que la desigual propagación de la enfermedad era incomprensible[746].

Más adelante, también en el Nuevo Mundo, se conoció mejor lo relativo a la viruela, o al menos lo conocieron los conquistadores. Hasta se concibió el uso de la enfermedad como arma de destrucción masiva. En 1763, Lord Jeffery Amherst, oficial del ejército británico, trató de sofocar la rebelión de Pontiac —llamada así por su principal dirigente, un jefe Ottawa— enviando a los rebeldes mantas infectadas de viruela. «¿No sería ingenioso enviar la viruela a lesas tribus de indios desafectos?», escribió Amherst a un subordinado. Más adelante aprobó la estratagema de las mantas «para extirpar a esta raza execrable». Hoy en día, a «Lord Jeff» se lo considera como el pionero de la guerra biológica[747].

En cuanto a las medidas preventivas, la inoculación contra la viruela —una práctica conocida desde hacía tiempo en China y en Oriente Medio— fue tema de debate encendido antes de que se adoptara en la Europa del siglo XVIII. Una de sus principales defensoras fue Lady Mary Wortley Montagu, una noble inglesa, esposa del embajador británico ante el sultán otomano. Lady Mary había padecido la viruela y se había recuperado, pero en Estambul conoció la técnica de la inoculación y, una vez de vuelta en Gran Bretaña, hizo campaña por su adopción. Esta campaña se encontró con una oposición feroz por parte de los que no quería saber nada de la inoculación[748].

La técnica de la vacunación utilizando virus procedentes de las

vacas, más segura, se extendió a gran velocidad por todo el mundo en el siglo XIX, aunque en algunos lugares también se topó con resistencia. Un caso dramático de esta resistencia se dio en Río de Janeiro en 1904[749]. La viruela era endémica, y el prefecto ordenó que se demolieran los barrios de chabolas, los *cortiços*, como parte de la campaña de limpieza que también tenía como objetivo eliminar la peste bubónica y la fiebre amarilla. A los habitantes de estos barrios de chabolas no les gustó el traslado forzoso ni la intromisión de los inspectores de sanidad en sus vidas, y aún más personas de otros grupos sociales se mostraron en contra de la nueva ley que hacía obligatoria la vacuna. Río fue escenario de peleas en las calles, entre la gente que tiraba piedras o botellas y la policía montada que respondía con cargas y disparos de revólver.

Sería demasiado simplista decir que la llamada «Revuelta de la Vacuna» fue fruto solo de la ignorancia sobre medicina. También fue una respuesta airada a lo que se consideraba una intromisión en la vida de la gente por pate de las autoridades de una ciudad con una larga historia de revueltas, los disturbios *(quebra-quebra)* que siguen teniendo lugar hoy en día. Un periodista preguntó a un ciudadano negro por los motivos de la revuelta, y la respuesta fue una frase que a los lectores actuales les recordará a la campaña de 2020 de Black Lives Matter: «Para demostrarle al gobierno que no le puede poner el pie en el cuello a la gente» *(mostrar ao governo que ele não põe o pé no pescoço do povo)*[750].

Pero la vacuna fue mucho más que un simple pretexto para la revuelta. Para complicar la situación, Río fue el escenario de un choque entre dos culturas, la de la medicina científica moderna y la tradicional africana de los antiguos esclavos, y cada una tenía un diagnóstico y proponía una cura[751]. La ignorancia sobre la vacuna también tuvo un papel importante, igual que en el caso del virus de la COVID en 2020. Entre los pobres, muchos eran analfabetos y se informaban a través de rumores, muchos de los cuales aseguraban que la vacuna era una enfermedad o un veneno. El doctor Romualdo Teixeira, testigo de estos acontecimientos, subrayó la ignorancia de los que se resistían; otro observador, el poeta y periodista Olavo Bilac, afirmó que la revuelta era una explotación de los ignorantes por parte de los astutos[752].

Cólera

El siglo XIX fue testigo de otro gran debate entre los médicos europeos, esta vez sobre el tema del contagio por contacto. En 1822, el médico francés Nicholas Chervin utilizó como caso de prueba un brote de fiebre amarilla en Barcelona. Quería demostrar que la enfermedad no se transmitía por contacto humano, como se daba por supuesto[753]. El cólera se propagó desde la India, donde era endémico, hasta Oriente Medio, China, Japón y Europa, y puso en relieve la ignorancia general. En algunos lugares, como la Prusia de 1830 o la Rusia de 1848, alcanzó proporciones de epidemia. Esta crisis generó un debate acerca de la transmisión del cólera y la mejor manera de combatir la enfermedad.

En Gran Bretaña, por ejemplo, tuvo lugar en 1832 un brote importante de cólera. Todavía estaba vigente la idea de que Dios había enviado la epidemia como castigo de los pecados de la comunidad, reavivada por los metodistas. Siguió habiendo debate entre los partidarios de la teoría del contagio por contacto y los que creían en las miasmas, y las opiniones también estaban divididas en lo relativo a los medios para combatir la epidemia, ya fuera la cuarentena —a la que se oponían los negocios, como en 2020— o la quema de ropa y mobiliario. El gobierno «se enfrentó a dos políticas impopulares, ninguna de las cuales contaba con una justificación científica arrolladora; y, como tantos gobiernos que se han visto en esa posición, hizo un poco de cada una, cosa que no funcionó, claro»[754].

Los diferentes grupos responden de diferentes maneras ante una epidemia. La clase media culpó a la clase trabajadora, a la que veía a través de estereotipos de pobreza, suciedad y ebriedad. La clase trabajadora, o al menos una parte, negó que existiera ninguna epidemia, y se expresó que la sola idea era «una patraña»[755]. En Manchester hubo revueltas contra las regulaciones impuestas por la junta sanitaria. La ignorancia tuvo mucho que ver: hubo «fallos de autoridad, fallos de información y fallos de conocimiento». «Cualquier investigación efectiva sobre la naturaleza y las causas del cólera tropezaba con la inexistencia de una comunidad de investigadores médicos», así como con la falta de microscopios potentes[756].

Florence Nightingale, que se hizo famosa por cuidar de las víctimas del cólera en el ejército británico durante la guerra de Crimea

(1853-1856), era firme defensora del lavado de manos. Fue una pionera en este sentido, igual que Edwin Chadwick, un reformador cuyos informes sobre las condiciones de insalubridad llevaron a la aprobación del Acta de Salud Pública de 1848. Estos ejemplos nos recuerdan la ignorancia general sobre la higiene que imperaba en aquella época. A medida que la clase media fue siendo más consciente de su importancia, la ignorancia de la higiene se empezó a asociar con las clases trabajadores. En Estados Unidos, la clase media relacionó esta forma de ignorancia con los emigrantes del sur y el este de Europa, y la enseñanza de la higiene se convirtió en parte de las campañas de «americanización»[757].

En otro sentido, Nightingale se atuvo a la tradición: era una firme defensora de la teoría tradicional de las «miasmas» para la transmisión de enfermedades[758]. Tuvo que llegar el brote de cólera de Londres, en 1854, para que el cirujano John Snow, con técnicas detectivescas, siguiera las pistas y rastreara el núcleo de propagación de la enfermedad en una bomba de agua cerca de la estación de Liverpool Street, y consiguiera así pruebas circunstanciales que respaldaban su teoría de que la enfermedad se transmitía a través del agua contaminada por residuos humanos, conclusión a la que había llegado cuando advirtió que los primeros síntomas de la enfermedad eran estomacales. Su propuesta fue limpiar el agua con cloro[759].

En Francia, Louis Pasteur, con la ayuda de una nueva generación de microscopios, propuso que la causa de algunas enfermedades eran ciertos microorganismos conocidos como «bacterias», «microbios» o «gérmenes». En Alemania, el doctor Robert Koch, que había estado en Egipto en 1883 para investigar la epidemia de cólera, corroboró la teoría de los gérmenes de Pasteur. Cuando hubo un importante brote de cólera en Hamburgo en 1892, Koch acudió allí para detenerlo. La enfermedad afectó a Hamburgo, donde el suministro de agua llegaba directamente del río, pero no tocó a la ciudad vecina de Altona, donde filtraban el agua, lo que demostró a gran escala lo que Snow había descrito a nivel más bajo con la bomba local. Esto llevó a la aceptación de la teoría de los gérmenes y salvó muchas vidas[760].

El siglo XX y el siglo XXI

Los conocimientos médicos progresan al ritmo de la ciencia, pero,

como ha enseñado el coronavirus a la gente de a pie, cuando llega una nueva enfermedad todos estamos en la ignorancia. La gripe no es un fenómeno nuevo, pero en 1918-1919 aparecieron cepas desconocidas. Tras la Primera Guerra Mundial y como resultado de la misma, esta epidemia llegó a niveles de propagación nunca vistos. Las nuevas variantes surgieron cuando las fuerzas estadounidenses y norteafricanas se encontraron con las europeas en el norte de Francia, donde la desnutrición de los años de guerra había dejado a mucha gente en situación vulnerable ante una enfermedad que no los habría afectado tanto en circunstancias normales[761].

Un siglo más tarde, en nuestros tiempos, las posibilidades de que una epidemia se extienda muy deprisa por todo el mundo se han multiplicado gracias a la globalización y el auge de los viajes intercontinentales. No es de extrañar que las cuatro nuevas enfermedades que hemos mencionado antes hayan aparecido en el último medio siglo. Todo un desafío para los médicos y epidemiólogos, que tienen que transformar su ignorancia en conocimientos, y estos conocimientos, en maneras de salvar vidas.

La primera de estas enfermedades fue el ébola, identificado en 1976 tras dos brotes en lugares diferentes de África, Sudán del Sur y Zaire (lo que ahora es la República Democrática del Congo). La búsqueda de la vacuna no culminó con éxito hasta 2019. La segunda epidemia, el SIDA o VIH, también se originó en África, donde saltó de los chimpancés a los humanos y se propagó de Kinsasa a Haití, y de ahí a Estados Unidos. Diferentes grupos de investigadores identificaron el virus a principios de los 1980. Entre las respuestas encontramos varios casos de síndrome del chivo expiatorio. En la Unión Soviética se dijo que el gobierno de Estados Unidos había creado el virus como arma biológica. Fuentes chinas han hecho afirmaciones semejantes en el caso de la COVID-19.

La tercera epidemia fue el síndrome respiratorio agudo grave (SARS), que surgió en el sur de China y pasó a Hong Kong, Toronto y el resto del mundo. La ignorancia contribuyó a su propagación: en Hong Kong, algunos ciudadanos criticaron al gobierno por no proporcionar a tiempo información sobre la enfermedad. El coronavirus es, desde el punto de vista de la bacteria, una cepa más eficiente del SARS. De nuevo, la enfermedad se originó en China, y de nuevo el gobierno ha sido acusado de no informar con la suficiente presteza sobre el peligro. Las teorías de la conspiración han vuelto a

florecer. Rick Scott, un senador republicano estadounidense, ha asegurado que el gobierno chino permitió «de manera intencionada» que el virus se propagara, y que además trataron de sabotear la vacuna. Tom Cotton, otro senador republicano, ha dicho que el virus es un «arma biológica de China». Por su parte, en China los medios de comunicación han culpado del virus a las fuerzas armadas estadounidenses[762]. Al igual que sucedió en Río de Janeiro en 1904, el movimiento antivacunas se ha movilizado en Estados Unidos y en otros países.

La ignorancia se ha basado a menudo en los prejuicios. Los médicos tardaron mucho tiempo en reconocer el papel de los insectos, aves y animales (por no mencionar las bacterias) en la propagación de las epidemias. Ignoraron la importancia de las pulgas y las ratas en el caso de la peste bubónica, de las moscas y los piojos en el del tifus, de las aves en el de la gripe de 1918, el de los monos en el del VIH y el de los murciélagos en el del SARS. En una sociedad jerarquizada, era muy difícil concebir que unos simples insectos como las pulgas o los piojos, inferiores no solo a los humanos, sino a la mayoría de los animales, pudieran matar a millones de personas. En este caso, la soberbia humana ha sido su némesis.

716 Ord, *The Precipice*. Cf. Nick Bostrom «Existential Risks», *Journal of Evolution and Technology* 9 (2002), https://nickbostrom.com/existential/risks.html; Bostrom, «Existential Risk Prevention as Global Priority», *Global Policy* 4 (2013), 15-31.

717 Citado en Plokhy, *Chernobyl*, 269.

718 Neil Hanson, *The Dreadful Judgement: The True Story of the Great Fire of London* (Nueva York, 2001).

719 John M. Barry, *Rising Tide: The Great Mississippi Flood of 1927 and How It Changed Americans* (Nueva York, 1997).

720 William M. Taylor (ed.), *The «Katrina Effect»: On the Nature of Catastrophe* (Londres, 2015).

721 Chester Hartman y Gregory Squires (eds.), *There Is No Such Thing as a Natural Disaster: Race, Class, and Hurricane Katrina* (Londres, 2006), vii, 121-9, 194. Cf. Douglas Brinkley, *The Great Deluge: Hurricane Katrina, New Orleans and the Mississippi Gulf Coast* (Nueva York, 2006).

722 Scott Frickel y M. Bess Vincent, «Hurricane Katrina, Contamination, and the Unintended Organization of Ignorance», *Technology in Society* 29 (2007), 181-8.

723 Gregory Quenet, *Les tremblements de terre aux xvii*e *et xviii*e *siècles: La naissance d'un risque* (Champvallon, 2005), 305-56; Michael O'Dea, «Le mot "catastrophe"» y Anne Saada, «Le désir

d'informer: le tremblement de terre de Lisbonne», en Anne-Marie Mercier-Faivre y Chantal Thomas (eds.), *L'invention de la catastrophe au xviii*e *siècle: Du châtiment divin au désastre naturel* (Ginebra, 2008), 35-48 y 209-30.

724 Cf. John Leslie, *The End of the World: The Science and Ethics of Human Extinction* (Londres, 1996).

725 David Arnold, *Famine: Social Crisis and Historical Change* (Oxford, 1988); Dalrymple, *Anarchy*, 219-26.

726 Cita en Amartya Sen, *Poverty and Famines* (Oxford, 1981), 76.

727 Cita en Arnold, *Famine*, 117.

728 Kali Charan Ghosh, *Famines in Bengal, 1770-1943* (1944: 2.ª ed., Calcuta, 1987), prefacio, 122.

729 Sen, *Poverty and Famines,* 79; Paul Greenough, *Prosperity and Misery in Modern Bengal: The Bengal Famine of 1943-44* (Nueva York, 1982); Mukherjee, *Hungry Bengal.*

730 Cita en Robin Haines, *Charles Trevelyan and the Great Irish Famine* (Dublín, 2004), 401, que defiende a Trevelyan de la acusación de «una política de socorro malévola» (xiii).

731 Cecil Woodham-Smith, *The Great Hunger: Ireland, 1845-1849* (Londres, 1962); Mary Daly, *The Famine in Ireland* (Dundalk, 1986); Christine Kineally, *This Great Calamity: The Irish Famine, 1845-52* (Dublín, 1995); James S. Donnelly, *The Great Irish Potato Famine* (Stroud, 2002); Cormac Ó Gráda (ed.), *Ireland's Great Famine: Interdisciplinary Perspectives* (Dublín, 2006).

732 Arnold, *Famine.* Cf. Polly Hill, *Population, Prosperity and Poverty: Rural Kano in 1900 and 1970* (Cambridge, 1977).

733 Jasper Becker, *Hungry Ghosts: Mao's Secret Famine* (Nueva York, 1996); Dikötter, *Mao's Great Famine*, 6. Hay una crítica de este último libro y una respuesta del autor en Felix Wemheuer, «Sites of Horror: *Mao's Great Famine*», *The China Journal* 66 (2011), 155-64.

734 Dikötter, *Mao's Great Famine*, 8, 25-6.

735 *Ibid.,* 56-63.

736 Cita del médico de Mao, el doctor Li Zhisui, que lo acompañaba. *Ibid.,* 41, 67-72.

737 *Ibid.,* 29, 37, 62, 69, 130.

738 Monica Green, «Taking "Pandemic" Seriously: Making the Black Death Global», en Green (ed.), *Pandemic Disease* (Kalamazoo MI, 2015), 27-61, en 37. Cf. Timothy Brook, «The Plague», en Brook, *Great State*, 53-75.

739 Philip Ziegler, *The Black Death* (Londres, 1969); William H. McNeill, *Plagues and Peoples* (Garden City NY, 1976); Samuel K. Cohn Jr, «The Black Death and the Burning of Jews», *Past & Present* 196 (2007), 3-36.

740 Carlo Cipolla, *Cristofano and the Plague* (Londres, 1973); Cipolla, *Faith, Reason and the Plague in Seventeenth-Century Tuscany* (Nueva York, 1981); A. Lloyd Moote y Dorothy C. Moote, *The Great Plague: The Story of London's Most Deadly Year* (Baltimore MD, 2004); John Henderson, *Florence under Siege: Surviving Plague in an Early Modern City* (New Haven CT, 2019).

741 Carlo Cipolla, *Fighting the Plague in Seventeenth-Century Italy* (Madison WI, 1981); Stefano di Castro, citado por Henderson, *Florence under Siege*, 55.

742 Giuseppe Farinelli y Ermanno Paccagnini (eds.), *Processo agli untori* (Milán, 1988); Giovanni Baldinucci, citado en Henderson, *Florence under Siege*, 43.

743 Henderson, *Florence under Siege*, 149-82.

744 Sidney Chaloub, *Cidade Febril: Cortiços e Epidemias na Cidade Imperial* (São Paulo, 1996), 62-3.

745 Woodrow Borah y Sherburne Cook, *The Aboriginal Population of Central Mexico in 1548* (Berkeley CA, 1960); Rudolph Zambardino, «Mexico's Population in the Sixteenth Century», *Journal of Interdisciplinary History* 11 (1980), 1-27; Noble David Cook, *Born to Die: Disease and New World Conquest, 1492-1650* (Cambridge, 1998).

746 Jonathan B. Tucker, *Scourge: The Once and Future Threat of Smallpox* (Nueva York, 2001).

747 https://people.umass.edu/derrico/amherst/lord_jeff.html, consultado el 28 de junio de 2022.

748 Jo Willett, «Lady Mary Wortley Montagu and her Campaign against Smallpox», https://www.historic-uk.com/HistoryUK/HistoryofBritain/Lady-Mary-Wortley-Montagu-Campaign-Against-Smallpox/, consultado el 13 de mayo de 2022.

749 Nicolau Sevcenko, *A Revolta da Vacina* (São Paulo, 1983); José Murilo de Carvalho, «Cidadãos ativos: a Revolta da Vacina», en Murilo de Carvalho, *Os Bestializados* (São Paulo, 1987), 91-130; Chaloub, *Cidade Febril*; Teresa Meade, *«Civilizing» Rio: Reform and Resistance in a Brazilian City, 1889-1930* (Filadelfia PA, 1997); Jane Santucci, *Cidade Rebelde: As Revoltas Populares no Rio de Janeiro no Início do Século xx* (Río, 2008).

750 Chaloub, *Cidade Febril*, 139.

751 *Ibid.,* 125.

752 *Ibid.,* 123-6.

753 Manfred Waserman y Virginia Mayfield, «Nicholas Chervin's Yellow Fever Survey», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 26 (1971), 40-51.

754 Robert J. Morris, *1832 Cholera: The Social Response to an Epidemic* (Londres, 1976), 30, 35.

755 *Ibid.,* 85, 96-100.

756 *Ibid.,* 74, 161, 192.

757 Suellen Hoy, *Chasing Dirt: The American Pursuit of Cleanliness* (Nueva York, 1995), sobre todo 88-9, 124-7.

758 Mark Bostridge, *Florence Nightingale* (Londres, 2008).

759 Morris, *1832 Cholera*; Stephanie J. Snow, «Snow, Dr John», *Oxford Dictionary of National Biography*.

760 Richard Evans, *Death in Hamburg* (Oxford, 1987); Thomas Brock, *Robert Koch: A Life in Medicine and Bacteriology* (Washington, DC, 1999). Cf. Frank M. Snowden, *Naples in the Time of Cholera, 1884-1911* (Cambridge, 1995).

761 Laura Spinney, *Pale Rider: The Spanish Flu of 1918 and How It Changed the World* (Londres, 2017) [ed. cast. *El jinete pálido: 1918, la epidemia que cambió el mundo.* Traducido por Yolanda Fontal Ruedo. Barcelona: Editorial Crítica, 2018].

762 «US Senator says China trying to sabotage vaccine development», *Reuters*, 7 de junio de 2020, www.reuters.com; Alexandra Sternlicht, «Senator Tom Cotton Ramps Up Anti-China Rhetoric», *Forbes*, 26 de abril de 2020.

13
SECRETOS Y MENTIRAS

> El secreto es un instrumento de conspiración, y como tal no debe ser el sistema de un gobierno regular.
>
> JEREMY BENTHAM

La tarea principal de la historia social de la ignorancia ya se describió en la introducción, en una fórmula adaptada de Harold Lasswell, pionero estadounidense de la ciencia política: se trata de descubrir «quién ignora qué, cuándo, dónde y con qué consecuencias». Este capítulo va más allá de esa fórmula porque, al igual que otros estudios recientes sobre la ignorancia, se ocupa de la manera en que ciertos individuos y grupos que cuentan con cierto tipo de conocimiento tratan de mantenerlo fuera del alcance de otros, ya sean enemigos, competidores o personas corrientes[763]. Estos individuos permiten, mantienen, animan, explotan y hasta exigen que sus objetivos se mantengan en la ignorancia. De ahí que tengamos que preguntarnos: ¿quién quiere que quién no se sepa qué y por qué motivos? ¿Quién tiene el poder (la oportunidad, los recursos) para hacerlo, y qué consecuencias tienen sus acciones?

En cuanto a los métodos empleados, se pueden resumir con el título de la película de Mike Leigh: secretos y mentiras. Estos términos se pueden ampliar para que incluyan la negación, la desinformación, los bulos o *fake news*, los encubrimientos y silencios... Las prácticas a las que se refieren estos términos son mucho más antiguas que los términos en sí, mucho más antiguas de lo que se suele creer, como trataremos de demostrar en este capítulo. Lo que ahora llamamos *fake news* ya se conocía en el siglo XIX como «informes falsos», que a menudo adoptaban la forma de rumores. Lo que hemos dado en llamar «transparencia» —siguiendo la *glásnost* de Mijaíl Gorbachov— ya se describió en el siglo XIX como «publicidad», en el sentido de hacer algo público. Encontramos el término en los escritos de Jeremy Bentham sobre teoría política y legal, en los que llamó a «abrir de par

en par las puertas de todas las instituciones públicas [...] para exponer todo a la curiosidad general». En cuanto al término ruso *deziformatsiya*, «desinformación», no es más que un eufemismo para no decir directamente «mentiras».

Lo que se cuenta en este capítulo es básicamente un relato del conflicto recurrente entre la transparencia y la opacidad, la ocultación y la difusión, las «filtraciones» y los «fontaneros», con amplias zonas grises entre los extremos. No es posible una transparencia absoluta ni una total opacidad, ni tampoco sería deseable. Los gobiernos, iglesias, corporaciones y otras instituciones intentan, por supuesto, mantener a salvo sus secretos, y para ello utilizan todo tipo de medios, entre ellos la censura, el cifrado y la negación oficial.

Al mismo tiempo, los gobiernos y las corporaciones también quieren descubrir los secretos de los demás, y para ello contratan espías, descifradores de códigos y, ya en tiempos recientes, *hackers.* Los periodistas de investigación, ayudados por informantes, se especializan en sacar a la luz los secretos, en descubrir lo que se ha mantenido oculto. A veces los atacantes salen victoriosos en este juego; a veces ganan los defensores; pero, mientras se mantengan algunos secretos, siempre será imposible saber qué bando gana más a menudo.

A continuación vamos a intentar distinguir entre lo que se puede considerar secreto «ordinario», sobre todo por parte de gobiernos y corporaciones, y los intentos «extraordinarios» de ocultar o encubrir noticias sobre hechos concretos que pueden avergonzar a personas en posiciones de importancia.

Secretos de Estado

Hace mucho que los gobiernos son conscientes de la importancia de los «secretos de Estado», o, en palabras de Tácito, el historiador romano: *arcana imperio.* En los primeros tiempos de la Europa moderna se habló sobre el engaño en comentarios sobre Tácito —especialmente cuando se discutían sus referencias al emperador Tiberio— y en tratados sobre la «razón de Estado». Maquiavelo hace una descripción famosa del engaño en el capítulo 15 de *El príncipe,* donde señala que un gobernante no tiene que ser «misericordioso, fidedigno, humano, recto y devoto», sino solo parecerlo. Por su parte,

los cortesanos harían bien en ocultar sus pensamientos y sentimientos en presencia del príncipe. Decirle la verdad al poder es peligroso, mientras que reservarse las opiniones es señal de prudencia.

El engaño se recomienda a los individuos particulares en tres textos clásicos: *De la disimulación y el fingimiento* (1957), el ensayo de Francis Bacon; *El disimulo honesto* (1641), del secretario napolitano Torquato Acetto, que aseguraba que era una parte fundamental del comportamiento cortés; y el texto sobre el arte de la prudencia *Oráculo manual* (1647), del jesuita español Baltasar Gracián.

Bacon distinguía tres grados de encubrimiento: «El primero es el de un hombre reservado, discreto. [...] El segundo es un género de disimulación que calificaré de negativo, como el de un hombre que con ayuda de ciertos indicios engañosos acierta a aparecer enteramente distinto a como es en realidad. El tercero es el de la disimulación positiva o afirmativa, propio del que finge expresamente y dice con toda formalidad ser enteramente opuesto a como es». El autor nos presenta lo que hoy describiríamos como un análisis de costes y beneficios, las ventajas y desventajas de los tres, y llega a la conclusión de que lo mejor es «hermanar con una reputación de franqueza el hábito del secreto y la facultad de disimular cuando sea necesario, y aun la de fingir cuando no hay otro recurso de que valerse»[764].

En cuanto a Gracián, su libro describe la vida como una lucha eterna entre el disimulo y su descubrimiento. El individuo prudente disimula, ya que «el más práctico saber consiste en disimular; lleva riesgo de perder el que juega a juego descubierto». Por otra parte, un observador atento puede «descifrar» las señales y descubrir lo que está sucediendo en realidad. Un historiador social tiene mucho que aprender del hecho de que, aunque el autor presentó el manual como una guía para la vida en general, circuló como una guía para la vida en la corte[765].

Durante la Ilustración, el disimulo fue tema de debate. El joven Federico el Grande, por ejemplo, publicó una crítica a Maquiavelo, *El antimaquiavelo* (1740), en el que rechazaba la idea de que el gobernante tenga que recurrir al engaño. Más adelante cambió de opinión y describió al pueblo como «esa masa estúpida, creada para que los guíen aquellos que se tomen la molestia de engañarlos» *(Le peuple… cette masse imbécile, et faite pour être menée par ceux qui se donnent la peine de la tromper)*[766].

Cuatro décadas después de *L'Anti-Machiavel,* el filósofo Jean d'Alambert sugirió a Federico que la Academia de Berlín debía elegir para su premio de ensayo la pregunta «¿Es útil engañar al pueblo?» *(S'il peut être utile de tromper le peuple)*. Se hizo en 1780, con la inclusión de una frase que llevaba el tema un paso más allá de «inducirlos a error» para incluir «mantenerlos» en el error, lo que hoy se conoce como «producción» de la ignorancia. Participaron cuarenta y dos ensayos[767]. En la época actual, los ensayos escritos para una competición así se centrarían en las acciones de los gobiernos y las grandes empresas. En contraste, en 1780, los aspirantes se fijaron más en los «impostores» en la religión.

Censura

Cuando los secretos se ponían por escrito, a veces se cifraba el mensaje. Los códigos y las cifras existen desde hace mucho, pero en el siglo XVI se hicieron cada vez más sofisticados gracias a la ayuda de matemáticos como François Viète, que trabajó para los reyes Enrique III y Enrique IV de Francia[768].

Pero otro célebre instrumento del que disponían los gobiernos para proteger sus secretos era la censura, es decir, negar el permiso para publicar textos considerados sediciosos o susceptibles de revelar información útil para el enemigo, así como eliminar párrafos delicados de los libros y periódicos. En los primeros tiempos de la Europa moderna, las publicaciones se solían someter a una doble censura, la religiosa y la política. La censura católica se plasmó en el *Índice de libros prohibidos*, un catálogo impreso de libros a los que los fieles no debían acercarse. Es el caso más conocido, el más extendido y el más duradero, ya que el listado existió desde principios del siglo XVI hasta mediados del siglo XX. La censura protestante fue igual de severa pero menos efectiva, ya que estaba descentralizada y dividida según las distintas denominaciones religiosas.

La censura seglar se desarrolló después de la religiosa y cada nación tenía sus propias normas, más o menos estrictas. Según la Licensing Act inglesa de 1662, por ejemplo, los libros sobre leyes los tenía que aprobar el lord canciller, y los libros de historia, que se consideraban particularmente peligrosos, un secretario de Estado[769]. Más conocido es el sistema francés —así como la manera de

esquivarlo—, sobre todo durante la Ilustración, cuando se prohibieron al menos un millar de libros en la primera mitad del siglo. Los libros prohibidos entraban en Francia de contrabando por la frontera con Suiza por la República Holandesa, donde la censura era menos estricta[770].

La censura eclesiástica siguió durante el siglo XIX e incluso durante el XX. La última edición del *Índice de libros prohibidos* se publicó en 1948 y seguía condenando a Voltaire, como nos señaló en cierta ocasión un profesor en mi colegio de jesuitas, dejando claro que esa prohibición le parecía un tanto anacrónica. Pero la censura seglar imperó durante el siglo XIX, y los censores pasaron a concentrarse menos en los libros y más en los periódicos, las caricaturas políticas y el teatro. En Francia, durante la época de Napoleón III, el famoso caricaturista Honoré Daumier tuvo problemas constantes con los censores[771]. En Rusia, durante los últimos años del zarismo, Anton Chéjov sufrió problemas similares tanto con sus relatos como con sus obras de teatro.

Uno de los sistemas más estrictos fue la Ley de Prensa de 1819 que formó parte de los «Decretos de Karlsbad» y que se aplicaban a Austria y a diez estados alemanes entre los que se contaba Prusia. En 1830 se prohibieron las obras de Heinrich Heine, poeta y periodista, mientras que Karl Marx tuvo que huir a París en 1843 cuando se suprimió el diario para el que escribía[772].

El régimen austríaco de Lombardía prohibió las obras de Maquiavelo, así como las de Voltaire y Rousseau. La censura en el imperio de los Habsburgo se relajó después de 1848, pero los autores aprendieron a controlarse ellos mismos para no tener problemas. Tal vez la experiencia de este régimen, al menos como lector de periódicos, llevó a Freud a formular la idea de un censor interno, inconsciente. Otro sistema estricto fue el ruso, sobre todo bajo el dominio del zar Nicolás I, entre 1825 y 1855. El periodista Alexander Herzen salió de Rusia en 1847 para escapar de la vigilancia de la policía. Fundó en Londres la Free Russian Press y un diario llamado *La Campana (Kolokol)*, en el que se podían expresar opiniones sin temor a la censura.

Los autores que permanecieron en regímenes autocráticos pero querían criticar el sistema político tuvieron que recurrir a lo que se conoció como «método de Esopo», es decir, a las alegorías como las utilizadas en las *Fábulas* de Esopo, en las que los animales ocupan el

lugar de los seres humanos. Los lugares o tiempos lejanos se han utilizado a menudo para disfrazar los más cercanos. A mediados del siglo XIX, Karel Havliček, un periodista checo, escribió sobre la negativa inglesa a la independencia de Irlanda para disfrazar su crítica a la negativa austríaca a la independencia de Chequia[773]. En China, durante la Revolución Cultural, la ópera histórica de Wu Han titulada *La destitución de Hai Rui* causó un enorme revuelo: hablaba de un virtuoso funcionario durante la dinastía Ming destituido por un emperador tiránico[774]. En los años 1970 y 1980, los conciudadanos de Ryszard Kapuściński leyeron sus libros sobre la caída del emperador de Etiopía y el sha de Irán como críticas al régimen autoritario de la Polonia comunista.

Conocimiento público e ignorancia pública

Obviamente, es imposible medir lo que los ciudadanos de a pie ignoran sobre las acciones de sus gobiernos en lo que se podrían denominar «regímenes de secretismo», pero sí se pueden decir algunas cosas sobre el tema. En la Unión Soviética, por ejemplo, en el periodo de Stalin a Gorbachov (1922-1991), los intentos de mantener al público en la ignorancia de lo que sucedía entre bambalinas contaron con el apoyo de los periódicos oficiales: *Pravda (Verdad)* e *Izvestia (Noticias)*. El humor político, transmitido de boca en boca entre amigos, es una manera de ejercer la crítica en regímenes autoritarios, y según un chiste ruso de tiempos de Stalin, «no hay noticias en el *Pravda* ni verdad en el *Izvestia*».

En la mayoría de los países, los rumores y otras formas de comunicación oral se consideran con razón menos fiables que los periódicos, pero durante mucho tiempo en la Unión Soviética fue al revés[775]. Los mapas de la Unión Soviética tampoco eran fiables, ya que omitían todo lo que el gobierno habría preferido que no existiera (como las iglesias) o lo que quería ocultar a la gente (como los gulags). También quedaban fuera de los mapas los «naukogrados», las «ciudades de la ciencia» en las que se concentraban las investigaciones, algunas situadas en Siberia y construidas por prisioneros de los campos de trabajo[776]. Como escribió desde dentro de la Unión Soviética, en 1968, el físico nuclear y disidente Andrei Sajarov, era «una sociedad hermética que no informa a sus ciudadanos

de nada sustancial; cerrada al mundo exterior, sin libertad para viajar ni para intercambiar información»[777]. La respuesta de los disidentes como Sajarov era publicar en el extranjero o hacer circular la información en publicaciones *samizdat,* autoeditadas, que se distribuían en secreto de mano en mano.

Ocultar secretos a la gente de a pie no es un monopolio del Estado. En los primeros tiempos de la Europa moderna, igual que en la Edad Media, cada gremio tenía sus secretos, los «misterios» de la profesión. De hecho, la palabra «misterio» está relacionada con el término francés *mètier*, que significa «profesión», «oficio»[778]. Los aprendices de un oficio concreto se iniciaban en los secretos del mismo como quien entra en una sociedad secreta. De hecho, los francmasones eran (y son) una sociedad secreta que surgió del gremio de los canteros. En el siglo XVII, cuando la Royal Society de Londres preparó una investigación sobre los conocimientos prácticos de los artesanos, se encontraron con que estos no querían divulgar los secretos de su oficio[779]. En el siglo XVIII, Denis Diderot, que era hijo de un artesano que hacía cubiertos, se encontró con la oposición de los gremios por motivos económicos evidentes cuando publicó información sobre ellos en su famosa *Encyclopédie.* Como se sugería ya en el capítulo 10, en los negocios hay una larga historia de secretismo.

Los secretos y las mentiras se encuentran también en el mundo de la ciencia y la academia, no solo en la política y en la industria. Muchos académicos modernos se interesaron en lo que a día de hoy seguimos llamando conocimientos «ocultos» (que es lo mismo que «escondidos»), sobre todo la alquimia, la magia y la tradición judía secreta de la Cábala. Se guardaron sus descubrimientos para ellos mismos, o los transmitieron solo a unos pocos elegidos. Los filósofos de la naturaleza investigaron lo que llamaban «secretos de la naturaleza», y algunos publicaron lo que sabían en los llamados «libros de secretos», primero en manuscritos que solo llegaban a unos pocos, y más tarde en imprenta para un público más amplio[780].

Y aunque pueda pensarse que el plagio de colegas académicos no es una práctica habitual, tampoco se trata de un pecado infrecuente. En las controversias sobre la prioridad de un descubrimiento científico desde el siglo XVII en adelante, los descubridores en ocasiones han dejado establecida su alegación en código para impedir que algún rival se lo robara. Por ejemplo, en 1655, cuando el filósofo natural Christiaan Huygens descubrió los anillos de Saturno, anunció el

descubrimiento en forma de un anagrama[781]. Y como ya hemos visto antes, la falta de atribución de colaboración, sobre todo en el caso de científicos varones ayudados por mujeres, es un tema recurrente en la historia de la ciencia, como nos recuerda el tristemente famoso caso de Rosalind Franklin.

Encubrimientos

Para los gobiernos siempre ha sido importante impedir que se divulguen sus secretos, pero, una vez sacados a la luz, también ha sido fundamental fomentar la incredulidad del público para que pasen desapercibidos. Los encubrimientos son una práctica antigua. Por ejemplo, en 1541, dos diplomáticos franceses fueron asesinados por orden del gobernador de Lombardía, el marqués del Vasto. Si la responsabilidad de Vasto se hubiera hecho pública, tal vez habría empezado una guerra entre Francia y el Sacro Imperio Romano (del que Lombardía formaba parte). Se aconsejó al emperador Carlos V que para evitar la guerra «Su Majestad no puede aprobar lo que ha ocurrido». Vasto «debía recibir alabanzas, pero en el más absoluto secreto para evitar cualquier riesgo». Carlos accedió a echar tierra sobre el asunto[782].

También podemos remontarnos en la historia para rastrear el descubrimiento de los encubrimientos. Como ya hemos visto, el escándalo de los Mares del Sur fue encubierto por Robert Walpole, y no se le escapó al periodista Richard Steele, quien describió esto con el término «pantalla»[783]. Otro ejemplo tristemente famoso de encubrimiento y descubrimiento se refiere al segundo matrimonio de Luis XIV, en 1683, con Madame de Maintenon, la antigua institutriz de los hijos de la amante del rey. De haberse conocido el matrimonio del rey con una mujer inferior en la escala social, su reputación se habría visto afectada en el país y en el extranjero, de modo que se intentó mantener en la ignorancia a los franceses y a las cortes extranjeras.

Pese a todo, los detalles de la vida privada del rey se conocieron antes de su muerte. Es obvio que los enemigos del rey, como los británicos, ya sabían de su matrimonio secreto, como queda claro por la publicación de *The French King's Wedding (La boda del rey francés)*, un texto de principios del siglo XVIII que dice describir «el cómico

cortejo, los maullidos y las sorprendentes ceremonias matrimoniales de Luis XIV con la señora Maintenon, su más reciente fulana» («the Comical Courtship, Catterwauling and Surprizing Marriage Ceremonies of Lewis the XIVth with Madam Maintenon his late Hackney of State»). Sería fascinante averiguar quién fue responsable de la filtración[784].

Los peores ejemplos de momentos en los que un gobierno ha tratado de mantener al público en la ignorancia con encubrimientos son los grandes desastres. Durante la hambruna de Bengala de 1943, por ejemplo, el gobierno prohibió que se utilizara esa palabra, «hambruna», mientras que el libro *Hungry Bengal (Bengala hambrienta)*, de Chittaprosad Bhattacharya fue prohibido, con la destrucción de todos los ejemplares[785]. Otro caso tristemente famoso es el del Holodomor, la gran hambruna de Ucrania en 1932-1933. La posición del gobierno soviético en aquel momento y después fue negar que hubiera pasado nada[786].

La negación fue también la reacción del gobierno soviético al desastre de Chernóbil, que irónicamente tuvo lugar en la era de la política de transparencia *(glásnost)* de Mijaíl Gorbachov. Anatoli Diátlov, el director de la planta, negó al principio que el núcleo del reactor hubiera estallado. Las primeras noticias sobre el accidente llegaron de Suecia, donde los científicos de una planta de energía nuclear detectaron que los niveles de radiación estaban subiendo a una velocidad alarmante. El gobierno soviético empezó por negar que hubiera pasado nada, y luego pasó a afirmar que se trataba de un accidente sin importancia.

Más tarde se organizó una comisión de investigación, pero el director de la misma, Valery Legasov, se suicidó el día antes de hacer públicos los resultados de la investigación, dejando unas cintas en las que criticaba el encubrimiento de accidentes previos. Es difícil calcular lo que supo Gorbachov del desastre, o cuándo lo supo. Más adelante declararía que Chernóbil pudo ser «la verdadera causa del colapso de la Unión Soviética». Y solo tras ese colapso aparecieron los documentos del KGB sobre las negligencias en la construcción de la planta, así como informes sobre emergencias anteriores[787].

La masacre del bosque de Katin

Cuando se cuenta una mentira, por lo general hay que contar también otras que la apoyen, y esto se ve con claridad en un famoso encubrimiento que tuvo lugar en la Polonia comunista. Al principio de la Segunda Guerra Mundial, entre abril y mayo de 1940, la policía secreta rusa fusiló a más de veinte mil oficiales polacos y los enterró en el bosque de Katin, en la Unión Soviética.

Cualquier discusión sobre este tema era tabú en la Polonia comunista, donde la masacre se atribuyó oficialmente a los alemanes. Para hacerlo más plausible, la fecha de los asesinatos se cambió a 1941, tras la invasión alemana de Rusia en junio de ese año. En 1946, se erigió en Katin un memorial en el que se responsabilizaba a los alemanes. Pero esto no engañó a los polacos, y menos a los familiares de los muertos. Eran muy conscientes de la fecha tras la que dejaron de llegar cartas escritas por las víctimas.

Pese a todo, la charada siguió adelante. Por ejemplo, en 1981 se alzó en el cementerio de Varsovia un monumento con una inscripción en la que se leía la palabra «Katin» y la fecha «1940». La policía secreta lo retiró de inmediato[788]. En 1985, el monumento oficial que se erigió en Varsovia todavía fechaba la masacre en 1941 y responsabilizaba a los alemanes.

La historia no se cambió hasta 1989. Los polacos y los rusos acordaron una nueva inscripción en el monumento de Katin sin referencia alguna a los alemanes. En 1993, Borís Yeltsin se arrodilló ante el monumento de Varsovia y dijo: «Perdonadnos si podéis». La historia de la masacre y de los intentos de encubrirla se narró en una película conmovedora de 2007, del director polaco Andrzej Wajda: *Katyń*. Hoy en día se conocen los hechos principales gracias al testimonio de supervivientes y testigos de la zona, y también a las cartas encontradas en los bolsillos de los cadáveres exhumados en las fosas comunes[789].

La Gran Muralla de silencio

Desde la instauración del régimen comunista en China en 1949, se ha encubierto un buen número de hechos embarazosos en lo que podríamos llamar una Gran Muralla de silencio. Como sucedió en el caso de la Unión Soviética, los desastres no llegaron a las noticias. Un ejemplo reciente es el brote del virus de la COVID en Wuhan. Un

epidemiólogo chino, el profesor Kwok-Yung Yuen, declaró en una entrevista para la BBC, en el programa *Panorama,* que sospechaba «que había habido encubrimiento localizado en la zona de Wuhan»: «Las autoridades locales que deben transmitir información no lo han hecho con la prontitud que deberían»[790].

No es el primer ejemplo de encubrimiento. Antes estuvo el caso de la gran hambruna de 1958-1962, de la que hemos hablado en el capítulo 12; la Revolución Cultural de 1966-1976; o las protestas estudiantiles en la plaza de Tiananmén, el 4 de junio de 1989, y su violenta represión en la que murieron unas 2.600 personas. Los tres acontecimientos no se pueden mencionar, no aparecen en los libros de texto de los colegios. El régimen desaprueba cualquier referencia a lo que se conoce con el eufemismo del «incidente del 4 de junio» de 1989. Cada 4 de junio se bloquean en internet ciertas palabras problemáticas, como «hoy» o «ese año». La madre de un chico que murió el 4 de junio dio una entrevista a un periódico de Hong Kong en 1991, y recibió una advertencia de que, si se repetía, su marido, músico de profesión, no volvería a obtener permiso para viajar al extranjero. En Hong Kong se inauguró un museo memorial del 4 de junio en 2012, pero lo cerraron a los cuatro años[791].

El comentario más memorable sobre la actitud del gobierno no es verbal, sino pictórico. Badiucao, un caricaturista chino que ahora vive en Australia, ilustró el encubrimiento con un dibujo titulado «Un trozo de tela roja» en 2014. Bajo la tela roja se ver la forma de un tanque, el equivalente al «elefante en la habitación»[792]. Por supuesto, es imposible que las generaciones que vivieron estos tres acontecimientos los olviden, pero las generaciones posteriores han sido educadas en la ignorancia de lo que sucedió. El elefante se va haciendo más pequeño. Por ejemplo, la fotografía de un joven enfrentado a un tanque en la plaza es muy conocida en Occidente, pero no en China. En 2016, un periodista se la mostró a cien estudiantes de cuatro universidades chinas que habían sido muy importantes en las protestas, y solo quince la supieron identificar[793].

Las personas de más edad, los que ya eran adultos y a menudo testigos de los acontecimientos de 1989, suelen coincidir con el régimen en su pretensión de ignorancia, sea cual sea su opinión personal sobre lo que pasó el 4 de junio. Saben lo que no deben saber, o al menos saben que tienen que borrar ese conocimiento[794]. En términos freudianos, el borrado oficial se confabula con la represión

extraoficial de la verdad. En 2013, el novelista Yan Lianke comentó en el *New York Times* la situación de los intelectuales chinos: «Se te concede poder, fama y dinero mientras veas lo que se permite ver y cierres los ojos ante lo que no se permite ver. [...] La amnesia es un deporte financiado por el Estado»[795]. La periodista Louisa Lim preguntó a varias personas chinas de a pie sobre el «incidente», y recibió respuestas como: «Es un problema muy delicado. No hablemos de eso. Es mejor vivir el presente y no quedarse en el pasado» o «no tengo opinión al respecto. Solo quiero vivir bien y ganarme la vida. No tiene sentido estar siempre pensando en lo que pasó»[796].

Espionaje

Los intentos de descubrir secretos deben de ser tan antiguos como los propios secretos, pero estos intentos han atravesado fases muy diferentes entre el siglo XVI y los comienzos del XXI. Los gobiernos guardan secretos y, al mismo tiempo, hacen lo posible por descubrir los de sus enemigos, rivales, aliados y hasta los de sus propios ciudadanos, solo para volver a enterrar lo que averiguan en informes secretos. Los Estados de los primeros tiempos de la Europa moderna ya empleaban a informadores y espías, aunque entonces el espionaje no era una profesión, sino más bien algo que se le pedía a un mercader o un diplomático que hiciera en su tiempo libre. Su profesión principal le proporcionaba una tapadera[797].

Desde principios del siglo XIX hemos presenciado la profesionalización y la especialización del espionaje, junto con el auge de la policía secreta y los servicios secretos (militares y civiles, centrados en asuntos nacionales e internacionales). En Rusia, por ejemplo, la famosa «Tercera Sección» se fundó en 1826 como respuesta a la revuelta fallida de los «decembristas», un grupo de oficiales del ejército. Diez años más tarde, ya vigilaba a 1.600 personas, además de dedicarse a la censura de las obras teatrales. Tras la Tercera Sección llegó el Departamento de Policía Estatal de Ojrana (1881), como respuesta al asesinato del zar Alejandro II. Tras la Revolución bolchevique apareció la Checa, fundada en 1917 para investigar cualquier intento de contrarrevolución y sabotaje. Luego, el GPU/OGPU (1922), el NKVD (1934), el KGB (1954) y el FSB (1995).

Parece extraño decir que estas fuerzas policiales eran «secretas»,

cuando llevaban uniformes específicos y todo el mundo conocía su existencia, pero muchas operaciones que llevaban a cabo eran y siguen siendo secretas: arrestos basados en informes secretos recibidos de informantes anónimos, juicios secretos y ejecuciones secretas (a veces a gran escala, como en el caso de la masacre del bosque de Katin). Cuando creían que nadie los escuchaba, los rusos de a pie solían referirse a el NKVD de Stalin como la «Opríchnina», el ejército privado al servicio de Iván «el Terrible», el zar del siglo XVI, que mataba sin juicio y a menudo sin explicación. La película de Sergei Eisenstein, *Iván el Terrible, primera parte* (1944) apuntaba a una comparación con Stalin, así que la segunda parte no se estrenó hasta 1958, como parte de la campaña de «desestalinización»[798].

La profesionalización y especialización se aceleraron durante la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después. La Checa de Lenin y el MI5 de Gran Bretaña nacieron en ese momento, mientras que en Estados Unidos la Ley de Espionaje se aprobó en 1917[799]. La tendencia continuó durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, con el desarrollo de la CIA (fundada en 1947) y el KGB (1954). Se cruzaron nuevas líneas, al menos en Estados Unidos, tras el 11-S[800]. La historia reciente de los secretos y mentiras en política se diferencia de la de periodos anteriores sobre todo en la escala de las operaciones y en la creciente cantidad de información que se oculta a los ciudadanos[801]. Un empleado de la Agencia de Investigación de Internet de San Petersburgo entre 2014 y 2015 la describió más adelante como «una especie de fábrica […] que convertía la mentira en una cadena de montaje industrial»[802].

Los servicios secretos —y su presupuesto— no paran de crecer. En su momento álgido, el KGB tenía casi medio millón de trabajadores. Las agencias de inteligencia de Estados Unidos (la CIA y quince más) daban empleo en 2021 a unas cien mil personas, con un presupuesto anual de 50.000 millones de dólares, de los cuales 15.000 millones se destinan a la CIA[803].

Los métodos de estas agencias para averiguar los secretos ajenos y al mismo tiempo encubrir sus propias operaciones son cada vez más sofisticados. Las técnicas tradicionales para obtener información secreta, como infiltrarse en las instituciones, descifrar mensajes o instalar micrófonos ocultos en lugares clave, ahora se complementan —cuando no se sustituyen— con drones voladores y hackeo de ordenadores. La tecnología progresa constantemente, y cada nuevo

sistema de ataque se encuentra con una nueva defensa.

Una defensa tradicional era el mantenimiento de secretismo sobre el secretismo. Por ejemplo, la identidad del director general del MI5 fue durante mucho tiempo desconocida. El escritor escocés Compton Mackenzie —que fue agente del MI6 y cuyas memorias se han censurado por la Ley de Secretos Oficiales— se burló de esta política en una farsa en la que el director defiende este anonimato con el argumento de que «si se conoce la cabeza de los servicios secretos, ¿qué posibilidades tenemos contra el enemigo?»[804].

Revelación de secretos

Los intentos de descubrir secretos de Estado han sido desde hace mucho una obsesión para los individuos y grupos disidentes, así como para gobiernos rivales. Pero, si se puede utilizar como indicador el número de publicaciones sobre el tema, el interés por lo que sucede entre bambalinas ha ido creciendo a partir de finales del siglo XVI. El periodo comprendido entre 1550 y 1650 fue una era de guerras religiosas entre católicos, luteranos y calvinistas, primero en Francia y en los Países Bajos (incluyendo lo que ahora es Bélgica) y luego en Europa central, escenario de la guerra de los Treinta Años (1618-1648). Aunque estas guerras se solían presentar como religiosas, para algunos observadores era evidente que la religión se tomaba como pretexto, o, en el lenguaje de la época, como «máscara» o «capa» para ocultar objetivos políticos, como el interés de Felipe II, rey de España, por dominar Francia.

En el siglo XVII, poetas, dramaturgos, historiadores y filósofos mostraron una preocupación inusual por la distancia creciente entre ser y parecer *(être/paraître, Sein/Schein*, etcétera), y la desilusión o desengaño de los que la perciben. Se publicaron libros y panfletos que aseguraban «desenmascarar» o «desvelar» secretos, «descubrirlos» —en el sentido de «destaparlos»—, o abrir la caja o el «armario» en el que estaban escondidos. Entre los secretos que se revelaron de esta manera estuvieron los de los jesuitas, los masones y las cortes (la de España en el siglo XVII y la de Francia en el XVIII)[805].

Una obra maestra de la literatura histórica a principios de la era moderna fue la *Historia del Concilio de Trento*, publicada en 1619 por Paolo Sarpi, un fraile veneciano. El congreso, una reunión de obispos

y teólogos, se convocó para discutir la reforma de la Iglesia católica, incluida la limitación del poder de los papas. Pero los sucesivos papas consiguieron manipular los debates eligiendo a un presidente que obedeciera las instrucciones que le iban enviando desde Roma. Sarpi reveló lo que había estado sucediendo entre bambalinas, lo que lo convirtió en pionero de eso que los italianos llaman hoy *dietrologia*, el estudio de lo que hay tras las apariencias. Por este motivo, el poeta John Milton lo llamó «el Gran Desenmascarador del Concilio de Trento» y hay un retrato de Sarpi en la biblioteca Bodleiana de Oxford que lo describe como «destripador del Concilio de Trento» *(Concilii Tridentini Eviscerator)*[806]. Sarpi pensaba que existía una conspiración entre el papa, el rey de España y los jesuitas, y que esta alianza era una amenaza para la independencia de Venecia. Hoy sabemos que exageró la cohesión de esas tres fuerzas, pero su visión de la brecha existente entre el mundo público de las apariencias y pretextos, y el mundo secreto de los complots, fue muy certera y caló hondo. Como sucedería con «soplones» posteriores, Sarpi trató de cubrir sus huellas y llevó de contrabando el manuscrito para que se publicara en el Londres protestante de 1619 bajo pseudónimo: «Pietro Soave Polano». Así, su historia secreta tuvo su propia historia secreta[807].

Otra obra maestra de la literatura histórica —*The History of the Rebellion*— se la debemos a Edward Hyde, Lord Clarendon, quien fuera consejero de Carlos I. El mensaje de este relato de la guerra civil británica —o «Rebelión», como la llamó Clarendon— se puede resumir en una frase de su autobiografía: «La religión se transformó en una capa para ocultar los designios más impíos» del Parlamento[808]. De la misma manera, la famosa descripción sobre la corte de Luis XIV que hizo el duque de Saint-Simon utilizó en ocasiones el lenguaje del teatro, sobre todo *scène* (escena) y *les derrieres* (bambalinas)[809].

Para cuando se publicó *The History of the Rebellion* —de manera póstuma, entre 1702 y 1704—, la expresión «historia secreta» ya era común en muchos idiomas europeos. Se acuñó para describir un nuevo género de literatura histórica que aseguraba describir los sucesos reales tras la fachada pública de las instituciones. Docenas de textos de ese tipo se publicaron entre el siglo XVII y principios del XVIII, de manera anónima o con pseudónimo. Los autores, que disfrutaban con el escándalo, decían tener conocimiento directo de lo que narraban, ser testigos de las intrigas cortesanas, por ejemplo, o haber estado presentes en los cónclaves durante los que se elegía a los papas. Hubo

una «Historia secreta de los francmasones» y una «Historia secreta del plan de los Mares del Sur» (es decir, sobre la «burbuja»). A veces los protagonistas quedaban ocultos bajo un pseudónimo, con lo que el lector tenía que adivinar su verdadera identidad. En el caso de *The Secret History of Queen Zarah (Historia secreta de la reina Zarah)*, escrito por Mary Manley y publicado en 1705, era fácil intuir que se trataba de la favorita de la reina Ana, Sarah, duquesa de Marlborough, cuyo perspicaz análisis de la burbuja de los Mares del Sur ya mencionamos en el capítulo 10.

Los historiadores secretos se esforzaron en socavar la versión oficial de los acontecimientos en un momento en que muchos historiadores trabajaban para sus gobiernos. Esos autores solían ser maliciosos, a veces mintiendo y transmitiendo abundante información no fiable. Pero estos textos también hicieron públicas muchas verdades extraoficiales e incómodas. De ahí que se pueda decir que estos «detectives privados» hicieron una contribución importante al auge de la «esfera pública»[810].

De fisgones a soplones

Desde finales del siglo XIX, los periodistas de investigación se han encargado de sacar a la luz la historia secreta. Por ejemplo, en Gran Bretaña, en 1885, W. T. Stead desveló los entresijos de la prostitución infantil en una serie de artículos publicados en la *Pall Mall Gazette* bajo el título de «El tributo de la doncella en la Babilonia moderna»[811]. Como era de esperar, se lo acusó de fisgón, de hurgar en la basura. El equivalente de Stead en Estados Unidos fue Lincoln Steffens, quien recibió críticas similares cuando investigó la corrupción municipal en sus artículos, publicados en la revista que él mismo editaba, *McClure's*. Títulos como «Filadelfia: corrupta y satisfecha» o «Desvergüenza en San Luis» pusieron la podredumbre ante los ojos de los lectores, o más bien bajo su nariz[812]. Una tercera «fisgona» fue Ida Tarbell, que también escribía para *McClure's*. Sus artículos denunciaron los métodos despiadados de John D. Rockefeller, y se recopilaron en su *The History of the Standard Oil Company* (1904)[813].

Los periódicos siguen siendo importantes a la hora de presentar a la opinión pública un material considerado secreto, ya sea cuando los propios periodistas lo descubren o cuando lo reciben de otros, que

pueden ser oficiales o *hackers*, y son especialmente relevantes para aquellos individuos que quieren sacar algo a la luz y alertar a la gente de que sucede algo sospechoso.

Como vimos en el capítulo 9, Seymour Hersh escribió en 1969 un relato de la masacre de civiles vietnamitas a manos de soldados estadounidenses cerca de My Lai. En 1971, el *New York Times* publicó los «papeles del Pentágono», documentos secretos sobre la actuación del gobierno estadounidense en Indochina entre 1945 y 1968 filtrados por Daniel Ellsberg, que trabajaba para la corporación RAND. En 1972, Bob Woodward y Carl Bernstein, ambos periodistas del *Washington Post*, ayudaron a destapar el escándalo Watergate, el intento de ocultar la participación del gobierno de Estados Unidos en el allanamiento a las oficinas del Comité Nacional del Partido Demócrata, así como la utilización de «falsas filtraciones» y «cartas falsas». El descubrimiento de esta ocultación obligó a dimitir al presidente Richard Nixon[814].

En el siglo XXI, el auge de internet ha llevado a un incremento inimaginable del número y velocidad de las filtraciones. Por ejemplo, Ellsberg tuvo que fotocopiar todas y cada una de las siete mil páginas de los documentos que comunicó en lo que se conoció como el «Cablegate», mientras que, para hacerse con 250.000 documentos, el *hacker* y activista australiano Julian Assange solo tuvo que descargarlos[815].

En 2010 se publicaron revelaciones sobre la guerra de Afganistán y la de Irak, así como fragmentos de cablegramas diplomáticos estadounidenses confidenciales, en cinco periódicos: *The New York Times, The Guardian, Der Spiegel, El País* y *Le Monde*. Los cables mostraban abundantes pruebas de la relación entre el gobierno y el crimen organizado en la Rusia de Putin. Este botín de información confidencial llegó gracias a WikiLeaks, un sitio web creado por Assange en 2006 y con sede en Islandia. Las revelaciones hicieron famoso a Assange y al mismo tiempo lo pusieron en grave peligro y lo obligaron a huir (en cierta ocasión disfrazado de mujer)[816].

Assange, que se había dedicado a mediar entre el mundo de los secretos y el mundo del periodismo, no se detuvo en 2010. Un año más tarde publicó 779 documentos secretos sobre los prisioneros detenidos en Guantánamo. En 2012 se le concedió asilo político en la embajada de Ecuador en Londres para protegerlo de una posible extradición a Estados Unidos acusado de espionaje. ¿Espionaje para

quién? La respuesta evidente también es poco habitual: espionaje para las personas de a pie, en defensa de la transparencia y socavando la confianza en los gobiernos solo en el sentido de que esa confianza se basa en la ignorancia de la gente. Assange permaneció refugiado y siguió publicando documentos secretos —algunos de archivos de la CIA— hasta 2019, cuando la embajada permitió que la policía británica lo arrestara. De todos modos, WikiLeaks sigue funcionando.

El historiador británico Timothy Garton Ash, que dijo que los cables publicados en 2010 eran «un festín de secretos», «el sueño de un historiador» y «la pesadilla de un diplomático», ha hecho comentarios en varios sentidos sobre los problemas que presentan estas filtraciones. Por una parte, «existe por parte del público un claro interés por comprender cómo funciona el mundo y qué se hace en nuestro nombre». Por otra, «también interesa que la política exterior se lleve a cabo en un marco de confidencialidad», ya que es imposible negociar y llegar a compromisos cuando los medios de comunicación lo vigilan todo. «Los dos intereses entran en conflicto». Garton Ash señaló también que «*The Guardian*, igual que *The New York Times* y otros medios de noticias serios, ha tratado de garantizar que nada que publiquemos ponga a ninguna persona en peligro. Todos deberíamos exigir que WikiLeaks haga lo mismo»[817].

En 2013, nuevas revelaciones volvieron a humillar al gobierno de Estados Unidos. Los artículos del periodista Glenn Greenwald para *The Washington Post* y *The Guardian* expusieron los programas secretos de vigilancia global de la Agencia Nacional de Seguridad. En 2020, Greenwald, que vive en Río de Janeiro, fue acusado de «cibercrímenes» tras publicar artículos en los que cuestionaba la imparcialidad de Sérgio Moro, el fiscal general en una investigación sobre la corrupción en Brasil que recibió el nombre de «Lavado de Coches» *(Lava Jato)*. En 2022, el Tribunal Federal Supremo de Brasil confirmó que Moro no había sido imparcial.

La larga pelea entre encubrir y destapar ha adoptado nuevas formas en el siglo XXI. Los bulos o *fake news* han saltado a internet, y el periodismo de investigación ha ido tras ellas, como demuestra el caso de Eliot Higgins, que fundó el sitio web Bellingcat en 2014. Higgins y su equipo se dedican a la investigación *online*, y también comunican sus resultados por esta vía. Se hicieron famosos con su descubrimiento de lo que se ocultaba tras la catástrofe aérea de Malayan Airlines en 2014 y los envenenamientos de Serguéi Skripal en 2018 y de Alekséi

Navalni en 2020[818]. Sus métodos son una alternativa a los dos caminos principales por los que los secretos salen hoy en día a la luz: las filtraciones y los *hackeos*.

Filtraciones y topos

Visto en retrospectiva, toda filtración subraya la ignorancia previa del público, levantando el velo que mantiene secreto el secreto, incluyendo su magnitud[819]. Una historia social de las filtraciones debe preguntar quién filtró qué a quién, por qué medios, con qué objetivos y con qué consecuencias.

Las filtraciones reciben más publicidad hoy en día, pero la divulgación de información secreta no es ninguna novedad. En la Venecia del siglo XVII, donde se suponía que la política era patrimonio de los patricios, se ponían a la venta copias de documentos delicados, como los informes de los embajadores, y así llegaban a las bibliotecas de diferentes lugares de Europa, desde Oxford a Viena. Por irónico que parezca, algunas filtraciones las hacía el propio gobierno. «Lo que al principio se mantenía en secreto para no preocupar a la gente se hacía público para influir en el comportamiento de los negociadores que en teoría debían trabajar con discreción»[820].

Los filtradores lo hacían por razones diversas: económicas, morales o políticas. Como el propio Charles Marvin admitió, su gusto por el dinero llevó a este periodista y empleado de la British Foreign Office, el equivalente al Ministerio de Asuntos Exteriores, a vender al periódico *The Globe* el borrador de un tratado secreto con Rusia en 1878[821]. Por otra parte, en el último medio siglo, los individuos al servicio del gobierno —sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos— se han arriesgado al despido y a la cárcel por divulgar secretos oficiales cuando algo que hacían sus jefes les resultaba inaceptable, como atacar a civiles inocentes en Afganistán e Irak, torturar a prisioneros, intervenir los teléfonos de sus aliados, etcétera. Tuvieron la convicción de que el público no debía ignorar lo que había sucedido.

Uno de estos «soplones», sin embargo, no contactó con la prensa. Clive Ponting, funcionario británico del Ministerio de Defensa, tuvo que escribir un informe secreto sobre el hundimiento del barco argentino *General Belgrano* durante la guerra de las Malvinas (de las

Falklands, para los británicos). Descubrió que el ataque contra el barco había tenido lugar fuera de la «zona de exclusión» fijada por los británicos, ya que en aquel momento se estaba alejando de las islas. Por tanto, comprendió que el ministro de Defensa y Margaret Thatcher, la primera ministra, habían mentido al Parlamento, pues afirmaron que en el momento del ataque el *Belgrano* se estaba acercando a la zona de exclusión. Pointing se quedó tan conmocionado ante este descubrimiento que en 1984 envió pruebas a Tam Dalyell, un parlamentario cuyas investigaciones sobre lo sucedido se habían tropezado con el bloqueo del gobierno. Pointing dejó el funcionariado en 1985 y fue absuelto tras un juicio por un delito contra la Ley de Secretos Oficiales, y más adelante publicó un libro sobre el tema[822].

Otra funcionaria británica, Sarah Tisdall, no tuvo tanta suerte: fue a la cárcel en 1983 por filtrar a *The Guardian* documentos sobre la llegada de misiles de crucero estadounidenses. Otros «soplones» que acudieron a la prensa entre 1971 y 2013 son Daniel Ellsberg, que filtró los que se conocen como «Papeles del Pentágono» al *New York Times;* Mark Felt, un agente del FBI que utilizó el pseudónimo de «Garganta Profunda» para pasar información sobre el Watergate al periodista Bob Woodward; Katharine Gun, traductora del GCHQ (Government Communications Headquarters, el cuartel general de comunicaciones del gobierno), en Cheltenham, fue responsable de filtraciones al *Observer* en 2003; Chelsea Manning (antes Bradley Manning), soldado en el ejército estadounidense que trabajaba como analista de inteligencia en Irak y que participó en la filtración de Julian Assange en 2010; y Edward Snowden.

Snowden fue empleado de la CIA y de la Agencia Nacional de Seguridad (National Security Agency), donde su misión era monitorizar mensajes en internet. No estaba de acuerdo con el «régimen secreto de vigilancia masiva», que incluía lo que se le pedía que hiciera y que iba en contra de la Constitución estadounidense —de la que tenía un ejemplar junto a su ordenador, para sorpresa de sus colegas—, de manera que filtró material sobre los programas de vigilancia de la NSA al periodista Glenn Greenwald. Fue acusado de violar la ley estadounidense contra el espionaje y buscó asilo político, pero el gobierno de Estados Unidos le canceló el pasaporte en pleno vuelo. Su trayectoria es el tema de un documental de 2014, *Citizenfour,* y publicó una autobiografía en 2019 en la que explicaba

cómo aprendió a hackear, por qué decidió revelar los secretos y cómo acabó «exiliado en un país que no elegí» (la Rusia de Putin)[823].

Hackers

El auge de internet inauguró una nueva etapa en la historia de los espías, topos y soplones: ya no hacía falta colarse en un despacho para robar o fotografiar documentos escritos, mecanografiados o impresos. Solo era necesario hackear los archivos desde casa y enviarlos por la red.

Los gobiernos han hecho un uso extenso de esta posibilidad. Por ejemplo, la CIA ha desarrollado toda una serie de herramientas de hackeo como el «Weeping Angel» («Ángel lloroso»), para instalarlo en aparatos de televisión, o el «Pandemic», para los ordenadores. Los soplones e informadores han hecho lo mismo. Como Manning, quien se describió como «hacktivista», que aprovechó el bajo nivel de seguridad en su unidad en Irak para copiar material secreto en el CD de música de Lady Gaga que estaba escuchando en la oficina.

Negación

La negación es un mecanismo de defensa para individuos e instituciones por igual cuando se ven enfrentados a «información que es demasiado problemática, amenazadora o anómala como para absorberla por completo o reconocerla abiertamente»[824]. La negación pública es una forma de desinformación, mientras que la negación privada, o negativa silenciosa a reconocer algo, es una forma de ignorancia voluntaria, de «saber lo que no hay que saber».

A nivel gubernamental, la historia de la negación pública es muy larga. Si volvemos al siglo XVI, el emperador Carlos V mintió cuando negó que hubiera aprobado el ataque contra Roma que en 1527 llevó al encarcelamiento del papa y al saqueo de la ciudad, y mintió de nuevo al negar que hubiera mentido la primera vez[825].

La negación se hizo más frecuente, o al menos más conocida, en el siglo XX. Los perpetradores negaron las atrocidades en tiempos de guerra, como las que cometieron los alemanes durante la Primera Guerra Mundial, y solo se conocieron mucho más adelante[826]. La matanza de más de un millón de armenios a manos del gobierno

otomano en 1915, ahora conocida como «genocidio armenio», se sigue negando en Turquía. El gobierno trata de impedir que la palabra «genocidio» se utilice públicamente en este contexto[827].

En Estados Unidos, la información incómoda ha sido negada de manera oficial a menudo, empezando por el presidente[828]. Como vimos en el capítulo 7, un pequeño grupo de importantes científicos estadounidenses se confabularon para proyectar dudas sobre ciertos hechos que resultaban inconvenientes para la industria y el gobierno entre los años 1950 y 1980. Entre estos hechos estaba la lluvia ácida, el agujero en la capa de ozono y, sobre todo, el calentamiento global[829].

Este tipo de negación oficial es parte de un fenómeno mayor que tiene que ver con no querer saber —o querer no saber— cosas que podrían amenazar o avergonzar a quien las conozca. Requiere una conspiración de silencio e ignorar de manera colectiva el «elefante en la habitación»[830].

En Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial, los civiles que vivían cerca de campos de exterminio como Mauthausen no quisieron saber que los campos estaban allí, ya que cualquier mención sobre ellos podía provocar una visita de la Gestapo. De hecho, las SS advirtieron sin ambigüedades a los civiles de que debían mirar para otro lado en cuanto al tema de los prisioneros y los trenes que los transportaban. La mayoría de estos civiles «aprendieron a caminar por un filo muy delicado entre el inevitable conocimiento y la ceguera prudente», aunque el comandante del campamento se quejó de la presencia de «mirones curiosos», y una mujer denunció a la policía que se disparara contra los prisioneros que trabajaban en las canteras[831].

La investigación del historiador Walter Laqueur ha dejado claro que es «imposible creer que ni un solo residente de Gliwice, Bytom o Katowice supiera qué sucedía a pocos kilómetros de sus hogares», principalmente porque el humo de los hornos era visible desde muy lejos, y eso sin mencionar el hedor de los cadáveres al quemarlos. Como dijo en una entrevista en la década de 1970 un habitante de un pueblo cercano al campo: «Todos lo sabíamos». Y si lo llevamos a un nivel más general, en la «solución final» participaron demasiadas personas (los guardias de los campamentos, los trabajadores ferroviarios, los funcionarios públicos, etc.) como para que la información fuera un secreto[832].

Laqueur llega a la conclusión de que «la experiencia alemana nos enseña que, de hecho, los secretos, una vez se han filtrado más allá de un pequeño grupo, no se pueden guardar ni en un régimen totalitario». «A finales de 1942, millones de personas en Alemania sabían que [...] la mayoría de los deportados, si no todos, ya no estaban vivos». Era imposible mantener la ignorancia incluso entre una población que no quería saber. En otras palabras, los campos de exterminio se habían convertido en un secreto a voces o, como dicen algunos estudiosos actuales, en un «secreto público», un oxímoron muy útil para describir una situación ambigua[833]. A pesar de estos intentos de combatirla, la negación del Holocausto sigue todavía entre nosotros.

El negocio de la negación

La negación, como la evasión, es muy común en los negocios. Nadie duda de que los dirigentes de la industria petrolera, por ejemplo, no quieren saber sobre el cambio climático. Exxon —que más tarde sería ExxonMobil— apoyó la investigación sobre el tema hasta 1978, cuando uno de sus científicos, James Black, informó de la incómoda conclusión de que el uso de combustibles fósiles era un factor importante en el calentamiento global. La compañía puso en duda su investigación, pero esta respuesta se ha vuelto cada vez menos sostenible con el paso del tiempo. Se podría decir que el clima de la opinión también ha cambiado en las últimas décadas, aunque todavía existen opiniones como la de Rupert Murdoch, que afirma que el reciente aumento de los incendios forestales en Australia se debió exclusivamente a los pirómanos. Su periódico, *The Australian,* sigue apoyando la negación del calentamiento global, al igual que los canales de televisión de su propiedad, Sky News y Fox News[834].

Los perpetradores corporativos han negado y encubierto a menudo la contaminación industrial y sus consecuencias mortales[835]. Hubo un ejemplo que se hizo famoso gracias a la película *Erin Brockovich* (2000), llamada así por la empleada de un bufete que emprendió una batalla legal contra la Pacific Gas & Electric por contaminar el agua potable en el sur de California, lo que provocó muchos casos de cáncer.

Hay un caso muy bien documentado de grandes empresas que se

niegan a aceptar las conclusiones de los científicos: la industria del tabaco, que ya en 1950 tuvo pruebas de la relación entre fumar y el cáncer de pulmón[836]. Una de las primeras reacciones de las compañías tabaqueras fue la negación absoluta, y llegaron a contratar a una firma de relaciones públicas para encargar un artículo en la revista *True* en 1968 titulado «La relación entre el cáncer y los cigarrillos es una patraña» *(Cigaret [sic] Cancer Link is Bunk)*[837]. Pero hubo otras respuestas más sutiles. Algunas sembraron dudas, afirmando, por ejemplo, que la investigación no era «concluyente». En 1969, un vicepresidente de la industria del tabaco admitió en un célebre discurso de que «estamos vendiendo duda»[838].

Otro método que han utilizado las empresas ha sido distraer la atención pública del vínculo entre fumar y el cáncer. Por ejemplo, se creó un «Consejo de Investigación de la Industria Tabaquera» para realizar investigaciones sobre las causas de las enfermedades en general. El objetivo de esta «investigación falsa» era distraer la atención del vínculo entre el tabaco y el cáncer. La industria también utilizó el método tradicional de censura, la «supresión de la investigación», especialmente «cuando el investigador se acercaba demasiado a verdades incómodas»[839].

Estos métodos se han descrito como la «fabricación» de la ignorancia. El estudio de las cartas de los consumidores a las compañías tabaqueras demuestra que «muchas personas han sido profundamente ignorantes sobre los cigarrillos». Un individuo aseguró: «Para mí, esta idea de que fumar es malo para la salud no es más que un montón de paparruchas»[840]. Pero el objetivo de la industria no era la «ausencia de conocimiento, sino más bien la insinuación de la existencia de un cuerpo específico de conocimiento, o creencias y sentimientos», que serviría para apoyar la venta de cigarrillos[841]. Por lo tanto, en este caso sería más preciso hablar del mantenimiento de la ignorancia. También se podría hablar de la producción de «información errónea», o, dado que se trata de algo deliberado, de lo que los rusos bautizaron como «desinformación»[842].

Desinformación

Ladislav Bittman, que desertó del servicio secreto checo después de la invasión rusa de 1968, definió en cierta ocasión la desinformación

como «una manera elegante de denominar lo que siempre se ha llamado “juego sucio”»[843]. En otros momentos lo describió como «el juego del engaño», y también dio una definición más formal: la diseminación de «información incompleta, errónea o totalmente falsa para engañar al enemigo»[844]. Estas prácticas se conocen también como «guerra política», «guerra psicológica» o «medidas activas»; un eufemismo inventado en la Unión Soviética y en sí mismo una forma de desinformación junto con otros eufemismos como «proyectos especiales» (que incluyen el asesinato de críticos del régimen). La descripción de Putin de la invasión de Ucrania como «operación especial» sigue la tradición del KGB. La desinformación mantiene la ignorancia y depende de la ignorancia para tener éxito.

Llegado este momento, el historiador social debe preguntar varias cosas: ¿Quién exactamente está siendo engañado o mal informado? ¿Espías extranjeros? ¿Gobiernos extranjeros? ¿O el público en general, tanto en el extranjero como a nivel nacional? Durante la Guerra Fría, por ejemplo, la desinformación, combinada con el secretismo, ayudó a mantener a los ciudadanos en la ignorancia sobre lo que estaba sucediendo a ambos lados del Telón de Acero. Entre los objetivos de la desinformación estaba dañar la reputación del enemigo, como fue el caso de los incidentes antisemitas en Alemania Occidental que más tarde se supo que eran obra del servicio de inteligencia de Alemania Oriental, la Stasi. El propio Bittman confesó haber participado en la «Operación Neptuno», un intento espectacular de plantar documentos nazis secretos (que habían llegado a Checoslovaquia procedentes de un archivo soviético) en Bohemia para luego «descubrirlos» en 1965. El objetivo de la operación era desacreditar a Alemania Occidental y recordar al mundo los crímenes de guerra nazis veinte años después del fin de la guerra[845]. Otro objetivo importante de los servicios de inteligencia comunistas durante la Guerra Fría era dividir al enemigo, como trató de hacer con las diferentes naciones que formaban la OTAN y los dos partidos conservadores de Alemania Occidental, la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y la Unión Social Cristiana (CSU).

En general, el objetivo de los desinformadores es sembrar la duda y la confusión entre el enemigo. A veces, la desinformación también se ha utilizado como sustituto del secuestro, como en el caso del agente secreto Sidney Reilly (cuyo nombre original era Salomon Rosenblum), que nació en Odessa y trabajó para los rusos antes de pasarse al lado británico. Reilly, de quien se dice que inspiró el personaje de James

Bond a Ian Fleming, fue invitado a regresar a Rusia después de 1917. Creyó que su contacto era antibolchevique y aceptó la invitación, y nada más llegar fue arrestado y ejecutado[846].

Los bolcheviques no fueron los primeros en utilizar este truco, que se remonta al menos al siglo XVII. Ferrante Pallavicino fue un escritor famoso por sus sátiras sobre el papado. Una falsa invitación para trabajar para el cardenal Richelieu en París lo sacó de su refugio en Venecia: partió hacia Francia en 1642 y, al pasar por Aviñón, en aquel momento un enclave de los Estados Pontificios, fue arrestado y ejecutado[847].

Los métodos de los desinformadores han sido tan diversos como sus objetivos. Una técnica muy tradicional es difundir falsos rumores. En 1979, por ejemplo, cuando un grupo de musulmanes radicales tomó la Gran Mezquita de La Meca, el KGB difundió la noticia de que el gobierno de Estados Unidos estaba involucrado en secreto, y también hizo correr el rumor de que el gobierno de Pakistán había estado detrás de los ataques a la embajada de Estados Unidos en Islamabad[848]. Otro método consiste en generar propaganda impresa, operando bajo la tapadera de organizaciones como el Consejo Mundial de la Paz (1950), fundado por la Internacional Comunista. El mismo año, la CIA creó y financió su contraparte, el Congreso por la Libertad Cultural, apoyando la revista mensual británica *Encounter* y otras muchas publicaciones[849].

Un tercer método ha sido interferir en las elecciones en un país hostil, cosa que ha sucedido demasiadas veces desde 2016. Ya en 1952, la CIA intervino en las elecciones de la República Democrática Alemana[850]. En 1980, el servicio secreto de Alemania Oriental, la Stasi, interfirió en las elecciones de Alemania Occidental para fomentar la división entre la Unión Demócrata Cristiana y la Unión Social Cristiana. Lo único nuevo en la interferencia rusa en la campaña de Hillary Clinton en 2016 fue la tecnología, ya que se llegó a hackear el correo electrónico de su director de campaña[851].

Falsificación

Uno de los métodos más importantes de desinformación ha sido y sigue siendo la falsificación. Un ejemplo famoso del uso de la falsificación al servicio de la desinformación es la llamada «Carta

Zinóviev», que también es uno de los primeros casos de interferencia en unas elecciones. Cuatro días antes de las elecciones generales de Reino Unido en 1924, un periódico conservador británico, el *Daily Mail,* publicó una carta firmada Grigori Zinóviev, jefe de la Internacional Comunista (Comintern), y dirigida al Partido Comunista Británico. El primer ministro laborista, Ramsay MacDonald, sospechó que la carta no era auténtica, mientras que Trotski aseguró que «se notaba a la legua que era una falsificación». Pese a todo, es muy probable que la carta contribuyera a la derrota del gobierno laborista en las elecciones. No se conoce la identidad de los desinformadores, pero es poco probable que fueran bolcheviques. El principal sospechoso, Iván Pokrovski, era antibolchevique, y la difusión de la carta parece que fue obra de algunos individuos dentro de los servicios secretos británicos[852].

Durante la Guerra Fría, ambos bandos recurrieron a las falsificaciones. La CIA, por ejemplo, creó una organización tapadera en la República Democrática Alemana para producir ediciones falsificadas de algunas publicaciones de Alemania Oriental, incluyendo una revista de astrología. También encargó *Los documentos de Penkovsky*, que se publicaron en 1966 y en apariencia estaban escritos por un tal Oleg Penkovski, un coronel de la inteligencia soviética que pasaba material secreto a Occidente. En realidad, este texto era una semifalsificación, escrito en inglés por una persona anónima, aunque hacía uso de conversaciones grabadas con el supuesto autor[853].

Por otro lado, en 1957, el *Neues Deutschland*, el periódico oficial de Alemania del Este, publicó una carta en teoría firmada por Nelson Rockefeller y dirigida al presidente Eisenhower en la que exponía un plan para que Estados Unidos dominara el mundo. Radio Moscú hizo correr la noticia por todo el planeta. Después de 1963, cuando el agente doble Kim Philby fue descubierto y desertó a la Unión Soviética, trabajó para asegurarse de que las falsificaciones de documentos británicos se escribieran en inglés idiomático. Alrededor de 1970, el KGB publicó un suplemento falsificado del *Manual de Campo del Ejército de los Estados Unidos* para avergonzar a los estadounidenses. En él se revelaban nombres de agentes de la CIA en el extranjero y se recomendaba la organización de «acciones especiales», como ataques terroristas, para convencer a los aliados de Estados Unidos de que corrían peligro. En 1985, el KGB lanzó una

campaña para difundir la teoría de que Estados Unidos había creado el SIDA en un experimento del Pentágono para la fabricación de armas biológicas[854].

La falsificación de documentos requiere un buen conocimiento de las técnicas, pero también de los eventos y personas que se mencionan en ellos. Hasta el menor error puede socavar la autenticidad de un documento. Ladislav Bittman, siempre encantado de contar una historia contra sí mismo y su antigua organización, describió una falsificación hecha por el servicio de inteligencia checoslovaco de una carta del embajador estadounidense en Leopoldville (Kinsasa) dirigida a Moïse Tshombé, cuyo objetivo era demostrar la existencia de un complot estadounidense para devolver a Tshombé al Congo en julio de 1964. Bittman encontró demasiado tarde «dos errores importantes» en el documento: uno en el título de Tshombé (lo llamaban «presidente» en lugar de «primer ministro»), y otro en la fecha de la carta, anterior en varios días a la subida al cargo de Tshombe[855]. La ignorancia de detalles aparentemente triviales puede tener consecuencias importantes.

Posverdad

En los últimos años se ha extendido la idea de que estamos viviendo en una era de posverdad en la que el público se mantiene ignorante, no ya por el silencio, sino por un exceso de mentiras, de «desinformación» que circula por los periódicos, programas de televisión y, cada vez más, internet. El periodista Peter Oborne ha citado ejemplos de Tony Blair y Peter Mandelson, entre otros, para señalar que la verdad se ha vuelto indistinguible de la falsedad en la política británica. Matthew d'Ancona, periodista británico, ha publicado hace relativamente poco un libro titulado *Posverdad: la nueva guerra en torno a la verdad y cómo combatirla*[856]. Otra expresión que se ha popularizado recientemente es la de *fake news,* «bulos», gracias a los tuits del presidente Trump. El propio Trump ha afirmado que él inventó la expresión y que la acusación de que ganó las elecciones con el apoyo de Rusia es un ejemplo claro de este fenómeno[857].

Una afirmación similar, aunque no tan radical, es que vivimos en una época en la que los políticos y sus asesores manipulan los hechos

en lugar de inventarlos *ex nihilo*. Una serie de televisión francesa de 2012*, Les Hommes de l'ombre* (*En la sombra,* en España), se centra en dos figuras rivales de este tipo. Cuando la serie llegó a la televisión británica en 2016, el título fue traducido como *Spin* (otro eufemismo, ya que «dar vueltas» a las noticias suena mejor que un término más antiguo, «retorcerlas»)[858].

La afirmación de que vivimos en una nueva era es muy llamativa, y los ejemplos que se presentan son sin duda preocupantes. El problema con esa afirmación es que los periodistas que la hacen dan por hecho que los políticos antes sí decían la verdad, sin molestarse en examinar casos precedentes, como la Inglaterra de Robert Walpole (1721 a 1742), con la atención con que hoy examinan la de Tony Blair; o la Rusia de Stalin igual que miran la de Putin. Al fin y al cabo, hace más de quinientos años que Maquiavelo escribió su tratado sobre el príncipe, en el que aconsejaba a los gobernantes engañar tanto a sus enemigos como a sus súbditos. Este consejo dio mala fama a Maquiavelo en la posteridad, pero lo cierto es que no hizo más que poner en palabras lo que los príncipes de su época, como Carlos V, pusieron en práctica.

Las ideas, e incluso las palabras que las expresan, son a menudo más viejas de lo que la gente suele pensar. El libro *The Post-Truth Era (La era de la posverdad)*, de Ralph Keyes, se publicó en 2004, y parece que la expresión se acuñó doce años antes, en 1992. A los *spin doctors*, expertos y asesores en política, ya se los denominaba así en el *New York Times* en la década de 1940[859]. En francés, la expresión *fausses nouvelles*, muy semejante a *fake news,* ya es tradicional, igual que los *false reports* en inglés. Otro término tradicional es *canard*, que ya aparece en la vívida descripción de Balzac del mundo del periodismo en el París de su tiempo. Un periodista experimentado le explica a un novato: «Llamamos *canard* a un hecho que tiene aire de verdad, pero que se inventa para vender el *Faits-Paris* [un periódico] cuando los hechos carecen de sabor» *(Nous appelons un canard un fait qui a l'air d'être vrai, mais qu'on invente pour relever les Faits-Paris quand ils sont pâles)*[860].

Un concepto aún más antiguo es el de las «mentiras». El periodista británico Jeremy Paxman, que ha entrevistado a muchos políticos, ha dicho que en cada ocasión se ha preguntado: «¿Por qué me miente este cabrón?». La misma frase se atribuye a un periodista de principios del siglo XX, el estadounidense Louis Heren[861].

Una afirmación más moderada que la de una era de posverdad nos llega de un estudio de dos filósofos de la ciencia que se publicó en 2019. Los autores señalan que «mentir no es nuevo, pero la propagación deliberada de información falsa o engañosa se ha disparado durante el siglo pasado, gracias tanto a las nuevas tecnologías para la difusión de información (radio, televisión, internet) como a la creciente sofisticación de los que nos engañan[862]. Los medios de comunicación no solo «desinforman», sino que también «malinforman», como resultado de la ignorancia y el descuido más que de un intento deliberado de engaño.

Las mentiras del presidente

En un estudio publicado en 2004 se asegura que, «en la política estadounidense actual, la capacidad de mentir de manera convincente casi se considera una cualidad *prima facie* para ocupar altos cargos». Si esta afirmación parece exagerada, vale la pena recordar que en 1962 el subsecretario de Defensa llegó a afirmar que el gobierno tenía «derecho» a «mentir para salvarse», mientras que, en la época de George W. Bush, el Departamento de Justicia defendió el derecho «a dar información falsa»[863].

Desde 1945, la mayoría de los presidentes estadounidenses han mentido al pueblo sobre asuntos de gran importancia. Franklin D. Roosevelt mintió sobre las concesiones a Stalin en Yalta en cuanto a Polonia y el Lejano Oriente, y Harry Truman guardó el secreto de Roosevelt. John F. Kennedy mintió sobre las concesiones a Nikita Jrushchov en el momento de la crisis de los misiles cubanos (la eliminación de los misiles estadounidenses de Turquía como el pago por la eliminación de los misiles soviéticos de Cuba). Lyndon B. Johnson mintió sobre el comienzo de la guerra en Vietnam y George W. Bush mintió sobre las armas de destrucción masiva en manos de Saddam Hussein[864]. Las mentiras que contó Trump durante su mandato son demasiadas para enumerarlas aquí.

Estas mentiras han tenido a menudo consecuencias negativas inesperadas. Por ejemplo, «el macartismo obtuvo mucho poder de las mentiras de los demócratas sobre Yalta», que hicieron parecer que Stalin había roto el acuerdo, cuando no era así. Y cuando John y Robert Kennedy negaron las concesiones hechas a Jrushchov, esta

mentira llevó a más mentiras y a una disminución en la transparencia oficial con el consiguiente crecimiento de la desconfianza hacia las acciones del gobierno estadounidense. Esta desconfianza y la renuencia de Johnson a permitir un debate abierto sobre la guerra de Vietnam dañaron la reputación de los Estados Unidos dentro y fuera de sus fronteras[865].

La actual proliferación de bulos es alarmante, pero aún queda esperanza para la verdad. Así como tras el encubrimiento llega el descubrimiento, las mentiras actuales en los medios de comunicación son expuestas regularmente por las agencias de verificación de hechos en sus sitios web.

Hay varias de estas agencias en los Estados Unidos y el Reino Unido: Snopes.com, fundada en 1994; FactCheck.org, fundada en 2003 y propiedad de una institución académica estadounidense; la Annenberg School for Communication en Filadelfia; PolitiFact, fundada en 2007, propiedad del Poynter Institute for Media Studies en Florida y famoso por su declaración anual de la «Mentira del Año»; Full Fact, fundada en el Reino Unido en 2009 por el empresario Michael Samuel; Bellingcat, fundada por Eliot Higgins en 2014; y Media Bias/Fact Check, fundada en 2015 por el periodista Dave Van Zandt.

Fuera del mundo anglófono hay otras agencias como la alemana Faktenfinder (2017), la italiana Pagella Política (2013), la brasileña Aos Fatos (2015) y el Bolsonômetro, una especie de termómetro que mide la proporción de hechos reales y de artificios (por no decir mentiras) en los boletines de noticias del presidente de Brasil[866].

763 Un ensayo pionero de este tipo es Georg Simmel, «The Sociology of Secrecy and of Secret Societies», *American Journal of Sociology* 11 (1906), 441-98.

764 Francis Bacon, *Essays* (1597: Cambridge, 1906) [ed. cast. *Ensayos*. Traducido por Luis Escolar Barreño. Barcelona: Orbis, 1985].

765 Baltasar Gracián, *Oráculo Manual y Arte de Prudencia* (1647: edición bilingüe, Londres, 1962), números 13, 49, 98-100. Análisis general en Rosario Villari, *Elogio della Dissimulazione. La lotta politica nel Seicento* (Roma, 1987); Jean-Pierre Cavaillé, *Dis/simulations* (París, 2002); Jon R. Snyder, *Dissimulation and the Culture of Secrecy in Early Modern Europe* (Berkeley CA, 2009).

766 Cita en Ulrich Ricken, «Oppositions et polarités d'un champ notionnel: Les philosophes et l'absolutisme éclairé», *Annales historiques de la Révolution française* 51 (1979), 547-57, en 547.

767 Werner Krauss (ed.), *Est-il utile de tromper le peuple*? (Berlín, 1966). Los lectores sabrán

valorar la ironía de publicar estos ensayos en la Alemania del Este en los años sesenta del siglo pasado.

768 David Kahn, *The Codebreakers: The Story of Secret Writing* (Nueva York, 1967).

769 A. C. Duke y C. A. Tamse (eds.), *Too Mighty to be Free: Censorship and the Press in Britain and the Netherlands* (Zutphen, 1987); Gigliola Fragnito (ed.), *Church, Censorship and Culture in Early Modern Italy* (traducción al inglés, Cambridge, 2001).

770 Daniel Roche, «Censorship and the Publishing Industry», en Robert Darnton y Daniel Roche (eds.), *Revolution in Print* (Berkeley CA, 1989), 3-26; Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France* (Nueva York, 1996) [ed. cast. *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Traducido por Laura Vidal. Madrid: Turner, 2003].

771 Judith Wechsler, «Daumier and Censorship, 1866-1872», *Yale French Studies* 122 (2012), 53-78.

772 Goldstein, *War*, 22, 41, 45, 88.

773 *Ibid.,* 25.

774 Clive Ansley, *The Heresy of Wu Han: His Play «Hai Jui's Dismissal» and its Role in China's Cultural Revolution* (Toronto, 1971); Mary G. Mazur, *Wu Han, Historian: Son of China's Times* (Lanham MD, 2009).

775 Bauer y Gleicher, «Word-of-Mouth Communication», 297-310.

776 F. J. Ormeling, «50 Years of Soviet Cartography», *American Cartographer* 1 (1974), 48-9; Lappo y Polian, «Naoukograds», 1226-49.

777 Andrei Sakharov, *Thoughts on Progress, Peaceful Coexistence, and Intellectual Freedom* (Petersham, 1968). Cf. Masha Gessen, «Fifty Years Later», *New Yorker*, 25 de julio de 2018.

778 Pamela O. Long, *Openness, Secrecy, Authorship: Technical Arts and the Culture of Knowledge from Antiquity to the Renaissance* (Baltimore MD, 2001); Karel Davids, «Craft Secrecy in Europe in the Early Modern Period: A Comparative View», *Early Science and Medicine* 10 (2005), 340-48.

779 Eamon, *Science and the Secrets of Nature*, 130-33.

780 *Idem.*

781 Nicole Howard, «Rings and Anagrams: Huygens's System of Saturn», *Papers of the Bibliographical Society of America* 98 (2004), 477-510.

782 Parker, *Emperor*, xvi.

783 Carswell, *Bubble*, 175.

784 Anónimo, *The French King's Wedding* (Londres, 1708); Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV* (New Haven CT, 1992), 136-7.

785 Mukherjee, *Hungry Bengal*, 125.

786 Anne Applebaum, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine* (Londres, 2017) [ed. cast. *Hambruna roja: la guerra de Stalin contra Ucrania*. Traducido por Nerea Arando Sastre. Barcelona: Debate, 2019].

787 William Taubman, *Gorbachev* (Londres, 2017) [ed. cast. *Gorbachov: vida y época*. Traducido por Jaime Collyer. Barcelona: Debate, 2018]; Plokhy, *Chernobyl*; Adam Higginbotham, *Midnight in Chernobyl: The Untold Story of the World's Greatest Nuclear Disaster* (Londres, 2019).

788 Louis FitzGibbon, *The Katyn Cover-Up* (Londres, 1972); Alexander Etkind *et al.*, *Remembering Katyn* (Cambridge, 2012), 13-34.

789 Etkind, *Remembering Katyn*, 35-53; Jane Rogoyska, *Surviving Katyń: Stalin's Polish Massacre and the Search for Truth* (Londres, 2021). Sobre los testigos locales, Rogoyska, 206-7, 227; sobre pruebas de las fechas, 229, 236, 240.

790 Información en *The Independent*, 27 de julio de 2020, vídeo en https://www.independent.co.uk/news/world/asia/wuhan-officials-coronavirus-cases-spread-cover-up-leading-scientist-a9639806.html.

791 Louisa Lim, *The People's Republic of Amnesia* (Nueva York, 2014), 99, 115; Margaret Hillenbran, *Negative Exposures: Knowing What not to Know in Contemporary China* (Durham NC, 2020), 181, 196.

792 Hillenbrand, *Negative Exposures*, 177.

793 Lim, *People's Republic*, 85-6.

794 *Ibid.,* 214. Es el tema central en Hillenbrand, *Negative Exposures*.

795 Lim, *People's Republic*, 49-50.

796 *Ibid.,* 3, 140.

797 Sobre el espionaje a principios de la era moderna, Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643* (Vizcaya, 1984); Lucien Bély, *Espions et ambassadeurs* (París, 1990); Preto, *I servizi secreti*.

798 Sidney Monas, *The Third Section: Police and Society Under Nicholas I* (Cambridge MA, 1961); Ronald Hingley, *The Russian Secret Police: Muscovite, Imperial Russian and Soviet Political Security Operations, 1565-1970* (Londres, 1970); Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story of its Foreign Operations from Lenin to Gorbachev* (Londres, 1990).

799 George Leggett, *The Cheka: Lenin's Political Police* (Oxford, 1986).

800 Andrew y Gordievsky, *KGB;* Rhodri Jeffreys-Jones y Christopher Andrew (eds.), *Eternal Vigilance? 50 Years of the CIA* (Londres, 1997).

801 Galison, «Removing Knowledge»; Galison, «Secrecy in Three Acts», *Social Research* 77 (2010), 941-74.

802 Citado en Thomas Rid, *Active Measures: The Secret History of Disinformation and Political Warfare* (Londres, 2020), 401. Un antiguo oficial de inteligencia checoslovaco ha calificado la «producción masiva de operaciones de desinformación» de «fábrica de desinformación», Bittman, *Deception Game*, 89, 126.

803 Jeffreys-Jones y Andrew, *Eternal Vigilance?*; Andrew y Gordievsky, *KGB*.

804 Compton Mackenzie, *Water on the Brain* (Londres, 1933), citado en Vincent, *Culture of Secrecy*, 182-3. Hasta 1993 no se reveló por primera vez el nombre del director general (la primera mujer en ocupar el cargo, Stella Rimington).

805 Burke, «Baroque»; Burke, «Publicizing the Private: The Rise of "Secret History"», en Christian J. Emden y David Midgley (eds.), *Changing Perceptions of the Public Sphere* (Nueva York, 2012), 57-72.

806 Peter Burke, «The Great Unmasker», *History Today* (1965), 426-32; Burke (ed.), *Sarpi* (Nueva York, 1967), i-xli.

807 «Pietro Soave Polano» es un anagrama de «Paolo Sarpi Veneto».

808 Edward Hyde, *The Life of Edward, Earl of Clarendon* (Oxford, 1760), 2, 512.

809 Peter Burke, «On the Margins of the Public and the Private: Louis XIV at Versailles», *International Political Anthropology* 2 (2009), 29-36.

810 Burke, «Publicizing the Private».

811 R. L. Schults, *Crusader in Babylon: W. T. Stead and the Pall Mall Gazette* (Lincoln NE, 1972); Grace Eckley, *Maiden Tribute: A Life of W. T. Stead* (Filadelfia PA, 2007).

812 Justin Kaplan, *Lincoln Steffens* (Nueva York, 1974); Peter Hartshorn, *I Have Seen the Future: A Life of Lincoln Steffens* (Berkeley CA, 2011), 102, 104, 108.

813 Kathleen Brady, *Ida Tarbell: Portrait of a Muckraker* (Pittsburgh PA, 1989); Steve Weinberg, *Taking on the Trust: The Epic Battle of Ida Tarbell and John D. Rockefeller* (Nueva York, 2008).

814 Carl Bernstein y Bob Woodward, *All the President's Men* (Londres, 1974), [ed. cast. *Todos los hombres del presidente*. Traducido por Joaquín Adsuar Ortega. Barcelona: Inédita, 2005]; Lamar Waldron, *Watergate: The Hidden History* (Berkeley CA, 2012). El nombre «Watergate» viene del edificio de oficinas en Washington.

815 Patrick McCurdy, «From the Pentagon Papers to Cablegate: How the Network Society Has Changed Leaking», en Bendetta Brevini, Arne Hintz y Patrick McCurdy (eds.), *Beyond WikiLeaks: Implications for the Future of Communications, Journalism and Society* (Basingstoke, 2013), 123-45.

816 David Leigh y Luke Harding, *WikiLeaks: Inside Julian Assange's War on Secrecy* (Londres, 2013), 22.

817 Timothy Garton Ash, «US Embassy Cables: A Banquet of Secrets», *The Guardian*, 28 de noviembre de 2010, www.theguardian.com.

818 Eliot Higgins, *We are Bellingcat: An Intelligence Agency for the People* (Londres, 2021).

819 Sobre la proliferación de información secreta, ver Galison, «Removing Knowledge».

820 Filippo de Vivo, *Information and Communication in Venice: Rethinking Early Modern Politics* (Oxford, 2007), 57-8, 181.

821 Vincent, *Culture of Secrecy*, 78-81.

822 Clive Ponting, *The Right to Know: The Inside Story of the Belgrano Affair* (Londres, 1985).

823 Edward Snowden, *Permanent Record* (Basingstoke, 2019) [ed. cast. *Vigilancia permanente*. Traducido por Esther Cruz Santaella. Barcelona: Planeta, 2019].

824 Cohen, *States of Denial,* 1.

825 Parker, *Emperor*, 279.

826 John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial* (2001).

827 Fatma Müge Göçek, *Denial of Violence: Ottoman Past, Turkish Present and Collective Violence Against the Armenians, 1789-2009* (Oxford, 2015); Maria Karlsson, *Cultures of Denial: Comparing Holocaust and Armenian Genocide Denial* (Lund, 2015).

828 Alterman, *When Presidents Lie.*

829 Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*.

830 Cohen, *States of Denial;* Eviatar Zerubavel, *The Elephant in the Room: Silence and Denial in Everyday Life* (Nueva York, 2006).

831 Gordon J. Horwitz, *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen* (Nueva York, 1990), 27-36. Cf. Elmer Luchterhand, «Knowing and Not Knowing: Involvement in Nazi Genocide», en Paul Thompson (ed.), *Our Common History* (Atlantic Highlands NJ, 1982), 251-72.

832 Walter Laqueur, «Germany: A Wall of Silence?», en Laqueur, *The Terrible Secret: Suppression of the Truth about Hitler's Final Solution* (Boston MA, 1980), 17-40, sobre todo 18, 22-3; Luchterhand, «Knowing», 255.

833 Robert Eaglestone, «The Public Secret», en Eaglestone, *The Broken Voice: Reading Post-Holocaust Literature* (Oxford, 2017), cap. 1. Visión general en Michael Taussig, *Defacement: Public Secrets and the Labor of the Negative* (Stanford CA, 1999); Hillenbrand, *Negative Exposures*.

834 Michael E. Mann, *The Hockey Stick and the Climate Wars* (Nueva York, 2012); Mann, «When it Comes to the Australian Bush Fires, Rupert Murdoch is an Arsonist», *Newsweek*, 14 de enero de 2020.

835 Gerald Markowitz y David Rosner, *Deceit and Denial: The Deadly Politics of Industrial Pollution* (Berkeley CA, 2002).

836 Ernest L. Wynder y Everts Graham, «Tobacco Smoking as a Possible Etiologic Factor in Bronchiogenic Carcinoma», *Journal of the American Medical Association* 143 (1950), 329-46.

837 Samuel Epstein, *The Politics of Cancer* (San Francisco CA, 1978), que habla de las causas medioambientales en general; Robert Proctor, *Golden Holocaust* (Berkeley CA, 2011).

838 Proctor, *Golden Holocaust*, 290-92, listado de catorce «estrategias para generar duda».

839 *Ibid.,* 260, 263-7.

840 Citado en Proctor, *Golden Holocaust*, 317.

841 *Ibid.,* 301.

842 Richard S. Schultz y Roy Godson, *Dezinformatsia* (Nueva York, 1984); Rid, *Active Measures*.

843 Citado en Rid, *Active Measures*, 147.

844 Bittman, *Deception Game*, ix.

845 *Ibid.,* 39-59. Cf. Rid, *Active Measures*, 157-66.

846 Rid, *Active Measures*, 27-8.

847 Mario Infelise, «Pallavicino, Ferrante», *DBI.*

848 Rid, *Active Measures*, 249-50.

849 Frances S. Saunders, *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War* (1999).

850 Rid, *Active Measures*, 81.

851 *Ibid.,* 213, 377-86.

852 Gill Bennett, *The Zinoviev Letter: The Conspiracy that Never Dies* (Oxford, 2018).

853 Rid, *Active Measures*, 170-75.

854 *Ibid.,* 104-6, 231-42, 318-19.

855 Bittman, *Deception Game*, 84-6.

856 Peter Oborne, *The Rise of Political Lying* (Londres, 2005), 5; Matthew d'Ancona, *Post-Truth* (Londres, 2017) [ed. cast. *Posverdad: la nueva guerra en torno a la verdad y cómo combatirla*. Traducido por Alejandro Pradera Sánchez. Madrid: Alianza Editorial, 2019]. Cf. Ari Rabin-Havt y Media Matters, *Lies Incorporated: The World of Post-Truth Politics* (Nueva York, 2016).

857 Andrew Buncombe, «Donald Trump dismisses as "fake news" claims that Russia gathered compromising information about him», www.independent.co.uk, 11 de enero de 2017, consultado el 4 de julio de 2022; Chris Cillizza, «Donald Trump just claimed he invented "Fake News"», edition.cnn.com, 26 de octubre de 2017.

858 Andrew Marr, «How Blair put the Media in a Spin», news.bbc.co.uk, 10 de mayo de 2007; Timothy Bewes «The Spin Cycle: Truth and Appearance in Politics», http://signsofthetimes.org.uk/pamphlet1/The%20Spin%20Cycle.html, consultado el 16 de mayo de 2022; David Greenberg, «A Century of Political Spin», *Wall Street Journal*, http://www.wsj.com, 8 de enero de 2016; David Greenberg, *Republic of Spin: An Inside History of the American Presidency* (Nueva York, 2016). Sobre Rusia, Peter Pomerantsev, *Nothing is True and Everything is Possible* (2014: 2.ª ed., Londres, 2017), 54-8, 65, 77-90.

859 Ralph Keyes, *The Post-Truth Era* (Nueva York, 2004); Greenberg, «A Century of Political Spin».

860 Honoré de Balzac, *Illusions Perdues* (1837-43: nueva edición, París, 1961), 395.

861 «Why is this Lying Bastard Lying to Me?», blogs.bl.uk, 2 de julio de 2014; «Louis Heren», https://en.wikipedia.org, consultado el 30 de octubre de 2017.

862 Cailin O'Connor y James Owen Weatherall, *The Misinformation Age: How False Beliefs Spread* (New Haven CT, 2019), 9.

863 Alterman, *When Presidents Lie*, 1, 92, 296.

864 *Ibid.,* 38, 61-3, 102-4, 204, 297-300.

865 *Ibid.,* 76, 133-4, 183.

866 Rêgo and Barbosa, *Construção da Ignorância*, 154, 156.

14
FUTUROS INCIERTOS

Vivir es navegar en un mar de incertidumbre.

EDGAR MORIN

Se puede decir que la incertidumbre es una especie de ignorancia: la ignorancia del futuro. Como hemos visto en el caso de los negocios, la política y la guerra, muchas decisiones importantes han dependido de lo que se esperaba que pasara en el futuro. El problema es que lo que termina ocurriendo es a menudo muy diferente de lo que se esperaba. De hecho, en ocasiones esas consecuencias pueden ser «perversas», justo lo contrario de lo que se pretendía[867].

Los efectos secundarios de los medicamentos son ejemplos terribles de consecuencias perversas. En política hay casos clásicos de reformas que condujeron a la destrucción en lugar de a la preservación del régimen que las aprobó, al hacer que el pueblo se diera cuenta de que el cambio era posible, y despertando así el apetito por más. Un ejemplo famoso fue el de Francia en los años inmediatamente anteriores a 1789, lo que llevó al teórico político Alexis de Tocqueville a la conclusión de que «la experiencia enseña que el momento más peligroso para un mal gobierno es generalmente cuando comienza a reformarse»[868].

Otro ejemplo famoso viene de Rusia, después de 1905. Bajo un nuevo primer ministro, Piotr Stolypin, los campesinos recibieron préstamos para comprar tierras y se legalizaron los sindicatos. Lo que siguió a estas reformas fue la Revolución de 1917. Más cerca ya de nuestro tiempo, las reformas de Gorbachov, ideadas para preservar el sistema, llevaron al fin del comunismo y a la disolución de la Unión Soviética en 1991.

A lo largo de los milenios ha habido muchos intentos de leer el futuro: con los huesos del oráculo, las entrañas de las aves o la posición de los planetas, por ejemplo[869]. En la Italia del Renacimiento, algunos rechazaban la astrología, pero muchas personas se la tomaban

en serio. El futuro se consideraba el reino de la fortuna, ya fuera como una rueda en la que los individuos inevitablemente se levantaban y caían, o personificada en la forma de una diosa cuyo cabello suelto representaba la oportunidad que había que agarrar.

De manera alternativa, la fortuna se imaginaba como un viento al que los marineros con experiencia sabían adaptarse izando o arriando las velas. Por esta razón, los Rucellai, una familia de comerciantes de Florencia, adoptaron la vela como emblema de su apellido. Maquiavelo estuvo de acuerdo con este compromiso entre libertad y determinismo, y en el capítulo 25 de *El Príncipe* escribió que la fortuna controla la mitad de nuestras acciones, pero la otra mitad es libre[870].

Estas imágenes quedaron obsoletas —«Fortuna murió»— en el siglo XVII, gracias a la «domesticación del azar» por parte de los matemáticos, cuyos cálculos de probabilidades, como veremos enseguida, transformaron el negocio de los seguros[871]. Sin embargo, parece que la diosa ha vuelto en nuestra era de la «sociedad del riesgo» y la «incertidumbre radical»[872].

Los analistas de riesgos estudian lo que sabemos que no sabemos en negocios, relaciones internacionales o tecnología. Se supone que el riesgo se puede medir en grados de probabilidad, como el pronóstico meteorológico que habla de un 80 por ciento de probabilidad de lluvia para mañana. La gestión de riesgos se ha convertido en una profesión que tiene sus propios periódicos, como el *Journal of Risk Research*. «La esencia de la gestión de riesgos radica en maximizar los aspectos sobre los que tenemos algún control»[873]. Los inversores, por ejemplo, diversifican sus carteras, mientras que muchos tenemos seguros de hogar y de vida.

La industria de los seguros tiene una larga historia. Comenzó con los seguros contra naufragios, seguidos por los seguros contra incendios y luego contra la muerte temprana. El seguro marítimo se remonta al mundo mediterráneo de finales de la Edad Media, cuando la pérdida de cargamentos debida a los naufragios era un peligro común. En los primeros tiempos de la historia moderna de los Países Bajos, Francia e Inglaterra, el seguro marítimo incluía las vidas de los esclavos que iban a bordo del barco, ya que, según las leyes de la época, eran propiedades[874]. En Gran Bretaña, los «aseguradores marítimos» fundaron la Society of Lloyd's en 1771.

El recuerdo del Gran Incendio de Londres de 1666 aún seguía vivo cuando Nicholas Barbon, un médico reconvertido en especulador de la

construcción, fundó en 1680 la Fire Office para ofrecer seguros inmobiliarios. Es probable que se inspirara en el ejemplo de la Feuerkasse de Hamburgo, fundada en 1676, de la que se dice que fue la primera compañía de seguros en el mundo. A mediados del siglo XIX, el seguro contra incendios en Gran Bretaña estaba controlado por tres grandes empresas: Sun, Royal Exchange y Phoenix[875].

El seguro de vida para las personas individuales —excepto los esclavos— estuvo relacionado con el desarrollo de las matemáticas de la probabilidad. En la República Holandesa, dos miembros relevantes de la clase dirigente, Jan de Witt y Johannes Hudde, aplicaron estas matemáticas a la venta de pensiones de vida mediante la creación de tablas de mortalidad[876]. El gobierno neerlandés y el británico recaudaron dinero de esta manera, aunque «ningún gobierno británico antes de 1789 parece haber calculado el costo de la prima de pensiones en función de la edad del comprador». Las compañías de seguros del siglo XVIII «ignoraban los métodos estadísticos. [...] La experiencia contaba; la contabilidad, no». Por tanto, los seguros seguían teniendo mucho de apuesta: «apuestas de vidas»[877]. La falta de conocimiento de los resultados probables la compartían muchos que contrataron estos seguros, tanto en la República Holandesa como en Gran Bretaña. Este caso de «ignorancia de los inversores» se asemeja al de la burbuja de los Mares del Sur del que hemos hablado antes, aunque en menor escala.

Nadie sabe a ciencia cierta si un individuo seguirá con vida dentro de treinta años, pero si se trabaja con un número elevado de personas sí es posible calcular el porcentaje de sobrevivientes y establecer así un precio de las primas que dé beneficios. Este proceso se ha denominado «domesticación del azar»[878]. Gracias a matemáticos como Jakob Bernoulli, cuyo libro *Ars conjectandi (El arte de la conjetura)* se publicó de manera póstuma en 1713, los seguros de vida se convirtieron en una industria boyante en Gran Bretaña en el siglo XVIII y en Estados Unidos en el XIX. Si bien los astrólogos habían elaborado horóscopos para los individuos, los actuarios analizaban tendencias generales más fidedignas[879].

Se han expresado dudas crecientes sobre los intentos de medir el riesgo, porque estos están «fundamentalmente limitados por la ignorancia»[880]. La era de la confianza en la medición del riesgo está siendo remplazada por una era de incertidumbre. Analistas de la incertidumbre, especialmente de aquello que se ha conocido como

«incertidumbre radical», están preocupados por incalculables incógnitas. Nassim Taleb, cuyo puesto es el de «profesor de Ciencias de la Incertidumbre», sostiene en su conocido libro que «nuestro mundo está dominado por lo extremo, lo desconocido y lo muy improbable». Los economistas John Kay y Mervyn King, cuyas ideas se discuten en este capítulo, defienden un caso similar[881].

Otro libro muy conocido, este del sociólogo alemán Ulrich Beck, se titula *La sociedad del Riesgo* (*Risikogesellschaft*, 1986), un concepto que se presenta en este ensayo lúcido y provocador. Beck afirmó haber descubierto un nuevo tipo de modernidad y un nuevo tipo de sociedad, que aparece a finales del siglo XX y en adelante. En la era de la primera modernidad, argumentó, la industrialización resolvió problemas, pero en la era de la segunda modernidad ella misma se ha convertido en el problema.

Por ejemplo, las amenazas para el medio ambiente son subproductos o efectos secundarios de la industrialización, «riesgos e inseguridades inducidos e introducidos por la propia modernización» (que el libro de Beck apareciera el mismo año que el desastre de Chernóbil es una coincidencia muy apropiada)[882]. El autor llega a la conclusión de que «el cálculo del riesgo tal como lo han establecido hasta ahora la ciencia y las instituciones legales se está colapsando». Por esta razón, se ha dicho que «Sociedad del peligro» habría sido quizá un título más preciso[883].

Cuatro años antes del libro de Beck se publicó un estudio del riesgo desde el punto de vista antropológico que ofrecía una perspectiva diferente y sugería que «la percepción del riesgo es un proceso social» y que «cada tipo de sociedad [...] se preocupa por peligros particulares», elegidos «para ajustarse a una forma de vida específica»[884].

De manera similar, desde el punto de vista de los historiadores, todas las sociedades parecen «sociedades de riesgo», aunque estos riesgos varían según la época. En tiempos preindustriales, de los que Beck no habló, los riesgos eran las epidemias graves, las hambrunas y las guerras, así como los riesgos cotidianos de ser apuñalado en la calle o en una taberna, o ser víctima de la brujería. Algunos de estos riesgos eran incertidumbres inevitables, pero otros fueron resultado de decisiones individuales o colectivas: se aconsejaba a los viajeros hacer testamento antes de un viaje por mar, y los gobiernos municipales tenían que decidir cuánto grano almacenar por si llegaba una

hambruna[885]. En la Edad Media, algunos de estos riesgos ya eran globales. Los mongoles asolaron Europa y Asia en el siglo XIII, igual que la llamada «peste negra» un siglo más tarde.

A pesar de todo esto, la reflexión de Beck sobre el cambio de riesgos medibles a incertidumbres incalculables, así como las observaciones de Taleb y otros autores, nos lleva a una mayor reflexión. En *La sociedad del riesgo mundial,* y sobre todo en sus ediciones posteriores, Beck revisó y desarrolló estas ideas. A la luz del 11-S, describió el terrorismo y las finanzas como grandes amenazas, y puso más énfasis en la globalización de los grandes riesgos, que no respetan las fronteras nacionales.

En oposición a la industria de los seguros, Beck subrayó la imposibilidad de calcular las nuevas amenazas que se ciernen sobre la sociedad. «La ausencia de una protección adecuada de los seguros privados es el indicador institucional de la transición a la sociedad de riesgo incontrolable de la segunda modernidad»[886]. Beck admitió que era posible tomar medidas preventivas contra la catástrofe, pero afirmó que las medidas preventivas contra los riesgos catastróficos provocan a su vez riesgos catastróficos, que al final pueden ser incluso mayores que las catástrofes que querían prevenir. Lo escribió antes de la invasión estadounidense de Irak en 2003, pero ese hecho es un ejemplo inmejorable. La conclusión de Beck fue que «la falta de conocimiento impera en una sociedad de riesgo mundial»[887].

Llegados a este punto, tal vez sea esclarecedor distinguir entre el riesgo, que es cuestión de predicción, y la incertidumbre, que es el dominio de la futurología. Vamos a discutir en orden estas dos maneras de tratar el futuro.

Predicción

La predicción de las cosechas, el clima y las tendencias económicas se convirtió en algo cotidiano en Estados Unidos a partir de la década de 1860, cuando surgió una «cultura de la predicción» alentada después por el pánico financiero de 1907. El meteorólogo Henry H. Clayton hacía pronósticos regulares de los ciclos económicos, así como del clima. En Francia, el astrónomo Urbain Le Verrier, más conocido por su descubrimiento del planeta Neptuno, también fue pionero en la organización de pronósticos meteorológicos[888].

La planificación del futuro por parte de los gobiernos (sobre todo los socialistas) se hizo cada vez más común en los siglos XIX y XX. Esta incluía la planificación económica, la planificación urbana y la planificación de la defensa[889]. En la Unión Soviética, los planes económicos quinquenales fueron una constante desde finales de la década de 1920 hasta el final del régimen. En 1946, el gobierno francés, asesorado por el polifacético Jean Monnet, creó una comisión de planificación (Commissariat Général du Plan) para la reconstrucción de la Francia de posguerra. Hay ministerios de planificación en países como la India, Pakistán, Myanmar y Camboya.

En cuanto a defensa, el gobierno noruego cuenta con un Departamento de Política de Defensa y Planificación a Largo Plazo. En Estados Unidos, la predicción la financia RAND (un grupo de expertos fundado en 1948 para la investigación en nombre de las fuerzas armadas) e IARPA, una organización dentro de la comunidad de inteligencia estadounidense. Como sugiere el analista de inteligencia Thomas Fingar, la incertidumbre no se puede evitar, pero se puede reducir invirtiendo en investigación «para anticipar los problemas, identificar oportunidades y evitar errores»[890].

Por supuesto, es posible extrapolar a partir de tendencias pasadas para vislumbrar las posibles futuras. La extrapolación es una forma de sistematizar —si no simplemente un nombre pedante para denominar— lo que hacemos todo el tiempo: idear planes que dan por hecho que mañana saldrá el sol o que el metro de Londres estará lleno en la «hora punta». Es lo que llevan haciendo durante siglos los demógrafos, los economistas y los funcionarios públicos: analizar las tendencias en sus países u observar la dirección que toma una nación como los Estados Unidos, donde, como argumentó un analista alemán en 1952, el futuro «ya está aquí»[891].

Pero la historia nos enseña que las tendencias no siempre tienen continuidad. De vez en cuando llega lo que Nassim Taleb ha denominado un «cisne negro», un evento altamente improbable con un impacto extremo: una gran sorpresa como el desplome de la bolsa en 1929 o la caída del Muro de Berlín[892]. Como dijo Stuart Firestein, «una de las cosas más predecibles sobre las predicciones es la frecuencia con que se equivocan»[893]. De hecho, solo podemos estar seguros de que no podemos estar seguros, así que tenemos que aprender a esperar lo inesperado. Como dijo el sociólogo francés Edgar Morin en una entrevista en 2020: «Vivir es navegar por un mar de incertidumbre»[894].

Se podría decir que el estudio del futuro es necesario para planificar y a la vez imposible, porque lo que está por venir sigue siendo incierto. Hacer un plan para el futuro y aferrarse a él, pase lo que pase, es arrogante y peligroso, aunque es igualmente arrogante y peligroso no prepararse para posibles catástrofes, incluyendo lo que el filósofo Nick Bostrom llama «catástrofes existenciales», las «grandes» que afectarían no solo al presente, sino también al futuro, y destruirían «el potencial de la humanidad a largo plazo»[895]. Por suerte, es posible distinguir entre diferentes grados de incertidumbre. Los encargados de la toma de decisiones que se preocupan por el futuro cercano tienen más probabilidades de hacer predicciones correctas que los futurólogos centrados en eventos más lejanos. No por casualidad la predicción ha sido particularmente común (y controvertida) en dos ámbitos: la política y la economía.

Riesgos políticos

En el estudio de la política hay un debate importante: por un lado, están los académicos que creen que la política es una ciencia en la que las situaciones se repiten y es posible hacer predicciones y, por el otro, están los que afirman que cada evento es único e impredecible[896]. Dos estudios importantes, ambos publicados en la década de 1960, pero aún vigentes, tienen un enfoque intermedio. El primero es de Thomas Schelling, profesor de relaciones internacionales, que se basó en la teoría de juegos para descubrir las mejores estrategias en los conflictos. Schelling argumentó que los conflictos se comportan como los juegos en los que la información sobre los otros jugadores es «imperfecta»; en otras palabras, una situación de ignorancia parcial[897].

El segundo estudio, realizado por el historiador Saul Friedländer, señaló que la previsión es un requisito previo esencial para la acción, y defendió que es difícil, pero también posible. Es difícil porque los encargados de la toma de decisiones en un país ignoran los objetivos de sus homólogos en otro país. Es posible porque la libertad de cada responsable (ya sea un individuo o un grupo pequeño) se ve reducida por los objetivos que se eligen. Esta libertad «se reduce» con cada paso que se da[898]. Friedländer señaló también la importancia de imaginar escenarios. «En la mayoría de los casos, el observador puede ver las diferentes posibilidades que se le presentan al actor que está

observando». El autor describe los intentos de Kennedy y Jruschov de leer las intenciones del otro durante la crisis de los misiles cubanos, y subraya la necesidad de «ver la situación a través de los ojos del actor observado» y ser consciente del «estilo» personal de los encargados de la toma de decisiones, de sus patrones particulares de comportamiento. Se ha dicho que no hacerlo fue uno de los errores básicos de la inteligencia estadounidense en su cálculo de la probabilidad de la existencia de armas de destrucción masiva en el Irak de Saddam Hussein[899].

La identificación de este estilo personal requiere lo que Friedländer llama «intuición»[900]. La intuición también tiene un papel importante en un libro del psicólogo Philip Tetlock, publicado medio siglo después del ensayo de Friedländer[901]. Tetlock dirigió el Good Judgment Project (Proyecto del Buen Juicio), dirigido a identificar a los buenos pronosticadores y analizar sus métodos. Para ello pidió voluntarios —más de veinte mil en total— y organizó torneos en los que cada uno de ellos hizo cientos de pronósticos de eventos futuros: si un ejército extranjero llevaría a cabo operaciones dentro de Siria antes del 1 de diciembre de 2014, por ejemplo, o si habría menos hielo en el mar Ártico el 15 de septiembre de 2014 que en la misma fecha un año antes. El «futuro», en el caso de este proyecto, era más limitado que el de Friedländer, ya que no se extendía más allá de cinco años y generalmente se limitaba a un año.

Gracias a estos torneos, Tetlock pudo identificar a un pequeño grupo de lo que él llama «superpronosticadores», aficionados que, de manera consistente, hicieron predicciones más precisas que los profesionales. Estos aficionados invirtieron mucho tiempo en investigar las preguntas a las que se les pidió que respondieran y fueron actualizando sus estimaciones hasta la fecha límite. Destacaron en «pensamiento probabilístico» y también en intuición, entendida esta en el sentido de «reconocimiento de patrones», y basada en conocimientos aparentemente olvidados, pero que resurgen cuando se necesitan.

Economía

En la economía y en la política ha habido un largo debate sobre la posibilidad y los límites de las predicciones. En un estudio reciente,

dos economistas, John Kay y Mervyn King, confesaban que en su juventud aprendieron a abordar los problemas a través de modelos matemáticos. Por este medio, «el comportamiento se podría predecir evaluando la solución "óptima" a esos problemas». Sin embargo, la experiencia práctica llevó a los autores a poner en duda este enfoque, porque las empresas, los gobiernos y los hogares se enfrentan a «un futuro incierto», saben que no saben lo que va a suceder[902]. Por lo tanto, Kay y King defienden la sustitución de los modelos matemáticos por un enfoque centrado en la incertidumbre en la vida económica.

De manera similar, un siglo antes, el economista estadounidense Frank Knight distinguió ya los riesgos, que eran mensurables, de la incertidumbre, inconmensurable. Knight criticó la presuposición de la «omnisciencia práctica» de los actores económicos y puso el énfasis en el elemento sorpresa[903]. Unos años después de Knight, John Maynard Keynes señaló lo mismo a su manera —memorable—, cuando escribió que «la perspectiva de una guerra europea es incierta, igual que el precio del cobre y la tasa de interés de aquí a veinte años, o la obsolescencia de un nuevo invento. [...] Sobre estos asuntos, no hay base científica para calcular ningún tipo de probabilidad. ¡Sencillamente, no lo sabemos!»[904].

Keynes también escribió sobre la necesidad de «derrotar a las fuerzas oscuras del tiempo y la ignorancia que envuelven nuestro futuro». Un énfasis similar en el tiempo y la ignorancia, así como en las consecuencias no deseadas, aparece en los escritos de ciertos economistas austríacos, desde Joseph Schumpeter a Friedrich von Hayek, que criticaron a los economistas neoclásicos por ignorar el cambio y por asumir que los agentes económicos actúan con conocimiento absoluto, una suposición tan poco realista como la de la competencia perfecta[905].

Otra contribución al estudio de la incertidumbre vino del economista británico George Shackle. Según el analista de riesgos Nassim Taleb, Shackle es un «gran pensador subestimado», a lo que añadió que «es raro ver mencionar el trabajo de Shackle, y tuve que comprar sus libros en tiendas de segunda mano en Londres»[906]. Estos libros subrayaron lo que el autor llamó «inconocimiento», y discutieron cómo tratarlo.

Futurología

Mientras que los pronosticadores se suelen centrar en los siguientes uno o dos años, cinco como mucho, los futurólogos o futuristas se ocupan del largo plazo, veinte o treinta años, o más. La futurología requiere, entre otras cualidades, una gran imaginación, por lo que no es de extrañar encontrar novelistas dedicados a esto, como Julio Verne en Francia y H. G. Wells en Gran Bretaña, cuya novela *Esquema de los tiempos futuros* (1933) describió los acontecimientos hasta el año 2106[907].

Algunos escritores de ficción han hecho predicciones excelentes. Verne imaginó el alunizaje y el submarino, mientras que Wells, que había estudiado biología, imaginó la ingeniería genética. Unos años antes de la Primera Guerra Mundial, Wells predijo el uso de tanques (que llamó «acorazados terrestres»), así como la «guerra en el aire». Más recientemente, Arthur C. Clarke, más conocido por su colaboración con Stanley Kubrick en *2001: Una odisea en el espacio* (1968), predijo la banca y las compras en línea.

Wells también escribió no ficción, como una serie de artículos en el *Fortnightly Review* en 1901, que más adelante se recopilarían en un libro titulado *Anticipations of the Reactions of Mechanical and Scientific Progress upon Human Life and Thought (Anticipaciones de la reacción del progreso mecánico y científico sobre la vida y el pensamiento del hombre)*. Su libro fue una de las primeras contribuciones a la futurología (en alemán, *Futurologie*), término acuñado por el abogado Ossip Flechtheim en 1943. Otra contribución la aportó el sociólogo estadounidense William Ogburn, miembro del comité de investigación sobre las tendencias sociales recientes que creó el presidente Hoover. Cuando el *New York Times* le pidió en 1931 sus predicciones para el año 2011, Ogburn sugirió que el gobierno tendría más impacto en la vida de las personas y que la situación de las mujeres sería más parecida a la de los hombres.

Las predicciones a largo plazo se hicieron más comunes a partir de finales de la década de 1950. Estas predicciones, igual que la ciencia ficción, ayudaron a la gente de a pie a imaginar escenarios futuros alternativos[908]. Tres franceses hicieron importantes contribuciones a este pujante campo: Gaston Berger, interesado tanto en la filosofía como en la gestión, que acuñó el término «prospectivo» (el opuesto a «retrospectivo») y fundó un centro para su estudio en 1957; Bertrand de Jouvenel, filósofo político que editó una colección de ensayos titulada *Futuribles* (combinando la idea de futuros posibles en una sola

palabra); y el tercer francés, el economista Jean Fourastié, que basó sus cálculos de tendencias futuras en el estudio de los siglos pasados, en lugar de en las últimas décadas[909].

En la década de 1960, la futurología se había convertido ya en una empresa internacional. En 1967, Herman Kahn, que trabajaba para la American Research and Development Corporation (conocida como RAND), publicó un libro sobre *El año 2000*, subtitulado «Un marco para la especulación sobre los próximos treinta y tres años»[910]. Este fue también el momento del lanzamiento de la revista *Futures* (1968) y la fundación de la World Future Society (Sociedad Mundial del Futuro, 1966), el Club de Roma (1968) y el Instituto de Copenhague para los Estudios del Futuro (1969).

A partir de este momento nos resultará útil distinguir entre cuatro grupos principales relacionados con el estudio del futuro. Un grupo se ha asociado tradicionalmente con el gobierno, sobre todo, pero no exclusivamente, con la comunidad de inteligencia. A principios de los años 1970, por ejemplo, el gobierno sueco financió una Secretaría de Estudios de Futuros. En la década de 1990, la comunidad de inteligencia estadounidense comenzó a estudiar las tendencias globales a veinte años vista. La investigación para el volumen sobre el año 2025 comenzó en 2004, y el libro se publicó en 2008[911].

Un segundo grupo se ha ocupado sobre todo de la tecnología del futuro y las consecuencias sociales de su uso. Este grupo contó con el sociólogo Daniel Bell, que predijo el auge de la «sociedad posindustrial» y el impacto de los ordenadores en la vida cotidiana[912], así como con varios inventores interesados tanto en imaginar como en dar forma al futuro. El ingeniero Dennis Gabor, por ejemplo, afirmó que «el futuro no se puede predecir», pero «los futuros se pueden inventar». En este segundo grupo, la figura más notable fue sin duda el polímata Buckminster Fuller, más conocido como «Bucky». Entre muchas otras cosas, Fuller fue el diseñador de una casa de producción masiva; de un automóvil que se suponía que viajaría por tierra, mar y aire; y de «cúpulas geodésicas» que podrían erigirse en espacios de diferentes tamaños, desde un invernadero hasta una ciudad[913]. Estas cúpulas, ligeras y resistentes, están llamando de nuevo la atención hoy en día como posible medio para que los habitantes de las ciudades hagan frente al cambio climático.

Un tercer grupo de futurólogos proviene del mundo de los negocios y se centra en la estrategia corporativa. En este grupo se encuentran el

consultor de gestión Peter Drucker, que dijo en cierta ocasión que «la mejor manera de predecir el futuro es crearlo»; Peter Schwartz, fundador de Global Business Network; y Peter Fisk, fundador de GeniusWorks.

Un cuarto grupo, menos optimista que el segundo y el tercero, se ha ocupado de los límites del crecimiento económico y del futuro del medio ambiente. En él destacan miembros del Club de Roma como Donella y Dennis Meadows, y Jørgen Randers. Este último, un analista de sistemas noruego, publicó en 2013 su «pronóstico global» para el año 2052.

Los reclutas más recientes para los estudios del futuro provienen del mundo de la filosofía, y entre ellos se cuenta Nick Bostrom y Toby Ord, que trabajan en Oxford en el Future of Humanity Institute (Instituto Futuro de la Humanidad), fundado en 2005 y centrado en el «riesgo existencial», es decir, el riesgo de extinción humana o al menos de una reducción drástica en su potencial. Bostrom y Ord se encuentran entre los analistas que tratan de convertir la futurología especulativa en un pronóstico cauteloso. La brecha entre la previsión a corto plazo y la futurología a largo plazo está disminuyendo, ya que los estudiantes del futuro se centran en el mediano plazo, es decir, en las próximas décadas, o los próximos cien años como máximo.

Ord, por ejemplo, se centra en los riesgos «naturales», como un meteorito que se estrelle contra la tierra o una erupción «supervolcánica», pero sobre todo en cinco amenazas principales: las armas nucleares, el cambio climático, los daños ambientales, las pandemias (ya sean naturales o «diseñadas») y lo que el autor describe como la «inteligencia artificial no alineada», una inteligencia artificial que pase a dominar la humanidad. Shane Legg, el fundador de DeepMind, una compañía que construye sistemas de IA, ha dicho que es «el principal riesgo para este siglo»[914].

Los métodos utilizados en estos «estudios del futuro» son tan diversos como los grupos que los llevan a cabo[915]. Bertrand de Jouvenel escribió sobre «el arte de la conjetura», mientras que Herman Kahn describió su relato del año 2000 como «especulación». La base del edificio de la conjetura solía ser el análisis de las estadísticas, extrapolando las tendencias del pasado reciente a las tendencias del futuro. Pero, desde la década de 1970, ha ido en aumento el uso de la simulación por ordenador. El Club de Roma, por ejemplo, empleó modelos informáticos de lo que denominaron «Mundo 3», una

actualización del modelo «Mundo 2» del ingeniero informático Jay Forrester para calcular los efectos de futuras interacciones entre población, industria y medio ambiente, y calcular así los límites del crecimiento económico. La humanidad sigue navegando por un mar de incertidumbre, pero, al menos ahora, en lo que respecta a nuestro medio ambiente, contamos con el equivalente de un astrolabio.

Las amenazas contra el medio ambiente pueden calcularse con cierto grado de probabilidad, pero no es el caso de las amenazas que resultan de la acción del ser humano. A diferencia de Andrei Amalrik, un disidente ruso que escribió veinte años antes de que ocurriera, los estudiosos de la Unión Soviética no pudieron en general predecir su desintegración en 1990. Amalrik había vaticinado una crisis en el sistema soviético, extrapolando a partir del surgimiento de la «oposición cultural», el «descontento pasivo» y las «tendencias nacionalistas de los pueblos no rusos de la Unión Soviética». Sugirió escenarios alternativos, entre ellos la guerra con China, y citó paralelismos con las condiciones que llevaron a las revoluciones de 1905 y 1917[916].

El futurólogo Herman Kahn apostó en 1970 por el auge de la economía japonesa, y afirmó que, para el año 2000, sería igual o superior a la de los Estados Unidos. No imaginó el posible ascenso de China[917]. Los economistas no supieron predecir la caída de la bolsa de 1929, ni tampoco predijeron la «terrible» —como la calificó la reina— crisis bancaria de 2008.

El problema de la extrapolación a partir de las tendencias actuales es que algunas veces estas tendencias se invierten sin previo aviso, como los precios de las acciones en el mercado de valores o, por tomar el ejemplo memorable de Nassim Taleb, la expectativa de futuras comidas por parte de los pavos que son alimentados justo antes de Acción de Gracias[918]. Si leemos las predicciones de los futurólogos décadas después de que se hagan, los fracasos saltan a la vista. Escribir sobre riesgos es en sí un asunto arriesgado. En el próximo capítulo veremos si estos riesgos se pueden reducir hasta cierto punto mediante el estudio del pasado.

867 Robert Merton, «The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action», *American Sociological Review* 1 (1936), 894-904; Raymond Boudon, *Effets pervers et ordre social* (París, 1977); Albert Hirschman, *The Rhetoric of Reaction: Perversity, Futility, Jeopardy* (Cambridge MA, 1991); Matthias Gross, «Sociologists of the Unexpected: Edward A. Ross and Georg Simmel on the Unintended Consequences of Modernity», *American Sociologist* 34 (2003), 40-58.

868 Alexis de Tocqueville, *The Ancien Régime and the French Revolution* (1856: traducción al inglés, Cambridge, 2011), 157 [ed. cast. *El Antiguo Régimen y la revolución*. Traducido por Antonio Hermosa Andújar. Madrid: Istmo, 2004].

869 Georges Minois, *Histoire de l'Avenir* (París, 1996); Martin van Creveld, *Seeing into the Future: A Short History of Prediction* (Londres, 2020).

870 José M. González García, *La Diosa Fortuna: Metamorphosis de una metáfora política* (Madrid: Antonio Machado, 2006).

871 Arndt Brendecke y Peter Vogt (eds.), *The End of Fortuna and the Rise of Modernity* (Berlín, 2017), 6; Ian Hacking, *The Taming of Chance* (Cambridge, 1990).

872 José M. González García, «El regreso de la diosa de Fortuna en la "sociedad del riesgo"», *Contrastes* 2 (1997), 129-43, análisis del tema de Ulrich Beck.

873 Peter L. Bernstein, *Against the Gods: The Remarkable Story of Risk* (Nueva York, 1998), 197 [ed. cast. *Contra los dioses: la extraordinaria historia del riesgo*. Traducido por Nuria Durán Romero. Barcelona: Profit, 2020]. Cf. Ulrich Beck, *Risk Society: Towards a New Modernity* (1986: traducción al inglés, Londres, 1992) [ed. cast. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Traducido por Jorge Navarro Pérez. Barcelona: Paidós Ibérica, 1998]; Stefan Böschen, Michael Schneider y Anton Lerf (eds.), *Handeln trotz Nichtwissen: Vom Umgang mit Chaos und Risiko in Politik, Industrie und Wissenschaft* (Frankfurt, 2004); Bostrom, «Existential Risks».

874 Alberto y Branislava Tenenti, *Il prezzo del rischio: l'assicurazione mediterranea vista da Ragusa, 1563-1591* (Roma, 1985); Adrian Leonard (ed.), *Marine Insurance*: *Origins and Institutions, 1300-1850* (Basingstoke, 2016); Karin Lurvink, «The Insurance of Mass Murder: The Development of Slave Life Insurance Policies of Dutch Private Slave Ships, 1720-1780» (2019), doi:10.1017/eso.2019.33.

875 Peter Koch, *Pioniere der Versicherungsgedanken, 1550-1850* (Wiesbaden, 1968); Robin Pearson, *Insuring the Industrial Revolution: Fire Insurance in Great Britain, 1700-1850* (Aldershot, 2004).

876 Ian Hacking, *The Emergence of Probability* (Cambridge, 1975), 114-21 [ed. cast. *El surgimiento de la probabilidad: un estudio filosófico de las ideas tempranas acerca de la probabilidad, la inducción y la inferencia.* Traducido por José A. Álvarez. Barcelona: GEDISA, 1995]; Lorraine Daston, *Classical Probability in the Enlightenment* (Princeton NJ, 1988), 27.

877 Geoffrey Clark, *Betting on Lives: The Culture of Life Insurance in England, 1695-1775* (Manchester, 1999), 7, 49-53.

878 Hacking, *Emergence of Probability; Hacking, The Taming of Chance* (Cambridge, 1990) [ed. cast. *La domesticación del azar: la erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos.* Traducido por Alberto Luis Bixio. Barcelona: GEDISA, 2012]; Daston, *Classical Probability.*

879 Clark, *Betting on Lives*; Timothy Alborn y Sharon Ann Murphy (eds.), *Anglo-American Life Insurance, 1800-1914*, 3 volúmenes (Londres, 2013).

880 Holger Hoffman-Riem y Brian Wynne, «In Risk Assessment One Has to Admit Ignorance», *Nature* 416, 14 de marzo de 2002, 123.

881 Nassim N. Taleb, *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable* (2008: edición revisada, Londres, 2010); John Kay y Mervyn King, *Radical Uncertainty: Decision-making for an Unknowable Future* (Londres, 2020). Kay y King se inspiraron en Frank Knight, cuyo libro *Risk, Uncertainty and Profit,* se publicó en 1921.

882 Beck, *Risk Society*, 21.

883 *Ibid.,* 22; González Garcia, «El regreso».

884 Mary Douglas y Aaron Wildavsky, *Risk and Culture: An Essay on the Selection of Technical and Environmental Dangers* (Berkeley CA, 1982), 6-7, 9.

885 Julius Ruff, *Violence in Early Modern Europe* (Cambridge, 2001).

886 Ulrich Beck, *World at Risk* (1999: traducción al inglés, Cambridge, 2009), 132 [ed. cast. *La sociedad del riesgo global*. Traducido por Jésus Alborés Rey. Madrid: Siglo XXI, 2006]. Richard Ericson y Aaron Doyle señalaron la adaptabilidad de la industria de los seguros a los nuevos riesgos en «Catastrophe Risk, Insurance and Terrorism», *Economy and Society* 33 (2004), 135-73.

887 Beck, *World at Risk*, 10-11, 115, 119. Cf. Böschen, Schneider y Lerf, *Handeln trotz Nichtwissen*.

888 Jamie Petriuska, *Looking Forward: Prediction and Uncertainty in Modern America* (Chicago IL, 2017); Fabien Locher, *Le savant et la tempête: étudier l'atmosphère et prévoir le temps au xixe siècle* (París, 2008).

889 Rolf Schwendter, *Zur Geschichte der Zukunft: Zukunftsforschung und Sozialismus* (Frankfurt, 1982); Lucian Hölscher, *Die Entdeckung der Zukunft* (Frankfurt, 1999), 122-6; Hölscher (ed.), *Die Zukunft des 20. Jahrhunderts* (Frankfurt, 2017).

890 Thomas Fingar, *Reducing Uncertainty: Intelligence Analysis and National Security* (Stanford CA, 2011), 1.

891 Robert Jungk, *Tomorrow is Already Here* (1952: traducción al inglés, Londres, 1954) [ed. cast. *El futuro ha comenzado*. Madrid: Editora Nacional, 1955]. Jungk lamentaría más tarde las tendencias que había predicho.

892 Taleb, *The Black Swan.*

893 Firestein, *Ignorance*, 48.

894 Edgar Morin, «Vivre, c'est naviguer dans un mer d'incertitude», *Le Monde*, 6 de abril de 2020.

895 Ord, *The Precipice*, 37.

896 Philip E. Tetlock, *Expert Political Judgement: How Good is It?* (Princeton NJ, 2005).

897 Thomas C. Schelling, *The Strategy of Conflict* (Cambridge MA, 1960) [ed. cast. *La estrategia del conflicto*. Traducido por Adolfo Martín. Madrid: Editorial Tecnos, 1964].

898 Saul Friedländer, «Forecasting in International Relations», en Bertrand de Jouvenel (ed.), *Futuribles*, 2 (Ginebra, 1965), 1-111, en 2, 54. Cf., *Perception and Misperception in International Politics* (Princeton NJ, 1976), 205.

899 Fingar, *Reducing Uncertainty*, 95-106.

900 Friedländer, «Forecasting», 10-11, 21-3, 28, 41, 101.

901 Philip E. Tetlock con Dan Gardner, *Super-forecasting: The Art and Science of Prediction* (Nueva York, 2015) [ed. cast. *Superpronosticadores: el arte y la ciencia de la predicción*. Traducido por Santiago Foz. Madrid: Katz Editores/Katz Barpal, 2017].

902 Kay y King, *Radical Uncertainty*, xiv-xv.

903 Frank Knight, *Risk, Uncertainty and Profit* (Nueva York, 1921). Cf. Kay y King, *Radical Uncertainty*, 15, 72-4.

904 John Maynard Keynes, «The General Theory», *Quarterly Journal of Economics* 51 (1937), 209-33.

905 John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (Londres, 1936) [ed. cast. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Traducido por Eduardo Hornado. Barcelona: RBA, 2004], citado en Gerald P. O'Driscoll Jr y Mario J. Rizzo, *The Economics of Time and Ignorance* (1985: 2.ª ed., Londres, 1996), 1.

906 George Shackle, *Expectation in Economics* (Cambridge, 1949). Cf. J. L. Ford, «Shackle's Theory of Decision-Making under Uncertainty», en Stephen Frowen (ed.), *Unknowledge and Choice in Economics* (Basingstoke, 1990), 20-45, y Taleb, *The Black Swan*. Cf. Jerome Ravetz, «Economics as an Elite Folk Science: The Suppression of Uncertainty», *Journal of Post-Keynsian Economics* 17 (1994-5), 165-84, sobre todo 172 y siguientes.

907 Sarah Cole, *Inventing Tomorrow: H. G. Wells and the Twentieth Century* (Nueva York, 2019).

908 Brian J. Loasby, «The Use of Scenarios in Business Planning», en Frowen, *Unknowledge*, 46-63.

909 Jouvenel, *Futuribles; Jean Fourastié, Prévision, futurologie, prospective* (París, 1974).

910 Elke Seefried, *Zukünfte: Aufstieg und Krise der Zukunftsforschung 1945-1980* (Berlín, 2015).

911 Björn Wittrock, «Sweden's Secretariat», *Futures* 9 (1977), 351-7; Fingar, *Reducing Uncertainty*, 54-8.

912 Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting* (Nueva York, 1973) [ed. cast. *El advenimiento de la sociedad post-industrial.* Traducido por Raúl García y Eugenio Gallego. Madrid: Alianza Editorial, 1991].

913 Dennis Gabor, *Inventing the Future* (Londres, 1963); Jonathan Keats, *You Belong to the Universe: Buckminster Fuller and the Future* (Nueva York, 2016).

914 Bostrom, «Existential Risks»; Legg citado en Ord, *The Precipice*, 367.

915 Brita Schwarz, Uno Svedin y Björn Wittrock, *Methods in Futures Studies* (Boulder CO, 1982).

916 Andrei Amalrik, *Will the Soviet Union Survive Until 1984?* (Nueva York, 1970).

917 Herman Kahn, *The Emerging Japanese Superstate* (Englewood Cliffs NJ, 1970).

918 «How to Learn from the Turkey», en Taleb, *The Black Swan*, 40-42.

15
LA IGNORANCIA DEL PASADO

> Los idiotas dicen que aprenden de la experiencia.
> Yo prefiero aprender de la experiencia ajena.
>
> ATRIBUIDO A BISMARCK

Este capítulo se va a centrar en la ignorancia del pasado por parte de tres grupos diferentes. En primer lugar, están los historiadores, que nunca saben tanto como ellos quisieran sobre el pasado, y a menudo saben menos de lo que creen. En segundo lugar, la gente de a pie, cuya ignorancia, al igual que la ignorancia de los votantes, ha sido objeto de algunos estudios recientes. En tercer lugar, el grupo más importante, la ignorancia de los que toman las decisiones, que demasiadas veces no aprenden de sus predecesores: ignoran el pasado y, por tanto, vuelven a cometer los mismos errores.

Escepticismo histórico

Ernst Gombrich, quien, como muchos intelectuales vieneses, siempre tenía a punto una frase aguda e ingeniosa, solía decir a sus estudiantes que «la historia es como un queso suizo: está llena de agujeros»[919]. En el mapa del pasado, hay muchos espacios en blanco. Apenas tenemos fuentes, o carecemos de ellas por completo, sobre la historia de muchas partes del mundo en muchas épocas. La conciencia de este problema, junto con el redescubrimiento del filósofo Sexto Empírico (del que hablamos en el capítulo 2), fue la base del escepticismo histórico o del «pirronismo» en Europa entre los siglos XVI y el XVIII, una campaña para revelar la ignorancia sobre el pasado en general y sobre la historia del mundo antiguo en particular.

En 1528, Antonio de Guevara, famoso predicador y moralista español, publicó una biografía semificticia del emperador Marco Aurelio. Cuando lo criticaron por inventar detalles históricos, Guevara se defendió afirmando que, en lo que respecta a las historias seculares

y paganas, «no tenemos certeza de que algunos historiadores digan la verdad más que otros»[920]. Más adelante, Sir Philip Sidney defendió la poesía contra aquellos que la criticaban lanzando un ataque contra la historia, y se burló de los historiadores «doblados bajo el peso de viejos registros roídos por los ratones», pero «que en su mayor parte se invisten de autoridad con los magníficos fundamentos de los rumores»[921].

A mediados del siglo XVII se produjo un momento en el que la posibilidad, los límites y los fundamentos del conocimiento histórico se convirtieron en tema de debate encendido, sobre todo —pero no exclusivamente— en Francia. En su *Discurso del método* (1637), René Descartes defendió que las obras de los historiadores eran inútiles o incluso peligrosas. Las comparó con los romances de caballería, tan de moda por aquel entonces, ya que omitían circunstancias en apariencia triviales (*les plus basses et moins illustres circonstances,* «las circunstancias más bajas y menos ilustres») y animaban a los lectores «a caer en las extravagancias de los paladines de nuestros romances», haciendo planes que no podían llevar a cabo[922].

El filósofo François La Mothe Le Vayer discutió con más detalle el problema de la «incertidumbre de la historia» en un controvertido estudio, *Du peu de certitude qu'il y a dans l'histoire* (1668). El debate sobre el tema se encendió todavía más una generación más tarde, en la era del escéptico Pierre Bayle, y siguió hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando Voltaire publicó un ensayo sobre *Le Pyrrhonisme de l'Histoire* (1768)[923]. Los «pirrónicos», como se los conocía en ese momento, presentaron dos argumentos principales: el argumento del sesgo y el argumento de la falta de pruebas.

Lo que los historiadores todavía llaman «sesgo» nos lleva de vuelta al problema de los puntos de vista, expuesto, como hemos visto, por el sociólogo Karl Mannheim en la década de 1920, y por las feministas en la década de 1980, pero que se remonta al menos al siglo XVII. Como planteó La Mothe Le Vayer, ¿cómo veríamos hoy en día las guerras púnicas si solo tuviéramos acceso al relato desde el punto de vista cartaginés? ¿Qué nos parecería la guerra de las Galias si nos hubieran llegado las memorias de Vercingétorix y no las de César?[924]

Bayle, por su parte, comparó el trabajo de los historiadores con el de los cocineros. «La historia se trata como la comida en la cocina: [...] cada nación, cada religión, cada secta toma los mismos hechos crudos [...] y los condimenta a su gusto» *(l'on accommode l'Histoire à*

peu près comme les viands dans une Cuisine [...] chaque nation, chaque Religion, chaque Secte prend les mêmes faits tout cruds [...] et les assaisonne selon son goût). Por lo tanto, o eso dijo Bayle, rara vez leía a los historiadores para aprender lo que había sucedido en el pasado, sino solo para descubrir «lo que se dice en cada nación y en cada bando». Lo que le interesaba de un historiador en particular era precisamente su prejuicio[925].

Voltaire, cuando discutió el problema del sesgo en su ensayo sobre el pirronismo histórico en 1769, no dijo nada nuevo, sino que se limitó a resumir más de un siglo de debate. Incluso utilizó el ejemplo de La Mothe de la influencia de las memorias de César en la visión que ha tenido la posteridad sobre las guerras púnicas. «Para juzgar con justicia, sería necesario tener acceso a los archivos de la familia de Aníbal». Y, siendo como era Voltaire, no pudo contenerse y declaró que también le habría gustado ver las memorias de Caifás y las de Poncio Pilatos[926].

El segundo argumento importante que utilizaron los escépticos fue el de la falta de pruebas de muchos acontecimientos del pasado, junto con la afirmación de que algunas fuentes antes consideradas fiables no lo eran, e incluso podían ser falsas. El jesuita francés Jean Hardouin llegó a afirmar que la mayoría de los textos clásicos eran falsificaciones. Hoy diríamos que Hardouin era un conspiranoico, ya que creía que existía un complot para falsificar textos. Puede que no estuviera muy equilibrado, pero solo se trata de un ejemplo extremo de una tendencia general: combinó las dudas ya expresadas sobre muchos de estos documentos y añadió unas cuantas de su propia cosecha[927].

El caso de Hardouin demuestra que estos problemas específicos pueden tener un efecto acumulativo. No es de extrañar que el adjetivo «crítico» se pusiera de moda en los títulos de los libros de finales del siglo XVII. Una parte creciente de la historia aceptada como verdadera (la fundación de la antigua Roma por Rómulo, por ejemplo, o las vidas de ciertos santos, o la fundación de la monarquía francesa por parte de Faramundo), se puso en tela de juicio o se descartó como invención, como mito.

Un ejemplo importante de la nueva crítica histórica fue *Dissertation sur l'incertitude des cinq prèmiers siècles de l'histoire romaine* (*Estudio sobre la incertidumbre en los cinco primeros siglos de la historia romana*, 1738), obra del erudito hugonote Louis de Beaufort. Aquí volvemos al

problema del queso suizo, combinado con el de la falta de fiabilidad de las fuentes que nos han llegado sobre la historia del pasado remoto, en este caso el historiador Tito Livio, que escribió en el momento del nacimiento de Cristo sobre los acontecimientos que habían tenido lugar —si es que tuvieron lugar— unos setecientos años antes[928]. Los historiadores tuvieron que reconocer que sabían menos de lo que habían presumido sobre los siglos anteriores, que sus fuentes eran menos fiables de lo que habían supuesto y que, en el mejor de los casos, sus afirmaciones carecían de la certeza que se requiere a las matemáticas[929].

La ignorancia del pasado ha sido enfatizada una vez más en la era «posmoderna», cuando la historiografía —ya que no la historia— pareció repetirse. Llegó una segunda crisis de conciencia histórica en la que, curiosamente, tres filósofos franceses volvieron a tener un papel protagonista.

El trío formado por Descartes, La Mothe y Bayle dejó paso al de Michel Foucault, Jacques Derrida y Jean-François Lyotard. Las dudas sobre la existencia de César se vieron reemplazadas por las dudas sobre la realidad del Holocausto, y todo el pasado pasó a definirse como una «construcción» cultural. En aparente ignorancia del paralelismo, los participantes en el debate de los años 1990 siguieron los pasos de sus predecesores en los años 1690[930].

Ignorancia selectiva

Más importante a largo plazo que la duda radical fue el descubrimiento de la «ignorancia selectiva» que ya mencionamos en el capítulo 1, sobre todo la comprensión de que la historia la han escrito casi siempre las élites, sobre las élites y para las élites. La historia romana la escribieron senadores para que la leyeran senadores; la historia china, mandarines para mandarines; y la historia europea medieval, al menos por un tiempo, monjes para monjes. La historia de las otras clases se ha rechazado como irrelevante, por lo general de manera implícita, pero a veces con todas las letras; se consideró una afrenta a la «dignidad de la historia», expresión clásica que se siguió utilizando hasta principios del siglo XX.

En la década de 1820, cuando el gran escritor ruso Aleksandr Pushkin estaba estudiando la historia de la revuelta campesina

dirigida por Yemelyán Pugachov, el zar Nicolás I le dijo: «un hombre así no tiene historia». En la década de 1950, cuando un historiador británico escribió su tesis sobre un movimiento popular que formó parte de la Revolución francesa, el examinador, nada menos que Lewis Namier, le preguntó: «¿Por qué pierdes el tiempo con esos rufianes?»[931].

En la investigación histórica que se realizó en el siglo XX vemos toda una serie de casos de elección. A principios de siglo, la investigación se centró en los acontecimientos políticos vistos desde arriba, desde la perspectiva de los líderes. Los historiadores económicos rechazaron este tipo de historia por superficial, y se centraron en estructuras y tendencias en lugar de eventos o individuos. En la generación siguiente, los historiadores sociales rechazaron la historia económica, que consideraron reduccionista. En la década 1960, la historia «desde abajo», escrita por Edward Thompson y Eric Hobsbawm (que optaron literalmente por perder el tiempo con los rufianes) se centró en la gente común, los gobernados en lugar de los gobernantes, eligiendo su punto de vista y narrando sus vidas y sufrimientos. La historia desde abajo comenzó con los hombres de la clase obrera, pero pronto llegó a incluir también la historia de las mujeres[932].

Como hemos visto en capítulos anteriores, este nuevo conocimiento ha llevado a una creciente conciencia de la ignorancia pasada: ignorancia sobre la historia de la clase obrera, los campesinos, las mujeres y, aún más recientemente, el medio ambiente.

La ignorancia del público

Al igual que la ignorancia de la política, la ignorancia de la historia se ha convertido en objeto de estudio. En 2015, por ejemplo, una encuesta realizada a una muestra de británicos mostró que «tres de cada cuatro tienen poco o ningún conocimiento sobre la batalla de Waterloo. Los jóvenes creen que Waterloo es una canción de Abba; las personas mayores, que es una estación de tren, [...] muchos nombran a Francis Drake o Winston Churchill en lugar de al duque de Wellington como arquitectos de la victoria, y no pocos creen que los franceses ganaron»[933].

En Estados Unidos, las Gallup Youth Surveys, encuestas que

recaban las opiniones, creencias y actividades de los estudiantes estadounidenses en la educación secundaria, mostraron entre 1977 y 2000 que «el conocimiento de la historia del mundo ha ido en descenso», y cada vez menos encuestados eran capaces de asociar a Hitler con Alemania, Napoleón con Francia o Churchill con Inglaterra. Otra encuesta del año 2000, en esta ocasión centrada en la historia de Estados Unidos, descubrió que solo el 42 por ciento de los encuestados sabían que 1492 fue el año en que Colón descubrió América, mientras que el 56 por ciento no sabía la fecha de la independencia del país[934].

Tal vez la situación esté empeorando, pero el problema no es nuevo. Una encuesta de Gallup de 1996 mostró que menos del 25 por ciento de los jóvenes británicos entre dieciséis y veinticuatro años sabían que la catedral de San Pablo la diseñó Christopher Wren, y solo el 10 por ciento sabía qué rey inglés firmó la Carta Magna. Un libro titulado *1066 and All That (1066 y todo eso)*, publicado por primera vez en 1930 y ya un clásico, es, entre otras cosas, un relato hilarante de «toda la historia que se puede recordar», en otras palabras, errores sobre el pasado basados en la experiencia de uno de los autores, Walter Sellar, que trabajó casi toda su vida laboral enseñando historia en las escuelas inglesas.

Si los alumnos ignoran tan a menudo el pasado, no siempre es porque faltaran a clase o estuvieran dormidos. Tal vez la culpa la tengan sus libros de texto. Un estudio de doce libros de texto de historia estadounidense utilizados en las escuelas se podría llamar *1492 y todo eso,* aunque en realidad lleva un título aún más pegadizo, *Lies My Teacher Told Me (Mentiras que me contó mi maestro)*. De hecho, los pecados cometidos por los autores de estos textos no son tanto mentiras como inexactitudes y, sobre todo, pecados de omisión, como no mencionar que Colón no fue el primero en explorar el Nuevo Mundo, ya que «gente de otros continentes había llegado a las Américas muchas veces antes de 1492». Y de nuevo, «aunque los libros de texto ahora muestran el horror de la esclavitud y su impacto en la América negra, guardan silencio sobre el impacto de la esclavitud en la América blanca, el norte y el sur»[935].

La ignorancia de la historia por parte de los votantes, una especie de amnesia colectiva, a veces tiene consecuencias graves. Tomemos el caso de España en el momento de escribir estas líneas (2021). El retorno a la democracia después de la muerte de Franco contó con el apoyo del recuerdo de la Guerra Civil, cuando la izquierda fue

derrotada en buena medida porque estaba dividida. Los recuerdos de esa derrota animaron a diferentes partidos a trabajar juntos en la década de 1970. Ahora que prácticamente nadie recuerda la Guerra Civil, la democracia española parece cada vez más frágil.

La ignorancia de los responsables de la toma de decisiones

Los amigos, familiares y estudiantes de los historiadores les preguntan a menudo de qué sirve la historia. Y en realidad es más fácil responder si se invierte la pregunta: ¿cuáles son los peligros de ignorar la historia? Los inversores con conocimiento de la historia tienen más posibilidades de evitar pérdidas en el mercado de valores. Los auges y las caídas se repiten, a menudo por las mismas razones, entre ellas la oferta temeraria de crédito y las promesas de manipuladores del mercado sin escrúpulos. Los inversores en el mercado de acciones de las puntocom en la década de 1990 habrían hecho bien en leer acerca de burbujas anteriores, incluyendo dos que se analizaron en el capítulo 10, la burbuja de los Mares del Sur en Gran Bretaña en 1720 y la que precedió a la caída de la bolsa de Nueva York en 1929. El célebre economista estadounidense John Kenneth Galbraith estudió esta última porque «como protección contra la ilusión financiera o la locura, la memoria es mucho más útil que la ley». Su expresión sobre una «memoria inmunizante» ya es de por sí memorable. Galbraith también sugirió que, aun tras la muerte de todos los que han experimentado un desastre, la historia puede reemplazar a la memoria[936].

La historia no se repite, pero algunos tipos de situación, sí, con lo que ciertos escenarios futuros resultan más probables que otros. En varias ocasiones, las decisiones tomadas por estadistas y generales ignorantes de experiencias pasadas han tenido consecuencias desafortunadas, cuando no desastrosas. Tomemos el caso de las hambrunas de Bengala de 1770 y 1943. La periodista Kali Charan Ghosh dijo sobre las respuestas oficiales a ambos desastres que «todos los pecados de acción y omisión [...] se repitieron en cada detalle»[937].

Como vimos en el capítulo 9, las consecuencias de la ignorancia son más evidentes que nunca en la historia de la guerra. A menudo se critica a los comandantes por intentar volver a librar la última guerra y no tener en cuenta las diferencias entre el pasado y el presente. Sin

embargo, algunos de ellos cometen errores por la razón opuesta: ignorar las lecciones del pasado.

Tomemos, por ejemplo, el caso de dos grandes invasiones de Rusia, la de Napoleón y su ejército en 1812 y la que ordenó Hitler en 1941. Hay grandes diferencias entre las dos invasiones, claro está. Napoleón dirigió su ejército en persona, mientras que Hitler lo dirigió desde una posición bien segura en la retaguardia. El ejército de Napoleón marchó a pie o a caballo, y con una larga caravana de seguidores del campamento y equipaje, mientras que algunos de los invasores alemanes avanzaron a buena velocidad en sus tanques (aunque los caballos seguían siendo indispensables).

Algunos participantes en la segunda invasión eran muy conscientes de las similitudes entre los problemas que experimentaron y los de los franceses en 1812. Hitler no permitió que sus generales avanzaran sobre Moscú en lo que fue en parte un intento supersticioso por no seguir los pasos de Napoleón. Algunos oficiales del ejército invasor, entre ellos el mariscal de campo Günther von Kluge, comandante del Grupo de Ejércitos Centro, leyeron las memorias del general Armand de Caulaincourt, que había acompañado a Napoleón en 1812. El general Erich Hoepner no fue el único que vio que «nuestra situación tiene similitudes desesperadas con la de Napoleón en 1812»[938].

En ambos casos, la catástrofe para los invasores no se debió tanto a los ejércitos defensores como a las constantes geográficas y meteorológicas, dos en particular. Una, el vasto tamaño del país en el que los invasores estaban inevitablemente dispersos, como si el paisaje los hubiera engullido. Un oficial alemán que había leído las memorias de Caulaincourt dejó constancia de los «malos presentimientos que me provoca el enorme espacio de Rusia». Otro declaró que «la inmensidad de Rusia nos devora». Un tercero llamó a la estepa rusa «un océano capaz de ahogar al invasor»[939]. Como escribió en su momento Carl von Clausewitz: «La campaña rusa de 1812 demostró [...] que no es posible conquistar un país de tal tamaño»[940].

La segunda constante fue el clima. La mayor amenaza para los ejércitos francés y alemán era lo que los rusos llamaban «el general Invierno». Es cierto que Napoleón ya había perdido más de la mitad de sus tropas antes de la retirada, pero el clima sin duda se sumó a sus dificultades[941]. El ejército francés se componía de casi 700.000 hombres cuando invadió Rusia. En ese momento era verano, y el calor les afectó. Sin embargo, para cuando Napoleón finalmente ordenó la

retirada de Moscú, era ya 20 de octubre. El emperador sabía que normalmente no hacía mucho frío hasta diciembre, así que pensó que tenía tiempo de sobra. «Lo que no tuvo en cuenta, al igual que muchos que no conocen esos climas, fue lo repentinos y brutales que pueden ser los cambios de temperatura, y que esa temperatura es solo un factor, que junto con el viento, el agua y el terreno, convierten a la naturaleza en un oponente muy poderoso»[942]. Por cierto, Caulaincourt, que ya estaba familiarizado con Rusia por sus tiempos como diplomático, había intentado disuadir a Napoleón de la invasión y le había advertido del peligro del invierno.

No fue un simple caso de ignorancia «pura». Napoleón sabía que el invierno ruso era frío y que se necesitaría ropa de abrigo. Es un caso de lo que podría llamarse ignorancia «aplicada», es decir, de no aplicar el conocimiento a un caso particular dando las órdenes apropiadas. Esta negativa a poner el conocimiento al servicio de la toma de decisiones contó con el acicate de la arrogancia, en particular la suposición demasiado optimista de que la victoria francesa sería tan rápida que los invasores estarían a salvo fuera de Rusia para cuando llegara el otoño.

La advertencia de Caulaincourt resultó justificada. El 6 de noviembre de 1812, la temperatura había bajado y la nieve había empezado a caer. El ejército, del que en ese momento ya solo quedaban 100.000 hombres, estaba corto de suministros. No podían transportar desde Moscú suficiente comida para los soldados ni forraje para los caballos. También carecían de ropa de invierno. «No existía el uniforme de invierno, ya que en esos tiempos los ejércitos no luchaban en invierno»[943]. Como en el caso de la retirada británica de Kabul veintiocho años más tarde, la congelación de las manos hizo que los soldados no pudieran disparar, y la congelación de los pies les impidió marchar. A finales de noviembre, de los 700.000 hombres del ejército francés solo quedaban 25.000. El resto estaban muertos, heridos o prisioneros[944].

En 1941, la historia empezó a repetirse. Hitler ordenó la invasión de Rusia en junio, esta vez con unos tres millones de soldados. En una «total ignorancia de la campaña de Arkhangelsk» en la Primera Guerra Mundial, los comandantes alemanes se vieron sorprendidos por los problemas de librar la guerra con temperaturas bajas y en la nieve[945]. Hitler no ignoraba lo que le había pasado a Napoleón, pero, en el otro sentido de la palabra, sí lo ignoró. Confiaba en que con más tropas, y

además tanques y aviones, tendría éxito allí donde Napoleón había fracasado. No fue así.

Los rusos se defendieron y acabaron por derrotar a los ejércitos alemanes. Contaron con la ayuda de su invierno: una vez más, las fuerzas invasoras carecían de ropa de adecuada, y no tenían guantes ni calcetines gruesos. Al igual que Napoleón, Hitler esperaba la derrota de los rusos antes de que llegara el frío. Como resultado de la falta de preparación, muchos soldados alemanes murieron, mientras que otros sufrieron de congelación o sobrevivieron solo porque se metieron periódicos bajo la camisa y la ropa civil bajo el uniforme[946]. Los ejércitos invasores también carecían de suficientes vehículos, piezas de repuesto y gasolina, debido a la falta de logística por parte de los planificadores. Goebbels admitió que «el problema del abastecimiento es sin duda el más grave en el este. No lo reconocimos antes de que empezara la campaña oriental»[947].

Los rusos también sufrieron tanto por la ignorancia como por el clima. Por ejemplo, la invasión alemana los tomó por sorpresa, sin estar preparados para la resistencia. Sin embargo, como en el caso de la guerra franco-prusiana, la ignorancia relativa fue decisiva. En este caso, los rusos, que estaban luchando en su tierra natal, eran menos ignorantes que los alemanes. Habían aprendido las lecciones de su derrota a manos de los finlandeses hacía no mucho, después de invadir Finlandia en 1939, cuando «Stalin ignoró a sus asesores militares y se lanzó a una invasión precipitada, sin la preparación adecuada»[948]. En la «guerra de invierno» que siguió, un limitado ejército finlandés prácticamente destruyó una división soviética porque, a diferencia de los rusos, estaban entrenados para luchar en la nieve, a veces sobre esquís. Los rusos aprendieron la lección, y las unidades soviéticas sobre esquís tuvieron un papel importante en el cerco del 6.º Ejército alemán en 1942.

La invasión de Afganistán

Lo que resulta más difícil de entender de la decisión estadounidense de ir a la guerra en Vietnam, y gestionarla en la forma en que la gestionaron es el aparente desconocimiento, por parte de los dirigentes civiles y militares, de las lecciones de la guerra que acababa de terminar justo cuando llegaron a la región. En la Guerra Indochina

de 1946-1954, la potencia colonial, Francia, fue derrotada por las fuerzas del Viet Minh. En este caso también un ejército regular ajeno a la región se opuso a las fuerzas guerrilleras internas, que utilizaban tácticas de ataque relámpago contra las líneas de suministro francesas, hasta que fueron suficientemente fuertes para una batalla decisiva. En Dien Bien Phu, en el noroeste de Vietnam, el Viet Minh consiguió rodear a los franceses y bombardearlos hasta que se rindieron[949].

Los estadounidenses no aprendieron de la experiencia francesa. «¿Cómo se pudo ignorar de esa manera lo sucedido en Dien Bien Phu?»[950]. Una posible respuesta a esta pregunta es que los estadounidenses «no aprendieron de los franceses porque pensaban que los franceses no tenían suficientes herramientas de guerra; Estados Unidos tenía muchas más[951]. Fue el mismo caso que cuando Hitler ordenó la invasión de Rusia, convencido de que un ejército con tanques tendría éxito allí donde un ejército con caballos había fracasado. La negativa a aprender del pasado llevó a una recreación de la derrota.

Otro ejemplo trágico de ignorancia de las lecciones del pasado es la invasión de Afganistán, o, para ser precisos, las tres invasiones: la de los británicos en 1839, la de los rusos en 1979 y la de los estadounidenses en 2001. En cada ocasión se repitieron muchos de los mismos errores[952].

En el caso británico, como vimos antes, el general Invierno cabalgó de nuevo. En el caso de los rusos, «sus decisiones estuvieron plagadas de ignorancia». Un general ruso ya había señalado en 1921 que Afganistán era «difícil de conquistar y aún más difícil de conservar», debido a «su naturaleza montañosa y el orgullo y el ansia de libertad de su pueblo»[953]. En 1980, el Foreign Office británico, equivalente al Ministerio de Asuntos Exteriores, obsequió a un ministro ruso visitante con una historia de las guerras británicas en Afganistán. Su respuesta fue que «esta vez será diferente»[954]. No lo fue.

Los guerrilleros, los muyahidines, tendieron emboscadas a los rusos y se les robaron las armas. También recibieron armas del extranjero, especialmente de Estados Unidos y Egipto. En cuanto a sus tácticas, «ocupaban las zonas elevadas desde donde se dominaba la ruta de las lentas columnas soviéticas, [...] volaban el primer vehículo y el último, y luego, de manera sistemática, destruían los demás». Hizo falta tiempo y muchas pérdidas para que los rusos aprendieran, como ya habían aprendido los británicos, que tenían que ocupar las

posiciones elevadas o utilizar la nueva tecnología y proteger sus fuerzas con helicópteros. En resumen, «los comandantes soviéticos no habían resuelto de antemano cómo tratar con grupos pequeños, con equipación ligera y gran movilidad, de hombres muy motivados que se movían por terrenos difíciles con los que estaban muy familiarizados»[955].

En 2001, el turno de cometer errores les tocó a los estadounidenses. Once años más tarde, el historiador escocés William Dalrymple publicó una historia de la guerra anglo-afgana en la que señalaba paralelismos entre la invasión británica de 1839 y la invasión estadounidense de 2001. Poco después de la publicación de su libro, Dalrymple fue invitado a informar «a la Agencia de Seguridad Nacional, la CIA y el Departamento de Defensa» sobre la historia de Afganistán[956]. Parecía que los estadounidenses habían aprendido por fin la lección, aunque su apresurada y desastrosa retirada de Afganistán en 2021 sugiere lo contrario.

Por supuesto, es peligroso forzar demasiado las analogías entre el pasado y el presente, y también existe el riesgo de elegir la analogía equivocada. En la década de 1950, por ejemplo, las analogías con la década de 1930 dieron forma a las políticas de Estados Unidos y Gran Bretaña. El presidente Truman reaccionó de manera agresiva a la invasión de Corea del Sur por parte de Corea del Norte en 1950 porque «el comunismo estaba actuando en Corea igual que habían hecho Hitler, Mussolini y los japoneses»[957]. En 1956, cuando el presidente Gamal Abdel Nasser ordenó el cierre del Canal de Suez, el primer ministro británico Anthony Eden vio en Nasser a un nuevo Hitler. Eligió responder con la fuerza porque identificó la negociación con el fracaso de Gran Bretaña a la hora de responder a la ocupación de Checoslovaquia en 1938. El resultado fue la infructuosa invasión británica en la zona del Canal, una campaña abortada ahora conocida como el fiasco de Suez.

De manera semejante, el presidente Johnson y su asesor, Henry Cabot Lodge, embajador en Vietnam del Sur, vieron la crisis de Vietnam en 1965 como una especie de repetición de la crisis de Múnich de 1938 y, como Eden, estaban decididos a no cometer el error de «apaciguar» al agresor. En una reunión con el presidente, Lodge estalló: «¿No vemos la similitud con nuestra propia indolencia en Múnich?»[958]. Johnson mismo explicó que «todo lo que sabía sobre la historia me decía que, si salía de Vietnam […] estaría haciendo lo

mismo que hizo Chamberlain en la Segunda Guerra Mundial»[959].

Las analogías pueden ser peligrosas, ya que «oscurecen aspectos del presente en casos que son diferentes de los precedentes»[960]. Para evitar los peligros, hay que optar por un examen cuidadoso de lo que podríamos llamar «desanalogías». Sin embargo, negarse a establecer analogías también es peligroso. El conocido epigrama del filósofo George Santayana lo deja muy claro: «Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo».

919 Peter Burke, entrevista con E. H. Gombrich, *The Listener* 90 (27 de diciembre de 1973), 881-3, https://gombricharchive.files.wordpress.com/2011/04/showdoc19.pdf.

920 Eugenio de Ochoa (ed.), *Epistolario español* (Madrid, 1856), 237; William Nelson, *Fact or Fiction: The Dilemma of the Renaissance Storyteller* (Cambridge MA, 1973), 35-6; Augustín Redondo, *Antonio de Guevara et l'Espagne de son temps* (Ginebra, 1976), 558.

921 Philip Sidney, *Defence of Poetry*, ed. Jan van Dorsten (Oxford, 1973), 83 [ed. cast. *Defensa de la poesía*. Traducido por Berta Cano Echevarría *et al.* Madrid: Cátedra, 2003].

922 René Descartes, *Discours de la méthode*, en *Oeuvres philosophiques*, ed. Ferdinand Alquié (París, 1963), 574.

923 Meta Scheele, *Wissen und Glaube in der Geschichtswissenschaft* (Heidelberg, 1930); Carlo Borghero, *La certezza e la storia: cartesianesimo, pirronismo e conoscenza storica* (Milán, 1983); Peter Burke, «Two Crises of Historical Consciousness», *Storia della Storiografia* 33 (1998), 3-16.

924 La Mothe Le Vayer, *Du peu de certitude*; cf. Vittorio I. Comparato, «La Mothe dalla critica storica al pirronismo», en Tullio Gregory (ed.), *Ricerche sulla letteratura libertina* (Florence, 1981), 259-80.

925 Pierre Bayle, *Oeuvres Diverses* (París, 1737), 510; Bayle, *Critique générale de l'histoire du Calvinisme de M. de Maimbourg* («Ville-Franche», 1684), 13-18, 28-9.

926 Voltaire, *Le pyrrhonisme de l'histoire* (París, 1769), 54.

927 Jean Hardouin, *Prolegomena* (Ámsterdam, 1729); cf. Jean Sgard, «Et si les anciens étaient modernes [...] le système du P. Hardouin», en L. Godard (ed.), *D'un siècle à l'autre: anciens et modernes* (Marsella, 1987), 209-20; Anthony Grafton, «Jean Hardouin: The Antiquary as Pariah», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 62 (1999), 241-67.

928 Michele Sartori, «L'incertitude dei primi seculi di Roma: il metodo storico nella prima metà del "700"», *Clio* 18 (1982), 7-35.

929 Borghero, *La certezza*.

930 Burke, «Two Crises», 3-16. Este texto ha tomado prestadas unas cuantas frases de ese artículo.

931 Cobb, *Police and People,* 81.

932 Jim Sharpe, «History from Below», en Burke (ed.), *New Perspectives*, 24-41. Entre los clásicos de este campo se encuentran Eric Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959) [ed. cast. *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos xix y xx*. Traducido por Joaquín Romero Maura. Barcelona: Crítica, 2003]; Edward Thompson, *The Making of the English Working Class* (Londres, 1963) [ed. cast. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Traducido por Elena Grau y Jorge Cano. Madrid: Capitán Swing, 2012]; Hufton, *Prospect Before Her*.

933 Stephen Moss, «1066 and All That: 20 Questions to Test Your History Knowledge», *The Guardian*, 17 de abril de 2015, www.theguardian.com.

934 Joseph Carroll, «Teens' Knowledge of World History Slipping», news.gallup.com, 5 de marzo de 2002.

935 James W. Loewen, *Lies My Teacher Told Me: Everything Your American History Textbook Got Wrong* (Nueva York, 1995), 30, 135. Cf. Frances Fitzgerald, *America Revised* (Nueva York, 1979).

936 Galbraith, *Crash*, 10-11, 29.

937 Ghosh, *Famines in Bengal*, prefacio.

938 Beevor, *Stalingrad*, 13, 32; David Stahel, *Operation Barbarossa and Germany's Defeat in the East* (Cambridge, 2009), 449; Hoepner a su esposa, citado en Stahel, *Retreat from Moscow*, 84.

939 Beevor, *Stalingrad*, 14, 31, 76.

940 Clausewitz, *On War*, 258.

941 Allen F. Chew, *Fighting the Russians in Winter* (Fort Leavenworth KS, 1981), vii.

942 Adam Zamoyski, *1812: Napoleon's Fatal March on Moscow* (Londres, 2004), 351-2 [ed. cast. *1812: la trágica marcha de Napoleón sobre Moscú*. Traducido por Matuca Fernández de Villavicencio. Barcelona: Debate, 2005].

943 Zamoyski, *1812*, 391.

944 *Ibid.*, *1812*, 393, 447, Cf. Dominic Lieven, *Russia Against Napoleon* (Nueva York, 2010).

945 Chew*, Fighting the Russians,* 38.

946 Beevor, *Stalingrad*, *passim*; Chew, *Fighting the Russians*, 31-41; Stahel, *Retreat from Moscow*, 315-17.

947 Citado por Stahel del diario de Goebbels, *Retreat from Moscow*, 186.

948 Chew, *Fighting the Russians,* 17.

949 Martin Windrow, *The French IndoChina War 1946-54* (Londres, 1998) [ed. cast. *La guerra de Indochina*. Traducido por Pere Rubiés i Guardiola. Barcelona: RBA, 2000].

950 Tuchman, *March of Folly*, 287.

951 Gibson, *Perfect War*, 18.

952 M. Hassan Kakar, *Afghanistan: The Soviet Invasion and the Afghan Response* (Berkeley CA, 1995); Rodric Braithwaite, *Afgantsy: The Russians in Afghanistan, 1979-1989* (Londres, 2011).

953 Andrei Snesarev, citado en Braithwaite, *Afgantsy*, 7-9.

954 *Ibid.,* 109.

955 *Ibid.,* 127-9.

956 Dalrymple, *Return of a King*, 489-92.

957 Citado en Jervis, *Perception and Misperception*, 218.

958 Yuen Foong Khong, *Analogies at War: Korea, Munich, Dien Bien Phu and the Vietnam Decisions of 1965* (Princeton NJ, 1992), 3, 5, 61-2.

959 Cita en Alterman, *When Presidents Lie*, 174.

960 Jervis*, Perception and Misperception,* 218, 220.

CONCLUSIÓN.
EL NUEVO CONOCIMIENTO Y LA NUEVA IGNORANCIA

> Tal vez todo nuevo aprendizaje se hace sitio creando una nueva ignorancia.
>
> C. S. LEWIS

Como hemos visto, la interpretación triunfalista o *whig* de la historia en términos de progreso inevitable, que imperaba en los siglos XVIII y XIX e incluso más tarde, hablaba de una historia simplista de la derrota de la ignorancia por el conocimiento. Por el contrario, este libro ha argumentado que el surgimiento de nuevos conocimientos(s) a lo largo de los siglos ha implicado necesariamente el surgimiento de nueva(s) ignorancia(s). Tomada como colectivo, la humanidad sabe ahora más que nunca, pero los individuos no sabemos más que nuestros predecesores.

Los viejos conocimientos han caído en el olvido para dejar espacio a los nuevos. En los días en que había que consultar las enciclopedias en forma de pesados volúmenes impresos en lugar de en línea, actualizarlas implicaba descartar información antigua para hacer espacio en sus páginas a nuevos descubrimientos. El conocimiento de los coches, por ejemplo, ha reemplazado el conocimiento de los caballos. El conocimiento de la heráldica, que una vez fue considerada un saber esencial para un caballero, ahora se limita a un pequeño grupo de entusiastas como los miembros de la Sociedad Británica de Heráldica.

En Europa, desde el Renacimiento hasta principios del siglo XX, se esperaba que los caballeros de las clases altas y medias estuvieran familiarizados con la historia, la filosofía, el idioma y la literatura de la Antigüedad grecorromana. Se esperaba que los miembros británicos del Parlamento y otros caballeros reconocieran las alusiones clásicas en los discursos en la Cámara de los Comunes o en las páginas de *The Times*. Esta expectativa era razonable en un momento en que los clásicos formaban una gran parte de la educación en las escuelas y universidades, y la educación superior estaba prácticamente

restringida a las élites masculinas.

Hoy en día, cuando los planes de estudios académicos apenas dejan un nicho muy reducido para los clásicos, el uso del latín de Boris Johnson se ha convertido en una excentricidad —encantadora o irritante, según el gusto—, así como en una señal que indica que se educó en una escuela de élite tradicional. Los nombres de Aristóteles y Platón, Homero y Virgilio, César y Cicerón, siguen siendo familiares, pero ya no se puede dar por hecho que la mayoría de las personas hayan leído algunas de sus obras, ni siquiera traducidas.

El conocimiento de los clásicos en lenguas vernáculas también estuvo muy extendido en el pasado. En Italia, desde el siglo XVI en adelante, no solo las clases altas conocían los poemas de Dante y Ariosto. En Francia, Racine y Balzac se convirtieron en clásicos. En España, Cervantes. En Alemania, Goethe. En Gran Bretaña, Shakespeare, Milton, Scott y Dickens.

Hoy en día, estos textos tienen que competir por la atención de los lectores con obras de otras culturas: Borges y García Márquez, de América Latina; *Sueño en el pabellón rojo*, de China; *Genji Monogatari,* de Japón, etc. Como sucede con la cocina, el conocimiento de las variedades globales ha aumentado, mientras que la familiaridad con los productos locales ha disminuido. Para los idiomas, la historia es muy semejante. El conocimiento del francés y el alemán ha disminuido en gran parte de Europa, mientras que el conocimiento del inglés, el chino y el español ha aumentado en muchas partes del mundo.

En Europa, en la época de la Reforma, los debates sobre la teología estaban muy extendidos no solo entre el clero (católico, luterano o calvinista), sino también entre hombres y mujeres de a pie. Gracias a la práctica de aprender el catecismo de memoria a una edad temprana, los predicadores podían dar por sentado, al menos en las ciudades, que las referencias a conceptos teológicos como los «sacramentos» o incluso la «transubstanciación» se iban a entender, así como las referencias a la Biblia, el Antiguo Testamento y el Nuevo. El conocimiento de este tipo ya no puede darse por sentado, como se hacía, por ejemplo, todavía en las novelas de finales del siglo XIX de Thomas Hardy, que están llenas de referencias bíblicas. Las encuestas recientes nos dicen que los cristianos en Estados Unidos, Gran Bretaña y otros lugares saben menos teología que las generaciones anteriores. En cambio, saben más sobre el hinduismo y el budismo que sus

antepasados, porque han viajado a Asia o han aprendido algo sobre estas religiones en la escuela.

En el caso de la geografía, el conocimiento que era común en Gran Bretaña, Estados Unidos y otros lugares entre la generación escolarizada en los años sesenta, como la ubicación en el mapa de los principales países y los nombres de sus capitales, ya no se puede dar por descontada debido a los cambios en el plan de estudios que «hicieron la geografía más relevante y rigurosa, pero al precio de reducir su anterior alcance». Un profesor de geografía de finales de 1980 y principios de 1990 recuerda cómo «hubo una purga de libros de texto antiguos en los armarios de mi departamento de geografía»[961].

En historia natural, la evidencia no es tan obvia, pero un periodista emprendedor ha hecho notar que una nueva edición del *Oxford Junior Dictionary* ha prescindido de palabras como «ranúnculo», «aliso» o «castaño de Indias», y, en cambio, han entrado «banda ancha», «sala de chat» y «famoseo» para acomodarse a los cambios de interés en la generación más joven[962].

En el caso de la ciencia, la edad de oro para la popularización del conocimiento científico fue seguramente el siglo XIX, cuando se realizaron experimentos en física y química ante públicos multitudinarios, se debatió sobre la teoría de la evolución, y abundaban los geólogos y botánicos aficionados, tanto hombres como mujeres. Sin embargo, como señaló en una famosa conferencia en Cambridge en 1959 C. P. Snow, el químico británico reconvertido en novelista, las ciencias naturales y las humanidades se habían convertido en «dos culturas» cada vez más alejadas la una de la otra, de manera que un individuo bien educado en las humanidades probablemente ignorará la segunda ley de la termodinámica[963]. Hoy en día, en un momento de creciente especialización, la idea de solo dos culturas se ha quedado muy corta.

En el caso de la historia, el conocimiento de la antigua Grecia y Roma fue reemplazado por el conocimiento del pasado nacional, que a su vez está siendo reemplazado por la historia global: una vez más, la ampliación de horizontes corre en paralelo con una disminución del conocimiento de lo que tenemos cerca. El cambio de la historia vista desde arriba, la historia de los líderes, a la historia vista desde abajo, la historia de la gente común, ha aumentado enormemente nuestro conocimiento y comprensión del pasado, pero también ha tenido un precio. La generación más joven de estudiantes de historia sabe poco

sobre los líderes del pasado. Como ha comentado John Elliott, un historiador más antiguo: «Algo falla cuando el nombre de Martín Guerre va camino de ser más conocido que el de Martín Lutero»[964]. El conocimiento sobre Martín Lutero ya había ido disminuyendo durante algún tiempo, como vemos si comparamos su entrada en la famosa edición de 1911 de la *Encyclopaedia Britannica* con la entrada en la *New Encyclopaedia Britannica*, sesenta y tres años más tarde. Lutero tenía catorce columnas de texto en 1911, pero en 1974 le quedaba solo una.

Dada la brevedad de la vida humana, la necesidad de dormir y las nuevas formas de arte o deporte que compiten por nuestra atención, es obvio que cada generación en cada cultura no puede saber más que sus predecesores. Sencillamente, conoce los poemas de Du Fu en lugar de los de Tennyson, por ejemplo, o la historia de África en lugar de la de los Tudor. También nos enfrentamos a la paradoja observada por el economista Friedrich von Hayek de que cuanto mayor es el aumento del conocimiento colectivo, gracias a las investigaciones de científicos y eruditos, «menor es la proporción de todo ese conocimiento [...] que una mente puede absorber»[965].

A un nivel más práctico, hemos visto cómo los avances en el conocimiento de la gente del que dispone el gobierno, un conocimiento que se consigue mediante encuestas y se representa en mapas y tablas estadísticas, a veces ha llevado a la ceguera, una falta de conciencia de la diferencia entre estas representaciones y las realidades locales, a menudo mucho más confusas y caóticas.

En resumen, como ha argumentado este libro, necesitamos definir los conocimientos e ignorancias en plural más que en singular, porque lo que es conocimiento común o sabiduría convencional varía tanto de un lugar a otro como de un periodo a otro: «el nuevo conocimiento hace posibles nuevas clases de ignorancia»[966]. Volviendo a C. S. Lewis, «tal vez todo nuevo aprendizaje se hace sitio creando una nueva ignorancia»[967]. Siempre debemos pensarlo dos veces antes de describir a un individuo, cultura o periodo como ignorante, ya que el hecho real es que hay demasiado por saber. Es una queja antigua, pero nunca ha estado tan justificada como en nuestro tiempo[968]. Para terminar con Mark Twain, «todos somos ignorantes, solo que respecto a cosas diferentes». El problema es que los que tienen el poder a menudo carecen de los conocimientos que necesitan, mientras que los que tienen esos conocimientos carecen de poder.

961 Morgan, «The Making of Geographical Ignorance?», 23.

962 Phoebe Weston en el *Observer*, 29 de agosto de 2021, 29.

963 Snow, *The Two Cultures.*

964 Martín Guerre, campesino y soldado del siglo xvi, fue llevado al cine en una película estrenada en 1982, y más tarde la historiadora estadounidense escribió un estudio sobre él *The Return of Martin Guerre* (Cambridge MA, 1983) [ed. cast. *El regreso de Martin Guerre*. Traducido por Hipólito Pérez. Madrid: Akal, 2013].

965 Hayek, «Coping with Ignorance». Cf. Lukasiewicz, «Ignorance Explosion», 159-63.

966 Miriam Solomon, «Agnotology, Hermeneutical Injustice and Scientific Pluralism», en Kourany y Carrier (eds.), *Science*, 145-60, en 157.

967 Lewis, *English Literature,* 31.

968 Ann Blair, *Too Much to Know* (New Haven CT, 2010).

LECTURAS ADICIONALES

Burke, Peter, *A Social History of Knowledge*, 2 volúmenes, Polity Press 2000, 2012.

Cohen, Stanley, *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering,* Polity Press, 2001.

Corbin, Alain,*Terra Incognita: A History of Ignorance in the Eighteenth and Nineteenth Centuries,* Polity Press, 2021.

Dilley, Roy y Thomas Kirsch (eds.), *Regimes of Ignorance,* Berghahn, 2015.

Duncan, Ronald y Miranda Weston-Smith (eds.), *The Encyclopaedia of Ignorance,* Pergamon, 1977.

Dürr, Renate (ed.), *Threatened Knowledge: Practices of Knowing and Ignoring from the Middle Ages to the Twentieth Century,* Routledge, 2021.

Firestein, Stuart, *Ignorance: How It Drives Science,* Oxford University Press, 2012.

Gross, Matthias y Linsey McGoey (eds.), *Routledge International Handbook of Ignorance Studies,* Routledge, 2015.

Kay, John y Mervyn King, *Radical Uncertainty,* Bridge Street Press, 2020.

Kourany, Janet y Martin Carrier (eds.), *Science and the Production of Ignorance: When the Quest for Knowledge is Thwarted,* MIT Press, 2020.

McGoey, Linsey, *The Unknowers: How Strategic Ignorance Rules the World,* Zed Books, 2019.

Martin, Andrew, *The Knowledge of Ignorance, from Genesis to Jules Verne,* Cambridge University Press, 1985.

Muslow, Martin, *Knowledge Lost: A New View of Early Modern Intellectual History,* Princeton University Press, 2022.

Ord, Toby, *The Precipice: Existential Risk and the Future of Humanity,* Bloomsbury, 2020.

Oreskes, Naomi y Erik M. Conway, *Merchants of Doubt: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming,* Bloomsbury, 2010.

Popkin, Richard H., *History of Scepticism: From Savonarola to Bayle*, edición revisada, Oxford University Press, 2005.

Proctor, Robert N. y Londa Schiebinger (eds.), *Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance*, Stanford University Press, 2008.

Rescher, Nicholas, *Ignorance: On the Wider Implications of Deficient Knowledge*, University of Pittsburgh Press, 2009.

Taleb, Nassim Nicholas, *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable*, Penguin, 2008.

Zerubavel, Eviatar, *The Elephant in the Room: Silence and Denial in Everyday Life,* Oxford University Press, 2006.

Zwierlein, Cornel (ed.), *The Dark Side of Knowledge: Histories of Ignorance, 1400 to 1800,* Brill, 2016.

GLOSARIO

A continuación presentamos una lista no exhaustiva de los términos y expresiones que más se repiten en este libro.

Activa, ignorancia: no querer saber
Agnoliología: el estudio de la ignorancia
Agnotología: el estudio de la generación de la ignorancia
Analfabetismo: tipo de ignorancia que los especialistas atribuyen a los legos
Asimétrica, ignorancia: se da cuando un grupo dado sabe menos que otro, y viceversa
Atribuida, ignorancia: la ignorancia ajena
Autorizada, ignorancia: rechazo colectivo de una información por considerarla irrelevante
Blanca, ignorancia: ignorancia o creencias erróneas acerca de las personas negras
Censurable, ignorancia: *cf. ignorancia culpable*
Consciente, ignorancia: saber lo que no sabemos
Creativa, ignorancia: ignorancia del pasado beneficiosa para la innovación
Culpable, ignorancia: *cf. ignorancia censurable*
Decidida, ignorancia: no querer saber
Deliberada, ignorancia: *cf. ignorancia voluntaria*
Docta ignorantia: la ignorancia que se consigue a través del estudio y la meditación
Específica, ignorancia: ignorar aquello que se considera irrelevante
Estratégica, ignorancia: mantener a otros en la ignorancia de manera deliberada
Estudiada, ignorancia: *cf. docta ignorantia*
Fabricación de la ignorancia: mantener ignorantes a los otros
Genuina, ignorancia: carencia de conocimiento, *cf. ignorancia simple*
Grupo, ignorancia de: *cf. ignorancia organizativa*
Ignorar: no saber; resistirse al conocimiento de manera consciente o inconsciente, *cf. ignorancia voluntaria*

Imprevista, ignorancia: sorpresa
Inadvertida, ignorancia: *cf. ignorancia inconsciente*
Incertidumbre: duda entre el conocimiento y la ignorancia
Incognoscibilidad: imposibilidad de conocer algo
Inconsciente, ignorancia: no saber lo que no sabemos
Inescrutable, ignorancia: *cf. lo que no sabemos que no sabemos*
Inevitable, ignorancia: *cf. Ignorancia sin culpa*
Interesada, ignorancia: una forma de no querer saber
Lo que no sabemos que no sabemos: cosas que ignoramos que no sabemos
Lo que no sabemos que sabemos: conocimiento inconsciente
Lo que sabemos que no sabemos: aquello que somos conscientes de ignorar
Local, ignorancia: lo opuesto a conocimiento local
Macroignorancia: ignorancia colectiva
Metaignorancia: no saber lo que no sabemos
Moral, ignorancia: error en la valoración sobre lo que está bien y lo que está mal
Nesciencia (no conocimiento): conceptos ambiguos que se refieren a lo que aún no se sabe y también a la ausencia absoluta de conocimiento
Opaca, ignorancia: lo que no sabemos que no sabemos
Organizativa, ignorancia: efecto de la distribución irregular de conocimiento dentro de una organización
Perspicaz, ignorancia: conciencia de una laguna en el conocimiento
Práctica, ignorancia: no saber cómo hacer algo
Primaria, ignorancia: ignorancia de la ignorancia, *cf. metaignorancia*
Producción de la ignorancia: mantener a otros en la ignorancia, *cf. fabricación de la ignorancia*
Profunda, ignorancia: relativa a una pregunta sin respuestas plausibles
Racional, ignorancia: evitar aprender cuando el coste es superior al beneficio
Relativa, ignorancia: ignorancia en comparación con la de los rivales o enemigos
Selectiva, ignorancia: elegir ignorar
Simétrica, ignorancia: cuando dos bandos comparten la ignorancia

Simple, ignorancia: ausencia de conocimiento, *cf. ignorancia genuina*

Sin culpa, ignorancia: *cf. ignorancia inevitable*

Superable, ignorancia: *cf. ignorancia culpable o censurable*

Útil, ignorancia: ignorancia que tiene una función positiva, *cf. ignorancia virtuosa*

Virtuosa, ignorancia: ignorancia que resulta útil

Voluntaria, ignorancia: *cf. ignorancia deliberada*

Título original: *Ignorance. A Global History*

Publicado originalmente por Yale University Press

Edición en formato digital: 2023

© Peter Burke, 2023
© de la traducción: Cristina Macía Orio, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-482-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.